



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**SALVADOR NOVO, UN PERIODISTA EN LA VIDA DE MÉXICO
(1919-1974)**

T E S I S P R O F E S I O N A L

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

**LICENCIADA EN CIENCIAS
DE LA COMUNICACIÓN**

P R E S E N T A:

ROSA PATRICIA PALACIOS SÁNCHEZ

ASESORA: LIC. LUCÍA C. RIVADENEYRA



CIUDAD UNIVERSITARIA, MÉXICO, D.F.

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción.....	1
Preliminar.....	6
1. SALVADOR NOVO Y SU TIEMPO.....	17
1.1 Infancia y adolescencia.....	30
1.2 Las primeras lecturas y sus principales influencias.....	44
1.3 La escritura como expresión de sí mismo y reconocimiento de los otros (1917-1919).....	54
1.4 La formación académica y vital en la Escuela Nacional Preparatoria.....	57
2. LOS INICIOS EN EL PERIODISMO (1919).....	72
2.1 Influencias en la obra periodística de Novo.....	82
2.2 Su participación en las revistas <i>La Falange</i> (1922-1923), <i>Ulises</i> (1927-1928) y <i>Contemporáneos</i> (1928-1932).....	90
3. “NI UN DÍA SIN LÍNEA”.....	105
3.1 Columna.....	113
3.2 Crónica.....	118
3.3 Ensayo.....	125
4. PUNTOS DE VISTA DE SALVADOR NOVO SOBRE EL PERIODISMO.....	130
4.1 Consideraciones sobre el periodismo de su época.....	152
4.2 <i>A ocho columnas</i> , como síntesis de los entretelones de la actividad periodística.....	155

5. “COBRAR LOS MONOSÍLABOS A PRECIO DE ORO”	159
5.1 La crónica social.....	165
5.2 Los primeros pasos en el camino de la institucionalización.....	175
6. LOS ÚLTIMOS AÑOS.....	196
Conclusiones.....	245
Bibliografía.....	256

Introducción

El periodismo moderno en México se caracteriza por su riqueza y variedad. Sin embargo, son pocas las fuentes abocadas al estudio minucioso de los momentos y los personajes que hicieron posible su transformación y desarrollo en el extinto siglo XX.

Si bien es cierto que se dispone de magníficas compilaciones acerca de los cambios ocurridos en la actividad periodística, a lo largo de sus ya casi trescientos años de vida, también lo es el hecho de que aquéllas suelen concentrarse en el período decimonónico rescatando en escasas ocasiones las peculiaridades de las obras periodísticas individuales. Esto ha generado vacíos considerables en la historia de la prensa moderna, pero de alguna manera también ha impedido aproximarse más vívidamente al entramado social, político, económico y cultural de México durante los pasados cien años.

La anterior afirmación obedece a que el quehacer periodístico se erigió aquí y en otros lugares, como un elemento indispensable para el conocimiento más puntual de la sociedad, pues a través de él, no sólo se identifican las voces, grupos o sectores que la conforman, sino que también es posible explicar cómo y por qué diversas causas confluyen para imprimir un determinado ritmo a sus transformaciones y orientar su rumbo.

Así pues, no es exagerado afirmar que el periodismo es uno de los múltiples mecanismos que poseen las sociedades contemporáneas para observarse cotidianamente, medir su pulso y tratar de entenderse a sí mismas. Pero pese a esta notoria cualidad, los diversos especialistas (entre ellos, historiadores, sociólogos y comunicólogos) dedicados a la indagación y compleja reconstrucción del devenir periodístico, todavía no reconocen ni explotan con suficiencia la veta de información que les ofrece el seguimiento y contextualización de la obra particular de quienes entregaron gran parte de su existencia a la práctica ininterrumpida de este oficio.

Ejemplo de ello es la labor desempeñada durante más de medio siglo por el mexicano Salvador Novo López (1904-1974), poeta, dramaturgo, traductor, guionista radiofónico y cinematográfico, publicista, director, productor y, ante todo, periodista que colaboró y descolló precozmente en los diarios, revistas y suplementos literarios más connotados en la ciudad de México a partir de los años veinte.

Este despegue que al paso del tiempo conformó una trayectoria abundante y diversa hizo que Salvador Novo consagrara cincuenta y cinco años de su vida a escribir para los órganos informativos y culturales más difundidos en la capital y el país. Fundador de revistas, precursor de temas y géneros, no cuenta con un seguimiento escrupuloso de su producción periodística y, menos aún, con un análisis de la trascendencia que aquélla tiene en el desarrollo del periodismo y en la comprensión del panorama socio cultural de México.

Por ello, el presente trabajo se propuso abordar esta faceta esencial del autor apegándose a las exigencias que impone la realización de un “retrato intelectual”, señalando que esta categoría, de cuño relativamente joven, se define como “el estudio sistemático de aquellas personalidades que gracias al alcance, profundidad o extensión de su obra ameritan ser sistematizadas, criticadas o presentadas con el objetivo de exponer una visión de sus límites, virtudes, aportaciones, ubicaciones y deficiencias.”¹

Es prudente anotar que el retrato intelectual guarda similitudes sustanciales con el género biográfico, pues los dos, además de interesarse en recuperar las anécdotas y vicisitudes que perfilaron la vida de un individuo, también obligan a elaborar con ellas una interpretación incluyente de los hechos y las circunstancias que rodearon la creación de una obra.

El retrato intelectual privilegia una visión en la que el individuo y los matices expresados en su obra son indisociables del ambiente social (incorporando en este rubro el mundo familiar, escolar y personal), político, económico y cultural en que ambos vieron la luz, pero a diferencia de la

¹ Xavier Rodríguez Ledesma, “Intelectuales y retratos históricos”, en *Léxico de la política*, México, FCE, 2000, p. 373.

biografía, éste se concentra primordialmente en uno de los aspectos que constituyen la totalidad de una obra.

Contrario a lo que pudiera suponerse, la ejecución de un retrato intelectual implica un profundo, serio y extenso conocimiento del autor elegido como objeto de estudio, ya que ésta es la única forma de accionar la capacidad crítica y de análisis para dilucidar la trascendencia social y vital de la obra.

Así, para consumir en esta propuesta el retrato intelectual del periodista Salvador Novo fue imprescindible auxiliarse de la metodología de investigación aplicada por disciplinas como la historia y la sociología, pues esto permitió extraer del cúmulo de hechos, datos, personas, cosas e ideas una traducción en la que se evidenciara cómo las tendencias, gustos, necesidades, principios, instituciones y creencias inciden en las maneras en las que una sociedad y sus individuos se organizan y relacionan.

Yendo de lo particular a lo general, pero también en dirección opuesta, se quiso cerrar un círculo en el que, al mismo tiempo que se dimensionaba una parte central del trabajo realizado por una de las presencias intelectuales más originales y activas del país, a su vez se concretara una reconstrucción sólida del pasado.

Es preciso responder por qué del amplio espectro de los periodistas mexicanos que inundaron el siglo XX, se seleccionó a un escritor cuyo rasgo distintivo más bien fue una pasión desmedida por los contenidos y las formas literario poéticas, y no así, por el ejercicio periodístico que en innumerables conversaciones y entrevistas llegó a calificar como “un llamado de sirenas al que sucumbió para desperdiciar su tiempo y su talento en pequeñas empresas, colaboraciones y otras basuras que se llevaron la mayor parte de su vida, pero que terminaron por constituir la mayor parte de su bibliografía.”²

Cabe señalar que este desdén y severo sentido crítico de Salvador Novo por el periodismo se acentuó en los últimos años de su vida, pues al hacer una “evaluación seria” de su trayectoria se convenció de que, no obstante haber sido

² Sergio González Rodríguez, “Salvador Novo: el narrador y el confidente”, en *Los contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, Colmex, 1988, p. 383.

dotado de una fina inteligencia y sobradas cualidades, no había dedicado todo su tiempo y energía a la consumación de una obra que lo estableciera como uno de los autores fundamentales en la historia literaria de México.

Lo curioso es que los años darían a este reclamo airado del autor una respuesta inusitada, dado que su labor periodística lejos de eclipsar sus talentos, contribuyó a aumentarlos para consolidarlo como un hombre capaz de inaugurar temas y explorar técnicas, así como de renovar los géneros y revitalizar los estilos que delinearon en gran medida las formas que la prensa nacional practicó durante el siglo pasado.

Novo mismo llegó a reconocer este mérito y, sin falsas modestias, se atribuyó la paternidad de un periodismo que resultó bueno para las revistas y los diarios en los que colaboró, simplemente porque forjó una manera fresca de ser y de hacer el periodismo, empleando frases certeras, explosivas y breves (requisito incontrovertible del periodismo contemporáneo), además de tratar temas que, a ojos de los demás, parecían estériles o poco trascendentes.

A estas características debe agregarse la sorpresa que producía en los lectores de su época su desbordado acopio de información, su agudeza, su cultura clásica y su desenfado al incorporar una gran variedad de elementos del paisaje y de la vida cotidiana de los mexicanos que nunca antes habían sido explotados en las columnas o los artículos de los periodistas que en el siglo diecinueve y, todavía en el primer decenio del veinte, utilizaban estos espacios como trincheras facciosas o como meras tribunas políticas e ideológicas.

Novo, convencido de que ya no era posible continuar con estas fórmulas, se empeñó en retratar la realidad cotidiana de su época, con sus bellezas y sus fealdades, con sus chismes y rumores, con sus alegrías y sus angustias, con su lenguaje, con su sabor a realidad histórica vivida.

Asimismo, se interesó por el entorno en el que se suscitaban los diversos acontecimientos para inquirir los motivos que los originaban, intercambiando para su análisis las vestiduras del psicólogo, el investigador, el artista, el observador o el buen compendiador.

A pesar de que estas actividades le abrieron a Salvador Novo diversos foros periodísticos, no pudo evitar despertar la envidia corrosiva de unos y la imitación fervorosa de otros, pero en ninguno de los dos extremos su obra fue comprendida y valorada, ya que en más de un sentido, iba a contrapelo del clima intelectual, literario, moral y político de los años veinte y treinta.

Con el deseo de que los tiempos se hayan emparejado con la naturaleza de su obra y su actitud, este trabajo representa un intento por seguir, revisar y destacar la importancia que Salvador Novo y su producción periodística tienen en el desarrollo de la prensa mexicana y en el devenir de la cultura.

Preliminar

Para conocer el tiempo y el espacio en los que se inscribe el nacimiento del periodista Salvador Novo López es necesario esbozar mínimamente las características de la sociedad, la economía, la política y la cultura de los años finales del siglo XIX. Una centuria que, en términos de varios especialistas, puede definirse como una de las más ricas, vigorosas y angulares de la historia nacional.

Por ello, al menos el último decenio del régimen encabezado por el controversial Porfirio Díaz Mori (1830-1915) será punto de partida obligado en este retrato intelectual, debido a que en él se encuentra la célula y la explicación del cúmulo de acontecimientos que se suscitarían diez años después.

Es en el año 1904 -casi la mitad de esta primera década- cuando doña Amelia López Espino dio vida a quien sería su único hijo y eterno compañero. De origen norteño, del estado de Zacatecas, una de las dos figuras femeninas (pues la otra, fue sin duda la ciudad de México) que mayor influencia ejerció en la vida y psicología del escritor se distinguió por su presencia constante, su energía y carácter implacable, pues no podía esperarse otra cosa de una dama educada de acuerdo a los cánones de una moral estricta y monolítica en la que la palabra de los hombres era respetada y tomada como verdad indiscutible. Esta dinámica familiar se plegaba a un sistema sociopolítico concentrado en la fuerza, inteligencia y, sobre todo, poder de decisión de un solo hombre.

Denominado tradicionalmente como dictador y, reivindicado en años recientes (en especial, durante el período presidencial de Carlos Salinas de Gortari, 1988-1994) como estadista, el general Porfirio Díaz forjó un estilo y un gobierno en el que la estratificación del poder era la máxima divisa, permitiéndole jerarquizar todos los niveles sociales a manera de los estamentos poblacionales propios del medioevo.

Aunque numerosos investigadores han documentado los beneficios alcanzados durante este régimen, a saber: el impulso a la instalación de redes

eléctricas, la súbita introducción de vehículos motorizados, la transformación del paisaje urbano –incluidas modernas edificaciones carcelarias como el “Palacio Negro de Lecumberri”–, la construcción de redes ferroviarias e hidráulicas que comunicaban y abastecían a las ciudades, el apoyo a la educación gracias a la adopción de planes expresamente diseñados para el nivel medio y superior o los éxitos de la ciencia, expresados en medicamentos, servicios y diversiones como el cinematógrafo, también debe reconocerse que junto a este desarrollo material se encontraba una feroz pobreza, cuya consecuencia inmediata fue una desbordada desigualdad social.

Los últimos años del siglo XIX en México.

Varios historiadores y sociólogos consideran que a mediados del siglo XIX existía un México mestizo en el norte y un México indio en el sur. Tal división obedecía a la herencia de los estamentos coloniales. Sin embargo, en los albores del siglo XX, la incipiente industrialización había permitido el surgimiento de nuevas clases y la transformación o paulatina desaparición de otras.

La creciente demanda de las fábricas, igual que en la Europa industrializada generó la migración de grandes comunidades de campesinos a las ciudades, de manera que aquellos que se habían dedicado al cultivo de las tierras, al pastoreo o la servidumbre en las haciendas, pronto se involucraron en un proceso social y laboral que les obligó a abandonar no sólo sus antiguas formas de subsistencia, sino a construir nuevos modos de organización y de vida. El nacimiento de estas “clases urbanas” se materializó en la existencia de obreros, capataces, ferrocarrileros, mineros, peones agrícolas y servidumbre doméstica de un lado y, profesionistas, grandes comerciantes, hacendados, jefes militares y funcionarios gubernamentales del otro.

De esta manera, México ingresó a la nueva época prometida por el siglo XX dotado de una composición social más sofisticada, pues para entonces ya se advertía el embrión de lo que “el grupo de los científicos” providencialmente

denominó como “clase media”, la cual sería el producto de una compleja conjunción entre todos los demás sectores.

Por ejemplo, para maestros como Ezequiel A. Chávez (1868-1946), rector de la Universidad Nacional en dos períodos, de 1913 a 1914 y de 1923 a 1924, estos niveles medios eran el “núcleo modelo de la nación”, ya que sus ideas “moderadas” facilitarían el tránsito al progreso social.

Agricultores, pequeños negociantes, a veces grandes industriales, empleados públicos y profesionistas eran quienes consumirían tal objetivo, evitando que “niños y adultos que aún pedían un centavito en las estaciones de ciudades en pleno desarrollo como Torreón”³ siguieran padeciendo la crisis de los años finales del porfiriato.

Para otros, la obra económica de Díaz no era más que el producto de la casualidad o de la adulación de algunos miembros de su gabinete que no perdían oportunidad de “colgarle el milagro de haber sido el introductor en México de los ferrocarriles, mismos que más tarde fueron la base indiscutible de la prosperidad del país.”⁴

Francisco Bulnes (1847-1924), sociólogo, diputado y crítico severo del régimen de Díaz, afirmó en múltiples ocasiones que la entrada de las vías ferroviarias a la nación más bien se debió a la advertencia hecha por el señor Manuel Zamarripa Zamacona (entonces representante de México en Washington, EUA) cuando en un comunicado enviado al presidente le aseguró que si al país no entraban los rieles norteamericanos, en su lugar entrarían prestas las bayonetas. Así, es hacia 1878 cuando en este rubro empiezan a otorgarse concesiones al capital estadounidense, siendo 1880, el año en que se adjudica definitivamente la concesión del ferrocarril nacional.

La bonanza no tardó en llegar, pues tan sólo once años después (1891) se generó una acelerada exportación de productos plomosos a las fundidoras en Estados Unidos haciendo que el despertar de esta actividad económica impulsara la construcción de edificios, hornos, oficinas y ramales ferrocarrileros.

³ Moisés González Navarro, *Sociedad y cultura en el porfiriato*, México, Conaculta, 1994, p. 142.

⁴ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Editorial del Valle de México, 1979, p. 219.

Además, se debe mencionar que la investigación científica se vio incentivada debido a las diferentes obras de ingeniería, química y mecánica.

A este panorama de evidente progreso material y de infraestructura se sumó una verdadera fiebre carbonífera y cafetalera (1896), generada por el estallido de una insurrección popular en Filipinas (nación proveedora de estas materias primas), así como un crecimiento en la producción del henequén yucateco que duplicaba las entradas de dinero al erario federal. Asimismo, el mercado se abrió a granos como el frijol y el garbanzo, en tanto que el ganado de estados como Veracruz y Tamaulipas fue vendido a Cuba por la guerra independentista que la isla libraba desde 1895 frente al ya decadente imperio español. Como también asentara el ingeniero Francisco Bulnes:

el general Díaz creyó que ese desarrollo emanaba de los decretos, leyes, reglamentos, circulares, estadísticas e informes del señor José Ives Limantour (su ministro de Hacienda), cuando la obra de éste fue la de un buen administrador de las riquezas que ponían en su mano la Señora Casualidad, amiga declarada del príncipe.⁵

Y si bien los números parecían favorables, las condiciones del pueblo mexicano eran en extremo adversas. Al menos, así lo fundamenta Andrés Molina Enríquez (1866-1940) en su ensayo, *Los grandes problemas nacionales* (considerado hoy texto clásico en el conocimiento del México decimonónico), en donde afirma que las imperfecciones de la sociedad porfiriana se concentraban primordialmente en su población, la organización del poder y la situación agraria. Para entender la dinámica de la primera, el autor mexiquense se remonta al descubrimiento y posterior conquista de América, para explicar que la naturaleza de este encuentro hizo que los invasores españoles, al estar constituidos en un grupo social y racialmente más sólido, pudieron imponerse sobre una población que ante todo se caracterizaba por su diversidad y enorme movilidad.

⁵ *Ibidem*, p. 230.

De tal suerte, durante la Colonia la población fue estratificada dando lugar a grupos y subgrupos muy disímolos, pues cada estrato o capa era en realidad una casta. Con el triunfo del movimiento de Independencia y, décadas después, con la instauración de gobiernos republicanos, se pretendió abatir tal estado de cosas mediante la promulgación de leyes y medidas que atenuaran las diferencias o que al menos confundieran los límites que separaban entre sí a los mexicanos. Pero consumar una empresa tan ambiciosa ameritaba acciones que no sólo se redujeran al ámbito constitucional, pues en el seno de la sociedad, aún eran vigentes grupos y principios del todo estamentales.

Por ejemplo, una división fundamental se mantenía entre extranjeros y criollos, ya que en los mestizos e indígenas sólo se pensaba cuando había que dar cuerpo a la base social. Lo curioso para Andrés Molina Enríquez es que justo aquí, se hallaba la célula de lo que más tarde fueron los cuadros dirigentes del porfiriato, pues de los criollos de esos tiempos (entre los que destacaban los criollos nuevos, señores y el clero), así como de los mestizos, derivaron las clases medias que se alimentaron y crecieron para más tarde detentar pequeñas o grandes porciones del poder encabezado por Díaz.

Si bien la sociedad se fue transformando y dando cabida al surgimiento de nuevos grupos, los miembros de las capas superiores todavía creían que los espacios ganados por los sectores medios no guardaban relación con los trabajos que desempeñaban en la administración pública y, afirmaban que “ni el cinco por ciento de ellos era capaz de redactar lógica y sucintamente un informe de una sola página sin cometer faltas ortográficas”, e iban más allá, porque dispensaban, e incluso, comprendían dichas fallas gracias a que “aquéllas no dependían exclusivamente de la voluntad de los individuos, sino de su falta de evolución cerebral.”⁶

La sociedad se encontraba fragmentada y la ascensión o movilidad de los grupos y personas casi siempre estaba condenada al fracaso. Lo más que podían esperar las grandes masas conformadas en su mayoría por indígenas

⁶ Andrés Molina Enríquez, “La población mexicana al final del porfiriato”, en *Antología. México en el siglo XIX*, Lecturas Universitarias, UNAM, 1984, p.181.

que laboraban como soldados, obreros, propietarios comunales, jornaleros y servidumbre, era que los sueldos que lograban percibir en las capitales o cabeceras principales de la República Mexicana fueran un poco más elevados que los pagados en sus lugares de origen. De ahí que Molina Enríquez no dudara en calificar como desproporcionado y contrahecho al cuerpo social, ya que “del tórax hacia arriba es un gigante y del tórax hacia abajo un niño..., peor aún, sus pies se debilitan día a día y en la base de éstos, es decir, donde se ubican los indígenas y jornaleros, la dispersión ha comenzado ya”⁷, a pesar de que el general Díaz había tenido la precaución de fincar su poder en una filosofía (el positivismo) que garantizaba la estabilidad del presente, pero no en igual medida la del futuro.

En realidad las expresiones de inconformidad hacia el gobierno de don Porfirio y sus colaboradores siempre estuvieron latentes, sólo que el presidente tenía la suficiente capacidad para mitigar asonadas y aplastar levantamientos o cuartelazos.

Tal vez fue en los cuadros intelectuales, artísticos y periodísticos donde se dejaron oír voces que expresaban verdaderos síntomas de malestar, siendo el Ateneo de la Juventud el grupo que expresaría con mayor énfasis su ruptura con un sistema cifrado en la impostura y la falsedad, definiéndose como un conjunto de jóvenes dispuestos a rebelarse a la opresión de la cual eran objeto, a través de la lectura y meditación de las obras de autores que la política cultural tenía marginados o asfixiados por considerarlos “profundamente inútiles”. Éstas y otras características han permitido asentar que esta minoría en verdad selecta se separó de la gran masa estudiantil con el propósito de conocer y respirar los beneficios de una cultura más amplia y variada.

Para lograr su objetivo, los ateneístas primero intentaron fusionar las ideas de los clásicos del pensamiento humano, como Aristóteles (384-322 a. de J. C.) y Sócrates (470-399 a. de J. C.), con las tradiciones hispanoamericanas y vernáculas, así como el misticismo oriental con las literaturas locales, pues creían que en ellas se hallaba un bagaje enorme de ideas, historias y

⁷ *Ibidem*, p. 186.

costumbres que habían sobrevivido a los embates de la conquista para diferenciar a nuestra civilización de las otras del mundo.

Es conveniente señalar que en el ámbito académico del porfiriato también hubo quienes percibían que los planes de estudio formaban visiones anquilosadas y relativas acerca del pensamiento humano. Uno de esos docentes “antipositivistas” fue don Justo Sierra Méndez (1848-1912), hombre que reconoció sin reparos haber pertenecido a una generación educada en la impostura, producto de una rutina pedagógica. Por ello, promovió con todas sus fuerzas la creación de mecanismos que evitaran la reproducción futura de generaciones similares a la suya.

Integrado por José Vasconcelos (1882-1959), Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), Antonio Caso (1898-1970), Julio Torri (1889-1970), Luis G. Urbina (1868-1934) y Alfonso Reyes (1889-1934), el Ateneo de la Juventud fue fundado formalmente con motivo de los festejos que conmemorarían el primer centenario de la Independencia mexicana.

Organizados en pequeños cenáculos, los ateneístas pronto defendieron la relatividad del conocimiento científico arguyendo que era urgente emprender la exploración y análisis de pensadores tan diversos en corrientes, géneros y nacionalidades como Emmanuel Kant (1724-1804), Henri Bergson (1859-1941), Wilhelm Wundt (1832-1920), Arthur Schopenhauer (1788-1860), Friederich Schiller (1759-1905), Oscar Wilde (1854-1900), Marcelino Menéndez y Pelayo (1859-1912), Friederich Nietzsche (1844-1900), Raymond Poincaré (1860-1934), Wilhelm Friederich Hegel (1770-1831) y Benedetto Croce (1866-1952).

El anhelo de liberación espiritual se tradujo entonces en la adopción de un programa que pugnaba por romper las formas enajenantes y retraer la cultura a la vida para fincarla de nuevo en la tradición y en la realidad nacionales, porque estos jóvenes suponían que cuando las estructuras políticas y sociales perdían su capacidad de movimiento podían ocurrir dos cosas: 1) la inmersión de la sociedad en un Estado despótico (cosa que ya había ocurrido) y, 2) la destrucción de las ataduras que la oprimen mediante un salto brusco en el que

el pueblo se percata de su realidad y su fuerza (fenómeno que iba a encauzarse en el estallido revolucionario de 1910).

El sueño porfiriano de un México próspero y rico ocupando un lugar preponderante en el “concierto de las naciones” pronto se vio empañado por la súbita presencia de un pueblo que exigía formas de vida justas y dignas. No obstante, para otros sectores de la población, la inminente insurrección popular no era más que una nueva prueba para el régimen de Díaz, volcando sobre él una confianza que rebasaba e ignoraba la magnitud de los problemas vividos a lo largo y ancho del país.

De esta forma, numerosos grupos vieron imposible la fractura del régimen y, menos aún, la caída del presidente, pues para cientos de funcionarios, militares, profesionistas y trabajadores, el bienestar prodigado por el gobierno de don Porfirio se tradujo en la estabilidad que fincó buenas esperanzas respecto al futuro.

Ajenas a lo que se gestaba y seguras de que nada perturbaría el transcurso de la vida diaria, familias enteras se entregaban al disfrute de los salones de té, las tertulias, los espectáculos teatrales, las vistas cinematográficas, los paseos en automóvil, las caminatas por las nuevas y embellecidas calles de la capital, etcétera, inoculando en sus miembros un sentimiento de euforia difícil de mitigar. Por ello, muchos de los hombres, mujeres y niños que vivieron esta etapa alimentaron su memoria con momentos y añoranzas de una época que siempre consideraron “bella y dorada”.

Por ejemplo, para el niño de seis años que en 1910 era Salvador Novo este hálito postrero de la vida porfiriana se convirtió en un recuerdo “si no prenatal, sí kindergatenesco”⁸ que le dio la oportunidad de evocar y recrear en el tiempo, un pasado en el que coexistían la figura del flamante Justo Sierra (ministro de Educación) otorgándole un diploma a él y otros pequeños en el Teatro Arbeu por una fiesta de fin de cursos, y las imágenes de un México

⁸ Así lo califica el autor en una entrevista concedida a Carlos Monsiváis el 7 de septiembre de 1967 con motivo de un homenaje en su honor realizado en el Museo de la Ciudad de México. La charla está publicada en el libro *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, México, Era, 2000, pp. 188-192.

violento que más tarde le obligaron a salir de la capital con sus padres para dirigirse a varias ciudades norteñas, principalmente Torreón, en Coahuila y, Ciudad Jiménez, en el estado de Chihuahua, con la intención de evitar los despojos que las hordas revolucionarias empezaban a infligir a la “gente acomodada”.

Con todo, a Novo le tocó sufrir los avatares, pero también los beneficios de un tiempo en el que el país y buena parte del mundo se apresuraban a vivir experiencias en absoluto nuevas y reformadoras. El planeta y sus conflictos político territoriales (como la pérdida de las últimas posesiones imperiales de España en el Pacífico, la avanzada de los poderíos alemán y estadounidense, y el acostumbrado predominio inglés) estuvieron acompañados por un deseo de renovación que no sólo se evidenciaba en el levantamiento de urbes arquitectónicamente pretenciosas y cosmopolitas, sino en el cambio de ideas, creencias, aspiraciones y, sobre todo, mentalidades que invitaban a observar, reflejar y analizar lo que ocurría en el mundo exterior, al mismo tiempo que se llamaba a mirar al interior para descubrir formas e impresiones nunca antes manifestadas con libertad.

Al menos así lo demuestran movimientos literarios y culturales como el modernismo que, aun cuando había surgido en nuestro país hacia 1875, en los últimos cuatro años del XIX, logró generar una onda expansiva cuyo punto más alto fue la divulgación de los volúmenes, *Prosas profanas* y *Los raros*, del poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916). Pero, autores nacionales como Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Amado Nervo (1870-1919), José Juan Tablada (1871-1945) y Enrique González Martínez (1871-1952) también habían expresado su deseo de revigorizar a las letras mexicanas mediante el empleo de formas novedosas, elaboradas y distintas. De ahí que rechazaran lo español para explorar otras corrientes de origen europeo tales como el parnasianismo y el simbolismo franceses. Sin embargo, esta “puesta hacia fuera” estuvo matizada por un individualismo que los alejó de las otras facetas que integraban el universo social. Por lo que en ellos se hicieron presentes el absentismo y el

apolitismo, ya que su verdadero interés radicaba (como en otros muchos exponentes literarios) en el cultivo exclusivo de temas que enriquecieran al arte.

La intención por andar nuevos caminos tuvo en ellos como fuente de inspiración a “los extraños” Teophile Gautier (1811-1872), Charles Leconte de Lisle (1818-1894), José María de Heredia (1842-1905), Edgar Allan Poe (1809-1849), Stéphane Mallarmé (1842-1898), Arthur Rimbaud (1854-1891), Paul Verlaine (1844-1896) y Gabriel D’Anunzio (1863-1938).

Esta predilección pronto empezó a agotarse y los modernistas volvieron sus ojos hacia lo americano para cantar a los ríos y montañas, a la exuberancia de las grandes extensiones del continente, provocando que esta nueva inclinación los hiciera transitorios en el gusto de los lectores, ya que según ellos, los creadores no se interesaban por los hombres y mujeres de la América Latina, en sus virtudes, sus problemas o sus realidades.

Por su parte, diversos especialistas literarios reconocen dos momentos en el modernismo. El primero, se distingue por un ímpetu hacia la forma y, el segundo, por cuestionar el fetichismo que aquélla había originado.

Más allá de ánimos revisionistas, se puede afirmar que los partidarios de esta corriente, aparte de “servir a los sentidos” y depurar las formas, tuvieron el acierto inédito de asomarse sin prejuicios a otras culturas e intentar comunicarse con ellas para asimilar los rasgos o elementos que contribuyeran al desarrollo espiritual de los pueblos de América. De hecho, esta apertura fue la consigna de los grupos de avanzada en los años posteriores, además de llevar en sí misma el germen de una actitud de fin de siglo fincada en el compromiso de ejercer sin cortapisas la libertad intelectual y artística.

“Escribir para la época”, “comprometerse contra el compromiso” o “el hombre es sólo su libertad” son algunas de las frases que alumbraron la vida y obra de los escritores finiseculares que a su vez estaban decididos a “comparecer” ante la naciente época con la única arma que les brindaba su conciencia y su sentido crítico. Por ello, todos los que nacieron o vivieron en el período de entre siglos, de alguna u otra forma, experimentaron la necesidad de

encararse con su tiempo para participar en las transformaciones que en muchos sentidos ya eran irreversibles.

México, no pudo sustraerse a este contexto, y aún protagonista de la quimera porfirista se entregó a un proceso en el que las inquietudes políticas, sociales, económicas y culturales terminaron por imprimir un sello de “modernidad” a las viejas estructuras mentales.

Capítulo 1

SALVADOR NOVO Y SU TIEMPO

Treinta de julio de 1904 es la fecha en la que el matrimonio formado por Andrés Novo Blanco y Amelia López Espino recibe al niño que sería su primer y único hijo. Descendiente de comerciantes gallegos avecindados en La Habana, Cuba, Andrés Novo llegó a México para probar suerte en los negocios y establecer aquí su residencia. Lejos estaba de suponer aquel joven que la tranquilidad que se respiraba en la ciudad duraría muy poco tiempo. Cómo pensar en transformaciones radicales si todas las actividades desarrolladas en la capital sólo advertían su pujanza.

En las calles, por ejemplo, la bicicleta desplazaba a las carretas tiradas por caballos; la aparición del tranvía como transporte urbano hacía que la gente se amotinara para abordar “los vehículos que aceleraban el ritmo de la vida”. Por si esto fuera poco, la ampliación de las redes eléctricas permitía que en las casas la luz alumbrara de día y de noche, así como en las calles los grandes faroles, mientras que el telégrafo facilitaba en instantes la comunicación con lugares antes considerados muy lejanos.

Las diversiones también se modificaban, ya que el cinematógrafo, llegado desde 1896, había logrado imponerse como el espectáculo de mayor arrastre en el gusto popular, rebasando con mucho, la fascinación otrora ejercida por la ópera y las puestas en escena. La novedosa atracción que costaba 5 centavos, y no 5 pesos como el teatro, y de la cual la sociedad porfiriana se sentía orgullosa, por haber sido México uno de los países a los que llegó primero, no exigía vestirse de rigurosa etiqueta, a pesar de que con ello se rompiera el monopolio de la elegancia ostentado por las damas y los caballeros de la época, atrayendo en su lugar a verdaderas turbas de mal vestidos y desarrapados.

La moral en turno censuró de inmediato a este “vulgar público”, pues consideraba que los asistentes a los establecimientos donde se proyectaban cintas de unos cuantos minutos, relajaban ferozmente las buenas costumbres

debido a que la oscuridad era vista como “la virtual cómplice de la lascivia y la indecencia”.

La animadversión al cine se reforzó con las declaraciones que “autoridades en arte y ciencia” vertían a la opinión pública. Al respecto, el investigador Aurelio de los Reyes en su obra, *Cine y Sociedad en México, 1896-1930*, consigna que los médicos afirmaban sin reservas que el invento francés producía daños a la vista, en tanto que los críticos vaticinaban que causaría la muerte del teatro en particular y la del arte en general, pues el gusto había comenzado a homogeneizarse a partir de los estratos más bajos.

El entusiasmo capitalino también se vio complementado con la inauguración de un sistema de drenaje moderno que bombeaba, desde Santa Fe, Río Hondo y Xochimilco, cantidades extraordinarias de agua a la ciudad, al tiempo que expulsaba fuera de la cuenca los materiales de desecho y aguas negras.

Es importante mencionar que gran parte de las obras públicas fueron otorgadas a diversos contratistas, por lo que el aspecto urbano fue objeto de una confluencia de variados estilos y tendencias que no lograron perturbar la predilección de las elites por todo aquello que fuera francés, haciendo de sus modos de vida una referencia obligada de la ensoñación parisina.

Contrario a lo que la gente acomodada hubiera deseado, al lado de sus “ambientes exquisitos” se abrían paso personajes y comportamientos que por su marginalidad habían sido disimulados o, en el peor de los casos, completamente anulados. Las casas de citas, semejantes a las que describiera el escritor y diplomático Federico Gamboa (1864-1939) en su novela *Santa*, proliferaron para ser aceptadas como lugares indispensables en el divertimento masculino. Asimismo, costumbres y expresiones populares antes ignoradas, comenzaron a ocupar un lugar en las recreaciones satíricas que de ellas hacía la literatura y el periodismo, dando vida a grupos sociales, en especial medios y bajos, que hasta ese momento no tenían ninguna resonancia pública.

Se asistió entonces a una creciente invasión de lo profano y lo cotidiano que en la estructura de los diarios, se evidenció en su interés “por reflejar el

rostro de los desposeídos y su serie de reclamos”. En la recién formada galería de los “nuevos tipos sociales” destacaron escenarios y caracteres que ya plagaban la ciudad de México imprimiéndole un aspecto y una dinámica diferente a su cultura urbana, animando al periodismo de la época a incluir textos que relataban las celebraciones religiosas, los juegos, los ambientes en las pulquerías, los circos, los bailes y las vivencias prostibularias con la certeza de que estaban documentando los principales rasgos de un relevo acelerado de principios. Si bien es cierto que los cambios se producían sin cesar, también habría que reconocer que valores como el matrimonio y la familia todavía persistían como fundamentos de la sociedad, pero sobre todo como los mejores garantes del equilibrio económico.

Ejemplo de dicha convicción fue la unión entre los padres de Salvador Novo, quienes contrajeron nupcias en 1903 esperando que con las posesiones (las espirituales y, por supuesto, las materiales) que cada uno aportaba disfrutarían de una vida y un futuro confortables.

Después de luchar por abrir mercados a varios productos en Ciudad Victoria, Tamaulipas, Andrés Novo Blanco decidió trasladarse al estado de Zacatecas con el mismo objetivo. No bien establecido en la ciudad conoció a Amelia López Espino, mujer que con 15 años y un breve noviazgo, cambió su vida de manera radical, pues la recia familia de la joven convenció a don Andrés de que una vez concluidos los festejos y su viaje de bodas por Aguascalientes, se dirigieran a la capital para establecer ahí su residencia y buscar mejores oportunidades de trabajo, siendo una casa de la calle Mosqueta, en la colonia Guerrero, el primer hogar del matrimonio, así como el lugar en el que meses más tarde, el niño Salvador -según declaración lúdica del poeta-, “no tuvo otro remedio que nacer”.

La llegada de este mexicano se ubica justo en el momento en que transcurría la sexta reelección de Porfirio Díaz y todavía se disfrutaban las mieles de un progreso “ficticio”⁹ que para dar fe de su existencia, no dudaba en

⁹ Así lo argumenta John Mason Hart en su obra *El México Revolucionario*, al documentar que la deuda interna y externa del país, había llegado en 1904, según estimación conservadora, a los 250 millones de dólares.

permitir, por ejemplo, la ascensión de globos aerostáticos, o los desplantes de cualquier otro espectáculo que demostrara que México participaba de los avances más exitosos de la ciencia y la tecnología.

Es por muchos sabido que Joaquín de la Cantolla y Rico fue uno de los primeros en intentar surcar los cielos de la ciudad de México al mando de un gran “buque aéreo”. Sin embargo, también se conoce que fue un extranjero a bordo de un globo importado por la compañía El Buen Tono, quien finalmente logró viajar por la entonces “región más transparente del aire”:

[...] causó mucho mayor sorpresa y más estupor, que si lo hubieran precedido grandes ‘réclames’. Todo el mundo se aglomeraba en las banquetas, en las plazas, en las alturas, señalando y aplaudiendo al aeronauta que, tranquilo y sonriente, como si fuera gobernando una barquilla en nuestros lagos de Chapultepec, manejaba su admirable vehículo.

Con rapidez vertiginosa marchó entonces a la Plaza de las Armas. Allí dio la casualidad de que el señor presidente de la República saliera de Palacio y se detuvo para ver el curioso espectáculo. Tras una vuelta alrededor de todo el Zócalo, en la cual demostró el aeronauta que manejaba la máquina como un buen jinete maneja un caballo, volvió a tomar la calle de Plateros, cruzó la Alameda, dio una vuelta sobre una casa antigua en el Puente de Alvarado, y llegó hasta Chapultepec. Por la tarde no se hablaba de otra cosa más que del viaje modernista hecho por Hamilton.¹⁰

Por desgracia, este clima de estupor y triunfos no había logrado contagiar la vida de la familia Novo López, ya que el padre se empeñaba en probar varios oficios y negocios (cortador de almacén, carnicerías y sastrerías) que no resultaban nada exitosos. Dicha trayectoria, acompañada de un espíritu tranquilo y moderado, hizo de Andrés Novo al paso de los años, una figura débil ante los

¹⁰ Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México, 1896-1930*, Volumen I, México, UNAM, 1996, p. 98.

ojos de su hijo Salvador, quien en cambio encontró en la imagen materna el vigor y la definición que lo marcarían de por vida. Mi madre, abundó Salvador Novo en su escrito autobiográfico, *La estatua de sal*, “era de carácter sagaz, intuitiva, pendenciera y hombruna”, pues había crecido en un ambiente dominado por su madre, quien a su vez tuvo que educar a una prole de nueve hijos después de haber enviudado. Por lo que no es extraño que llegado su turno, doña Amelia se empeñara en hacer de su hijo un niño simpático y muy educado, leyéndole desde pequeño versos que hacía que Salvador repitiera como prueba de su buen aprendizaje. Por supuesto, en toda esta misión, la apariencia del pequeño también ocupaba un lugar importante, motivando a su joven madre a peinarlo y vestirlo con suma elegancia.

Con un aspecto suave y refinado, comienza a integrarse el álbum del niño cuya primera imagen fue capturada cuando tenía seis meses:

[...] el pequeño lucía rizada cabellera, mejillas con hoyuelos, brazos y pies regordetes; estaba apenas cubierto con una camisita de encaje bordada; guardaba el equilibrio al permanecer sentado y muy atento, sobre una piel de oso extendida de la que surgía una gigantesca concha de cartón.¹¹

Para su cumpleaños número dos las cosas cambiaron y Salvador fue llevado al estudio de un fotógrafo que, de inmediato “despierta su curiosidad al usar una de aquellas viejas cámaras de cortina que, con sorprendente flamazo, intrigaban tanto como la linterna mágica y las siluetas que ésta proyectaba”¹², para lograr de él, además de una inquieta mirada, el esbozo de una ligera sonrisa. Más tarde, en el poema “Retrato de un niño”, Salvador Novo describió la impresión producida por esta placa.

¹¹ Reyna Barrera, *Salvador Novo, navaja de la inteligencia*, México, Plaza y Valdés, 1990, p. 23.

¹² *Ibidem*.

*En este retrato
hay un niño mirándome con ojos grandes;
este niño soy yo
y la fecha: 1906.*

*Es la primera vez que me miré atentamente.
Por supuesto que yo hubiera querido
que ese niño hubiera sido más serio,
con esa mano más serena, con esa sonrisa más fotográfica.*

*Esta retrospectiva no remedia, empero,
lo que el fotógrafo, el cumpleaños,
mi mamá, yo y hasta tal vez la fisiología,
dimos por resultado en 1906.¹³*

Como lo muestra esta pieza, el futuro escritor de apenas nueve años, elaboró un ejercicio de reconocimiento en el cual no pudo evitar expresar el deseo de cómo le hubiera gustado ser o lucir para poder proyectarlo en esa fotografía. Mientras Salvador crece y se incrementan las imágenes de su memoria personal, en las calles de la ciudad de México y, algunas otras de los estados de la República, empiezan a observarse furiosas manifestaciones de trabajadores que exigían condiciones y pagos justos; en tanto que los periódicos no titubeaban en brindar espacios a todas aquellas voces que propugnaban y cuestionaban la permanencia de Díaz en el poder.

Incluso puede afirmarse que en los últimos meses del siglo XIX, el panorama de la prensa nacional se había transformado dejando de lado los elogios y vítores para el presidente. Por ejemplo, en agosto de 1900 ya se contaba con una tradición de impugnaciones contra el régimen. De tal suerte que no sorprendió que en ese mismo año un grupo de liberales potosinos, encabezados por el luchador Camilo Arriaga (1862-1945), iniciaran trabajos para organizar en clubes a todos los opositores a la dictadura del viejo jerarca.

Una vez constituidos en la Confederación de Clubes Liberales, estos hombres alentaron la aparición del famoso semanario *Regeneración*, fundado por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, así como por Antonio Horcasitas. Esta publicación iniciada con el carácter de periódico jurídico

¹³ Salvador Novo, *Poesía*, México, FCE, 1994, p. 61

independiente (pues pretendían fundamentar legalmente la transgresión a la cual estaban siendo sometidas las Leyes de Reforma por el mandatario oaxaqueño), pronto se convirtió en un periódico de combate. Desde luego, este despertar contagió a otros diarios de la República, como a *El Monitor Liberal* de José P. Rivera y José Manuel Villa y a *La Libertad*, en Guadalajara, Jalisco.

Pero ante la osadía de los jóvenes, la mano de Díaz se apresuró a restringir las libertades a través de la modificación en el Congreso de los artículos 6º y 7º constitucionales. De manera que en el país se redujo a tres el número de ciudades (Jalisco, Veracruz y el Distrito Federal) donde podía disfrutarse, muy a regañadientes, de un poco de holgura editorial. De esta manera,

las elecciones de 1900 pasaron en medio del silencio sepulcral que agobiaba al país. Las persecuciones contra la prensa se redoblan y los periodistas son tratados con lujo de severidad. Habiendo denunciado un particular algunos números de *El Hijo del Ahuizote*, se dictó una nueva orden de aprehensión contra el señor Cabrera, a pesar de estar ya retirado del periodismo por haber sufrido tres ataques de congestión cerebral; a trueque de no detenerlo se le comprometió a suprimir el semanario.¹⁴

Pese al clima de abierta represión, para abril de 1902, Ricardo Flores Magón (1873-1922), auxiliado, después de haber estado en prisión, por su hermano Enrique y por sus amigos Evaristo Guillén y Federico Pérez Fernández, se encargó de publicar nuevamente dicho órgano, pero en esta época

la ferocidad del famoso semanario se extremó, y los ataques dirigidos al general Bernardo Reyes, ministro de la guerra, suscitados por la creación de la Segunda Reserva Militar, provocaron la clausura e incautación de la imprenta y una nueva aprehensión de los audaces redactores, quienes,

¹⁴ María del Carmen Ruiz Castañeda, "La prensa durante el porfiriato", en *El periodismo en México, 450 años de historia*, México, UNAM, 1974, pp. 244-245.

por primera vez en la historia de las persecuciones de la prensa mexicana, fueron sujetos a la jurisdicción de un juez militar.¹⁵

Entre los periódicos que también se enfrentaron a la dictadura en la ciudad de México deben citarse *El Colmillo Público* (1904-1906), dirigido por el caricaturista Jesús Martínez Carrión y reemplazado poco después por *La Muela del Juicio*, bajo la dirección de Leonardo R. Pardo; el *Vésper*, de Juana B. Gutiérrez de Mendoza; *Juan Panadero*, de Guadalupe Rojo; *El Campo Libre*, de Carlota Antuna de Borrego y *La voz de Juárez* y *El Insurgente*, de Paulino Martínez.

Como puede notarse, en las postrimerías del siglo XIX y principios del XX los embates políticos volvieron a ocupar las principales páginas de los diarios, fenómeno similar al vivido durante la segunda mitad del convulso período decimonónico, donde el periodismo no sólo era una manifestación de la libertad de expresión, sino una verdadera trinchera para defender ideas y propuestas.

Este cambio notable hizo que junto a las alabanzas proferidas a Díaz (pues contaba con numerosas publicaciones aliadas) se divulgaran las crónicas de las giras realizadas por Francisco I. Madero (1873-1913), quien ya había dado muestras de instrumentar una campaña para competir en las elecciones de 1910 como abanderado del Partido Antirreleccionista.

Considerado por más de uno como apóstol revolucionario, Madero creyó posible vencer en las urnas a don Porfirio debido a la disposición que éste había demostrado, en la famosa entrevista Díaz-Creelman¹⁶, para impulsar un cambio democrático en el país.

Aunque el clima de efervescencia política, en apariencia, no debió haber tenido grandes repercusiones en el mundo de un niño, la vida de Salvador Novo sí se vio afectada, pues se enteraba de los acontecimientos ocurridos en el país

¹⁵ *Ibidem*, p. 245.

¹⁶ Enviado a México por el *Pearson's Magazine*, James Creelman interrogó a Porfirio Díaz acerca de las posibilidades democráticas en México. La entrevista en español fue publicada por *El Imparcial*, generando entre los políticos jóvenes una reacción que los animó a organizarse y concretar el relevo en el poder.

gracias a que ya se había revelado como un lector insaciable de periódicos, semanarios y, por supuesto, de libros.

La noticia del estallido revolucionario no tomó por sorpresa a su familia, como a muchas otras que seguían con alguna regularidad el ritmo de la vida nacional, pues el deseo de cambio, paradójicamente, había sido expresado e impulsado por el mismo Díaz. Por lo menos, eso prueba la serie de argumentos que esgrimió ante el estadounidense, James Creelman, cuando en 1908 el reportero le preguntó si no era riesgoso para la República permanecer en el poder a sabiendas de que “los hombres mueren y las naciones continúan viviendo”.

Fiel a su trato conciliador, el militar oaxaqueño concedió en este punto algo de razón al periodista, pero a su vez señaló que temía que en México no se hubieran plantado las raíces de la democracia, por lo que su deber como depositario de la confianza del pueblo era seguir encabezando la marcha que llevaría a los mexicanos a la consumación de su madurez política, y remató diciendo:

He esperado pacientemente porque llegue el día en el que el pueblo de la República Mexicana esté preparado para escoger y cambiar a sus gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas, sin lesionar el crédito nacional y sin interferir con el progreso del país. Creo que finalmente ese día ha llegado.¹⁷

La recepción entusiasta de los jóvenes políticos (que en el fondo representaban a una generación carente de oportunidades) después de conocer estas palabras no se hizo esperar, pues confiaban -entre ellos, el mismo Madero- en que el gobernante septuagenario abriría los canales a un relevo pacífico del poder, aunque su actitud había dado muestras de lo contrario al suprimir cualquier esfuerzo de los incipientes y débiles partidos de oposición.

¹⁷ Álvaro Matute, “Entrevista Díaz-Creelman 1908”, en *México en el siglo XIX*, México, UNAM, 1984, p. 357.

No obstante, la buena disposición de Porfirio Díaz se vio reforzada cuando comentó que:

el país ha confiado en mí, como ya dije, y ha sido generoso conmigo. Mis amigos han alabado mis méritos y pasado por alto mis defectos. Pero pudiera ser que no trataran tan generosamente a mi sucesor y que éste llegara a necesitar mi consejo y mi apoyo; es por eso que deseo estar todavía vivo cuando él asuma el cargo y así poder ayudarlo... Es para mí bastante recompensa ver a México elevarse y sobresalir entre las naciones pacíficas y útiles. No tengo deseos de continuar en la presidencia, si ya esta nación está lista para una vida de libertad definitiva.¹⁸

Como múltiples historiadores lo han señalado, en el discurso del presidente se evidenció una estrategia que hasta el momento le había funcionado perfectamente, es decir, la de conquistar a la opinión pública con su conducta llena de moderaciones y siempre caracterizada por “buscar el bien del país”.

Al respecto, el escritor Emilio Rabasa (1856-1930) explica en su ensayo, *La evolución Histórica de México* aparecido en 1920, que el general Díaz se mantuvo en el poder gracias a “la complicidad del espíritu público”, que pocas veces se detenía a pensar qué tanta dosis de verdad contenían las palabras de un hombre que no se cansaba de burlar su eterna promesa de renovación.

Treinta y cuatro años de paz fueron el mayor acierto de Díaz, pues con su “política estabilizadora” logró la más absoluta de las tranquilidades con la aquiescencia de un pueblo que no se atrevía a orquestar ningún tipo de rebeldía, entre otras cosas, porque sabía de las reacciones violentas del gobierno. Sin embargo, para otros la verdadera derrota del dictador radicó no en su incapacidad para detener la bomba de tiempo que había echado andar Madero en 1910, sino en la imposibilidad de conservar a dicha opinión pública en un estado compacto y uniforme. De ahí que el autor chiapaneco haya asegurado

también en su texto, que este gobierno no acabó por destrucción, sino por “desgaste o consumación de la materia activa”.

Como haya sido, la inminencia de las elecciones de 1910, acompañadas de protestas provenientes de todos los flancos, fueron eclipsadas por las fiestas del Centenario que conmemoraban el inicio de la insurgencia en 1810, haciendo que de pronto los periódicos cambiaran su tono y atiborrraran sus páginas con artículos que enaltecían las tres décadas de paz gracias a las cuales México figuraba ya en el grupo de las naciones “cultas y civilizadas”. Además, se consideraba que con la divulgación de toda esta apoteosis se despertaba el interés de los inversionistas extranjeros para confiar sus capitales en una tierra muy prometedora.

Por ello, se invitó a todos los países que mantenían relaciones amistosas con México a que “enviaran embajadas especiales para estrechar sus lazos de unión”. La convocatoria encontró eco y una respuesta inmejorable, ya que las naciones se empeñaron en “lucirse” con el obsequio que darían a su anfitrión como prueba de su fraternidad. Sin ir más lejos,

la colonia otomana regaló un reloj; China, el ajuar necesario para un pabellón oriental en el Castillo de Chapultepec; la colonia china envió cinco mil pesos con los que podría construirse ‘una columna para reloj o una fuente con dragones... para dejar de esa manera, por largos años, su participación en el Centenario, prescindiendo de hacer una fiesta que no deje recuerdo imperecedero’. Estados Unidos donó una Estatua de Washington, España devolvería reliquias históricas, además de patrocinar una exposición de pintura. Francia levantaría una estatua a Pasteur, Italia una de Garibaldi, Japón una exposición de arte e industria.¹⁹

Desde luego, la ciudad fue el principal escenario de tan regias actividades, por lo que se giró la orden de limpiarla y adornarla con

¹⁸ *Ibidem*, pp. 359-360.

¹⁹ Aurelio de los Reyes, *op. cit.*, p. 101.

innumerables focos de colores. Por su parte, el gobernador de la ciudad de México, don Guillermo de Landa y Escandón, exigió que fueran desterrados del panorama ciudadano “los vagos y mendigos”, pues ante la concurrencia de ciudadanos de todo el mundo era necesario ocultar a la prole de niños y ancianos que aún deambulaban por las calles despertando la compasión de los transeúntes.

El día de la celebración llegó y los eventos fueron plasmados no sólo en placas fotográficas sino en tiras de celuloide que más tarde dieron cuenta del esplendor y el arrobo vivido por el grupo gobernante, pues

la conciencia visual de los fotógrafos permitió que los festejos quedaran minuciosamente inventariados en películas, en los semanarios ilustrados y en las publicaciones hechas al efecto: *Crónica Oficial de las fiestas del Centenario y México en el Centenario de su Independencia*.²⁰

Todo el frenesí se atemperó cuando el 27 de septiembre de 1910, la Cámara de Diputados, declaró reelecto a Porfirio Díaz como presidente y a Ramón Corral (1854-1912), como titular de la vicepresidencia, empujando a Francisco I. Madero (hecho prisionero en la ciudad de Monterrey el 5 de junio) a organizar desde Estados Unidos la estrategia a seguir contra la dictadura.

Una serie de pactos y acuerdos concertados con varios grupos disidentes, así como la expedición del Plan de San Luis fueron el resultado inmediato de las medidas adoptadas por el político coahuilense, quien también declaró nulos los comicios y dictó como ley suprema la no reelección, convocando a un levantamiento general el día 20 de noviembre de 1910.

Seguro de que nada escapaba a su control, soldados y policías enviados por las autoridades bajo las órdenes de Porfirio Díaz, atacaron la casa de los hermanos Serdán, grupo conspirador que operaba en el estado de Puebla y que Madero había conocido en Estados Unidos.

²⁰ *Ibidem*, p. 103.

Convencidos de que era momento de derrocar al gobierno tirano, Madero y los Serdán pactaron que serían estos últimos los que estallaran la revolución en su entidad, utilizando su casa ubicada en la calle de Santa Clara como centro de operaciones y bodega de armas. Pero para el 18 de noviembre de 1910, su plan había quedado al descubierto, obligando a los hermanos y a sus partidarios a oponer resistencia durante varias horas, antes que dimitir y entregar la casa, el armamento y su propia libertad. El acecho terminó con la trágica muerte de Aquiles Serdán (1876-1910), quien a pesar de haberse escondido en el sótano del inmueble fue sorprendido y asesinado con un tiro en el cráneo y otro en la sien.

De acuerdo con un principio que el general Díaz procuró poner siempre en práctica (es decir, “hacer entender a la gente con el ejemplo”), el cadáver de Serdán fue exhibido con la autorización de Mucio P. Martínez, gobernador de Puebla, como una muestra contundente a ojos de todos aquellos que pretendieran imitar sus pasos.

Para varios especialistas esta represión marca el inicio formal de la revolución mexicana, pues después de ésta, se produjeron revueltas en Chihuahua que más tarde fueron fortalecidas con el levantamiento de Ricardo Flores Magón en Baja California (30 de enero de 1911), mientras que por otro lado, el gobierno estadounidense reaccionaba con la movilización de soldados en la frontera y el envío de unidades navales al Golfo de México y al Océano Pacífico.

Los apologistas del régimen de don Porfirio consideran que esta orden del presidente norteamericano William Howard Taft (1857-1930) fue la que en realidad precipitó la salida de Díaz del poder, pues con todo y sus debilidades, el anciano militar todavía encabezaba un ejército capaz de aplastar a los rebeldes. No obstante, el miedo a una inminente invasión estadounidense primero, y la avanzada de los revolucionarios por todo el norte y el sur del país, después, contribuyeron a que el general oaxaqueño decidiera presentar el 25 de mayo de 1911 su renuncia a la presidencia de la República (con previa deserción de su gabinete el 24 de marzo) para embarcarse seis días después, en el puerto de

Veracruz, en el trasatlántico *Ypiranga*, rumbo al continente europeo donde viviría el destierro que se prolongó hasta el día de su muerte ocurrida el 2 de julio de 1915.

1.1 Infancia y adolescencia (1911-1917).

En este contexto de clara agitación y nerviosismo político, Porfirio Díaz no fue el único en salir de la ciudad de México, ya que víctima también de grandes temores, el jefe de la familia Novo López pensó que lo mejor para ellos era mudarse a una de las regiones que, en el transcurso de la lucha, se convertiría en el telón de fondo más activo de la revolución.

Don Andrés Novo se trasladó en 1911 a la capital del estado de Chihuahua convencido de encontrar ahí un lugar que les procurara a su esposa e hijo un remanso contra las asperezas revolucionarias. Lejos estaba de suponer que conducía a su familia a una de las zonas que atestiguó con mayor furor algunos de los episodios más violentos de la guerra, así como la urdimbre de las decisiones políticas de mayor impacto de la revolución mexicana, por ejemplo, el convenio de Ciudad Juárez, cuyo resultado fue la designación del señor Francisco León de la Barra para cubrir el interinato presidencial tras la salida de Díaz y la llegada de Madero prevista para el 6 de noviembre de 1911.

Más presa del pánico que de la comprensión de los acontecimientos, don Andrés Novo alimentó la esperanza de que en esta entidad encontraría buenas oportunidades de trabajo y de vida. Por fortuna, el hombre pronto obtuvo un empleo en la tienda de abarrotes de su hermano José Novo. Este tío fue capturado en la memoria de Salvador como “un hombre de grandes bigotes, mayor que su padre, pero menos rubio que él”.

Pese a las expectativas, los negocios de los Novo avanzaron lentamente, pues no podía generarse la bonanza en medio del enfrentamiento y, menos cuando Chihuahua compartía con estados como Nuevo León, Coahuila, Durango y Tamaulipas condiciones desesperantes debido a la sequía que, desde 1908, afectaba sus cosechas de maíz y a su ganado.

Los días pasaban lentos y tanto la vida de Salvador como la de su madre transcurrió acompañada por una monotonía que puso a prueba su carácter. Como el mismo Novo lo rememorara más tarde en su autobiografía:

desplazados de la familia, tardábamos en adaptarnos a aquella vida como provisional, pionera, cuyas dificultades sin duda desafiaban a mi padre y le estimulaban a luchar, sin que hallara nunca en mi madre una colaboración.²¹

La actitud de doña Amelia, añadió el autor

era de un mudo y duro reproche para un hombre de quien había esperado que en precio de su notoria diferencia de edad, la hubiera colmado de comodidades y riquezas, sin dar ella más nada que su tolerancia sin resignación. Frente a la pobre salud de mi padre, a la que se debe sin duda mi singularidad filial, mi madre se plantaba en la vida a sus tempranos veintes con una firmeza hosca, con una certeza de supervivencia que fincaba en su robustez.²²

De esta manera, contando apenas con siete años, el pequeño Salvador descubrió casi de forma inevitable una dinámica familiar y un paisaje por completo diferente, pues en contraste con la ciudad de México, Chihuahua se le reveló como un lugar inhóspito y demasiado ingrato para con sus aficiones literarias y sus aspiraciones amistosas.

Las primeras fueron las que resultaron más lesionadas, pues a sabiendas de que en su nuevo hogar le faltarían diarios, Salvador hizo prometer a su tía María (hermana de doña Amelia) que le enviaría puntualmente todos los suplementos dominicales de los periódicos capitalinos, así como todos los libros que pudieran parecerle interesantes.

²¹ Salvador Novo, *La estatua de sal*, México, Conaculta, 1998, p. 49.

²² *Ibidem*.

Respetuosa del pacto acordado en la estación de ferrocarriles de Buena Vista, María López Espino remitió sin demora todo el material solicitado por su sobrino, quien una vez instalado con sus padres en una casa de la zona centro de Chihuahua, tuvo que asistir a la escuela porque las enseñanzas prodigadas en el hogar comenzaban a ser insuficientes e inadecuadas.

Novo acudió entonces a un colegio anexo del Instituto del estado, sin tener de ese período otra huella que la imagen difusa de algunas amistades, el recuerdo del aspecto físico del lugar, así como de los inclementes fríos que aquejaban a los habitantes de la ciudad, cristalizando en hilos el agua de las llaves, o bien transformando los cuerpos de algunos perros en verdaderas estatuas.

Cuando por fin la vida parecía tomar un ritmo normal y más sosegado, la familia Novo de nuevo se involucró en un cambio de residencia. Esta ocasión, don Andrés decidió guiar sus destinos a otra localidad de Chihuahua llamada Ciudad Jiménez. De este lugar, Salvador Novo llegó a comentar:

Me gustaba mucho ese pueblecito. Disfrutaba sus tardes de lluvia, que dejaban limpios y verdes los árboles de la calzada que llevaba a la estación del ferrocarril, y que formaban grandes charcos en que empezaban a criarse las ranas que noches después croarían interminablemente.²³

La familia Novo tuvo entonces por hogar un inmueble antiguo y muy grande, pues una vez concluida la jornada de trabajo en la “Casa Russek”, (un importante almacén), don Andrés recorría cada habitación con linterna en mano para asegurarse de que todas las puertas y ventanas estuvieran bien cerradas. Respecto a las dimensiones del lugar Novo aseguró:

La casa que habitábamos era enorme. Daba a tres calles. Dos o tres grandes cuartos separados por un amplio zaguán miraban a una; hacían esquina y daban vuelta, con más habitaciones, a otra calle. Luego la

casa trazaba un ángulo con el gran comedor, que remataba en otra especie de zaguán que llevaba a la cocina y encaminaba a los corrales cuya puerta daba a la calle paralela a la del frente de la casa. El patio central de la parte principal de la casa, al que daban todas las habitaciones, tenía un brocal de pozo cerca del comedor, y un jardincillo rústico, que prosperaba sin cuidado en aquel clima agradable y fecundo. Mi padre me instaló un gran columpio en el centro de ese jardín; y cuando no me divertía con los animales del corral, los borregos, los cerdos, las gallinas por las cuales mi madre empezó a mostrar alguna condescendiente afición, mientras la vida plácida la engordaba, disfrutaba yo largas horas de aquel columpio.²⁴

De esos días, Salvador Novo también conservó la imagen de los paseos dominicales al lado de su padre y las tardes en las que se entregaba a descubrir el misterio de la creación observando “cómo por breves instantes se abrían las flores en los jardines”, se unían las golondrinas en sus nidos o los renacuajos se agitaban en los charcos.

También hubo en Ciudad Jiménez otro espectáculo que capturó vivamente el interés del niño, ya que después de caminar y tomar una limonada amparados en el ocio de provincia, él y sus padres compraban boletos para entrar a ver las funciones de teatro, entre las cuales destacaron montajes como *Flor de un día*, *Levantar muertos*, *Espinas de una flor* o *Chateaux Margaux*.

Fue en esta época cuando Salvador Novo fijó el nacimiento de su pasión por un arte que logró deslumbrarlo a lo largo de toda su vida. Para el infante de entonces, y para el joven y hombre maduro de años después, las representaciones en escena implicaron el descubrimiento de un misterioso desdoblamiento que multiplicaba en dos o más a los seres. Por lo que, la actuación le significó la posesión de una virtud camaleónica, es decir, la cualidad de acceder a un universo de transformaciones infinitas.

²³ *Ibidem*, p. 52.

²⁴ *Ibidem*, p. 50.

Los actores, las actrices, sus ropas, las escenografías y las historias encarnadas por ellos, despertaron emociones tan insospechadas en el chiquillo, que un día, al radicar ya en Torreón, Coahuila, consideró la posibilidad de escaparse con los integrantes de una compañía de teatro infantil que realizaba presentaciones en la Carpa Pathé del centro de esa ciudad. Aunque Salvador Novo guardó con nitidez todas estas experiencias, su memoria no era tan fiel al momento de precisar sus andanzas escolares en Ciudad Jiménez.

Lo único que podía recuperar con certeza era el hecho de haber asistido a dos escuelas del pueblo, una pública y la otra privada, el Colegio de las señoritas Rentería, donde había retomado sus estudios primarios, pues a pesar de haber cursado tercer año en Chihuahua, sus padres lo volvieron a inscribir en este grado. Quizá ocurrió, aseveró Novo, que “la Revolución, entonces en pleno auge, cerraba con frecuencia las escuelas, y era por eso que las particulares recogían temporalmente a los chicos.”²⁵

Sin importar el orden cronológico de los colegios, el poeta asentó que en el “local doméstico de las Rentería” aprendió a dibujar cruces adornadas con nomeolvides, así como algunos principios elementales de la doctrina católica. Por su parte, el ambiente de la escuela oficial le molestaba, porque a ella “asistían niños pobres y descalzos a los cuales se dirigía un profesor en igual medida pobre y desaliñado”.

Pese a las dificultades, Novo pudo lidiar en esta escuela con otros niños de su edad y poner a prueba sus conocimientos y habilidades. Su formación, casi en su totalidad materna, lo colocó de inmediato en un lugar privilegiado, aunque esto no le atrajo las simpatías de sus compañeros. De hecho, fueron los muchachos de otras familias semejantes a la suya con los que pudo entablar alguna relación no carente de envidias y murmuraciones.

Por ejemplo, los niños de las familias Botello y Gavaldón²⁶ se acercaron a Salvador Novo, pero no con el deseo de fomentar su amistad, sino con el de

²⁵ *Ibidem*, p. 50.

²⁶ Familia a la cual perteneció el cineasta mexicano Roberto Gavaldón Leyva (1909-1986) nacido en Ciudad Jiménez, Chihuahua, en la cual su padre ocupó el cargo de jefe municipal.

iniciarlo en “temas peligrosos y prohibidos”. De los hermanos Botello, confió Novo:

supe que fueron víctimas sexuales de alguien que los había ‘cochado’ – este era el verbo que empleaban– en alguna parte. Desde ese instante fue mayor mi interés en cultivar la amistad del que estaba en mi grupo.²⁷

Aventuras de éste y otro tipo le fueron revelando al pequeño Salvador una condición que lejos de asustarlo alimentaban en él una necesidad de reconocimiento por parte de los demás, debido a que experimentaba un anhelo furioso por ser admirado, querido y amado. El niño vio en “su belleza física” un medio para lograr su objetivo y poco a poco se fue involucrando, según afirmaciones de él mismo, en un proceso que le obligó a “un creciente exhibicionismo y a una mitomanía compensadora”.

Cuando después de varios meses, Salvador Novo sintió que consolidaba su mundo y sus afectos tuvo que acompañar a sus padres en otra mudanza. Ahora, el cambio obedecía a una oferta hecha a su padre por un tío de nombre Francisco, del cual el niño sólo sabía que era hermano de su abuela materna.

Don Francisco Espino gozaba en ese momento de una posición desahogada entre la gente de Torreón, Coahuila, gracias a la fortuna que había logrado hacer tras el éxito de varios negocios. De él, Novo admitió no conocer más que su leyenda, pues cuando la familia en México lo recordaba, lo hacían con reverencia y enorme admiración. El chiquillo pronto tuvo la oportunidad de constatar la verdad o falsedad de este “mito familiar” y, después de tenerlo enfrente, encontró que el tío Francisco

era alto, corpulento, calvo, con grandes ojos saltones. Vivía absolutamente solo. A la muerte de su madre, mi bisabuela, a quien adoraba, el buen hijo se había mostrado excelente hermano de mi prolífica abuela, a quien ayudó en mucho para que se trasladase, viuda, a México, mientras él se aventuraba hacia el norte, y amasaba una

fortuna en transacciones, compra y venta de semillas y de algodón, que su afición por el juego solía derretir. En alguna más reciente época, resolvió dedicarse a construir casas, que empezaba por habitar, y acababa por vender, para edificar una más junto a ésta, y darle el mismo destino.²⁸

En el tiempo que los Novo López radicaron en Chihuahua visitaron a este pariente, dejando un buen recuerdo en Novo por sus demostraciones de cariño y por los regalos que le había hecho, entre ellos, unas curiosas figurillas de ónix (que el escritor conservó hasta su muerte), así como la obra, *Viaje por el Nilo*, que le había dejado elegir de entre los numerosos volúmenes de su biblioteca.

El éxodo continuo de los Novo obedeció, en primer término, al caos social y político inherente a la revolución, pero cabría anotar que incluso en condiciones de paz, era difícil hacer prosperar alguna actividad comercial o productiva en el norte del país.

La feroz pobreza de sus pobladores impidió antes, durante y después del porfiriato, la existencia de un mercado de consumidores que garantizara el equilibrio y el progreso económico, gracias a que el régimen hacendario implementado en toda la nación hizo que los individuos fueran considerados como servidumbre, sin derechos ni posesiones.

Como lo analiza el historiador John Mason Hart²⁹ en su obra, *El México Revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, el gobierno de Díaz, sin duda atrajo al país la inversión de numerosos capitales, diversificó ramas comerciales, dotó a la nación de infraestructura y transportes, intensificó el comercio exterior y fortaleció algunos sectores industriales. Pero, su mayor error consistió en que esa derrama de dinero, exportación de materias primas e incremento en la productividad no generaron las fuentes de trabajo para los hombres que estaban siendo desplazados del campo a las ciudades, y mucho

²⁷ En *La estatua de sal*, p. 51.

²⁸ *Ibidem*, p. 54.

²⁹ Catedrático estadounidense especializado en historia moderna de México. Autor de otros títulos como *Los anarquistas mexicanos* (1974) y *Anarquismo y clases trabajadoras mexicanas* (1978).

menos tuvo la capacidad de crear oportunidades para la gente que empezaba a engrosar la incipiente clase urbana. Nada importó –afirma el investigador estadounidense- que aumentara el número de ferrocarriles, las comunicaciones, la banca, la minería, el petróleo y la agricultura comercial, puesto que en las ciudades de provincia las perspectivas eran oscuras.

Si los Novo López pudieron sobrevivir durante estos aciagos años fue porque disfrutaban de cierto patrimonio y los miembros de la familia se unían y se apoyaban cuando alguien lo necesitaba. Aunque Salvador y sus padres llegaron directamente a la casa del tío Francisco, pasado el tiempo, decidieron que había llegado el momento de tener un hogar propio, por lo que eligieron una casona ubicada en la Alameda de la ciudad de Torreón, un rumbo que por entonces permanecía despoblado y solitario. La residencia en este lugar fue muy breve debido a que los constantes disturbios, combates, balaceras y saqueos persuadieron tanto a los padres de Salvador Novo como al tío Francisco de que todos estarían más seguros si permanecían juntos.

De acuerdo con lo dispuesto, el reloj marcaba las dos de la tarde cuando carros cargados con los muebles y objetos de los Novo llegaron a la calle Ramón Corona, número 415, en pleno centro de Torreón, al tiempo que la localidad era ocupada por miembros de la División del Norte que avanzaban sin cesar por sus calles tras once días de acecho y combates violentos.

A propósito de estos hechos, los estudiosos y biógrafos de Francisco Villa (1878-1923), refieren que la toma de Torreón fue una de las batallas más sangrientas protagonizadas por su ejército, porque en ella hubo miles de muertos y heridos, así como la representación de escenas de hambre, fusilamientos, violaciones, pillaje, encarcelamientos, vejaciones, secuestros, borracheras y escándalos que, de alguna manera, resquebrajaron la idealización que hasta entonces se había hecho del movimiento armado.

Estos forajidos, como siempre los denominaría Salvador Novo, debieron intrigarse con el movimiento generado por la mudanza, pues so pretexto de estar buscando a un federal llamaron con violencia a la puerta de su nueva casa. Fue doña Amelia quien los atendió y les informó que en ese lugar no estaba ni vivía

ningún federal, pero seguramente los villistas no creyeron en sus palabras y apenas avizoraron al tío Francisco gritaron, “¡éste es!” y, sin demora, dispararon contra él. En un rápido movimiento, Francisco Espino alcanzó a cerrar la puerta para poder saltar, acompañado de don Andrés, a una de las casas contiguas, pero la escapatoria no tuvo buen término.

Al llegar a la esquina, el tío Francisco y mi padre habían acabado de salir por la casa de la avenida Hidalgo, y corrían por ella. Al verles, los bandidos no aguardaron más. Entre sus alaridos, mi madre y yo alcanzamos a escuchar dos detonaciones, y luego les vimos regresar hasta nosotros, romper la puerta, entrar, comenzar un saqueo en que participaban ávidos todos los habitantes de los jacales inmediatos.³⁰

En medio de la confusión y el horror doña Amelia alcanzó a proteger a su hijo llevándolo a la casa de unos vecinos. A ellos entregó dinero, papeles y las especificaciones del lugar y las personas con las que debía ser enviado Salvador si a ella le sucedía algo. Sólo después de largas horas pudo averiguarse que Andrés Novo seguía vivo, y que el tío Francisco no había corrido con la misma suerte.

El odio que Pancho Villa profesaba hacia los españoles hizo que éste expulsara del país a don Andrés a cambio de no asesinarlo. Para asegurar la salida de este “gachupín”, el general Villa entregó a doña Amelia un salvoconducto del cual Salvador Novo sólo recordaría “su firma asquerosa” y la decisión de su madre de conservarlo como “una curiosidad teratológica”.

Estos episodios cargados de violencia y exabruptos fueron los que siempre acudieron a Novo al momento de expresar sus opiniones sobre la explosión revolucionaria de 1910. Si bien, el escritor conformó una visión clara de las razones por las cuales el pueblo se había levantado en armas, no condescendía, bajo ninguna circunstancia, con los excesos cometidos por los jefes revolucionarios y, menos aún, con los que después se encargaron de construir su apología.

Cabe anotar que la antipatía evidente de Villa por los españoles y, en general por los extranjeros, le facilitó confiscar, en estados como Chihuahua, Durango y Coahuila, grandes extensiones de tierra a propietarios ibéricos que ya para 1913 eran muy débiles. De hecho, para los insurrectos del norte la confiscación de haciendas era tan sólo una de las dos estrategias implementadas para el financiamiento de su guerra, ya que la otra consistía en despojar a las clases altas, sobrevivientes del porfiriato, de todo cuanto poseían.

Las medidas villistas, calificadas no pocas veces de “heterodoxas”, acarrearón grandes problemas a las siguientes administraciones federales, pues para Venustiano Carranza (presidente de México de 1917 a 1920) fue necesario prometer a los dueños de las tierras embargadas que éstas no serían repartidas entre los campesinos (que ya las ocupaban) y que tan pronto como pudiera las devolvería a sus “poseedores originales”.

La fuerza del movimiento armado dio muestras de querer encauzarse desde 1916, ya que el prolongado período de lucha estaba evidenciando sus naturales estragos. Debido a estas consecuencias, diversos sectores revolucionarios acordaron asistir a una Convención Constitucional en el estado de Querétaro y organizar al país mediante la elaboración de leyes que atendieran sus necesidades de igualdad y justicia, pero sobre todo, de estabilidad social y política. El primero de muchos obstáculos fue el de “pacificar ideológicamente” a las diversas facciones, porque de ello dependía la reconciliación y el equilibrio de las diferencias.

Es en este año, donde comienza el período de transición (que culminó en 1924) que habría de conducir a los líderes revolucionarios a la fusión de sus fuerzas, objetivos e intereses, siendo los que abanderaban las “demandas más radicales” (a saber, los zapatistas y villistas) quienes, poco a poco fueron quedando a la zaga del nuevo entramado político.

Como lo argumenta el también catedrático, John Mason Hart, la dotación inmediata de tierras para los campesinos era una exigencia que no cabía en las condiciones del pacto, o mejor dicho, del maridaje que se estaba gestando entre

³⁰ En *La estatua de sal*, p. 56.

las nuevas familias de elite, clases acomodadas del porfiriato que se habían metamorfoseado, y la clase dirigente de amplia base revolucionaria.

Al tiempo que se fraguaban los amarres políticos e ideológicos necesarios, los convencionistas se abocaron a encontrar fórmulas que reactivaran la economía nacional. Como primera salida consideraron la venta de productos al exterior. Y, pese a que la estrategia era adecuada, ésta empezó a consumarse a partir de exportaciones coloniales que, por enésima vez, colocaban a México en el rubro de nación abastecedora de materias primas.

Lejos de recuperarse, la economía marchaba lenta, ya que a la adopción de medidas parciales, se sumó la carestía que dominaba al país debido a la paralización de las haciendas, la ganadería, las minas (cuyos principales yacimientos aún permanecían en poder de empresas extranjeras) y la producción avícola. Ante el panorama, multitudes de campesinos vieron que no tenían otro camino más que el de volver a la tierra y dedicarse al cultivo.

La revolución mexicana tomó entonces nuevos derroteros y logró atenuar las acciones armadas de diversos grupos. Muestra de ello fueron los villistas, pues según lo refirió el mismo Salvador Novo, su padre pudo regresar de su exilio en El Paso, Texas gracias a que los hombres de Francisco Villa se habían marchado de Torreón aflojando la garra de su dominio en todo el norte del país.

El regreso de Andrés Novo Blanco trajo alegría a su familia, pues su esposa e hijo, después de todo lo ocurrido, permanecieron largos días y noches dentro de una casa enorme y desolada. Además de muchos regalos, don Andrés vino cargado de nuevos planes para montar un negocio donde pondría a la venta todas las mercancías compradas en la frontera durante su destierro. Aunque el padre siempre fue para Salvador Novo una presencia poco contundente se sintió feliz de tenerlo otra vez a su lado, porque creía que al fin construirían un hogar donde él iba a ser la figura y centro indiscutible.

Por su ausencia, el señor Novo desconocía la cantidad de centímetros que había crecido su hijo, ya que entre sus obsequios se hallaba “un adorable par de sandalias”, que no obstante su coquetería, ya no se ajustaban a los pies de Salvador. Fue una verdadera lástima para el niño desaprovechar este

presente, disfrutando en su lugar un suéter gris que al lucirlo frente al espejo le daba “una silueta femenina acentuada por sus movimientos”.

Fue en este preciso momento, cuando el chiquillo de gorra y traje de marinerito transitó a la adolescencia que le haría posible verse de otra manera al usar ropa austera y sin demasiada gracia. Quizá por ello, Salvador Novo prefirió empezar a travestirse y cambiar su personalidad cada vez que sus juegos se lo permitían.

Jugaba al teatro en casa con los chicos griegos, y por las noches, insistía en acompañar a las criadas a algún mandado, para salir con ellas a mezclarme entre los ‘pelados’ que se congregaban a escuchar los corridos y las canciones de un ciego que rasgueaba su guitarra para entonarlas. Me encantaba emprender estas excursiones entre la oscuridad de la tarde, calzando zapatos de mi madre, como si desafiara a la gente a descubrir que los llevaba, o como si la invitara a reparar en ello. Una de esas tardes, me hallaba escuchando, en un grupo, el canto del ciego, cuando sentí que algo caliente mojaba mi pierna. Comprendí inmediatamente lo que ocurría: un ‘pelado’ me orinaba. Pero en vez de apartarme, de denunciarlo, de protestar, lo dejé hacer, violentamente sobrecogido por una indescriptible, inédita voluptuosidad.³¹

El crecimiento avivó en Salvador Novo una serie de curiosidades que ya se habían despertado tiempo atrás, pero que no habían alcanzado a expresarse del todo. Las manifestaciones de su sexualidad, como las de cualquier otro joven de su edad, comenzaron a invadirlo.

Toda la avalancha de emociones y descubrimientos se acrecentó con su inscripción al Colegio Modelo para Niñas de Torreón, al cual sólo ingresaban chicas, pero como la Revolución había sumergido en la confusión a todas las escuelas, Novo retomó en este lugar sus estudios, condenado a cursar otra vez el tercer año de primaria. Como él mismo lo consignó, parecía que el destino se empeñaba en que no concluyera este grado.

³¹ *Ibidem*, pp. 57-58.

Las actividades desarrolladas en las aulas del Colegio Modelo tenían que ver con la formación de señoritas “muy dueñas de su hogar”, empeñadas en dominar el arte del bordado, la costura y las enseñanzas de la religión. Salvador fue uno de los escasos niños en la escuela, por lo que, enseguida se rodeó de un nutrido grupo de amigas. Con ellas se sentaba a escuchar las sesiones de historia sagrada que él siempre sabía y comprendía a la perfección.

Consciente de que su único discípulo varón debía tener otro tipo de lecciones, la señorita Inesita, (su maestra), le indicaba a Salvador el material que debía leer, entre el cual existían numerosos cuentos y pasajes de la historia. El esfuerzo por aislar al “hombrecito” de las cosas de mujeres, no evitó que Novo se sintiera atraído por las pláticas y confidencias de las muchachas que hablaban de besos y “secretos novios”. Igual que ellas, Salvador se emocionaba imaginando que algún día un joven pasaría por la calle para verlo bordar, sonreírle o insinuarle su amor.

Inconforme por la separación de las niñas, Novo se percibió como víctima de una discriminación sexual que le resultaba irritante e incomprensible. Para compensar su enojo iba por las tardes a la casa de su amigo Napoleón Rodríguez de la Fuente (uno de los cuatro o cinco niños que representaban en el colegio al “sexo fuerte”) a pasar largas horas disfrutando en el desván que albergaba sombreros y vestidos con los que organizaban una orgía de disfraces. Napo, como siempre lo llamó Salvador Novo, era hijo único y vivía con sus abuelos y tíos. Su madre gozaba de una excelente condición económica gracias a la vasta posesión familiar de haciendas algodoneras que garantizaban el futuro del pequeño.

La buena situación de esta familia evitaba que doña Amelia interfiriera en la amistad de su hijo con este niño. Sin embargo, un día la relación comenzó a disgustar a la madre de Novo. Su antipatía nació a propósito de un comentario indiscreto de Napo, pues no le importó informar en voz alta que “él y Salvador eran los dos afeminados de Torreón”. En ese instante, doña Amelia no supo cómo reaccionar, ya que desconcertada por la singular revelación prefirió acudir a don Andrés para acordar qué iban a hacer con su hijo.

Una buena tanda de golpes fue la solución inmediata. Salvador lloró angustiosamente porque era la primera vez que don Andrés le ponía una mano encima. Además, no alcanzaba a comprender por qué su madre restituía a su esposo una autoridad que por muchos años le había negado con respecto a la educación de su hijo.

Salvador Novo, confesó en sus memorias, que doña Amelia desplazó hacia su amiguito la responsabilidad de su “heterodoxia” frente a la vida e invocó el castigo del padre para poder liberar su

irritación y su deseo de venganza por una revelación sobre mi carácter que expuesta crudamente por Napo en su presencia, asumía el carácter de una publicación intolerable del secreto, que había sido hasta entonces el de nuestra cohesión frente a mi padre y frente al mundo.³²

Concluido el año escolar, la familia de Napoleón decidió enviarlo a estudiar agricultura al Paso, Texas, afectando la relación de los niños, primero, por la distancia y, después, porque en su deseo de separación total, doña Amelia hizo que Salvador escribiera una carta despidiéndose del buen Napo. Conmovido por el acontecimiento, Novo produjo un poema titulado “El amigo ido”, en el cual dice:

*Me escribe Napoleón:
“El colegio es muy grande,
nos levantamos muy temprano,
hablamos únicamente inglés,
te mando un retrato del edificio...”*

*Ya no robaremos juntos dulces
de las alacenas, ni escaparemos
hacia el río para ahogarnos a medias
y pescar sandías sangrientas.*

*Ya voy a presentar sexto año;
después, según todas las probabilidades,
aprenderé todo lo que se deba,*

³² *Ibidem*, p. 57.

*seré médico,
tendré ambiciones, barba, pantalón largo...*

*Pero si tengo un hijo
haré que nunca nadie le enseñe nada.
Quiero que sea tan perezoso y feliz
como a mí no me dejaron mis padres
ni a mis padres mis abuelos
ni a mis abuelos Dios.³³*

Esta nostalgia de Novo por su amigo fue mitigada con la noticia de que muy pronto dos de sus tíos y su abuela, viajarían a Torreón para arreglar los asuntos del intestado tío Francisco.

1.2 Las primeras lecturas y sus principales influencias.

Sin amigos desde la partida de Napo, sin más compañía que la de sus padres, sin diversiones (pues los sitios habían vuelto a la ciudad) y con una tediosa soledad a cuestas, Salvador decidió frecuentar de nuevo las páginas de sus libros. Ahora podía hacerlo sin la menor preocupación, porque entre los bienes del difunto Francisco Espino se encontraba una biblioteca con textos del más diverso signo. Como lo acotara el propio Novo, los libros de su tío eran muchos y heterogéneos. Así que para no complicarse creyó conveniente leerlos en ese mismo desorden.

Primero, sorbió la *Retórica*, de Narciso del Campillo (1835-1900) en donde aprendió las sencillas recetas dadas por el poeta y cuentista español. Sin apenas darse cuenta, una tarde se encontró escribiendo parodias e imitaciones prosísticas de la literatura española del siglo XIX. Con facilidad, reprodujo sonetos, letrillas satíricas y odas que alimentaban en él una jactancia, no exenta de un creciente narcisismo y una delicada vanidad.

Convencido de que la posteridad no debía privarse de una sola migaja de su talento, Salvador Novo consignó estos primeros trabajos en un cuaderno que,

³³ En *Poesía*, p. 71.

más tarde llevaría por título, *Mis primeras poesías* y como año de producción, 1915.

Feliz de que su hijo no saliera a mezclarse con los “pelados” de la calle, doña Amelia López Espino se mostró satisfecha con la nueva afición de Salvador, aunque ésta implicara el encierro y aislamiento de un niño de sólo once años. Sus versos la congratulaban a tal grado que no tardó en experimentar un pequeño, pero firme orgullo. Por su parte, don Andrés buscaba satisfacer y, aun estimular, los gustos literarios de su hijo, así que nunca tuvo reparos en traerle los títulos que le solicitara. Ni siquiera se interesaba en cuestionar la naturaleza de sus lecturas.

No obstante, fue con la obra *El hombre que ríe*, del francés Víctor Hugo (1802-1885) cuando sus padres decidieron “poner más atención” en los libros de su hijo. Salvador Novo refirió así el hecho:

Yo había leído un primer tomo de *El hombre que ríe*, y en la saqueada biblioteca del tío Francisco faltaba la continuación. Pedí a mi padre que me comprara la obra completa, y él, que frente a mis aficiones literarias mostraba un incipiente, aturdido orgullo, se apresuró a hacerlo. Pero la edición que consiguió, en aquella tienda de la que siempre me traía juguetes, y en que había comprado la ‘linterna mágica’ que todavía conservo, era una de Maucci con láminas, una de las cuales mostraba a la heroína desnuda ante el monstruo. Y mi madre, que se creyó en el deber de hojear el libro, celebró un rápido consejo de familia con mi padre, destinado a sentenciar que era necesario vigilar mis lecturas, y a proscribir, desde luego, *El hombre que ríe*.³⁴

El acto de censura produjo en Novo algún desconcierto, pero paulatinamente, la sensación se fue transformando porque ahora sabía que sus lecturas podían tener algo de “turbio y pecaminoso”. Lejos de detenerse, el joven Salvador se dispuso a desentrañar todos los secretos que le guardaba la vida a través de las páginas de sus libros.

³⁴ En *La estatua de Sal*, p. 61.

Igual que el teatro, los libros ejercerían en él, durante todos los días de su vida, una vigorosa fascinación. Incluso, muchos de sus amigos llegaron a reconocerlo como un erudito producto de una bibliofilia desmedida. Ya en algunos relatos juveniles, sobre todo, en *Return Ticket* de 1928, Novo describirá la felicidad y el orgullo que le producía comprar libros y descubrir de entre las antigüedades de sus amigos librerías, verdaderos tesoros bibliográficos.

La lectura apartaba del mundo al naciente poeta. Y, en estos años, Salvador tiene un acercamiento relativo con su padre, pues durante las largas noches de insomnio, ambos preferían reunirse para jugar ajedrez y charlar un poco. La conversación casi siempre giraba en torno a la elección que el niño debía tomar respecto a sus estudios.

En realidad, Novo sabía que sus opciones profesionales eran sólo dos, es decir, la medicina o el derecho, pero conforme pasaban los meses y las páginas de los libros que leía por las tardes acompañado de su “bellísima gallina Cuca”, tomó la decisión de que la única profesión que le interesaba ejercer era la de su propia libertad. Desde luego, esta visión de la vida y de su futuro se hallaba en oposición, no sólo con las expectativas familiares, sino con las reglas de un sistema educativo diseñado para ordenar el destino de los jóvenes mexicanos.

Mientras Novo se debatía en estos asuntos, llegaron a Torreón su abuela y sus tíos Guillermo y Salvador. La intención de su viaje era investigar el estado y la cuantía de los bienes y negocios del finado Francisco Espino. De esos dos tíos, Novo recordaba:

Salvador me trataba como a un niño, y Guillermo como un hermano apenas menor. Ambos intervinieron en mi indumentaria y en mi peinado, que hallaron anacrónico, y sobre todo lo cual hablaron con mi madre a propósito de mi educación. Pero, Guillermo se interesó particularmente, en el hecho de que yo hiciera versos. Le pareció muy natural, porque él también los escribía, y me los recitaba.³⁵

³⁵ *Ibidem*, p. 62.

Una vez revelada la afinidad artística entre tío y sobrino, los dos se dedicaron a revisar los distintos volúmenes de la biblioteca de don Francisco con el objetivo de elegir cuáles y cuántos de ellos, podrían ayudar a Salvador en el perfeccionamiento de sus dotes líricas.

El arribo a Torreón de otros dos familiares, alteró la rutina que, de alguna manera, había empezado a instaurarse en la casa de los Novo que ahora contaba con la dirección y el aplomo de su abuela. Fueron los tíos Manuel y Julia, quienes por unos cortos días atrajeron la atención y los afanes de Salvador. El primero, era médico y gracias a su título universitario se erigía como el modelo a seguir dentro de la familia. De hecho, doña Amelia aspiraba a que su hijo estudiara medicina y, con ello, atajara no sólo un futuro comfortable, sino un nombre y un prestigio sólidos.

Por su parte, la tía Julia, era de las hermanas menores de doña Amelia y de las únicas solteras dentro del clan de los López Espino. Fue ella quien despertó un interés inusual en Salvador, pues no podía dejar de admirar la “elegancia capitalina” que expresaba en sus grandes sombreros, sus botines y en el lucimiento de sus trajes claros y alegres. Además, su figura, en extremo delgada, le confería un toque de gran dama conocedora del mundo y sus cosas. Sirva como ejemplo de su experiencia, saber que ella enseñó a Salvador las letras de los últimos cuplés, así como los ritmos de los bailes más difundidos en los teatros de la ciudad de México a la cual pronto habría de regresar para contraer nupcias.

La partida de la exaltada Julia, representó para Novo la anticipación de los misterios y diversiones que le aguardaba la ciudad que había abandonado con sus padres en 1911. No obstante, el retorno de él y su familia tuvo que esperar, pues la condición de los bienes del tío Francisco (que casi pasaron por completo a las manos de un usurero) y la situación escolar de Salvador, los retuvieron un año más en el sofocante Torreón. La idea de doña Amelia era que su hijo concluyera aquí la primaria para después partir a la ciudad de México y poder inscribirlo sin problemas en la Escuela Nacional Preparatoria. De esta

manera, Salvador se preparó para cursar el sexto año en la escuela pública de Torreón:

La nueva escuela era enorme. Los salones destinados a los primeros años bordeaban dos patios hirvientes, durante el recreo, de muchachos de todas las edades. El del sexto, central entre esos patios, se miraba desde la calle, presidido por el profesor robusto y envejecido que, desde mi ingreso, me vio con malos ojos, y me asignó el pupitre más lejos de su alcance, junto a un muchacho flaco y largo, vestido siempre con grandes sacos de piqué blanco, cuyas manos huesudas y amarillas garrapateaban los resúmenes de todas las cosas que el profesor dictaba, paseando entre los pupitres, en la diestra la regla con que asestaba, como quien aplasta moscas al vuelo, golpes en la cabeza de los que miraba atrasarse.³⁶

El último año de formación primaria en la Escuela del Centenario fue muy adverso para Salvador Novo, pues a pesar de los esfuerzos realizados para agradar a su profesor, nunca logró ganarse su simpatía ni su reconocimiento. Sin razón aparente, el maestro desdeñaba las capacidades del niño y bastó que un día descubriera su dificultad en las matemáticas para que después tratara de humillarlo con la resolución de operaciones aritméticas puestas en el pizarrón. Dicha animadversión, aunada a la antipatía de sus compañeros (que lo acusaban de “rajón” por haber informado a sus padres de un tirón de cabellos dado en clase), fomentó en Salvador una actitud de aislamiento que sólo pudo encontrar cauce en el estudio y las lecturas.

Las obras que ahora acompañaban su soledad vespertina eran *Cuentos* de Edgar Allan Poe y los cinco tomos de *La Ilustración Española e Iberoamericana*. Por supuesto, la escritura era para él otra válvula de escape y, muy probablemente, de este tiempo data el poema “La escuela” (mismo que fue publicado hasta 1933 como parte de la colección, *Espejo*):

³⁶ *Ibidem*, p. 63.

*A horas exactas
nos levantan, nos peinan, nos mandan a la escuela.*

*Vienen los muchachos de todas partes,
gritan y se atropellan en el patio
y luego suena la campana
y desfilamos, callados, hacia los salones.
Cada dos tienen un lugar
y con lápices de todos tamaños
escribimos lo que dicta el profesor
o pasamos al pizarrón.*

*El profesor no me quiere;
ve con malos ojos mi ropa fina
y que tengo todos los libros.*

*No sabe que se los daría a los muchachos
por jugar con ellos, sin este
pudor extraño que me hace sentir tan inferior
cuando a la hora del recreo les huyo,
cuando corro al salir de la escuela,
hacia mi casa, hacia mi madre.*

En esta época Salvador Novo se hundió en un ensimismamiento que lo privó de amigos y diversiones. Esta soledad no lo lanzó a la desesperación, pues gracias a ella descubrió qué era lo que habitaba su mundo interno. Cada historia y cada poema escrito representaron para el niño una puerta, la fuga a otros lugares, el respiradero para sus emociones.

De ahí que le cautivara aumentar sus conocimientos mediante obras como la *Historia Crítica de la literatura y de las ciencias en México desde la conquista hasta nuestros días*, de Francisco Pimentel (1832-1893), o bien, poner a prueba sus aptitudes imitando el trabajo de los *Poetas Mejicanos Contemporáneos* de Manuel Puga y Acal (1860-1930), sin olvidar el goce que le producía la exploración de autores tan filosóficos y grandilocuentes como Gaspar Núñez de Arce (1834-1903).

Aunque la historia, la anatomía, la filosofía y la ciencia interesaban sobremanera a Novo, estas disciplinas nunca pudieron superar su pasión por la poesía y la literatura, ya que tenía la certeza de que sólo con ellas podría conocer otros mundos y aproximarse a otros seres. Justo cuando Salvador

terminó el sexto año y estaba produciendo sus “poesías de infancia”, le ofrecieron una beca para estudiar la carrera de maestro normalista en el Ateneo Fuente de Saltillo, Coahuila. Segura de que no deseaba otra profesión para su hijo más que la de médico, doña Amelia rechazó tajante la propuesta, debido a que no quería postergar, bajo ninguna circunstancia, su retorno al Distrito Federal.

Mientras sus padres preparaban el viaje, Salvador Novo mató sus últimos días en Torreón leyendo a los románticos y a los académicos del siglo XIX. De los poetas mexicanos Juan de Dios Peza (1852-1910) y Salvador Díaz Mirón fue aprendiendo la métrica y el ritmo, en tanto que de los novelistas observó sus temas y su estilo. Además, fidelísimo a su amor por el teatro escribió diálogos y monólogos que gustaba de representar por las tardes con sus vecinos, inspirado en los pasajes de la *Historia del Emperador Carlo Magno*. Por si esta actividad literaria, pero sobre todo lúdica, no fuera suficiente, Novo también se arriesgó a indagar en el trabajo poético de diversos autores estadounidenses, principalmente, en el de Edgar Lee Masters (1869-1950).³⁷

Pese a que las clases de inglés en principio fueron para Salvador Novo un martirio porque su maestro era “enérgico, grandote y con una pierna amputada”, al paso del tiempo su aprendizaje y dominio le trajeron importantes beneficios y reconocimientos dentro del medio periodístico e intelectual de la capital. Pero como en ese momento no poseía una bola mágica para ver lo que le tenía reservado el destino tuvo que repetir durante sus últimos años en Torreón, las interminables lecciones de

aquel *Método Robertson* que empezaba *Peter and Fanny, a true story: Peter was a handsome boy, with rosy cheeks and turned up nose...* Yo estaba absolutamente cierto de no saber nada, de no poder aprender

³⁷ Poeta norteamericano que junto con Amy Lowell, Carl Sandburg, Emily Dickinson y Vachel Lindsay, entre otros, encarnó el renacimiento de las letras estadounidenses hacia el primer cuarto del siglo XX. En su trabajo empleó un lenguaje simple y directo, así como la precisión psicológica de los personajes. Los estudiosos de la poesía de Masters aseguran que logró penetrar en mundos pequeños para mostrarnos valores universales.

nada de aquella lengua, nada que proviniese de la enseñanza de aquel monstruo que no me mimaba, que usurpaba mis tardes.³⁸

Con todo y el rechazo de Novo por su instructor y las lecciones, su madre nunca cejó en la idea de proveerlo de todos los conocimientos que pudieran hacer de él otro profesionalista destacado dentro de la familia. Doña Amelia ignoraba que en esta etapa lo único que rondaba la mente del joven Salvador era el deseo de inundar con sus pensamientos y emociones “las páginas de los libros que algún día estarían en manos de todos sus lectores”.

Novo, sentía la necesidad de comunicar, de compartir las cosas que leía y lo que había aprendido de los poetas. Por ello, en este período inicial sus temas oscilaron entre sentimientos como la tristeza, la soledad y la desolación, pues sus preocupaciones le absorbían de tal modo, que pasaba horas y noches completas buscándose a sí mismo.

Como se verá más adelante, Salvador Novo inició una etapa en la que sus experiencias fueron la razón y materia prima de sus poemas. Sin embargo, nunca se conformó con hablar de sí mismo recurriendo a estructuras apolilladas o académicas, pues consciente de que era necesario escapar de los modelos preestablecidos siguió un camino en el que esperaba arribar a una poesía más auténtica y genuina. Esta concepción renovadora del joven se formó a partir del análisis de varios autores y corrientes, pero también tuvo como estímulo la transformación que a principios del siglo veinte experimentaban las artes en gran parte del mundo.

Para 1914 ya existía todo lo que se puede englobar bajo el término de vanguardia: el cubismo, el expresionismo y el futurismo inundaban la pintura; el funcionalismo y el rechazo al ornamento inauguraban una nueva era en la arquitectura, mientras que en la música se dejaba de lado la tonalidad y en la literatura se rompía con tradiciones asfixiantes y estereotipadas.

Los aires de esta “nueva modernidad” (de matices diferentes a la del siglo XIX) avivaron entonces el fuego de un debate regido por el cuestionamiento de

³⁸ En *La estatua de sal*, p. 63.

las potencias y cualidades expresivas del hombre. La crisis generada por la Primera Guerra Mundial a su vez precipitó a una reflexión en la que se enjuiciaba a las sociedades burguesas y liberales por su incapacidad para resolver de manera racional, las dificultades que imponía la nueva lógica de poder en el planeta.

Ciertos de que era urgente pensar y actuar de manera diferente, artistas de las más variadas disciplinas y latitudes se vieron llamados a recuperar elementos como la imaginación, la espontaneidad y la sinceridad, pero ante todo, se sintieron animados por un vigoroso deseo de explorar todos los rincones del ser humano y alcanzar la libertad que en esos momentos estaba siendo extirpada por la confrontación bélica. En México, este pensamiento de avanzada logró manifestarse en una reacción al interior de la corriente modernista gracias a que muchos de sus cultivadores comenzaban a notar una formalización desmedida en su expresión artística.

Nacido como un movimiento contrario al romanticismo y el positivismo en las ciencias, el modernismo fue la primera contribución real de las letras latinoamericanas a la literatura universal. No obstante, pasado el último cuarto del siglo XIX este movimiento avisó los primeros síntomas de un sensible agotamiento. Los poetas que en otro tiempo habían enarbolado una postura revolucionaria y crítica respecto a los excesos del romanticismo, incurrieron ahora en el mismo defecto, pues en su empeño por pulir el lenguaje y la técnica fabricaron una camisa de fuerza que a pesar de ser bella y elegante, resultaba hueca y compleja para la mayoría de los lectores.

Esta perfección formal quiso encontrar un desahogo y fue a partir de la publicación del poema "*Tuércelo el cuello al cisne...*" del mexicano Enrique González Martínez cuando se desató una batalla abierta contra el preciosismo esteticista propagado por los escritores modernistas. La ruptura tomó dos direcciones. La primera, fue encabezada, justamente, por González Martínez, quien a través de su trabajo propuso la meditación, la sinceridad y la sencillez como los nuevos valores del modernismo.

Por su parte, el segundo camino invitaba a llevar hasta sus últimas consecuencias la expresión y la técnica de la corriente para lograr que la creación artística por fin fuera libre, individual y fructífera. En pocas palabras, para los “ultramodernistas” la clave estaba en negar y, acaso, en destruir todo lo estéril del pasado. Su apuesta se dirigió a la exploración de formas poéticas y literarias que permitieran el nacimiento de expresiones narrativas por completo libres e innovadoras.

Salvador Novo se acercó a las producciones de dos poetas fundamentales en este momento de transición del modernismo, como lo fue el propio González Martínez y Ramón López Velarde (1888-1921), a quien se le considera como el precursor de la poesía contemporánea, pero también frecuentó la obra de autores que, como José Juan Tablada sorprendía al medio artístico e intelectual de los primeros años del siglo veinte por sus temas, su estilo y su “exotismo”.

Nacido en el Distrito Federal, Tablada se distinguió siempre por su espíritu inquieto y perspicaz. De ahí que su trabajo periodístico y su obra personal delaten su permanente interés por todo aquello que produjera en el lector una verdadera afectación de los sentidos. Considerado como el introductor del exotismo y el orientalismo en México, José Juan Tablada hizo de la musicalidad, el colorido y el cosmopolitismo sus principales rasgos estilísticos.³⁹

El Novo de esos años reparó en dichas cualidades expresivas, pero fue hasta su llegada al Distrito Federal cuando su contacto con “los poetas de vanguardia” se intensificó realmente. Por lo pronto, el adolescente de trece años preparó maletas y, hacia 1917, emprendió en compañía de sus padres, el viaje que le descubriría no sólo una nueva ciudad, sino que le permitiría la consolidación de su sensibilidad y, desde luego, la anticipación de un futuro y un nombre dentro de la literatura mexicana.

³⁹ Así lo establece la autora Eva Lydia Oseguera de Chávez en su obra *Historia de la literatura Iberoamericana*, Editorial Alambra, México, 1992, p. 223.

1.3 La escritura como expresión de sí mismo y reconocimiento de los otros (1917-1919).

La contemplación del raudo paisaje por las ventanillas del tren en que regresábamos a México me hacía recorrer en una singular introspección los cinco largos, grávidos años transcurridos desde que yo contaba siete hasta ahora que abandonaba para siempre cuanto había impartido a esos años todo su íntimo encanto, sus angustias, sus revelaciones y descubrimientos.⁴⁰

Con estas palabras, Salvador Novo tradujo las impresiones generadas por su partida de Torreón y el inicio de su aventura rumbo a la ciudad de México y, como se aprecia, más que el entusiasmo, lo que embargaba al adolescente era una gran melancolía por los años idos.

Aunque para Salvador la infancia representó una dura prueba de resistencia, esos años también fueron fructíferos y determinantes porque en ellos encontró la oportunidad de asomarse a su interior y delinear su proyecto de vida. Y, si bien las presiones familiares y sus dudas no le daban tregua, desde chiquillo tuvo la certeza de que la escritura era el único camino que quería andar.

Sabedor de su talento, inteligencia y conocimientos decidió lanzarse a las aguas de un ejercicio creativo muy demandante y, la mayoría de las veces, ingrato con quienes lo practican. Alejado de la concepción del poeta decimonónico, cuyo mérito consistía en esperar a la “musa inspiradora” en noches de copas y bohemia, Novo supo a temprana edad que para escribir era indispensable leer y trabajar durante la mayor parte del día. De hecho, la llegada de este sentido de la responsabilidad lo distanció aún más de esa libertad infantil que es capaz de imprimirle un ritmo más sosegado al tiempo y a la vida. De esas experiencias, más tarde Novo comentó:

Unido a estos recuerdos está el de mi jubiloso descubrimiento de una infinita capacidad de amar en mí; la admiración, la curiosidad por las

otras vidas humanas y el reconocimiento en ellas de cualidades y realizaciones que no me sería dable alcanzar, pero que yo no envidiaba y que no me llenaban de amargura, sino de un voluptuoso deseo de contribuir a realizar con mi sacrificio.⁴¹

A cada paso, Novo comprobaba que ser escritor era todo, menos una actividad nimia o sencilla, por lo que a su talento tendría que agregar varias horas de esfuerzo y reflexión. Lejos de amilanarse ante el reto pensó que mediante su trabajo poético construiría el puente que lo comunicara con los otros hombres. Por ello, en “La poesía”, composición incluida en *XX Poemas de 1925*, afirmó:

*Para escribir poemas,
para ser un poeta de vida apasionada y romántica
cuyos libros están en manos de todos
y de quien hacen libros y publican retratos los periódicos,
es necesario decir las cosas que leo,
esas del corazón, de la mujer y del paisaje,
del amor fracasado y de la vida dolorosa,
en versos perfectamente medidos,
sin asonancias en el mismo verso,
con metáforas nuevas y brillantes.*

*La música del verso embriaga
y si uno sabe referir rotundamente su inspiración
arrancará las lágrimas del auditorio,
le comunicará sus emociones recónditas
y será coronado en certámenes y concursos.*

*Yo puedo hacer versos perfectos,
medirlos y evitar sus asonancias,
poemas que conmuevan a quien los lea
y que les haga exclamar: “¡Qué niño tan inteligente!”*

*Yo les diré entonces
que los he escrito desde que tenía once años:
No he de decirles nunca
que no he hecho sino darles la clase que he aprendido
de todos los poetas.*

⁴⁰ *Ibidem*, p. 69.

⁴¹ Salvador Novo, *Viajes y Ensayos I*, México, FCE, 1996, p. 618.

*Tendré una habilidad de histrión
para hacerles creer que me conmueve lo que a ellos.*

*Pero en mi lecho, solo, dulcemente,
sin recuerdos, sin voz,
siento que la poesía no ha salido de mí.⁴²*

A pesar de que en este poema Novo se aparta de sus tradicionales emociones y recuerdos de escolar, todavía persiste en él un deseo irrefrenable por compartir sus vivencias con enorme sinceridad. Además, abre paso al humor travieso y cáustico que después acompañará toda su producción literaria.

El crítico Antonio Castro Leal (1896-1981)⁴³, ha considerado que la poesía de Novo se caracteriza por manifestar un alma inquieta, complicada, consciente y, visiblemente, preocupada por el amor, el tiempo y los hombres. A estas particularidades temáticas y estilísticas, el también ensayista, agrega sus aptitudes en el manejo de la técnica, ya que este dominio le permitió la articulación de poemas de ritmos fáciles y libres.

Sin influencia determinante de ningún poeta mexicano, español o hispanoamericano, Salvador Novo se abocó a buscar formas expresivas abiertas a la creación, aunque ello le implicara la utilización de recursos a contrapelo de ideas y corrientes, pues su objetivo era el de vivificar un lenguaje que ya no toleraba estructuras vacías o empolvadas por la academia.

Este eclecticismo temprano, significó para Novo el descubrimiento de una actitud poco preconizada en el medio literario de México, ya que eran escasos los que se atrevían a ensayar fórmulas diferentes a las dictadas por la tradición. Sin siquiera saberlo, hacia mediados de 1917, Salvador llegó a la capital provisto de sueños, aprendizajes, amores y miedos, pero sobre todo de una formación y un carácter dispuesto a producir sus mejores manifestaciones y contactos. A

⁴² En *Poesía*, p. 73.

⁴³ Originario de San Luis Potosí obtuvo los grados de licenciado en derecho y doctor en filosofía por la Universidad Nacional y fue su rector de 1928 a 1929. Poseedor de una larga trayectoria, también se le reconoce como ensayista, cuentista y poeta, actividades que combinó con su trabajo de prologuista y crítico de la literatura mexicana del siglo XX. Formó parte del grupo conocido como "Los siete sabios"; encabezó la dirección de Bellas Artes en 1934, presidió la Comisión Nacional Cinematográfica durante 1948-1949 y se desempeñó como embajador de México ante la UNESCO (1949), cuando este organismo internacional había sido recién creado.

continuación, su primera percepción de la estación del ferrocarril al llegar a la ciudad de México:

*Por esta puerta grande hemos llegado,
yo les temía a esos hombres rápidos de la estación,
todos ellos se ofrecen para algo
y los automóviles...*

*Yo me perdería aquí, solo,
en tanta calle lisa y larga;
ninguna persona sabe quién soy,
las luces son más fuertes,
las ventanas más altas y cerradas.⁴⁴*

1.4 La formación académica y vital en la Escuela Nacional Preparatoria.

Por más de una razón, 1917 es considerado como un año decisivo en el curso de la Revolución Mexicana, ya que después de los intensos momentos de guerra, los diferentes grupos estaban convencidos de que había llegado el momento de encauzar legal y políticamente las banderas sociales del levantamiento armado.

Desde 1916 tuvo lugar una Convención Constitucional en el estado de Querétaro con la intención de atemperar y, de ser posible, concluir la fase armada mediante la cohesión política e ideológica de los diversos grupos y facciones. No obstante, lo que enseguida se reveló en el encuentro fue la naciente, pero firme solidaridad entre los intereses de las elites provincianas y la pequeña burguesía, por lo que las demandas de las clases más desprotegidas, volvieron a quedar rezagadas. Los jefes revolucionarios coincidieron en que era necesario convocar a un congreso cuya misión fuera el diseño de una constitución que rigiera de manera legítima los destinos de la nación.

El investigador John Mason Hart señala que para 1916 la fuerza de la pequeña burguesía ya había desbaratado las tendencias igualitarias de los

⁴⁴ En *Poesía*, p. 80.

grupos obreros, rurales y urbanos, de manera que además de conformarse una nueva clase dirigente, los líderes de las “justas causas revolucionarias”, a saber, Francisco Villa y Emiliano Zapata (1883-1919), comenzaron a ser debilitados mediante una sutil campaña de liquidación.

Enfrentado a Venustiano Carranza, Francisco Villa dejó de luchar de su lado porque atisbó que el jerarca coahuilense no abandonaba la idea de mantener el latifundio como una forma de organización socio agrícola que, lejos de beneficiar a los campesinos, los condenaba a perpetuar el viejo sistema de castas. Además, los excesos del mítico “Centaurio” incomodaban a los grupos que aspiraban a concretar un clima de civilidad en el país.

En realidad, no es desconocido que las diferencias entre las causas revolucionarias eran más grandes que sus semejanzas, pero el amalgamamiento de sus fuerzas obedeció a la lógica de “destruir a un enemigo común”. Por lo que, una vez solucionado el problema de la usurpación de Victoriano Huerta (quien se adueñó del poder civil y militar el 18 de febrero de 1913, después de traicionar, encarcelar y ordenar el asesinato de Francisco I. Madero en Palacio Nacional) las facciones se enfrascaron en un prolongado período de pugnas internas, donde mientras que unos exigían trabajo y tierras, otros anhelaban la conservación de su jerarquía y propiedades.

Si bien, Venustiano Carranza logró ser la figura en torno a la cual giraron los líderes revolucionarios, éstos pronto notaron que la visión del ex gobernador todavía guardaba similitudes esenciales con el México de Porfirio Díaz. Por si esto fuera poca cosa, el país enfrentaba las acciones militares de una “Expedición Punitiva” que, bajo la dirección del general estadounidense John J. Pershing⁴⁵, pretendía castigar a Pancho Villa por su asalto a la localidad de Columbus (Nuevo México, EUA), lugar en el que aparte de dar muerte a catorce norteamericanos se cometieron múltiples destrozos.

⁴⁵ John Joseph Pershing (1860-1948) fue un destacado general norteamericano. Bajo su mando estuvo un grupo expedicionario que, durante la Primera Guerra Mundial, actuó en territorio francés. A pesar de sus habilidades como estratega, nunca pudo cercar y, aun, capturar a Francisco Villa.

Debido a la presión internacional (pues el gobierno provisional del constitucionalismo recibía el reconocimiento de varias naciones del mundo), Carranza decidió romper definitivamente con Villa, a pesar de que su alejamiento ya se había producido cuando, por un ataque a la población de Santa Isabel, Chihuahua, se apresuró a declararlo fuera de la ley.

La agitación política fue sin duda el signo de estos años, pues conscientes de la esterilidad de la vía armada, los diversos actores políticos vieron en el convencimiento y la negociación su mejor alternativa.

Así, para el 31 de enero de 1917 el Congreso Constituyente de Querétaro firmó la nueva Constitución Política y clausuró sus sesiones, para promulgar días después la carta magna (5 de febrero) y ponerla en vigor a partir del 1 de mayo, día en que Venustiano Carranza entró a la ciudad de México para tomar posesión como presidente de la República.

Una vez en el poder, Carranza instrumentó las medidas necesarias para iniciar “la fase creadora del movimiento armado” y, en la capital, la gente volvió a sentir un clima de relativa calma que la invitó a circular por sus calles y retomar su antiguo ritmo de vida.

El poeta jerezano, Ramón López Velarde consignó en los relatos de estos años la alegría de “volver a pasear por Avenida Madero ante el Jockey, La Esmeralda o Mercaderes, de volver a tomar el café con Díaz Mirón en el cafecito frente a San Felipe y de ver pasar los ‘automedontes trogloditas que exhiben nuestros hombres de pro’.⁴⁶

Puede afirmarse que con todo y las vicisitudes revolucionarias, la faz de la ciudad logró transformarse a partir de 1910, ya que no sólo los autos conducidos por “choferes imprudentes” apremiaban ahora a sus habitantes, sino que la vida de la creciente urbe comenzaba a vigorizarse gracias a la aparición de nuevos ritmos (como el *jazz*), la reapertura de los salones de té, las funciones de teatro y de cine, así como por el deslumbramiento que producía en “la gente de luces” la divulgación de nuevas teorías en física, las geometrías no euclidianas y las innovaciones de las artes plásticas y la literatura.

⁴⁶ Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, México, FCE, 1993, p. 44.

A ese México que empezó a mostrarse generoso con personas, ideas, grupos y sectores de diversa procedencia, llegó la familia Novo López cuyo destino inmediato, tras ocupar un inmueble en la zona centro de la capital, fue la casa de la madre de doña Amelia, ubicada en la colonia Guerrero.

Los primeros días en México se me llenaban de infinitas, gratas sorpresas. La ciudad grande, limpia, de clara atmósfera, dejaba aún admirar sus viejos edificios y sus construcciones porfirianas todavía no profanados por la piqueta ni lanzados al rascacielos. El tránsito era moderado, como el número de habitantes, de peatones seguros y lentos en recorrer las calles y en cruzarlas sin prisas ni temores.⁴⁷

Salvador Novo y doña Amelia se sentían felices de estar en la casa de la abuela compartiendo con tíos, primos y sobrinos, pero don Andrés no experimentaba la misma emoción, ya que además de considerar inútil su presencia, su panorama laboral volvía a ser incierto. De hecho, después de conocer la ciudad y probar suerte en un empleo nocturno en la estación de ferrocarriles, decidió volver a Torreón para dedicarse al comercio y rehacer su fortuna. Con su padre otra vez lejos, Salvador se entregó a los mimos de su familia que se esforzaba por hacerlo sentir como en casa dándole diversos obsequios y llevándolo a pasear.

Para reiterarle su cariño, todos solían reunirse en “la sala alfombrada, de muebles rojos y grandes espejos dorados” a escuchar las piezas musicales en boga, así como para instruir a Salvador en los pasos de bailes como el *fox trot*, el *one-step*, el *two step* que, por entonces, contagiaban a la gente de la capital.

Ya con su vida normalizada, doña Amelia concluyó que era hora de iniciar los trámites de inscripción de su hijo en la preparatoria. Después de un examen en el que el doctor dictaminó “pies planos”, Novo contempló abismado, desde el barandal del tercer piso del edificio de San Ildefonso, el patio mayor de la escuela en cuyo seno, no sólo conocería a los representantes más destacados de la vida académica e intelectual de México, sino que encontraría a los jóvenes

estudiantes que más tarde habrían de ser sus amistades más profundas y determinantes.

Como se señaló antes, 1917 es un año fundamental en el devenir revolucionario, pero para Salvador Novo su trascendencia radicó en que por primera vez se enfrentó a un contexto social, económico, político y cultural muy distante de sus experiencias en el norte de la República. Para empezar, su situación familiar comenzaba a tornarse complicada, ya que una vez asentada la alegría por su llegada, su abuela y sus tíos lo trataban con la formalidad que merecía un joven que iba a estudiar en la escuela de educación media superior más importante de la nación.

A propósito, es necesario acotar que la Constitución del diecisiete se esforzó en recoger las aspiraciones de numerosos grupos revolucionarios y, con ellas, plantear un nuevo orden nacional. De ahí que, la educación no pudiera mantenerse al margen de las transformaciones que le darían un nuevo rumbo y sentido al país.

Entre los cambios más notables se encontró la creación del Departamento Universitario y de Bellas Artes para sustituir y agilizar las funciones de la vieja Secretaría de Instrucción Pública y de Bellas Artes. Con un radio de acción que incluía al Distrito y los territorios Federales, dicho organismo se encargó de la administración de la Escuela Nacional Preparatoria, institutos y museos hasta entonces dependientes de la Universidad Nacional.

Las nuevas medidas recondujeron sectores importantes de la educación, pero con todo y su arrastre no pudo consumarse una aceptación generalizada en torno a las nuevas disposiciones, sobre todo en cuanto a las que se referían a los mecanismos de designación de las autoridades universitarias.

Haciendo caso omiso de estas protestas, el presidente Venustiano Carranza nombró al señor José Natividad Macías como titular de la Universidad, quien una vez en el rectorado trabajó para conformar “el feudo de una Dirección de Educación Pública conquistada por los activos normalistas, que se repartieron

⁴⁷ En *La Estatua de Sal*, p. 73.

premiosamente las clases de la Preparatoria antes profesadas por los Científicos”.⁴⁸

El clima de prebendas, matizado por algunas rivalidades y una gran desorganización afectó a Salvador Novo, quien no obstante haber conocido en el salón *El Generalito* al impetuoso Carlos Pellicer (1899-1977)⁴⁹, sintió que su vida se precipitaba a una etapa en la que las reglas fundamentales se traducían en la toma de conciencia y en la aceptación de una responsabilidad que lo lanzaría a la madurez que él tanto se había empeñado en postergar.

La libertad absoluta de la que gozaban los estudiantes, gracias a que nadie vigilaba el cumplimiento de sus horarios, hundió a Novo en un profundo hastío debido a que

aquel ir de un salón a otro cada hora para una clase diferente, con un distinto profesor, entre el bullicio apresurado de aquellos muchachos económicos de su tiempo y servilmente cumplidos con sus estudios [...], convertía mis horas de clase en interminables e incómodos plazos de cárcel.⁵⁰

Además, asignaturas como dibujo constructivo y los ejercicios físicos no entusiasman a un joven que más bien comenzaba a sentirse convocado por las calles y las delicias de la capital.

La fascinación incontenible por la ciudad de México, reveló desde entonces en Novo su vocación de cronista y también despertó en él al ágil comentarista de sucesos, lugares, gente y actividades descubiertas en sus “idas de pinta” por el Bosque de Chapultepec, la Alameda y las distintas avenidas del centro. Ésos, llegó a decir Novo, eran los sitios más idóneos para vagabundear y sentir el placer de todos los sabores, aromas, colores y formas de la ciudad.

Admirar los escaparates, viajar en tranvía, comprar dulces inexistentes en Torreón e ir a las salas *Vicente Guerrero* o *Briseño* a ver películas de episodios,

⁴⁸ *Ibidem*, p. 76.

⁴⁹ Cabe mencionar que para 1917, Carlos Pellicer ya publicaba sus trabajos en la revista *Gladios*, nacida un año antes y de la cual era encargado de la sección de Literatura.

eran, en definitiva, las diversiones que completaban los días estudiantiles de Salvador. Y, pese a que su madre y sus tíos restringían sus lecturas a los textos escolares, Novo remataba sus tardes devorando obras de autores españoles como Felipe Trigo (1865-1916), Eduardo Marquina (1879-1946), Emilio Carrere (1880-1947) y Eduardo Zamacois (1876-1972), cuyo tono erótico y bohemio escandalizaba a no pocos lectores de la época.

Ese rasgo particular era el que lo seducía, pues una vez más experimentaba las manifestaciones de una preferencia sexual que ya no le asustaba, sino que poco a poco lo alejaba de los terrenos de lo correcto, lo decente y, sobre todo, lo normal. La implantación de este “sentimiento de marginalidad” en Salvador Novo también se fortaleció debido a que en los ámbitos familiar y escolar había pasado a un segundo plano, pues las deferencias ahora eran profesadas a los nietos y sobrinos más pequeños de la familia.

Por lo que se refiere a su vida personal se sentía relegado y, aun agredido, por la actitud y comentarios del tío Guillermo, quien después de descubrir la preferencia homosexual de su mejor amigo, se aprestó a enjuiciarlo por “ser puto”.

No averigüé más de aquel incidente; pero sentí que al escuchar a Guillermo condenarlo, me había ruborizado; que aquel desprecio, aquella ruptura violenta de una vieja amistad, se originaba justificadamente en la misma culpa siniestra de que yo me sabía indefenso reo; y que ese destino de abyecta, súbita e irremediable segregación me aguardaba en la vida.⁵¹

Se originó así en Novo un complejo de inferioridad y de culpa acrecentado por las sospechas y la mirada inquisitiva de su madre que, con todo y sus dudas, prefería callar y simular que nada importante estaba ocurriendo. Por su parte, la preparatoria nunca fue para Salvador un refugio o un sedante a sus miedos y

⁵⁰ En *La estatua de sal*, p. 76.

⁵¹ *Ibidem*, p. 80.

frustraciones, ya que una vez terminado el primer año escolar tuvo que presentar exámenes extraordinarios en la mayoría de las materias.

El descubrimiento de las escapadas diarias de Novo produjo decepción y un cierto distanciamiento por parte de sus tíos y su abuela, siendo esta última quien se dio a la tarea de reconducir la vida del adolescente y con ello evitar su total descarriamiento. Su estrategia consistió en llevar a su nieto durante varios domingos a escuchar misa en la iglesia de San Fernando.

El fervor religioso no apaciguó el alma de Salvador porque en su mente sólo rondaba la idea de obtener los favores que pudieran restituirle el amor y el respeto de su familia. De ahí que no titubeara en reanudar “el ejercicio comercial de una religión de toma y daca, de trueque de oraciones” con el cual esperaba conseguir toda clase de privilegios.

Después de rezar y estudiar solo durante las vacaciones, Novo presentó con éxito los exámenes de sus materias pendientes y pudo inscribirse al segundo año de preparatoria, prometiéndose que en este ciclo estudiaría con regularidad para enmendar sus anteriores fallas y vagancias.

Gracias a que el tío Paulino (uno de los hermanos mayores de doña Amelia) y su esposa, realizaron un viaje a Nueva York, EUA, Salvador y su madre tuvieron la oportunidad de ocupar su casa con el pretexto de no dejarla sola y cuidar de los objetos, libros y mobiliario que ahí existía.

La salida temporal de los dominios de la abuela, le permitió al joven sentirse más libre y, desde luego, menos fustigado por el trato de sus tíos y primos. Incluso su rendimiento escolar mejoró debido a que en las tardes se encerraba en el despacho de su tío a entregarse a la lectura, la soledad y a sus sueños de fama y riqueza.

Cumplido el plazo, Paulino López Espino regresó a su hogar y los Novo hicieron lo mismo a la casa de la abuela, donde semanas más tarde llegó un telegrama donde se notificaba el deceso de don Andrés Novo Blanco. Sin otros papeles que el certificado de defunción y algunas notas, Salvador Novo se enteró que su padre había sido sepultado en Ciudad Jiménez, Chihuahua, pues convencido de no querer molestar a su esposa pidió descansar “en aquella tierra

llena de árboles, bajo el aire limpio que tantas veces había respirado al lado de su pequeño hijo”.

Aunque don Andrés nunca fue determinante en la vida de su hijo, su muerte no pasó inadvertida para su familia, sobre todo, porque por primera vez, Salvador tuvo los elementos para dimensionar los sacrificios realizados por su padre, es decir, no sólo valoró su lucha constante por brindarle a él y a su madre lo que deseaban, sino que reconoció su callada resignación ante las exigencias y el recio carácter de una mujer que sólo pretendía estabilidad y fortuna.

Así, 1918 representó para el escritor el cierre de su infancia y la apertura de una etapa en la que ya se percibía como el dueño absoluto de su destino y su vida y, atemperado el dolor, el joven se reintegró a sus clases en las que figuraban materias como francés, gramática, álgebra y ética. Fueron las asignaturas relacionadas con el arte y las humanidades las que despertaron mayor interés en Novo, cuyas dotes ya detectaba su profesor de gramática, don Manuel Gustavo Revilla (1864-1924). Este “noble hombre”, de ojos miopes y lentes gruesos gustaba de la lectura que en clase hacía Salvador de *El Quijote*, pues consideraba que su pronunciación de las ces, las zetas y las elles españolas era muy cercana a la perfección.

La adquisición progresiva de este dominio escénico le permitió a Novo no sólo ganarse la admiración de sus compañeros, sino que por primera vez consiguió el respeto generalizado a su talento y a su inteligencia. Estas habilidades también le granjearon la amistad de varios de ellos, e incluso le brindaron su solidaridad, pues conscientes de que era complicado obtener buenas notas en todas las materias, los chiquillos se organizaron de acuerdo a sus especialidades. En pocas palabras -como lo apuntó graciosamente Novo- él y sus condiscípulos “mordieron los frutos de la fecunda división del trabajo que posibilitó el progreso material de todas las colectividades humanas”.

Su grupo de amigos se ayudaba a través de un mecanismo de auxilios consistente en intercambiar fichas resueltas de las diferentes lecciones: el que era bueno en álgebra cambiaba su ficha con el que era destacado en gramática, el que dominaba francés hacía similar trueque con el instruido en literatura. El

sistema satisfizo por mucho las necesidades de los estudiantes, así como las exigencias de sus padres, pero sobre todo se descubrió a ojos de Novo como un mecanismo ideal para conseguir los favores y la consideración de sus maestros.

En poco tiempo, el joven se hizo un “profesional del engaño”, ya que todos los días se empeñaba en pulir sus “estrategias de seducción” para cautivar a los profesores y lograr el cariño o la envidia de sus camaradas. Mientras la vida académica avanzaba sin sobresaltos, Salvador convino en diversificar de nuevo sus actividades literarias y, aparte de leer los materiales propios de la escuela, retomó la escritura lírica desempolvando su antiguo cuaderno de poesías para anotar en él algunas otras y agotar las hojas que todavía permanecían en blanco.

Por lo que se refiere a las lecturas lo entusiasmaron obras como *Cuentos de Coloma* y de Valera, así como *El lenguaje popular y el erudito* de su reconocido maestro Manuel G. Revilla, sin menospreciar varios textos teatrales, artículos literarios y novelas de marcado acento melancólico y bohemio. De este tiempo proviene la inclinación de Novo por autores que, además de representar un estilo nuevo y temática diferente en la literatura, sugerían una visión innovadora del arte y la adopción de una postura congruente ante la vida.

Por si fuera poco, los cambios que se producían al interior de la literatura, especialmente en Europa, invitaban a los jóvenes seguidores de Henri Bergson (1859-1941), Marcel Proust (1871-1922), André Gide (1869-1951) y André Malraux (1901-1976), por citar sólo autores franceses, a reformar su visión del mundo a través de un contacto más real y directo con los acontecimientos externos, por demás conflictivos (como el caos político de varios países europeos a principios del veinte) y, desde luego, con los sucesos internos.

Para la maestra en letras modernas Margo Glantz (1930)⁵², las artes y las humanidades de esta etapa se caracterizaron por sus promesas de libertad en las áreas del pensamiento y la creación, pues tras la muerte y los desastres de la Primera Guerra Mundial, intelectuales y artistas de todos los signos dedujeron

⁵² Margo Glantz es ensayista, narradora y traductora. Cursó las maestrías en Letras modernas e Historia del arte y Teatro en la Universidad Nacional Autónoma de México.

que la crisis de su época se debía a la influencia de uno de los principios rectores de la modernidad, o sea, el respeto irrestricto al mundo de la razón y la lógica.

De ahí que propusieran explorar los rincones más íntimos de la existencia humana, pues consideraban que éste era un camino para conocer al menos una parte del material que conforma la condición y el espíritu de los seres humanos, pronunciándose por una alternativa que no relegara jamás las emociones, los sentimientos, las creencias, los recuerdos, los instintos y las vivencias, ya que por su tradicional desprecio se habían fomentado y padecido los efectos de verdaderos monstruos.

Al impacto de estas revoluciones humanas y literarias, Salvador Novo sumó sus atisbos personales o, mejor dicho, encontró en aquéllas un impulso para aceptar sin reticencias algo que se había empeñado en callar. El tono escandaloso y “provocador” del espíritu contemporáneo lo convenció de la legitimidad de su condición homosexual. Asimismo, vislumbró en la obra y existencia de *dandys* consumados como Charles Baudelaire (1821-1867), Oscar Wilde y Gabriel D’Annunzio (1863-1938) una razón más para manifestar sin ninguna clase de miedos su singularidad y su particular individualismo.

Luis Alberto Sánchez⁵³, estudioso de la literatura, afirma que el dandismo además de expresar una profunda inconformidad con el mundo, encarna en quienes lo adoptan, una abierta protesta contra el medio cultural y social que les tocó vivir. De ahí que a lo largo de la historia, sus partidarios no hayan podido evitar reñir con la moral y los cánones culturales en turno.

Salvador Novo se entregó a esta “estridencia finisecular” y, en más de una ocasión, se propuso “llamar la atención” de los otros, cultivando cualidades personales e intelectuales que pronto le dieron los resultados deseados. El culto a su persona, la preeminencia propia, su sentido de la elegancia y su facilidad de palabra le forjaron entonces una seguridad y una actitud que producía reacciones imprevistas y, casi siempre, encontradas al interior de un universo

⁵³ Nació en 1900 en Lima, Perú y realizó estudios en letras y jurisprudencia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Después de consumir una larga carrera como crítico y estudioso de la literatura de su país y Latinoamérica, murió en 1994.

estudiantil que, con todo y sus dudas, lo colocó en un lugar privilegiado dentro de las “personalidades preparatorianas”.

La supervivencia de Novo en este medio fue posible gracias a que el ambiente intelectual en el que se desarrolló tenía como premisa irrefutable el encumbramiento de “los jóvenes herederos de la Revolución”. Y, pese a que la composición académica en la escuela de San Ildefonso daba fe de los estragos producidos por el movimiento armado, el gobierno en turno se aprestó a implementar una política en la que “todos los individuos habrían de ser calificados por sus competencias y no por sus apellidos o su fortuna”. Por ello, Salvador encontró, en esta primera etapa de su trayectoria profesional, un contexto sociocultural muy adecuado para la cristalización de sus intenciones e ideas.

Es preciso decir que esta “política sin privilegios” terminó por aturdir a no pocos de los más de seiscientos alumnos inscritos en la Nacional Preparatoria, pues al interior de su plantilla docente convivían profesores náufragos del porfirismo (como Ezequiel A. Chávez, Jesús Díaz de León y Erasmo Castellanos Quinto), con los jóvenes recién egresados de la Normal, así como con la flamante hornada de abogados encabezados por Narciso Bassols (1897-1959), Manuel Gómez Morín (1897-1972) y Vicente Lombardo Toledano (1894-1968). De estos últimos, Novo destacó en su autobiografía:

Sus clases contrastaban fuertemente –llenas de fresca pedantería- con las tediosas de los viejos don Ezequiel o don Samuel, las desmañadas de Nica Rangel, las neuróticas de don Erasmo Castellanos Quinto –y las estultas de los ignorantes normalistas.⁵⁴

Salvador Novo quedó hechizado por la riqueza y variedad de esta vida académica y pensó que para ser partícipe de ella necesitaba luchar más que por buenas calificaciones. Para cumplir su objetivo, aplicó una fórmula siempre eficaz, es decir, la de congeniarse con quienes ostentaban el control del juego

⁵⁴ En *La estatua de sal*, p. 99.

académico y político, y pronto empezó a relacionarse con hombres como los mencionados Erasmo Castellanos Quinto, Ezequiel A. Chávez, Jesús Díaz de León, Manuel Puga y Acal y Moisés Sáenz.

La anterior constelación, eminentemente porfiriana, además de activar en Novo un deseo curioso de acercamiento, evidenció el contraste que en edad y en visiones del mundo mantenía con aquellos vetustos profesores. Sin embargo, no desistió de su plan debido a las dificultades que había afrontado durante sus dos primeros años de estancia en la ciudad.

La muerte de su padre, la inexistencia de un hogar propio, la indolencia de su familia, las demandas de su madre, el aburrimento y los fracasos en la escuela, la aceptación de su homosexualidad no carente de temores y repudios, así como la ausencia de amigos significaron para Novo verdaderas pruebas de vida, pero ante todo fueron un acicate a su carácter y sus aspiraciones.

Decidido a no postergar más sus sueños, Salvador, de apenas catorce años, logró ganarse la confianza de varios de sus maestros que, sorprendidos con sus capacidades, le encomendaron actividades como pasar lista, vigilar el buen desempeño del grupo, revisar exámenes y corregir trabajos, que con el paso de los meses le retribuyeron sus primeras “percepciones literarias” traducidas en unos cuantos pesos mensuales, pero que con todo y su modestia, le prometían un futuro dentro de la academia. El cambio de fortuna en la vida de Novo se vio aderezado con el inicio de una relación que, a través de los años, se convertiría en su vínculo amistoso más auténtico, fuerte, leal y duradero.

Xavier Villaurrutia González (1903-1950), joven inscrito en el cuarto y último año de preparatoria, conoció a Salvador Novo en 1919 entre el ir y venir de alumnos por los pasillos del patio grande de San Ildefonso. Sin una imagen exacta de su encuentro, Novo refirió así el acontecimiento:

No recuerdo cómo empezamos a tratarnos. Dado su espíritu inquisitivo, tiene que haber sido él quien me abordara, interesado al descubrir que, como él, yo hacía versos que se habían publicado en la revista escolar *Policromías* –donde también aparecieron los primeros suyos.

No teníamos clases juntos, pero conversábamos fuera de ellas; y al saber que él vivía en Mina 95, y yo en Guerrero, di poco a poco en pasar por él a su casa para caminar juntos hacia la Preparatoria que entonces no pesaba alcanzar a pie, a lo largo de las calles poco transitadas.⁵⁵

Animados más que por su filiación poética, Novo y Villaurrutia comenzaron a intercambiar experiencias, compartir lecturas, discutir ideas, ver películas y a comentar sus impresiones, viviendo un profundo entusiasmo por el conocimiento de sus almas y la identificación de sus temperamentos. Al tiempo que los dos se descubrieron e interpretaron, Salvador y Xavier iniciaron relaciones con otros destacados preparatorianos, entre ellos, Jaime Torres Bodet (1902-1974) y Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949).

El primero, “un joven blanco, atildado y de hermosa cabellera ondulada” se desempeñaba, a sus 19 años, como secretario del maestro Ezequiel A. Chávez, quien después de una votación unánime fue designado en 1918 como director de la Escuela Nacional Preparatoria. Junto a este cargo, Torres Bodet impartía por las tardes clases de literatura griega en la Escuela de Altos Estudios a las que Novo procuraba asistir, pues sabía que una vez concluidas, él y Jaime regresaban juntos a casa charlando sobre múltiples temas.

Si bien, Torres Bodet y Salvador Novo nunca fueron espíritus totalmente afines, la unión entre ellos se produjo debido a que ambos reconocían la conveniencia de su relación, pues al estar y exhibirse juntos en los lugares más frecuentados por la intelectualidad mexicana, como el café *Selecty* de las calles del centro, reafirmaban su condición de jóvenes talentos y finas inteligencias.

Además, Jaime Torres Bodet participaba en proyectos editoriales realmente atractivos para muchos de sus contemporáneos. Novo no tardaría en sumarse a algunos de ellos, pero mientras eso ocurría, él y Xavier enviaban colaboraciones y poemas a la revista *Policromías* (1919-1921), que bajo el mando de Ramón Rueda Magro, se instituyó como el órgano difusor de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria. Tras veinte números, este semanario de

⁵⁵ *Ibidem*, p. 100.

carácter humorístico dejó de circular en agosto de 1921 y, pese a su desaparición, para Novo y Villaurrutia significó la ascensión del primer peldaño en su camino por varias publicaciones periódicas de México.

Con un mundo dividido entre la casa, la familia y la escuela, Salvador y Xavier agregaron a sus deberes la lectura de autores que les mostraran nuevos temas, sentimientos y brechas. *El inmoralista* de André Gide y *Al revés* de Joris Karl Huysmans (1848-1907) fueron sus obras preferidas, porque en sus páginas comprendieron la esencia del pensamiento que habría de regir los destinos de una generación dispuesta a tomar la cultura no como un motivo de lucimiento personal, sino como un reducto para alcanzar la libertad. La propuesta de un humanismo que conciliara la lucidez de la inteligencia con la vitalidad de los instintos representó, para los jóvenes de las primeras dos décadas del veinte, la alternativa que habían buscado en diferentes expresiones humanas.

Embrujados por estas ideas, Novo y Villaurrutia se aventuraron por senderos hasta entonces ignorados por los creadores mexicanos, pues aparejado a su placer por la lectura y la escritura se encontraba un deseo legítimo de contribuir a la formación de un entorno intelectual y artístico exento de ataduras y falsos convencionalismos.

Mil novecientos diecinueve se convirtió para los dos jóvenes poetas en el año inaugural de la divulgación de su trabajo y su pensamiento, pero sobre todo marcó el momento en que ambos determinaron de manera definitiva el rumbo de su vocación y de su espíritu.

Capítulo 2

LOS INICIOS EN EL PERIODISMO (1919)

En medio de un período presidencial turbulento (1917-1920), Venustiano Carranza inauguró el año 1919 con algunos visos de reorganización nacional. Aunque varios sectores se recuperaban o reformaban, otros todavía expresaban fuertes resabios de la era porfirista. Así, la principal misión impuesta por el también llamado “Barón de Cuatro Ciénegas” aún quedaba pendiente, pues con todo y los ajustes constitucionales, el relevo pacífico del poder se vislumbraba como una odisea.

Por ejemplo, Felipe Ángeles (1868-1919), antiguo jefe revolucionario exiliado en dos ocasiones, decidió instrumentar en 1918, con apoyo de Francisco Villa, una ofensiva contra el gobierno de Carranza, pues inconformes con sus medidas, veían que en el país sólo se operaban cambios insustanciales e incoherentes respecto a las demandas más urgentes del pueblo.

Estos líderes, como otros muchos representantes de la población se preguntaban si realmente el antiguo orden había sido superado con la llegada de las nuevas autoridades, porque en la vida diaria persistían las viejas estructuras e instituciones.

La visión de México sostenida por don Venustiano, donde campesinos y trabajadores no se habían emancipado ni obtenido los derechos deseados, tendieron sobre él un manto de sospecha y desconfianza, el cual progresivamente precipitaría el desmembramiento y virtual disolución de los jefes militares. Por su parte, en la sociedad se reforzaba la idea de que la unión de los grupos revolucionarios sólo había servido para remover personas y no para subvertir categorías y valores.

Una concepción autoritaria y paternalista seguía siendo el asidero principal en la toma de decisiones del gobierno y como lo manifiesta John Mason Hart, en este renglón, Venustiano Carranza incurrió en el mismo error de Díaz y Madero, o sea, el de no considerar el establecimiento de alianzas y amarres políticos

como un fundamento para su jefatura, prefiriendo a cambio, el apoyo de una importante, pero reducida burguesía provinciana, cuyo comportamiento más bien estaba fincado en sus intereses y no tanto en sus convicciones políticas.

A estas clases, manifiesta el historiador, les agradaba ver que el régimen prohibiera, con la mano en la cintura, reuniones entre obreros, al tiempo que desalentaba cualquier posible insurrección entre los debilitados grupos campesinos, mismos que ante la muerte de Zapata (ocurrida el 10 de abril de 1919), presenciaban la paulatina liquidación de su movimiento.

Este ambiente de creciente animadversión contra la gestión de Carranza sumaba elementos a medida que el presidente tomaba decisiones que lesionaban los intereses de la población, así como los de los sectores más representativos de la sociedad. Sin ir más lejos, la prensa fue víctima de la aplicación de una política que castigaba a quienes no comulgaran con “la verdad absoluta” del constitucionalismo, instaurando unos famosos “viajes de rectificación” consistentes en trasladar o encarcelar a los diaristas que se decía habían exagerado o deformado las notas referentes al régimen.

“Con no muy buenos tratos y debidamente custodiado, el periodista castigado generalmente se ‘retractaba’ de lo que pocas horas o días antes había publicado.”⁵⁶

La importancia de la prensa en estos años radicó en que conducía la opinión pública del país mediante no pocos órganos de difusión. De manera que contrario a lo que Carranza esperaba, periódicos, revistas y magazines se volvieron a erigir como medios primordiales en la divulgación de ideas y campañas.

Ese carácter “propagandista” era el que en el fondo asustaba al presidente, pues como él mismo sabía, la fuerza del periodismo consistía en su capacidad de contribuir al levantamiento o derrumbe de las causas políticas e ideológicas, y guiado por esta razón, don Venustiano resolvió poner la dirección de prensa en

⁵⁶Luis Reed Torres, “La prensa durante Obregón, Calles y Cárdenas”, en *El periodismo en México, 450 años de historia*, México, UNAM, 1980, p. 287.

manos de una persona confiable, discreta y plegada a los intereses de su gobierno.

Félix Fulgencio Palavicini (1881-1952) fue el elegido para encabezar la titularidad de la Secretaría de Instrucción Pública y organizar un grupo de periódicos y escritores adeptos dedicados a editorializar y analizar las “causas sociales” de la Revolución. Por supuesto, dichas acciones a su vez tenían como objetivo prestigiar las medidas de un gobierno previamente legitimado por las leyes y el pueblo.

Con todo y los conflictos, incluido el desembarco de tropas estadounidenses en el puerto de Veracruz, Carranza pudo sortear sus problemas debido a que se empeñó en nulificar la fuerza y la presencia de los otros líderes importantes del movimiento armado.

La desaparición de Zapata, asesinado tras un engaño en el que se le ofrecían hombres y parque, así como el desmadejamiento de las fuerzas divisionarias del norte, redujeron la amenaza militar de estos grupos, pero no tuvieron el mismo efecto con los problemas políticos del régimen. Desacreditado por los hechos, Carranza trató de restituirse la imagen de hombre catalizador de fuerzas, porque sabía que sin este reconocimiento su tarea sería calificada como una prolongación del anterior sistema.

Mientras la vida política trastabillaba, Salvador Novo bebía las mieles de su inmersión total en el mundo de la Escuela Nacional Preparatoria, pues además de publicar en el semanario estudiantil *Policromías*, también se regodeaba en un contexto académico plagado de concursos filosóficos, sonatas de Beethoven y airadas discusiones políticas.

Sin poder sustraerse al ruido nacional, los jóvenes que circulaban por los pasillos de San Ildefonso lucharon por un proyecto que otorgara más libertad a la Universidad Nacional y puede asegurarse que fue en esta etapa donde comenzó a gestarse el movimiento que, casi un decenio más tarde (1929), desembocaría en la consecución de la autonomía universitaria. Aunque la movilización estudiantil fue controlada, su existencia reflejó dos cosas: 1) la capacidad de organización entre los alumnos y, 2) la animosidad de una

generación que ya no estaba dispuesta a mantener viejos esquemas de poder y autoridad.

El rasgo emancipador del movimiento robusteció en Salvador Novo y en otros muchos integrantes de su generación, el deseo de buscar fórmulas que les dieran identidad propia. Por eso, a diferencia de otros grupos artísticos e intelectuales, incluido el Ateneo de la Juventud, optaron por el “apolitismo”, ya que sus aspiraciones se concentraban en rubros como el arte, la literatura, la filosofía y el humanismo. Pero, esto no quiere decir que otros jóvenes hayan descartado el activismo político como una alternativa para concretar los cambios que la nación exigía de manera urgente.

No resultan extrañas pues las afirmaciones que respecto a este grupo de “hijos de la revolución” hiciera el escritor Alfonso Reyes: “Entiendo y aplaudo el entusiasmo y la decisión de convertirnos en los hacedores de un México nuevo; pero si entre vosotros hay gente de talento y con vocación literaria, a la larga beneficiaremos más al país con la pluma que con la pala.”⁵⁷

Partidario indiscutible de este principio, Novo continuó con sus lecturas y las actividades que lo distanciaran de gente y posturas monolíticas. En compañía de Xavier Villaurrutia, se entregó a la consolidación de definiciones personales y estéticas. Para lograr su misión, la pareja de amigos decidió compartir sus composiciones poéticas, comprar libros de la colección CVLTURA⁵⁸, ensanchar su círculo social e intelectual y, finalmente, vagabundear, sin ninguna clase de limitaciones, por las calles de la ciudad de México. Las salas cinematográficas fueron también uno de sus principales refugios, sobre todo para Salvador Novo, quien materializaba sus sueños a través de lo que veía en la pantalla. De este tiempo el poeta admitió que, “sencillamente soñaba la vida”.

⁵⁷ En *Los Contemporáneos ayer*, p. 51.

⁵⁸ Conformada con traducciones de obras de André Gide, France Huysmans y Charles Baudelaire. También incluía parte de la producción de los autores españoles más importantes de la época. Finalmente, cabe mencionar que la editorial CVLTURA fue una empresa que estuvo en manos de Agustín Loera y Chávez (dueño), y de los escritores mexicanos Enrique González Martínez y Julio Torri.

Escribía poemas y asistía a la Preparatoria, pero en las tardes lograba ir al cine, y antes de meterme en la sombra, iba a Larín a comprar dulces de pasta de almendra que comía toda la tarde, mirando las películas mudas, escuchando la orquesta y soñando.⁵⁹

Aparte de los placeres vespertinos, Novo se hizo visitante frecuente de la casa de los Villaurrutia, pues se sintió impresionado por el pasado aristocrático que los colocaba años luz de “la advenediza clase media mexicana”. Según indagaciones del propio Salvador, esta familia era descendiente del marqués del Apartado y, por ello, disponían de un capital que les permitía vivir sin preocupaciones. El abolengo familiar, otrora inflamado con la existencia de literatos, artistas y ricos, se consolidaba con la presencia de mujeres campeonas en tenis y varones que gustaban de jugar *bridge*.

Gracias a que los Villaurrutia poseían un pequeño banco o financiera ubicada en la calle Cinco de Mayo, Xavier percibía una mensualidad que solventaba con suficiencia todos sus gastos. Por su parte, para Novo los ingresos eran más difíciles y moderados. No obstante, siempre se las ingenió para “hacerlos valer” en la adquisición de libros, boletos para el teatro y el cine, exposiciones, conciertos, etcétera.

En realidad, al joven le interesaba el dinero sólo para no privarse de ninguno de los objetos, lugares y acontecimientos que le producían placer y aprendizaje. La vida en San Ildefonso le brindaba esta clase de experiencias y, aún más, pues con sólo asistir a sus aulas tenía la oportunidad de escuchar a los literatos, poetas, científicos y líderes que entonces daban forma y rumbo a la labor intelectual y artística de México. Por ejemplo, en 1919 llegaron a la Escuela Nacional Preparatoria escritores como Luis G. Urbina y Enrique González Martínez a impartir clases de literatura.

Novo, enseguida se inscribió en la materia de este último y entusiasmado con la presencia de uno de los exponentes del modernismo, decidió mostrarle

⁵⁹ En *La estatua de sal*, p. 65.

sus poemas, pero para el autor de *“Tuércele el cuello al cisne”*, el trabajo de su alumno resultó poco atractivo.

El juicio produjo en Salvador cierto desencanto asestando un duro golpe a su vanidad que no por ello tambaleó su convicción de que en la expresión poética del momento debía operarse un cambio que le diera nuevos derroteros. Resuelto a no adherirse al grupo que seguía y adulaba a González Martínez, buscó relacionarse con Ramón López Velarde, poeta que sin ser antípoda del primero, en su obra ya había manifestado la intención de acercarse al mundo a través de los sentidos, rescatando así lo subjetivo, lo personal e íntimo de los individuos. Este viraje temático y estilístico hicieron del poeta jerezano uno de los representantes finales del modernismo, pero también uno de los precursores de la poesía contemporánea en México.

Nacido en Jerez, Zacatecas el 15 de junio de 1888, José Ramón Modesto López Velarde Berumen fundó su primera poesía en la melancolía de la vida en provincia. De tal suerte que la educación religiosa, el recogimiento familiar, las tradiciones católicas y el amor puro y distante se convirtieron en algunos de sus temas preferidos.

Al llegar a la madurez el poeta exploró contenidos y formas casi inexistentes en la poesía de la época, debido a que su objetivo era superar “completamente las superficiales estructuras de los modernistas caracterizados por su artificiosidad y pomposos arrebatos.”⁶⁰

Aunado a este anhelo, López Velarde se abocó a la utilización de un lenguaje que abriera y desgajara no sólo la expresión poética, sino que liberara de máscaras y excesos a la prosa escrita. “Ser de honda vida interior” y no permitir “la derrota de la palabra”, se convirtieron en las reglas de su escritura haciéndole afirmar que:

Por mi parte, confieso que para recibir el mensaje lacónico de mi propia alma, me reconcentro con esa intensidad con que en el abismo de la noche sentimos el latido infatigable de nuestras sienas y estamos

escuchando el roce metódico de nuestra sangre en la almohada. El alma finca sus delicias en transmitirnos su confidencia, pero exige para ello una soledad y un silencio de alcoba. Yo anhele expulsar de mí cualquier palabra, cualquier sílaba que no nazca de la combustión de mis huesos. Y si me urge desterrar el más borroso vestigio de cosas extrañas a mis substancias, es porque en mi alma convulsa hay una urgencia de danza religiosa y voluptuosa de un rito asiático. Y la danzante no abatirá sobre mis labios su desnudez ni su frenesí mientras me oiga mascullar una sílaba ociosa.⁶¹

El desenfado y la autenticidad en la producción lópezvelardeana sedujo a Novo fortaleciendo su deseo de conocer en persona al poeta que después de haber emigrado a la capital, impartía cátedras en la Preparatoria y en la Escuela de Altos Estudios. De su encuentro, Xavier Villaurrutia rememoró:

Salvador Novo y yo lo visitamos unas cuantas veces en la Escuela Nacional Preparatoria, donde era profesor de Literatura Española. Lo esperábamos a la salida del aula y cambiábamos con él breves y entrecortadas frases. Aún tengo la sensación de que los diálogos se acababan demasiado pronto. Y también de que, a veces, como cuando sin esperar el final de la clase entrábamos en el aula, y López Velarde suspendía rápidamente la lección, despidiendo, aturdido a los alumnos, una curiosa turbación y un pudor infantil e inexplicable lo colocaban delante de nosotros en la situación de minoridad e inferioridad que lógicamente nos correspondía a Salvador y a mí. Esta fue la única entrevista de que puedo recordar algo más que la vaga emoción física que la presencia de Ramón López Velarde producía en el adolescente de quince años, que era yo entonces.⁶²

⁶⁰ Raúl Leiva y Jorge Ruedas, *La prosa de López Velarde*, Cuadernos del Centro de Estudios Literarios, número 3, México, UNAM, 1971, p. 9.

⁶¹ *Ibidem*, p. 33.

⁶² Xavier Villaurrutia, *Obras*, México, FCE, 1966, pp. 642-643.

Contrario a las opiniones de González Martínez, López Velarde consideró valiosos los escritos de Novo, pues notó en sus diferentes piezas, una prodigiosa facilidad en el uso y tono del lenguaje, así como la inclusión de expresiones muy audaces.

A pesar de la identificación, el también autor de la *Sangre devota*, se portó reacio ante la avidez de sus nuevos admiradores, y no porque los jóvenes le parecieran faltos de inteligencia o de aptitudes, sino porque habiendo sido víctima de la caricaturización de uno de sus poemas, prefirió distanciarse de quienes pretendían “dominar la escena artística y literaria de México”. Cabe mencionar que fue en el número siete de la revista *San-Ev-Ank* (1918) donde se produjo este incidente.

Jaime Torres Bodet, quien entonces firmaba como “Sube y baja” vio divertido ridiculizar uno de las piezas de López Velarde rebautizándola como “A las gatas anónimas de mi pueblo”. Junto a la pieza se puso un encabezado que decía: “Versos de Ramón López Velarde” y, en un recuadro, “Del libro en preparación *Lo que sobra*, original del autor de *La sangre rebota*.”⁶³

La “travesura juvenil” ahuyentó a López Velarde de críticos y colegas, pero su encuentro vivo con Novo y Villaurrutia también estuvo destinado a durar poco tiempo, ya que víctima de una neumonía el poeta murió la madrugada del 19 de junio de 1921.

Ante la desaparición de quien podía haber sido su “tutor artístico”, Salvador y Xavier pensaron que para no ser arrastrados por la corriente era necesario sumergirse en otras aguas. Por lo que se consagraron a la lectura asidua de Jean de La Bruyère (1645-1696), Louis Saint-Simon (1675-1755), Honorato de Balzac (1799-1850) y Anatole France (1844-1924), sin abandonar la guía eterna de André Gide y Jean Cocteau (1889-1963).

La pasión por las obras de estos dos últimos literatos franceses obedeció a la naturaleza de sus propuestas e innovaciones artísticas, pero también a que ambos habían descollado de manera precoz en las más importantes

⁶³ Como se ve, el juego de Jaime Torres Bodet consistió en cambiar de nombre la pieza, “A la gracia primitiva de las aldeanas”, así como el título de los conocidos libros *Zozobra* y *La sangre devota*.

publicaciones y revistas europeas. Por ejemplo, Jean Cocteau, publicó sus primeros poemas a los dieciséis años reflejando un espíritu inquieto y diverso. Fiel a este principio, su prosa también fructificó en el abordaje y tratamiento de toda clase de asuntos estéticos como el ballet, el teatro, la pintura y la música.

La pluralidad de estos escritores inoculó en Novo y en Villaurrutia la idea de que un escritor podía y debía renovarse al interior de su propia obra. De ahí que se esforzaran en mantener viva su curiosidad y alerta su capacidad de asombro para detectar todo lo que modificara la vida social y cultural de los hombres.

Así, dueño de un poema en el que coexistían la espera y el deseo de búsqueda, Salvador Novo entregó su composición, "Parábola del hermano", para ser publicada en *El Universal Ilustrado*, el día 4 de diciembre de 1919.

*Se diluye el camino en la sombra desierta.
Yo he encendido mi lámpara y he cerrado mi puerta.*

*Sobre mi chimenea, su silbido agorero
cuela el viento. Estremécense los cristales. Yo espero*

*a un hermano que ha mucho me prometió venir
y temo... que en la noche él se pueda morir...*

*Se diluye el camino de la sombra desierta.
Yo he encendido mi lámpara y he cerrado mi puerta.*

*Tras el cristal que tiembla, interrogo al recodo.
La borrasca flagela con látigos de lodo...*

*Tal vez mi hermano, oculto en la órbita huera
del monte que semeja una gran calavera,*

*espera el nuevo Sol para venir conmigo...
Se apagará mi lámpara... su resplandor amigo*

*convertirá la noche en ceniza la llama
y se abrirá mi puerta... La tormenta que brama
me arrojará una piedra... Y cuando el Sol despierte
a mi hermano y prosiga su camino, la muerte*

*me habrá quizá cubierto con su polvo. Y mi hermano
pasará sobre mí... y buscándome en vano
irá a morirse solo en un país lejano...⁶⁴*

⁶⁴ En Salvador Novo. *Navaja de la inteligencia*, pp. 68-69.

Esta primera aparición en un diario importante de la ciudad de México, se debió a que una conocida de Xavier Villaurrutia presentó a los dos amigos con María Luisa Ross, entonces directora del mencionado órgano. Después de una visita en la que platicaron y tomaron café, Novo y Villaurrutia salieron de la casa de la señora Ross con la satisfacción de que sus trabajos habían sido reconocidos y aceptados como “excelentes colaboraciones”.

La actitud condescendiente y “promotora de talentos”, ciertamente, fue producto de la visión amplia de María Luisa Ross, pero también a que el periódico *El Universal*, encabezado por Félix F. Palavicini, se había propuesto desde su nacimiento en 1916, publicar aquellas informaciones y artículos “de probada calidad”. Incluso, podría decirse que *El Universal* y *Excélsior* fueron en el país, los diarios que por primera vez ensayaron contenidos y formas inusuales dentro del periodismo mexicano.

Como ejemplo del espíritu reformador de *El Universal* pueden citarse los cambios ocurridos en su presentación (muy similar a la del *Times* neoyorkino) que, además de privilegiar información y textos bien escritos, incluía abundantes imágenes y diverso material gráfico. Dotados de excelentes servicios nacionales e internacionales ambos diarios se interesaron por llegar a un público más amplio y heterogéneo.

Esta primera tribuna periodística significó para la dupla Novo Villaurrutia (pues de Xavier se publicaron los poemas, “Al repasar el libro” y “La visión de la lluvia”) el trampolín que pronto impulsaría su ingreso a otras publicaciones. *El Herald de México*, propiedad del general Salvador Alvarado (1879-1924), también se interesó en difundir material de los dos poetas, mismo que fue provisto con imágenes de Jorge Silva (retratista de personajes destacados de la época). Este hombre, precisó Novo, “hacía unos retratos al horno; bueno, sí, parecía que estaba uno ‘al horno’ así, en sepia, y luego le ponía a uno una gola y una espada y nos retrataba.”⁶⁵

⁶⁵ *Ibidem*, p. 76.

El ingreso afortunado a las páginas de los diarios fue para Salvador Novo la confirmación de su talento, pero también el primer paso de una trayectoria ascendente en una profesión que entonces sólo concebía como difusora de su trabajo poético, dado que el joven nunca reparó en que esta actividad, pasado el tiempo, lo atraparía y le demandaría varias horas de lectura y escritura continuas.

Sin apenas darse cuenta, el muchacho con ambiciones y aprendizajes del todo literarios inició un camino que a poco lo convirtió en testigo de sucesos, observador de lugares, crítico de personajes, portavoz de ideas y protagonista significativo de la cultura del México posrevolucionario.

2.1 Influencias en la obra periodística de Novo.

Una vez clausurados los cursos en la Preparatoria, Salvador Novo se vio obligado a decidir qué carrera estudiaría. Desde sus días en Torreón sabía que sus opciones eran sólo dos. Y, aunque la medicina agradaba profundamente a su madre, el estudio del derecho y las leyes también le parecía una actividad adecuada para su hijo.

Influido quizá por el hecho de que en el país una nueva generación de abogados adquiría renombre público (como Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano o Daniel Cosío Villegas), Novo decidió inscribirse, junto con Xavier Villaurrutia, en la escuela de Leyes, pero como los amigos tenían que esperar el verano de 1921 para ingresar a su nueva escuela, pensaron que la mejor manera de aprovechar el tiempo era diversificando su producción lírica y acrecentando sus colaboraciones en los diarios y revistas.

De acuerdo con palabras de Novo, sus primeros versos “eran el resultado de una excrecencia”, pues a diferencia de Xavier que era riguroso y crítico, él escribía con la única intención de expresar y materializar su ser. El resultado de esta necesidad vital fueron numerosos escritos y poemas que debido a su prolijidad, Villaurrutia se empeñó en promover y administrar en diferentes publicaciones de la ciudad de México, siendo la revista estudiantil *Policromías*,

donde se seguían recibiendo y divulgando materiales como los “Poemas sintéticos” de Salvador Novo. Esta colección estuvo integrada por caligramas e ideogramas inspirados en los *haikai* japoneses, introducidos tiempo atrás por el poeta José Juan Tablada.

Para Salvador, la imitación de esta clase de poemas orientales era, además de un ejercicio lúdico, un reto a sus aptitudes, pues realmente tenía que esmerarse en descubrir los mecanismos que hacían de estas composiciones una muestra de lucidez y ritmo poético. Sin mencionar, que casi todo su atractivo radicaba en su capacidad para recrear imágenes.

El carácter de innovación estética en la obra poética de Novo indudablemente se debió a la influencia de Tablada, pero también al cosmopolitismo que cada vez cobraba más fuerza en la vida y la cultura de los años veinte.

La presencia de inventos, modas y avances científicos hicieron de los primeros años de este decenio un período caracterizado por la velocidad, el poder económico y el crecimiento desbordado de las ciudades. Nueva York, Berlín, París, Madrid, se dispusieron a ser las urbes en las que las clases medias tomaban lugares otrora vedados. En Norteamérica, por ejemplo, cada vez eran más comunes las imágenes donde, verdaderas turbas de hombres y mujeres, transitaban por las calles abordando el transporte público, admirando las mercancías en los aparadores, disfrutando de música y bebidas en los salones nocturnos. Asimismo, en las películas se les veía bailar alegres al ritmo del *charleston* que con cada paso los recompensaba de la crisis generada por la Primera Guerra Mundial.

Mientras que en 1920 Europa se abocó a su reconstrucción, México se sumergió en un período históricamente difícil debido a que las diferencias entre los proyectos de nación, enarbolados por los distintos jefes revolucionarios, suscitaron la ruptura que en unos cuantos meses dio fin al gobierno y a la vida de Venustiano Carranza.

Para el general Emilio Portes Gil (1871-1978) el descontento de los líderes y del pueblo respecto al mandato de don Venustiano se originó porque el jerarca

del constitucionalismo adoptó el papel de un “dictador a la vieja usanza”, obstruyendo con cada una de sus medidas, la satisfacción y los ideales del movimiento revolucionario.

Pese a que en los discursos se prodigaba que el país había ingresado a una nueva era, los cambios políticos, sociales y económicos posteriores a la guerra civil apenas y podían distinguirse de los antiguos usos del porfiriato. Sirva como ejemplo, la renuencia permanente de Carranza a dotar o restituir tierras a los campesinos, o bien, su empeño en desconocer el derecho a huelga de los trabajadores. De hecho, por esta actitud, las demandas de maestros y electricistas en el Distrito Federal, así como las de grupos de azucareros y petroleros en Tampico fueron de inmediato acalladas cuando se organizaron en defensa de sus derechos y salarios.

Ernesto Velasco, líder de los electricistas, fue condenado en 1918 a la pena capital, logrando salvar la vida gracias a que sus compañeros lucharon por obtener un indulto. Por si fuera poco, el régimen carrancista implementó una política de persecución y castigo contra todos aquellos sectores que se opusieran a su gobierno.

Sin alianzas políticas de peso y calificado como el continuador del México de Díaz, Carranza cometió el que sería su último error político, ya que a principios de 1920, anunció su apoyo a la candidatura del señor Ignacio Bonillas (embajador de México en Washington, EUA).

Señalado por la opinión pública como “pocho, débil y absolutamente dominado por el primer jefe”, el destape de Bonillas ensombreció las aspiraciones presidenciales de no pocos generales, entre ellos, el mismo Álvaro Obregón Salido (1880-1928), quien encumbrado durante los años difíciles de la revolución por su carácter negociador, decidió postularse como el otro posible sucesor de Carranza.

Contando con la simpatía de las elites sonorenses, del gobierno de Adolfo de la Huerta (1881-1954), del comandante militar Plutarco Elías Calles (1877-1945), de varias facciones militares y de cierto número de compañías estadounidenses,

Obregón llamó el 24 de abril de 1920 al desconocimiento del gobierno de Venustiano Carranza mediante la promulgación del Plan de Agua Prieta.

Miembros del ejército federal, zapatistas (encabezados ahora por Gildardo Magaña) y el general Pablo González, apoyaron la insurrección de quien había sido uno de los más fieles defensores del carrancismo. Ante el creciente avance de la revuelta, Carranza no tuvo otro remedio que salir de la ciudad acompañado por algunos de sus ministros para reinstalar su gobierno en el estado de Veracruz. La fortuna le dio la espalda y tras dejar el Distrito Federal a merced de las fuerzas militares de Obregón y Benjamín Hill, fue acribillado durante la madrugada del 21 de mayo en Tlaxcalantongo, localidad ubicada en la sierra de Puebla.⁶⁶

Con la capital bajo su poder, Álvaro Obregón, originario de Siquisiva, Sonora, tomó con agrado la decisión del Congreso de nombrar como presidente provisional a Adolfo de la Huerta, hombre que tuvo, entre sus múltiples obligaciones, la de organizar las elecciones que arrojarían un nuevo mandatario para el mes diciembre de 1920.

Poseedor de un espíritu tranquilo y conciliador, De la Huerta tuvo como prioridad de su gobierno la pacificación del país y buscó satisfacer las demandas o, al menos, atemperar las acciones de varios grupos rebeldes, principalmente, la de los zapatistas y los villistas. A los primeros, les concedió colocar a sus líderes Gildardo Magaña (1891-1939) y Antonio Díaz Soto y Gama (1880-1967), en lugares privilegiados de la vida pública nacional.

Con Francisco Villa logró la rendición, otorgándole como recompensa una descuidada, pero extensa hacienda en Canutillo, Chihuahua, misma que el “Centauro del Norte” reconstruyó y trabajó al lado de sus hombres hasta el año de 1923.

Superados los desafíos más apremiantes, Adolfo de la Huerta, oriundo de Hermosillo, Sonora, allanó el camino político y económico del país para Obregón, aunque sus éxitos no resultaron suficientes para entregar un gobierno

⁶⁶ De este acontecimiento nació una rima que, valiéndose del ingenio popular, sintetizaba la desgracia ocurrida a Venustiano Carranza: “Cuando vayas a Tlaxcalantongo/ tienes que portarte chango/ porque ahí a Barbas Tenango/ le sacaron el mondongo.”

en paz y en calma, debido a que la inquietud social aún se cifraba en epidemias, huelgas, hambre y pequeños levantamientos en el interior de la República que evitaron a la gestión obregonista (1920-1924) un comienzo, e incluso un desarrollo libre de sobresaltos.

Los últimos meses de 1920 auguraron para México la consumación de cambios y el inicio de proyectos tendientes a delinear el rostro de un país cansado de constantes luchas intestinas. Revestido de un plan tendiente a sentar las bases de un nuevo Estado, Álvaro Obregón se dedicó, en un primer momento, a amalgamar los intereses de la sociedad valiéndose de una estructura política y económicamente sólida. Y, cierto de que todos los ámbitos de la vida nacional debían recibir nuevos bríos, favoreció e impulsó cambios notables en áreas como la educación y la cultura. De hecho, para el día que tomó posesión como presidente, la rectoría de la Universidad Nacional ya había sido puesta bajo la dirección de José Vasconcelos, cuya principal encomienda fue difundir y extender la educación en todos los rincones de México. Inyectada con proyectos y plagada de gente joven y nueva, la Universidad inició una etapa en la que se le veía como el centro generador de ideas y talentos por excelencia.

Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Jaime Torres Bodet fueron algunos de los muchos jóvenes integrados al ideal vasconcelista, ya fuera por invitación expresa del rector, o bien, por la atracción que ejercía su “equipo de maestros” en el interior de las filas universitarias. Uno de estos “profesores misioneros” indujo en Novo el deseo de iniciarse en la escritura de textos diferentes a los poéticos.

Un medio día me hallaba parado a la puerta de Leyes cuando llegó, entró, un tipo que obviamente no era estudiante. Moreno, negroide, vestido de negro. Cruzamos una mirada rápida y lo seguí, intrigado, adentro de la escuela. Entró en un salón al que al rato llegaron muchos estudiantes yanquis. Se sentaron. El individuo empezó a dar una clase de literatura mexicana. Hablaba de Sor Juana, y mientras lo hacía con voz pastosa y lenta, no dejaba de mirarme, sentado en la última fila. Hizo

una pregunta: ‘¿Qué es una glosa?’ Sus alumnos callaban. ‘Algún estudiante, aunque no sea de la clase –dijo-; usted...’

Contesté, sonrió, terminó su clase. A la salida lo aguardé, intrigado. Conversamos, caminamos. Era Pedro Henríquez Ureña, de cuya sabiduría, existencia, importancia, yo no sabía nada.⁶⁷

Con residencia en Minessota, Estados Unidos, Pedro Henríquez Ureña fue llamado por José Vasconcelos, en 1921, para que viniera a organizar y a dirigir en México, los cursos de la Escuela de Verano, misma que albergaba a estudiantes extranjeros llegados al país gracias a la existencia del Departamento de Intercambio Universitario.

Persuadido de los atributos de Salvador Novo, el erudito dominicano decidió integrarlo al grupo de discípulos que por entonces ya recibían su apoyo y asesoría. Jóvenes como Daniel Cosío Villegas (1898-1976), Manuel Toussaint (1890-1955), Antonio Castro Leal y Salomón de la Selva (1893-1959) escuchaban ávidos los consejos y conocimientos del hombre que, años atrás, había sido el alma indiscutible del Ateneo de la Juventud.

Descubridor y conductor de vocaciones, Henríquez Ureña infundió en Novo la idea de “escribir como se habla y no como se piensa”. Para agilizar su mente y su pluma lo encargó de una sección llamada “Repertorio” en la revista *México Moderno* (1920-1923), la cual, bajo la conducción de Enrique González Martínez, había logrado instituirse como el principal “órgano difusor de las ideas posrevolucionarias”. En algunos de sus números se dieron a conocer las expresiones filosóficas, artísticas y políticas de hombres como Antonio Caso, Julio Torri, Genaro Estrada (1887-1937), Manuel María Ponce (1882-1948) y, desde luego, José Vasconcelos.

Esta nómina de escritores hizo de *México Moderno* una revista de letras y artes sumamente destacada, pero además le ganó el prestigio de haber promocionado el primer y último encuentro de las generaciones intelectuales

⁶⁷ En *La estatua de sal*, p. 113.

posteriores al positivismo, porque en sus páginas coincidieron integrantes del viejo Ateneo, miembros del grupo de los Siete Sabios y gente del Nuevo Ateneo.

La guía y protección de Henríquez Ureña entusiasmó sobremanera a Salvador Novo, motivándolo a estudiar y a escribir durante largas horas. Y, pese a la cantidad de trabajo, Novo pronto se halló en la capacidad de elaborar artículos y ensayos que, junto a los de otros alumnos, eran enviados por el humanista a varias revistas del continente. Junto a estas deferencias, don Pedro conseguía para sus discípulos clases en la Preparatoria y por su injerencia, Novo pudo impartir, en idioma inglés, una clase de literatura mexicana.

Toda esta actividad acarreó dinero al joven Salvador Novo, quien se sentía feliz por su independencia económica y porque gracias a ella estuvo en posibilidad de rentar un lugar (que acondicionó como estudio) en la calle de Donceles. Asimismo, con sus primeros ingresos pudo comprar libros en francés e inglés; muebles finos, alfombras y ropas que lo hicieron percibirse, por vez primera, como un hombre rico y afortunado. No obstante, la buena suerte del escritor se vio oscurecida después de que aceptó su homosexualidad frente a Henríquez Ureña.

Consciente de que ya nunca iba a ser bien visto por las huestes ureñistas, Novo buscó transitar un camino independiente, tratando de aminorar el hecho de que “su pecado” lo había expulsado de un cenáculo reconocido. Novo sabía que gracias a su trabajo ya poseía un nombre y un prestigio, por lo que no dudó en tocar las puertas de algunos diarios y revistas.

El Universal Ilustrado fue el periódico que casi de inmediato lo incorporó en su plantilla definitiva de colaboradores, publicando en sus páginas artículos, notas, poemas, traducciones y hasta una antología de poetas norteamericanos y franceses.

Autores como James Joyce (1882-1941) o Edgar Allan Poe comenzaron a ser traducidos, compendiados e interpretados por Novo en publicaciones que no sólo aumentaron en número, sino en importancia, logrando que el “destacado poeta” fortaleciera su relevancia y obtuviera el título de especialista indiscutible

de las nuevas letras inglesas: “Conocedor como ninguno de la materia, se instituye como un escritor *yanquie* que escribe en español.”⁶⁸

La “economía del lenguaje”, materializada en una prosa rápida, aguda y certera fue una de las lecciones que Salvador Novo aprendió mejor de Henríquez Ureña. Esta facilidad verbal también estuvo tamizada por la influencia de poetas que, mediante su vida y su obra, le brindaron asideros indispensables en la conformación de su expresión y su pensamiento.

Trayectorias como las de Suzanne Delphin (1900), Paul Morand (1888-1976), Alfred Kreyborg (1883), Sherwood Anderson (1876-1941), Vachel Lindsay (1879-1931) y Paul Valery (1871-1945), entre muchos otros, le permitieron construir un proyecto profesional y artístico que lo acompañó a lo largo de su juventud y años de madurez.

De entre una lista de viajeros infatigables, editores de revistas, críticos de arte, periodistas de relieve y cronistas de ciudades, Novo rescató el ideal del escritor, es decir, aquel que para consumir una obra digna, inteligente, plural y representativa debía trabajar sin descanso e involucrarse con todas las áreas de lo humano.

Novo depuró sus ideas, su dicción, su escritura y su poder de observación, actitud que le redituó la adquisición de un lenguaje simple y directo. También le permitió diversificar sus temas y, junto a la literatura y la poesía, comenzó hablar de teatro, abordó la política, los hechos de la vida cotidiana, la ciudad y los hombres. Fueron, justamente, estos atributos los que aceleraron su ingreso a la *intelligentsia* mexicana, reservándole un lugar importante en el seno de periódicos, revistas y proyectos editoriales que por entonces se multiplicaban en número y calidad.

⁶⁸ Guillermo Sheridan, *op.cit.*, p. 117.

2.2 Su participación en las revistas *La Falange* (1922-1923), *Ulises* (1927-1928) y *Contemporáneos* (1928-1932).

José Vasconcelos escribió su nombre en la historia de México gracias a su lucha abierta por la educación y la cultura. Oriundo del estado de Oaxaca y arraigado en la realidad libresca decimonónica, desde muy joven, tuvo claro que para hacer crecer al país era indispensable terminar con el sistema de excesos y prohibiciones impuesto por Porfirio Díaz.

Concluida la fase armada e iniciada la etapa de reconstrucción, Vasconcelos encontró un nicho privilegiado dentro del gobierno de Álvaro Obregón, quien convencido de las virtudes de su nuevo ministro de Educación le concedió un amplio radio de acción. “Actuar en grande” fue entonces la consigna del vasconcelismo, pero “regenerar a la nación y revelar los prodigios de su espíritu” requería de una labor titánica.

Carente de una generación intermedia, pues la mayoría de los hijos del porfirismo habían muerto en los campos de batalla, Vasconcelos invitó a su lucha a todos los jóvenes deseosos de dar a su país un nuevo rostro. Como lo asevera el crítico literario José Joaquín Blanco (1951), la hora de los jóvenes había llegado, y para ellos era todo: el renombre, la fama, el respeto, los puestos y las publicaciones. Por lo que, de este proyecto renovador quedaron fuera los herederos del antiguo régimen y, todavía más, las “personas viciadas por viejos intereses”.

La precocidad de gente como Jaime Torres Bodet, Daniel Cosío Villegas, Vicente Lombardo Toledano, Xavier Villaurrutia, Bernardo Ortiz de Montellano, Salvador Novo, entre muchos otros, se convirtió en el rasgo esencial del ideal vasconceliano.

Las campañas alfabetizadoras, la apertura de escuelas de enseñanza técnica, la impresión y difusión de textos clásicos, las clases de arte y de pintura al aire libre, así como la aparición de revistas (*El Maestro* y *La Antorcha*) fueron un elemento más en la labor transformadora de México.

Inmerso en este clima propicio a la cultura, Novo halló, al igual que otros miembros de su generación, los espacios que empezaron a conformar su trayectoria periodística o, mejor dicho, su camino por las revistas literarias que luego lo proyectaron al ejercicio estricto del periodismo.

La Falange (1922-1923), homónima de una conocida revista europea, fue uno de los primeros foros para los escritos iniciales de Novo. Dirigida por Jaime Torres Bodet y Bernardo Ortiz de Montellano, esta “Revista de Cultura Latina” publicó su primer número en diciembre de 1922.

A instancias de Xavier Villaurrutia, Salvador Novo pudo participar en un proyecto que había recibido el apoyo de escritores como Rafael Heliodoro Valle (1891-1959), Julio Jiménez Rueda (1896-1960) y Manuel Cestero (1877-1955).

Aunque Novo conocía a Jaime Torres Bodet desde la Preparatoria, entre ellos no existía una estrecha relación amistosa, pero ambos prefirieron manejarse con respeto y cordialidad antes que evidenciar el antagonismo que separaba sus principios fundamentales. No obstante, el interés de Novo por la revista obedeció a que Xavier Villaurrutia le habló de los beneficios de formar parte de una publicación que toleraba y, aun, solicitaba la participación de poetas jóvenes. Salvador aceptó su incursión con no pocas reticencias y este sentimiento evitó que apareciera de manera constante en sus páginas.

Vista como un instrumento de la campaña nacionalista que en la cultura apasionaba a Vasconcelos, *La Falange* fue víctima de críticas y hostilidades, por lo que, después de su tercer número fue suspendida hasta bien entrado el año de 1923.

Con un costo de 50 centavos e integrada por cerca de 64 páginas, esta revista se presentó en sociedad despojada del título de “órgano de cenáculo” y, afirmaba que su misión se resumía en “no combatir contra nadie, sino en pro de algo”.

La Falange declaró sus principios desde su primera edición: 1) expresar sin limitaciones el alma latina de América; 2) reunir a quienes hacían literatura sana y sincera en México; y, 3) servir como índice de la cultura artística nacional a los demás pueblos del Nuevo Mundo.

Respecto a sus secciones, la revista incluyó *A.B.C.*, escrita por Bernardo Ortiz de Montellano; *Glosario*, por Jaime Torres Bidet; *Kodak*, sección de humorismo, escrita por Porfirio Hernández y Salvador Novo; *Letras Francesas*, por Rafael Lozano, así como *Libros* y *Poesía de América*.

Con portadas diseñadas por Adolfo Best Maugard (1891-1964), Roberto Montenegro (1885-1968) y Manuel Rodríguez Lozano (1897-1971), *La Falange* no pudo evitar ser identificada como una pieza del juego político de José Vasconcelos, sobre todo, porque sus contenidos revelaban la esencia de su llamado mesiánico, de su famoso proyecto indoamericano y de su filosofía de “la raza cósmica”.

En cuanto a la participación de Salvador Novo en esta publicación debe anotarse que sólo se produjo en dos ocasiones. La primera, en el número de septiembre de 1923, en la sección *Kodak*, con el texto “¡Qué México!” y, la segunda, en la edición de octubre del mismo año, con traducción de los poemas, *El silencio* de Edgar Lee Masters (1869-1950) y *N.Y* de Ezra Pound (1885-1972). Asimismo, publicó el ensayo *Confesiones de pequeños filósofos*.

Con la maldición de “nacidas para perder”, *La Falange* encarnó en el panorama editorial y literario de los años veinte mexicanos, el deseo de mantener una revista que reuniera a gente joven, capaz y vigorosa. Y, si bien no puede negarse que dependía de los recursos y materiales enviados desde la Secretaría de Educación, debe reconocerse su lucha por contagiar en los lectores ideas y aspiraciones de fuerte contenido social, aunque para ello se valieran de conceptos acendradamente nacionalistas. Esta ortodoxia fue la que produjo en Novo cierto desencanto por la publicación, convenciéndolo de que *La Falange* no era más que la expresión del momento acrítico que vivía México.

Una vez culminada la batalla en esta trinchera, Salvador Novo reinició la búsqueda de otros rumbos y, aunque la escritura le daba pocos ratos libres, al lado de Villaurrutia, experimentó el tedio que a su paso dejara la extinción de las revistas literarias más importantes del momento, con *La Falange*, también desapareció *México Moderno*.

Por supuesto, este vacío no pudo atenuar el vértigo que los acontecimientos de la vida nacional iban a dar Novo y a Villaurrutia. De hecho, la muerte de varias publicaciones, sobre todo, las patrocinadas por el gobierno, obedeció a un clima político agitado ante la inminencia de la sucesión presidencial.

Reconocida como una gestión integradora de las causas sociales de la Revolución, la administración obregonista se acercaba a su fin en 1924, dando por resultado recursos públicos sanos, una infraestructura industrial y urbana suficiente, la simpatía de los grupos obreros y campesinos, una deuda exterior renegociada y un panorama exento de líderes y asonadas (Francisco Villa, último jefe visible de la Revolución, había sido acribillado en Parral, Chihuahua, el 20 de julio de 1923). Así las cosas, el gobierno de Álvaro Obregón se reservó como tarea final el relevo pacífico del poder.

Ya desde los primeros días de enero del año veintitrés, el secretario de Gobernación, Plutarco Elías Calles habló con Obregón sobre su posible postulación a la presidencia de la República, pues los rumores de que él asumiría este cargo para el próximo período cobraban cada vez más fuerza. Pero con todo y las simpatías, Calles no estuvo exento de rivales, ya que el nombre de Adolfo de la Huerta también se barajaba de manera insistente en las pláticas de las cámaras.

Ante la incertidumbre, el general Calles propuso a De la Huerta conversar respecto a sus intereses y ambiciones políticas. En tanto que Obregón ponía en práctica la estrategia de declarar a la prensa que cualquiera de sus paisanos resultaría “un buen presidente” para México. Sin embargo, el político sonoreense desde un principio había inclinado la balanza a favor de Plutarco Elías Calles. Cuando esta preferencia entre amigos se hizo evidente, Adolfo de la Huerta rompió con el presidente y se levantó en armas el 7 de diciembre de 1923.

Contando con las adhesiones de generales en Jalisco, Yucatán y el Estado de México, De la Huerta se puso al mando de un ejército de 60 mil hombres, cuya rebeldía fue aplastada sólo con 35 mil efectivos federales cuatro meses después.

Tras una estela de veinte mil vidas perdidas, puentes y vías férreas destruidas, saqueos y robos a distintas poblaciones, Plutarco Elías Calles logró figurar como candidato en las elecciones del primer domingo de julio de 1924, en las cuales resultó absoluto triunfador.

La llegada del nuevo presidente desbordó el entusiasmo revolucionario, ya que por primera vez se vislumbraba la posibilidad de construir un programa de gobierno que sirviera de base para las siguientes administraciones. Para Calles ésta era una de sus prioridades, pues sabía que ya no podía postergarse el momento de “orientar definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional, procurando pasar, de una vez por todas, de la condición histórica del ‘país de un hombre’ a la nación de instituciones y de leyes.”⁶⁹

A través de un gabinete en el que se privilegió la presencia de hombres de talento y experiencia política, Calles instrumentó los cambios que dieron a su gestión un estilo propio e institucional. Aunque los obregonistas pudieron haber sido eficientes para el nuevo gobierno, el nuevo mandatario relevó de la Secretaría de Educación a José Vasconcelos, sin importarle sus “buenos resultados”, pues las diferencias y el rompimiento que tiempo atrás había tenido el autor de *Ulises Criollo* con Álvaro Obregón, lo colocaban muy lejos de la órbita de su confianza.

El presidente decidió nombrar entonces como nuevo titular de esta cartera al señor José Manuel Puig Casauranc (1888-1939), hombre que por ser amigo de Salvador Novo, fue clave en el patrocinio de uno de los proyectos editoriales más personales e importantes del poeta.

Después de escribir para revistas como *La Antorcha* y *Antena* (ambas de 1924) y de trabajar en la edición de ensayos y poemas, Novo tuvo la oportunidad de crear una revista que reflejara sus intereses literarios y artísticos. Acompañado como siempre por Xavier Villaurrutia, Novo se rodeó de gente nueva para la consumación de *Ulises* (1927-1928). Así, Gilberto Owen (1905-

⁶⁹ Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución Mexicana*, México, Instituto Mexicano de Cultura, 1964, p. 390.

1952) del Estado de México y Jorge Cuesta (1903-1942) de Veracruz, fueron algunos de los poetas que pronto se integraron en esta “locuaz y nueva empresa”.

Con un ejemplar del *Mercure* bajo el brazo, fue Owen quien simpatizó de inmediato con Villaurrutia al charlar en una de las acostumbradas tertulias del “Café América” en las calles del centro. Aunque a Salvador Novo estos dos jóvenes no le parecieron desagradables, tampoco llamaron demasiado su atención.

Esta parquedad inusual en el trato del escritor se produjo debido a que en esos momentos se encontraba lleno de quehaceres y nuevas responsabilidades, ya que al tiempo que se amoldaba al grupo que más tarde daría vida a Los Contemporáneos, atendía sus deberes como Jefe del Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública.

Valiéndose de su cargo y de su cercanía con Puig Casauranc, Novo abonó el camino para su revista *Ulises*, cuyo objetivo sólo era -según palabras de Villaurrutia- divulgar sus trabajos, sus principios, sus ideas, su voluntad creativa y, desde luego, sus críticas y su humor escandaloso. Ejemplo de ello fue el relato, “¡Qué México! *Novela en que no pasa nada*”, mismo que ya había sido dado a conocer en las páginas de *La Falange*:

LEVANTOSE temprano, alegre. Sentía, al respirar, su corazón. A tales horas, no es probable sufrir calor ni ver gente. Abrían las tiendas; de las panaderías flotaba un ‘santo olor’ y había quien ya volviese de misa y quien fuera, temerosa de atravesar las bocacalles bajo sus años y sus chales oscuros, a la última llamada de las siete.

Detuvo un camión. Los trenes urbanos, como personas decentes iban lentos safando el trole en las esquinas, mientras los ‘rápidos’ atropellaban los minutos como nuevos ricos. ¡Todo, todo igual! Algunos carteles recientes. ‘Se prohíbe fijar anuncios’. Bajóse. Siguió caminando. Todo lo conocía. Sólo que su ciudad le era un libro abierto por segunda vez, en el que reparaba hoy más, en el que no se había fijado mucho antes.

Leía con avidez cuanto encontraba. ¡Su ciudad! ¡Su ciudad! Estrechábala contra su corazón. Sonreía a sus cúpulas y prestaba atención a todo. Sin duda a pasos lentos, pero su ciudad se clasificaba; para cada actividad señalada, remedios o gentes especiales. Ya los helados no son solamente de limón, de chocolate, de fresa o de “amantecado” como solían. En aquel Lady Baltimore las listas eran largas e incomprensibles. ¿Quién que no sepa pronunciar osará comerse un Marshmallow puff? y los ice-cream-sodas, vasos llenos de espumarajos y con dos popotes como los acusaba su amigo provinciano, eran de Mocha y de Maple.

Los últimos caprichos del destino y deber del joven de la fuente-soda, saben a life-savers, ¡sí, sálvese quien pueda, con tales Maples! Los life-savers a su vez tienen el sabor que deja una extracción de muela.

Hay dos grandes muestras de la fuerza que crea dividiendo en nuestra moderna Sociedad. El aviso oportuno, en lo moral, y la casta de los choferes en lo material. Nadie que use planillas ignora estos dos hechos. Anteriormente a la revolución podía leerse el periódico entero y se podían atravesar las calles. Hoy los diarios dan demasiado papel y los hijos de ‘Ford’ existen demasiado. Realmente hay poco pundonor en párrafos como este: ‘Señora atractiva, con capital solicita relaciones con joven fuerte y sin capital’. Entrega inmediata. *Altisidora*. O bien: ‘Modelo masculino, buenas formas, envía retrato a quien desee ocuparlo. *Fedro de Rubempré*. Y más abajo: Adorada. Te espero donde ya sabes. Lleva un pañuelo. *Tu mocoso*.⁷⁰

Con una periodicidad irregular, esta “Revista de curiosidad y de crítica” comenzó a circular en mayo de 1927. Sus secciones fueron solamente dos: *El curioso impertinente* y *Notas*. Su costo 50 centavos y sus anunciantes las librerías Robredo y Porrúa, así como los sombreros de la Casa Tardán.

El escritor Guillermo Sheridan, definió a *Ulises* como una revista de experimentación, esnob, juguetona, insidiosa e impredecible, pues al margen de

⁷⁰ Revistas Literarias Mexicanas Modernas, *Ulises 1927-1928. Escala 1930*, México, FCE, 1980, pp. 404-407.

los grandes proyectos culturales auspiciados por el Estado, se empeñó en ser una vía alterna a lo que los intelectuales y las corrientes del momento señalaban como verdadero y legítimo.

Lo que hizo *Ulises*, primero que ninguna otra revista literaria mexicana moderna es, dentro de su sectarismo, proponerse esencialmente como una revista de interrogantes y dudas, de proposiciones que, lejos de ampararse en la empatía de las consignas, sólo deseaba conmovir y sugerir aunque en ello les fuera la posibilidad del desastre.⁷¹

A *Ulises* le correspondió el mérito de haber publicado *El joven*, relato novelado de Salvador Novo; *Exágonos* de Carlos Pellicer; *Dama de corazones* de Xavier Villaurrutia y la traducción de *El retorno del hijo pródigo* de André Gide.

En sus páginas también se difundieron por primera vez artículos de Max Scheler (1875-1928) y Paul Morand, que entonces participaban en la *Revista de Occidente*, dirigida por el filósofo español José Ortega y Gasset (1883-1955). Sometida a los altibajos del dinero y atacada por los defensores de la “literatura viril” o nacionalista, *Ulises* quedó a la deriva cuando Puig Casauranc fue removido de la Secretaría de Educación Pública.

No obstante, la verdadera orfandad de la revista se produjo cuando Salvador Novo tuvo que dar prioridad a sus clases en la Escuela para Extranjeros, escribir sus colaboraciones para *Excélsior*, *Revista de Revistas*, *El Universal Ilustrado* y *Últimas Noticias*, así como preparar la edición de dos de sus obras.

La revista dejó de circular en febrero de 1928 inaugurando una nueva etapa en los planes y aspiraciones artísticas de Novo, quien sin despojarse nunca del recuerdo y la esencia de su revista precisó:

Este grupo de *Ulises*... fue en un principio un grupo de personas ociosas. Nadie duda, hoy día, de la súbita utilidad del ocio. Había un pintor, Agustín Lazo, cuyas pinturas no gustaban a nadie. Un estudiante de

filosofía, Samuel Ramos, a quien no le gustaba el maestro Caso. Un prosista y poeta, Gilberto Owen, cuyas producciones eran una cosa rarísima y, un joven crítico que todo lo encontraba mal y que se llama Xavier Villaurrutia. En largas tardes, sin nada mexicano que leer, hablaban de libros extranjeros. Fue así como les vino la idea de publicar aquella pequeña revista de crítica y curiosidad.⁷²

Estos años, que son los que antecedieron la participación de Novo en la revista *Contemporáneos* (1928-1932), estuvieron marcados por cambios que, en gran medida, eran el reflejo de los sobresaltos de la vida nacional.

Consolidado como un hombre de Estado, Calles protagonizó un período presidencial cargado de problemas de tipo social y religioso, ya que en los terrenos militar y económico había logrado cierta estabilidad. Sin embargo, los conflictos se desataron cuando el sonorenses se perfilaba hacia la recta final de su mandato. Como en otras ocasiones, la sucesión volvió a generar un clima de incertidumbre que afectaba a casi todos los sectores del país.

Por su parte, la clase política discutía si era conveniente otra nominación de Álvaro Obregón como candidato a presidente, pues si bien, el “Manco de Celaya” había dado muestras de sus aptitudes para manejar el poder, se temía que junto a Calles hubiera planeado alternarse de manera indefinida la primera magistratura.

El 16 de junio de 1917 Obregón lanzó un manifiesto en el que explicaba las causas de su retorno a la vida política, ya que –en sus palabras– comprendía que los “intereses de la patria” eran más apremiantes que los deseos personales y enfatizó que su reaparición y nuevos planes obedecían por completo al llamado de la sociedad.

Es natural que la nación pretenda depositar su confianza en un hombre que pueda reunir en torno suyo la mayor suma de fuerzas morales y

⁷¹ En *Los Contemporáneos ayer*, p. 285.

⁷² *Ibidem*, p. 284.

materiales, para que, al hacerse cargo del poder, constituya una garantía para el decoro y soberanía nacionales.⁷³

Sin rivales de importancia y contando con la anuencia absoluta de Calles, Obregón fue electo en las urnas el 1 de julio de 1928 para cubrir el que sería el primer período presidencial de seis años, pues su ampliación había sido aceptada con anterioridad en la Cámara de Diputados el 27 de noviembre de 1927.

Cabe señalar que la actuación de Plutarco Elías Calles en el gobierno de México fue acertada en muchos rubros, porque deseoso de encauzar y garantizar la convivencia de la mayoría de los grupos sociales edificó un sistema en el que la fuerza de las instituciones era el principio rector.

Pero, su administración se vio empañada por el inadecuado tratamiento de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, provocando con su actitud una de las crisis sociales y religiosas más severas en la historia reciente de México.

El “asunto cristero”, simplemente, se excedió al grado de traducirse en un verdadero problema para la administración provisional de Emilio Portes Gil (1928-1930), quien recibió esta encomienda tras el asesinato de Álvaro Obregón en el restaurante “La Bombilla”, de San Ángel, a manos del “fanático religioso” José de León Toral, la tarde del 17 de julio de 1928.

Todos estos acontecimientos alteraron la vida del país sembrando un clima de incertidumbre que casi nadie pudo ignorar. Con movimientos de todo tipo en la administración pública, Salvador Novo y sus amigos lograron colocarse en cargos modestos que, pese a ello, les permitieron seguir auspiciando sus proyectos literarios.

Concebida años atrás por Jaime Torres Bodet como una revista en la que destacara la reflexión y el espíritu crítico, *Contemporáneos* fue dada a conocer el 15 de junio de 1928 y en ella se recibieron las colaboraciones de importantes escritores mexicanos y extranjeros. Esta “Revista Mexicana de Cultura” se

⁷³ Emilio Portes Gil, *op.cit.*, p. 401.

caracterizó por su presentación lujosa, sus grabados impresos, la utilización de dos tintas y un papel muy fino.

El crítico y pintor español Gabriel García Maroto trabajó en su diseño y su formato, apenas más grande que el de la famosa *Revista de Occidente* en Europa. Por lo que toca a su contenido, *Contemporáneos*, incluyó ensayos, poesía y artículos de fondo, y como apoyo, noticias, reseñas de obras y revistas, anuncios y comentarios breves.

La conocida editorial CVLTURA, de Rafael Loera y Chávez se encargó de su impresión hasta 1930, produciendo un tiraje de mil 500 ejemplares mensuales. *Contemporáneos* se vendió en algunas librerías de la capital y se aceptaron suscripciones en el apartado postal 1811 de la Administración Central de Correos de la ciudad. Su costo fue de un peso y sus espacios de publicidad fueron vendidos a librerías como Misrachi, Nicolás Rueda y los hermanos Porrúa. En su interior también figuraron los anuncios de papeleros, farmacias y de la Universidad Nacional de México.

A causa de que la revista no pagaba a los colaboradores, muchos de ellos se vieron obligados a presentar sus escritos en otras publicaciones, pero Torres Bodet, Ortiz de Montellano, José Gorostiza (1901-1973), Cuesta, Owen, Villaurrutia y Novo llenaron con suficiencia ese vacío.

Con todo y que *Contemporáneos* aglutinó a los representantes más significativos de la vida cultural de los años veinte nunca pudo establecerse como un grupo sólido y compacto. Aun, puede afirmarse que la unión entre sus miembros se debió a la semejanza de edades, a su formación homogénea, a su actitud crítica ante la poesía y los autores de su generación, así como a su admiración común por determinados escritores y corrientes literarias.

En realidad, el ingreso de Salvador Novo al grupo y a la revista fue más por omisión que por asimilación, pues el panorama cultural mexicano se reducía a escasas opciones haciendo que la firma de Novo en *Contemporáneos* sólo apareciera en tres ocasiones. La primera, en el número 26-27, de los meses julio y agosto de 1930 acompañando a la "Glosa Incompleta en tres tiempos sobre un tema de amor"; la segunda, en el número 33, con el breve ensayo "El arte de la

fotografía” y, la tercera, en mayo de 1931, con “Breve romance de ausencia” y “Notas sobre la poesía de los negros en Estados Unidos”.

Contemporáneos tuvo una vida accidentada, conflictos internos, problemas de financiamiento, diferencias artísticas y morales, pero siempre logró sobreponerse y evidenciar la naturaleza crítica de sus concepciones estéticas e intelectuales. A Salvador Novo le sirvió como anticipación del tipo de escritura – en extremo informada– que practicaría a lo largo de sus cincuenta años como periodista.

SEÑORAS, señores:

Para presentar a ustedes la exposición de fotografías que hoy inauguramos, no creo precisamente indispensable relataros la historia de la cámara oscura. Por inveterada costumbre me es imposible, sin embargo, ante ningún fenómeno humano, prescindir de pensar en sus orígenes primeros. Me parece siempre necesario, al encontrar a una persona, examinar, conocer, si es posible, sus antecedentes, a fin de que afiancemos una amistad cuyas futuras posibilidades negativas o fructuosas residen ya un poco en estos antecedentes. Pero es el caso, en el de la fotografía, que yo he olvidado, si lo supe bien nunca, todo el largo proceso técnico que va, supongo, desde el daguerrotipo hasta las películas que hablan solas. Comprendo, empero, que tanto aquella perpetuación amable de nuestros mejores parientes con su traje nuevo, en el álbum que hay en la sala de toda familia que se estime, con la voz y la figura magnífica de Greta Garbo, llegan a nosotros, a través del tiempo y de la distancia, en virtud de una serie de pequeños engaños de que nos hacen víctimas, primero, los hombres de ciencia, y en seguida, los técnicos. Nosotros, simplemente, nos admiramos de los resultados y llevamos una altanería discutiblemente legítima hasta exigir cada vez más enérgicamente la perfección a trueque de la credulidad.⁷⁴

⁷⁴ Salvador Novo, “El arte de la fotografía”, en *Revistas Literarias Mexicanas Modernas, Contemporáneos 1928-1931*, Tomo VIII-IX, México, FCE, 1981, pp. 197-198.

Apegándose a la frase prologada por el pensador José Ortega y Gasset, *Contemporáneos* siempre hizo de su circunstancia (por demás adversa) un instrumento para la creación de su obra. Para quienes colaboraron en ella significó el pasaporte a la posteridad de las letras mexicanas, ya que tanto Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza, Gilberto Owen, Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, entre otros, hoy son considerados como los exponentes más relevantes de la conciencia crítica y artística de México durante la primera mitad del siglo XX. También se reconoce en ellos la posesión de una cultura vasta y al día, preocupada por depurar formas y contenidos.

Contemporáneos se conformó a contrapelo de las circunstancias artísticas, literarias y políticas del país y, de manera casi involuntaria, se fueron atando por su deseo de ventilar el medio artístico e intelectual mexicano con los aires de una generación libre de trampas, del éxito fácil o del compromiso con banderas y causas inconsistentes.

Querían poesía, crítica, literatura, arte, humanismo, música, pintura, teatro, cine, porque estaban convencidos de que la nación necesitaba ideas, cosas, expresiones y actitudes nuevas. Sus miembros tuvieron que luchar por mantener sus principios literarios, e incluso vitales, en medio de una época predominantemente política, donde el rumbo (considerado, por supuesto, el cultural) era delineado desde la cúpula del Estado.

Firme en la premisa de consolidar un sistema que evitara las crisis del pasado, Plutarco Elías Calles se dedicó a aceitar los mecanismos que dotaran al país de instituciones centralizadoras del poder. Por ello, palabras como concentración y corporativización se convirtieron en sus consignas preferidas.

Con el propósito de afianzar la fuerza del gobierno y someter todos los conflictos sociales, culturales, políticos y económicos a las leyes y estructuras del nuevo Estado mexicano, Calles forjó conceptos de identidad y reafirmación nacional muy distantes de los enarbolados por los escritores y artistas que conformaron *Contemporáneos*.

Se debe anotar que también hubo otra clase de grupos y corrientes, como los Estridentistas⁷⁵ que, por la naturaleza de sus principios y convicciones, fueron desacreditados o condenados a la marginalidad. Por su parte, los Contemporáneos fueron sometidos a una campaña de desprestigio que se alejaba de los terrenos estrictamente artísticos, para censurar aspectos de su vida personal y sexual.

Enredados en un contexto saturado de convulsiones políticas y sociales, este “grupo de soledades” se esforzó por mantener su esencia cosmopolita y autodidacta, teniendo como único faro su anhelo de aventura y la curiosidad irrestricta por todas las expresiones humanas.

Salvador Novo, nunca trabajó de lleno con y para el grupo (debido a sus obligaciones en la Secretaría de Educación), pero en sus filas reafirmó, lo que el crítico Evodio Escalante (1946) ha dado en llamar como “el verdadero perfil de nuestro escritor”, es decir, tanto en el grupo como en la publicación, Novo se mostró “aventurero, juguetero, oscilante, heterodoxo, libre, dejando siempre la huella de su talento e inteligencia”, así como la de su voluntad. Ésa que, con el transcurrir de los años, alimentó el individualismo que en múltiples ocasiones puso a prueba.

La tenacidad y el deseo por estar activo y presente en las revistas más reconocidas de la ciudad de México, fueron para Novo las llaves de entrada al mundo del periodismo, área donde el autor pronto se desenvolvió y delimitó como un territorio natural abriendo la posibilidad de ensayar nuevas formas, de trabajar diferentes contenidos y de vivir otras experiencias.

Inaugurando un estilo y una nueva sensibilidad, Novo irrumpió en la prensa justo cuando esta actividad comenzó a manifestar los primeros síntomas de su industrialización, pues aunado al interés por difundir la cultura escrita, el progreso técnico y material convirtió a las dos primeras décadas del siglo pasado en el punto de arranque de un periodismo interesado en informar a los

⁷⁵ Encabezados por Manuel Maples Arce, los estridentistas hicieron pública su presencia y sus objetivos a través de la hoja volante *Actual*, aparecida en diciembre de 1921, declarando en ella su deseo de “construir una sociedad artística amparada en la necesidad de testimoniar la transformación vertiginosa del mundo” mediante la subversión, la anarquía y el desparpajo total”.

miembros de sociedades que a cada paso se comunicaban y vinculaban más entre sí.

Capítulo 3

“NI UN DÍA SIN LÍNEA”

Considerado durante mucho tiempo como “una subespecie del hombre de letras”, el periodista sólo pudo adquirir reconocimiento y relevancia social hasta bien entrado el siglo XX, ya que distanciado del gaceterismo practicado durante el XVIII y la ideologización decimonónica, el periodismo se transformó gracias a la aparición de nuevos temas, estilos, actitudes y visiones del mundo que más tarde generaron cambios en sus condiciones de producción y de consumo.

México, como otras naciones del mundo, arribó a los años treinta dotado de un entramado social, político, económico y cultural que pretendía posesionarlo dentro del grupo de las “sociedades contemporáneas”. Para estos años el paisaje urbano tenía otro rostro, pues además de un aumento considerable en el número de habitantes (casi el doble que en 1900), la ciudad atenuaba la presencia de los restos de la arquitectura prehispánica, la colonial, los edificios porfirianos y las casas pueblerinas.

Salvador Novo notó este cambio y sin poder evitar el amor que desde entonces le profesaría a la ciudad de México, escribió:

*México, Capital, la populosa
ciudad donde orgullosa
ostenta Flora su vergel más lindo
No os extrañe si yo por ella brindo
que es mi ciudad natal, donde he nacido,
donde la luz del sol he conocido*

*Quereis que siga? Pues ahí va:
Es mi ciudad natal un gran museo,
por donde quiera veo
automóviles, coches, carretelas,
casas particulares, mil escuelas
do mis colegas, jóvenes y niños,
van de la Ciencia a recibir cariños.⁷⁶*

⁷⁶ Emmanuel Carballo y José Luis Martínez (compiladores), *Páginas sobre la ciudad de México 1469-1987*, México, Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1988, p. 279.

Instaurador de bases para el desarrollo económico e impulsor de una evidente concentración industrial, Plutarco Elías Calles rindió su último informe de gobierno el 1 de septiembre de 1928 declarando que “nunca y bajo ninguna circunstancia volvería a ocupar la presidencia de la República”. El general sonoreNSE concluyó su mandato revestido de una presencia política determinante, donde no obstante, todavía resonaban voces que cuestionaban su actuación y, aun su probable participación en el asesinato de Álvaro Obregón.

Convencido de la necesidad de acallar rumores, evitar suspicacias y controlar las ansias de poder de no pocos militares, Calles pensó en apoyar la figura moderada y conciliadora de Emilio Portes Gil para cubrir la presidencia (del 30 de noviembre de 1928 al 14 de febrero de 1930) en tanto se convocaba al país a nuevas elecciones.

La medida de Calles tuvo como fuente de inspiración la gestión del mismo Obregón, pues sabía que el poder y estabilidad alcanzados por su coterráneo se produjo debido a que había logrado representar los intereses del grupo político más importante del país.

Los jefes militares volvieron a ser el objetivo de una negociación en la que, además de la silla presidencial, se ponía en juego el equilibrio de la nación. El reto de don Plutarco consistió en encontrar una fórmula que le facilitara el control de los generales sin excluirlos del disfrute del poder. Como lo asienta el historiador Lorenzo Meyer, en la obra *Historia de la Revolución Mexicana*, Calles ideó un sistema de “parcelas de dominio” en la que todos los caudillos pudieron mantener intactos sus intereses y privilegios.

El pacto con treinta generales, entre los cuales figuró Lázaro Cárdenas del Río (1895-1970), fue el amarre que Calles realizó para que diputados y senadores aprobaran con doscientos setenta y siete votos el mandato provisional de Portes Gil, quien en su calidad de presidente, reiteró su compromiso de continuar con la política y la “obra social” emprendida por los generales Obregón y Calles.

La clase política aceptó de buen grado el nombramiento de Emilio Portes Gil porque, además de sus buenas relaciones con líderes y grupos, había sido uno

de los fieles simpatizantes del obregonismo y muchos lo veían como una persona capaz de encauzar al país en medio del “desastre más total”.

El ambiente favorable permitió entonces al ex gobernador de Tamaulipas construir una imagen de hombre sereno y ecuánime, poseedor del arraigo revolucionario que le permitiría escuchar y comprender a quienes no compartían íntegramente su causa. Contando con treinta y siete años de edad al asumir la primera magistratura, Portes Gil tuvo que enfrentar problemas agrarios y la que se registra como una de las últimas revueltas militares.

En plena conciencia de que era imposible postergar más la demanda de tierra de los campesinos, el presidente repartió miles de hectáreas sabiendo que lesionaría intereses de varios generales como Jesús M. Aguirre, Fausto Topete, Francisco R. Manzo y José Gonzalo Escobar, mismos que optaron por la vía armada (marzo-mayo de 1929) para manifestar su descontento ante las estrategias del nuevo gobierno.

Portes Gil trató de desenvolverse libre e individualmente en su nuevo cargo, pero era de dominio público la “asesoría” que en esta materia le brindaba el ex presidente Plutarco Elías Calles. Esta “voz detrás del poder” pronto irritó a quienes meses atrás habían apoyado la postulación del tamaulipeco, pues vislumbraban que las elecciones, listas a realizarse en 1929, carecerían de la legitimidad que sólo la voluntad del pueblo podía otorgar.

Víctima de la insolencia de varios generales, de la persistencia del conflicto cristero (que aún mantenía en pie de lucha a 30 mil hombres en el territorio nacional), de la falta de resultados de los programas económicos, así como de los reclamos airados de la oposición, Emilio Portes Gil se aprestó a vivir el momento más crítico de su administración.

Procedente de Nueva York, donde desempeñaba misiones diplomáticas, Pascual Ortiz Rubio (1877-1963) fue llamado por el presidente para encabezar la Secretaría de Gobernación en diciembre de 1928. El ingeniero michoacano era bien recordado por su enfrentamiento al régimen de Carranza, sin embargo, la nueva clase gobernante lo percibía como un personaje ajeno e ignorante de la problemática nacional.

Tal vez fue ese distanciamiento el que dio pie a que varios grupos de derecha, descontentos con la designación de Aarón Sáenz Garza (1891-1983) como sucesor de Portes Gil, vieran en Ortiz Rubio a un posible contendiente, quien antes de tomar posesión como ministro de Gobernación solicitó entrevistarse con Plutarco Elías Calles en su casa de Cuernavaca, Morelos. El encuentro fue relatado a Portes Gil de la siguiente manera por el mismo general Calles:

— ‘Este –refiriéndose al señor Ortiz Rubio– ya viene picado; ya lo inquietaron los políticos y cree que la patria necesita de él. Como no conoce la situación del país puesto que ha estado ausente de él más de ocho años, le han hecho creer que cuenta con una gran simpatía para figurar en las próximas elecciones’. Continuó el general Calles: — ‘Como Ortiz Rubio me pidió un consejo de lo que debía hacer le manifesté que éste era un problema que a él le tocaba resolver; que yo por ningún motivo deseaba tomar el menor partido a favor de ninguno de los candidatos. Ortiz Rubio trataba seguramente de que yo lo orientara sobre la situación en la que ya había tomado posición y había determinado figurar como candidato’.⁷⁷

A pesar de la postura ambigua de Calles, Pascual Ortiz Rubio se entusiasmó ante las expresiones de simpatía que varias organizaciones sociales y políticas le rendían en todo el país y, seguro de su legitimidad, arrancó su campaña presidencial el día 10 de mayo de 1929 en medio de un banquete ofrecido en el pueblo de Xochimilco.

Ciento ochenta días de gira y doscientos discursos, siguieron ese momento, pues el candidato del recién creado Partido Nacional Revolucionario deseaba imprimir a su lucha una apariencia que demostrara a los votantes su ánimo de establecer contacto directo con cada una de las agrupaciones y representantes de la sociedad.

⁷⁷ Emilio Portes Gil, *op.cit.*, p. 454.

Como respuesta a la medida ortizrubiana, viejos obregonistas e integrantes de la oposición postularon a su manera, a tres hombres que, por su diferente origen y trayectoria, lograron dividir la opinión y las simpatías de varios sectores de la población.

Gilberto Valenzuela (1891) político, abogado y obregonista llegó al país (pues cumplía labores diplomáticas) resuelto a contrarrestar la “perniciosa influencia de Calles” en el futuro de México. Fortalecido por varios generales, Valenzuela, primero pensó en entrevistarse con Emilio Portes Gil para compartir sus planes e inquietudes, ya que creía factible negociar con quien, años atrás, había luchado al lado de Álvaro Obregón. La conversación se produjo en buenos términos, pero Portes Gil no cedió ante las razones que su viejo amigo esgrimió en cuanto a la injerencia de Calles en la vida nacional y lo exhortó a no prestar atención a los generales cuyo principal descontento era “la obstrucción de sus ambiciones de poder”.

Los juicios de don Emilio estuvieron en función de su deseo de salvaguardar su gobierno de más enfrentamientos y levantamientos militares, pues se había impuesto como meta, entregar un país tranquilo y en franca recuperación.

Al hacerme cargo de la presidencia provisional no me ha guiado otro propósito que servir patriótica y desinteresadamente al país en momentos de prueba, pensando que el puesto que desempeño, más que una satisfacción para mí, representa sacrificios sin cuento que estoy resuelto a afrontar.⁷⁸

Ante este tipo de declaraciones, no extraña que Portes Gil decidiera proponer a Gilberto Valenzuela la titularidad de la Suprema Corte de Justicia, ya que en su ofrecimiento veía la posible cancelación de una nueva revuelta. Aunque el cargo no era desdeñable, Valenzuela lo rechazó, manifestándole al presidente que “los compromisos adquiridos con sus partidarios le obligaban a aceptar de manera inmediata su postulación”.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 458.

Con apenas un enemigo identificado, la contienda por la primera magistratura se agitó con la participación de otros dos oponentes. El primero, había militado en el Partido Liberal Mexicano (fundado, entre otros, por Ricardo Flores Magón) demostrando que seguía luchando por las causas “agraristas y netamente socializantes”. Así, Antonio Villarreal (1879), calificado siempre de “hombre incómodo”, presentó su candidatura tras recibir la anuencia de antiguos maderistas, carrancistas y obregonistas. No obstante, su fuerza también tuvo que medirse con la presencia de José Vasconcelos, quien después de un par de años en Estados Unidos, regresó a México seguro de que el capital político acumulado durante su gestión como secretario de Educación sería suficiente para proyectarlo y consumir sus anhelos presidenciales.

Escritores, universitarios e intelectuales fueron los principales seguidores de Vasconcelos elevando su popularidad a grados inimaginables, pues como también lo asegura el historiador Lorenzo Meyer, para 1929 el ex rector de la Universidad poseía una autoridad moral casi absoluta, pero “el tono literario y exaltado de sus artículos y editoriales enmascaraba en realidad la falta de un verdadero programa político concreto y definido.”⁷⁹ El oaxaqueño aceptó la candidatura del Partido Nacional Antirreleccionista, presidido por Vito Alessio Robles, (1879-1957) con un programa dirigido a las clases medias urbanas que por entonces exigían “moralizar el entorno que las ideas y acciones de la nueva clase gobernante habían enrarecido”.

La lucha vasconcelista fue aplaudida por multitud de jóvenes, hombres y mujeres, mientras que para los políticos profesionales no reportaba perspectivas de éxito inmediato. Por ello, se le dejó marchar sin ninguna clase de obstáculos brindándole amplios espacios dentro y fuera de la prensa.

Asambleas, discursos y debates públicos fueron la táctica del hombre que desde hacía años se había impuesto como misión “regenerar el alma y la vida política de México” valiéndose de estudiantes, obreros, campesinos y de todo tipo de profesionistas adictos a su causa.

⁷⁹ Lorenzo Meyer, *Historia de la Revolución Mexicana*, México, Colegio de México, 1978, p. 99.

Las experiencias en plazas y mercados, en todos los centros de reunión, se hacían hablando a la multitud de los que ahí acudían y de tal manera se realizaron mítines y manifestaciones cada vez más concurridas. Se aprovechaba cualquier altura, ya fuera la banca de un jardín o un cajón de la basura, para arengar al pueblo.⁸⁰

Alarmados porque el tono y la lucha ofrecida por el vasconcelismo iba en ascenso, simpatizantes del Partido Nacional Revolucionario instrumentaron actos agresivos contra sus propagandistas, pues por vez primera se percataron de que aquello era más que una “alargada de estudiantes”, por lo cual, reforzaron sus ataques mediante artículos en los que se denunciaba a José Vasconcelos como propietario de un latifundio, llamado “El Coco”, en San Luis Potosí. Se llegó incluso a afirmar que en esas tierras existía petróleo.

Haciendo gala de su capacidad para el sarcasmo, José Vasconcelos respondió que se trataba del pago de una deuda contraída por un amigo, ya que la propiedad era anterior a sus tiempos de funcionario y procedía de los días en que él había ejercido como abogado. Propuso entonces a sus enemigos y críticos donar de inmediato sus tierras siempre y cuando ellos actuaran de la misma manera.

El enfrentamiento político, agudizado por el conflicto universitario que dio paso a la consecución de la autonomía (el 10 de junio de 1929) fue reflejado de manera puntual en diversas notas y artículos de la prensa, pues sin más alternativa que responder a las exigencias de los nuevos tiempos, los diarios y revistas tuvieron que imprimir otro ritmo y estilo a sus contenidos. Además, su creciente industrialización, favorecida por los progresos de la técnica, hizo posibles grandes tiradas de periódicos listos a ser adquiridos por un público ávido de noticias y la narración de los acontecimientos.

Si bien el inicio del periodismo contemporáneo se ubica en la segunda mitad del siglo XIX, no fue hasta el primer cuarto del veinte cuando empezó a revestirse de las características que hoy lo distinguen.

⁸⁰ Salvador Azuela, *La aventura vasconcelista, 1929*, México, Diana, 1980, p. 143.

Con un acento marcadamente ideológico, el periodismo decimonónico fue practicado casi siempre por literatos, políticos y abogados que propagaban escritos moralizantes, doctrinarios y formalistas, debido a que su misión era servir de tribuna a las ideas religiosas o partidistas. En consecuencia, la información de los diarios era escasa y los comentarios abundantes, privilegiando la elaboración de artículos y ensayos.

Sin embargo, el periodismo daría un viraje a partir de la declaración de la Primera Guerra Mundial, pues por la naturaleza del conflicto, los periodistas tuvieron que relatar qué sucedía, quién o quiénes participaban, cuándo y dónde ocurrían los enfrentamientos.

La “explosión informativa” atrajo la atención de millones de lectores, quienes al elevar la demanda, impulsaron todavía más la tecnificación, el incremento en los tirajes y un cambio evidente en los hábitos de consumo. Al mismo tiempo, se operó una transformación en conceptos tales como periodismo y periodista, verdad y veracidad, ficción y realidad, hechos y noticias.

Unido a la vida y desarrollo de la literatura desde sus orígenes, el periodismo ha pretendido dar cuenta de lo que ocurre en el seno de las diferentes sociedades. Y, aunque, por largos años, se consideró a quienes lo practicaban como personas “autodidactas, fracasadas la mayoría de las veces, en otras actividades”, las innovaciones de las sociedades industriales reformaron éstas y otras percepciones. Comenzó a consolidarse una “nueva sensibilidad” que ya había delineado sus primeros rasgos desde que, imbuidos por el ideal de la modernidad, los escritores (incluidos, los periodistas) decidieron explotar una narrativa que se distinguiera por hacer una “representación verídica de la vida social”.

La escritura periodística observó conceptos y principios que, poco a poco, la acercaron a una prosa testimonial, donde el reportero, tenía la misión de reproducir con exactitud, claridad y oportunidad los hechos que presenciaba. Asimilado a la definición del escritor moderno, el periodista del siglo veinte se dispuso a sentir las palpitaciones de su sociedad para atestiguar y, por

supuesto, documentar, los principales signos y giros de su época, acudiendo a una prosa exenta de afectaciones o artificios.

Salvador Novo, nutrido desde muy joven con la lectura de Charles Lamb (1775-1834), quien escribió para el *London Magazine* y, con diarios como *New Yorker* y *The Times*, encontró en el periodismo de los años veinte y treinta una oportunidad de renovación personal y profesional, ya que sirviéndose de procedimientos en los que conjugaba formas literarias con la indagación periodística abrió nuevos senderos para un quehacer que, en nuestro país, todavía funcionaba como foro a ideas políticas o bien como escenario a personajes, declaraciones y pugnas internas.

Fiel a su instinto y a su curiosidad, Novo comenzó a tentar una actividad que le demandaría el paulatino abandono de su trabajo poético, pues diarios como *El Universal* y *Excélsior* ahora se mostraban interesados por publicar sus crónicas, sus columnas y sus ensayos periodísticos.

De ahí que, la sentencia “ni un día sin línea” se haya convertido en el eje y aspiración de Novo a partir de la segunda mitad de los años treinta participando en semanarios y periódicos en cuyas páginas informaba y compartía sus opiniones.

3.1 Columna.

Al texto que aparece en lugar y con periodicidad fijos, con título general y permanente, que *informa* brevemente acerca de varios hechos de interés público, o al que con las mismas características de presentación *informa* y *comenta* uno o varios acontecimientos se le denomina *Columna*.⁸¹

Invitado por los periodistas José Pagés Llergo (1910-1989) y su primo Regino Hernández Llergo a participar en la revista *Hoy*, Salvador Novo incursionó en este género periodístico de opinión hacia 1937 con su columna “La semana pasada”, misma que por su estilo conciso, cortante, venenoso, e incluso,

⁸¹ Vicente Leñero y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1986, p. 257.

despiadado, despertó el interés de lectores y de una gran ola de imitadores. En ella, dijo alguna vez Novo:

Creaba palabras –‘novocablos’–, acuñaba expresiones, clavaba insectos con alfileres. Y asombraba a los lectores por el conocimiento íntimo de las víctimas que aquel anónimo cronista desnudaba, exhibía, documentaba, fichaba.⁸²

Novo había publicado con regularidad artículos de opinión en *Excélsior*, *México al Día* y en *Revista de Revistas*, sin embargo el semanario dirigido por “el güero” Pagés le brindó la oportunidad de escribir, sin cortapisas, acerca de los más variados temas, abordando de igual manera asuntos políticos, que sociales, económicos, culturales o experiencias de tipo personal.

El autor de ya treinta años, súbitamente se vio atrapado en el periodismo más urgente y en la necesidad de soltar su imaginación y su pluma para diseccionar en su espacio, problemas, situaciones y personajes que figuraban en la vida de México.

Intuyendo que la columna era un género con el cual podía establecerse una comunicación más íntima y menos formal con el lector (dado que en ese tiempo no existían guías o manuales para la escritura periodística), Novo detectó que influía poderosamente en la opinión pública, ya que gracias a la libertad temática y a la flexibilidad de estilo, hablaba lo mismo de religión, que de moda, animales, cocina, libros, personas o problemas domésticos con el dominio y la naturalidad que le brindaban sus conocimientos. Además, pudo desbordar la amenidad y la cultura que por tantos años había alimentado, poniendo a disposición de sus lectores verdaderos mosaicos de la cotidianidad del país. Durante las semanas de octubre de 1937 refirió de la siguiente manera (en entregas como “Flores de cabaret”, “Oferta y demanda”, “Dos trabajos”, “Cabaret y hospitales” y “Sesudos estudios”) los intentos del gobierno cardenista por imponer salarios a las prostitutas y regular su actividad en la ciudad de México:

⁸² Salvador Novo, *La vida en México en el período presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Conaculta, 1994, pp. 25-26.

Por trabajo físico se entiende toda transformación de la energía; trabajan los gatos cuando se desperezan, las personas cuando bailan, los canarios cuando gorjean. Por trabajo social se entiende una transformación consciente y deliberada de la energía individual, cuyos resultados son aprovechables por la comunidad. Ignorante de tan elementales distingos entre el trabajo físico (y fisiológico) y el trabajo social, el ingeniero Luis G. Franco presidió la semana pasada una pintoresca junta celebrada en el Departamento del Trabajo, con el objeto de reglamentar el 'trabajo' de las desveladas, adiposas, roncadas, emotivas, cabareteras que en número de doscientas ahogaron con sus gritos toda posibilidad de llegar a un acuerdo con el optimista, ignorante ingeniero Franco.⁸³

Y más adelante escribió:

El ingeniero Franco, sin embargo, no intentó meterse, por lo pronto, sino con aquella mahometana parte de las huríes que no esperan a que la montaña o pira de sus clientes llegue a sus puertas, sino que resueltamente se llegan hasta las de los llamados cabarets. En estos sitios (últimos refugios de la conversación, arte perdido en México por culpa simultánea del *bridge* y del radio), las huríes mahometanas enriquecen el repertorio de sus movimientos con los del baile, cultivan su espíritu en el diálogo e inducen a los parroquianos a consumir las bebidas que el ingeniero Franco se opone a que se adulteren neutralizándolas con agua. Todas estas actividades cabaretiles de las mujeres le producen dinero al dueño del establecimiento, y a ellas les garantizan simultáneamente una comisión, la elasticidad de cuyo monto vuelve a depender liberalmente de sus personales aptitudes, y que sería injusto tratar de nivelar. Pero tampoco en los cabarets puede hablarse de que las mujeres trabajan para el patrón, que se supone que es el dueño del establecimiento, porque si bien es cierto que sus encantos y su

⁸³ *Ibidem*, p. 143.

elocuencia inducen a los parroquianos a un mayor consumo, no lo es menos que en virtud de este consumo los parroquianos cierran los ojos a la fealdad tarasca de las embadurnadas cabareteras, las narices a las emanaciones de sus sobacos, la previsión al seguro contagio que les aguarda, y las acompañan a convenientes recintos de los que se anuncian discretamente en las secciones de avisos clasificados de los periódicos más serios y decentes, y garantizan así a las pseudotrabajadoras por lo pronto, y más tarde a los médicos, un sobresuelo de tal manera codiciable, que las cabareteras declararon a gritos, la semana pasada, que estaban muy contentas de ser así, y que no querían sindicatos ni salario mínimo.⁸⁴

A Salvador Novo siempre le interesaron gran parte de los problemas del país y, por eso, prestó especial atención a aquellos que afectaban o repercutían de manera sensible en la realidad y, a partir del éxito de su columna, recibió una oferta del periódico *Últimas Noticias* que, fundado y dirigido por el señor Miguel Ordorica, le propuso escribir sus editoriales. El espacio titulado, “Perifonemas”, comenzó entonces a ser publicado tres veces por semana, en tanto que todos los días aparecía su sección “Hojas” y, meses después, “Side Car”, en primera plana.

Excélsior también le encargó una columna que, bajo el nombre del “Consultorio del Niño Fidencio” presentó títulos, temas y posturas críticas que sólo tenían como objetivo la divulgación, la levedad y el humor sobre cuestiones de carácter artístico y filosófico.

Con una carga de trabajo que ya lo rebasaba (pues también hacía traducciones y campañas publicitarias), Novo tuvo la idea de convocar a jóvenes que le ayudaran a buscar, organizar y reportear información acondicionando como centro de operaciones una oficina ubicada en la calle Morelos 80, misma que fue bautizada por el autor como “El buró fantasma”.

La maniobra, consistente en que seis o siete muchachos teclearan y ejercitaran un estilo que les permitiera relevarse en la redacción de notas,

⁸⁴ *Ibidem*, p. 145.

produjo enseguida escritos originales y nuevas secciones periodísticas, entre ellas,

una de crónicas de sociedad, inaugurada en *Excélsior* por una imaginaria Carmen Reyes que al paso del tiempo hizo realidad una de las formas más lucrativas de las notas periodísticas. Esa, donde se lisonjea a la crema-en-turno-de-pujanza-económica-o-política.⁸⁵

El aspecto divertido del trabajo, no hizo que el periodista descuidara su trabajo diario, ni la calidad de sus textos, pues convencido de que “su actividad se asemejaba mucho a la gimnasia, la practicó hasta convertirla en un acto digno del mejor acróbata.” Al respecto, el propio Salvador Novo señaló:

Mi estilo se hizo claro y ágil; pero diferí, engreído en el columpio, el acometer la empresa más ardua de una obra menos efímera. Si ello era malo para mí, resultó en cambio bueno para las revistas y periódicos en que colaboraba. Mi ejemplo fue seguido y el nivel de las columnas se elevó considerablemente.⁸⁶

En la anterior declaración, Salvador Novo se reprocha no haber entregado más tiempo a la consumación de “una obra menos fugaz”, pero también reconoce que debido a su labor periodística se adueñó de una prosa clara y eficaz, fundada en una sintaxis a la medida de sus propósitos expresivos, libre de fórmulas estereotipadas y frases hechas.

Estas características fueron las que en realidad le permitieron colocarse dentro del gusto de los lectores de su época, aunque muchos de ellos no compartían el grado, variedad y naturaleza de sus conocimientos. Empeñado en acortar la distancia, Novo nunca excluyó de sus escritos al lector no erudito, simplemente, porque lo concebía como a un “amigo al que se debía respetar y

⁸⁵ *Ibidem*, p. 10.

⁸⁶ En *Salvador Novo, lo marginal en el centro*, p. 109.

agasajar”, porque su apuesta era escribir artículos que crearan su propio público.

La idea de un lector moderno, curioso y participante merodeaba la mente de un periodista dispuesto a dirigirse a personas con gustos e intereses afines, sensibles para compartir secretos e inteligentes para descifrar mensajes y construir ideas.

La columna fue para Novo uno de los artículos de opinión más frecuentado porque en su escritura encontró la realización de uno de sus principios fundamentales, es decir, “vivir, pensar y escribir como a uno le viene en gana”. Incapaz de renunciar a este placer, Novo siguió enviando “La semana pasada” a la revista *Hoy* (abandonada en 1953, por José Pagés Llergo para fundar el semanario *Siempre!*) hasta diciembre de 1973, tan sólo unos días antes de su muerte.

3.2 Crónica.

Puede decirse que la crónica es la prosa, la velocidad crucero del periodismo [...], es todo lo que no son los otros géneros.

En la crónica damos un primer paso esencial, aunque todavía no concluyente, hacia la personalización del material informativo. La crónica aspira, sobre todo, a dar cuenta de lo panorámico, de aquella realidad múltiple que se produce en muchos escenarios distintos. El periodista que hace crónica tiene que informar y relacionar acontecimientos distintos y distantes, que pueden tener una relación obvia entre sí.⁸⁷

Impresionado por una ciudad que crecía y se diversificaba, Salvador Novo se inició en la crónica para recrear sus primeras experiencias urbanas. *El joven*, de 1928 y *Nueva Grandeza Mexicana*, de 1934 fueron el resultado más acabado de una forma de relato en la que el autor supo tratar datos, momentos, personajes, lugares y testimonios con la agilidad, eficacia y metodología del periodismo.

⁸⁷ Miguel Ángel Bastenier, *Curso de periodismo*, Madrid, España, Ediciones El País, 2001, pp. 75-76.

Los contrastes de las calles de México donde al lado del indigente aparecían anuncios de grandes tiendas o restaurantes, así como las escenas protagonizadas por vendedoras, transeúntes, vehículos y animales, fueron para Novo la sustancia que confirió a sus crónicas el valor social que hoy las identifica como documentos indispensables en el conocimiento histórico del país. *El joven*, publicado por entregas en *Ulises* y, después de manera íntegra, en *El Universal Ilustrado*, fue el primer relato extenso en su trabajo prosístico.

Presentado a manera de monólogo interior y narrado en tercera persona, esta “crónica de un día en la vida de un joven” describió a la gente y sus costumbres, recorriendo la ciudad como se hace con las páginas de un libro abierto. En esa capital, donde incluso “el sol brillaba para los malos”, Novo detectó las preocupaciones de su época, pues la soltería, el vegetarianismo, el teléfono, el cinematógrafo y las novelas francesas ponían en jaque, lo mismo al hombre común, que al político o al intelectual. Para estos últimos, el escritor aventuró reflexiones amparado en las teorías que Sigmund Freud (1856-1939) y Carlos Marx (1818-1883) habían logrado imponer como la vanguardia del pensamiento social.

Testigo de los cambios y del relevo paulatino de valores, Novo asentó con cierta nostalgia que antes de la Revolución, uno podía sentarse a leer con calma el periódico y atravesar con absoluta tranquilidad las calles de la capital. Para el decenio de los treinta esto ya no era posible debido a que los “diarios eran demasiado papel y los hijos de Ford existían demasiado”.⁸⁸

El incremento de vehículos y transportes (materializados en tranvías de color amarillo), le ofrecieron al recién inaugurado cronista, tipos y caracteres sociales que se apresuraría a tratar desde las características de su lenguaje, su aspecto y su psicología. De tal suerte, los choferes, los primeros semáforos y los agentes de tránsito, fueron objeto de una narración en la que vertía comentarios llenos de humor.

⁸⁸ Roberto Vallarino, “El joven”, en *Salvador Novo, sus mejores obras*, México, Promexa Editores, 1979, p. 441.

Ferviente seguidor de la consigna gideana de que “lo único que permite creer en los sentimientos simples es una manera simple de considerar los sentimientos”, Novo erigió sus experiencias e impresiones personales como el hilo conductor de sus crónicas, instaurándose como el personaje indiscutible de sus historias. No obstante, en ellas también dio paso a los individuos y temperamentos que escenificaban la vida nacional.

A los bosquejos de novela dispersos en sus crónicas, se añaden ráfagas de erudición, y sobre todo, piezas de bravura, exhibiciones de la técnica que usa simultáneamente recursos del siglo XVI y estructuras de las crónicas norteamericanas, más un lenguaje propio manejado en distintos niveles.⁸⁹

Ubicarse en el centro del escenario y relatar lo que sucedía a las personas y en los lugares fue el recurso narrativo que Novo explotó en otros géneros emparentados con la crónica. Sus relatos de viaje, memorias y artículos de costumbres empezaron a ocupar espacios considerables en periódicos como *El Universal* que, respondiendo a las demandas de un público lector carente de vivencias propias, se regodeaba con las aventuras y hallazgos del viajero infatigable que empezaba a ser Novo.

Va el tren por la ruta tan conocida de San Juan del Río, Querétaro, Irapuato, en donde sucesivamente venden limas, canastas, cajetas y camotes. A toda esta gente ya la conozco. Estos tipos desconocidos, oscuros, pintorescos, buenos para los cuadros de caballete, son de lo más vulgar que pueda encontrarse. No hay realmente nada que apuntar en el diario. Conversemos, ¿con quién? Somos solamente tres personas en todo el carro: ese joven que tomé por americano, pero que como habla también alemán, resulta holandés, mi compañero y yo.⁹⁰

⁸⁹ Carlos Monsiváis, *op.cit.*, p. 109.

⁹⁰ Salvador Novo, “Return Ticket”, en *Viajes y Ensayos I*, México, FCE, 1996, p. 615.

Los volúmenes *Jalisco-Michoacán* (1933), síntesis del recorrido por veinte ciudades y pueblos en doce días gracias a una gira por escuelas rurales; *Continente vacío* (1935), viaje de tres semanas por Sudamérica en donde Novo reflejó sus cualidades poéticas y sus dones descriptivos y, *Este y otros viajes* (1948), relato de sus estancias breves en Estados Unidos, Londres y París, conforman las memorias que el periodista publicó más como constancia de su crecimiento personal y humano, que como reflejos exactos de las sociedades y países que visitaba.

En este sentido, el relato de viajes, apunta el escritor Albert Chillón en su obra *Literatura y periodismo*, más allá de sus pericias argumentales proporciona a quien lo escribe la oportunidad de servirse de su “eterna mudanza” para presentarla como la mejor alegoría de la vida humana.

Salvador Novo trabajó con éxito este género que le permitió aguzar los sentidos y la pluma en las crónicas que a través de siete sexenios (comprendidos desde el presidente Lázaro Cárdenas del Río hasta Luis Echeverría Álvarez) describirían los rasgos más sobresalientes de la vida social y política del país. Pero, antes de sucumbir a la seducción de personajes públicos y privados, de ambientes exquisitos y “burgueses” o a la crítica de ideologías, Novo resolvió consumir “la real y verdadera crónica” de los cambios vividos por la ciudad de México una vez llegado el siglo veinte e inspirándose en los poemas que conformaron la *Grandeza Mexicana* de Bernardo de Balbuena⁹¹, escribió en cerca de ciento cinco páginas las impresiones que de joven le habían producido las calles y la historia de la ciudad de México.

Publicada hasta 1946, *Nueva Grandeza Mexicana* retomó de su antecedente, el interés por referir los cambios producidos en el aspecto externo de la ciudad, complementando el relato con la descripción de “los tipos y las almas que la animaban”. Mediante un artilugio narrativo en el que Novo va guiando a un amigo, *Nueva Grandeza...* arranca con la genealogía de los transportes de la

⁹¹ Poeta español nacido en Valdepeñas en 1568. Tras su llegada a México se ordenó sacerdote. Es autor de la pieza épica *Bernardo o la victoria de Roncesvalles* (1624), así como de los poemas *Grandeza Mexicana* (1604) y *El siglo de oro en las selvas de Erifile* (1608). Murió en San Juan de Puerto Rico en 1627.

ciudad, abarcando desde las carretas de la Colonia hasta los modernos aviones del aeropuerto de San Lázaro.

A todo esto, nuestro camión ya había recorrido muchas calles. Toda la vieja calzada de Tlacopan, eslabonada de la Tlaxpana a San Cosme, el Puente de Alvarado, la avenida Hidalgo, Tacuba, Guatemala –y amenazaba conducirnos hasta Aviación. Me angustiaba pensar que la fugacidad de este caleidoscopio impidiera a mi amigo solazarse en la contemplación detallada de todos aquellos edificios; del ritmo a que la vida se renueva en la decadencia noble de algunos para nutrir el fresco nacimiento de los que han de seguirles en la pétrea reencarnación del espíritu de la ciudad perdurable. Pero no tendríamos tiempo para tanto. Tomé nota mental de mi propósito de obsequiar a mi amigo, para que lo saborease de vuelta en su provincia, con un pequeño lote de libros que suplieran las faltas de nuestra superficial excursión. El primero sería *Por la vieja calzada de Tlacopan*.

Y le invité a descender, cuando ya avistábamos el aeropuerto – culminación moderna de nuestros transportes, instalada allá, cerca de un histórico Peñón de los baños mágicos y saludables, cerca también de un desecado Lago de Texcoco que otrora rozaba el ‘puerto’ de San Lázaro con sus aguas a veces agitadas, sobre las cuales mi imaginación vio flotar, desvanecida en el recuerdo, la opulenta canoa en que Cecilia, la guapa verdulera de *Los bandidos de Río Frío*, solía retirarse a descansar en Chalco del asedio del licenciado Lamparilla, y de las maquinaciones nefandas de Evaristo.

Los camiones (que a diferencia de otras ciudades en que una rica S.A. fundara sus líneas, son en México el fruto a treinta años de trabajo de la iniciativa privada de choferes anónimos y emprendedores) acabaron por conducir a la ciudad, a sus hombres, hasta el vuelo; como antes los caballos hasta la navegación, dejándolos en aquel punto mismo en que Martín Garatuza solía, en sus aventuras, mudar de vehículo.⁹²

⁹² Salvador Novo, *Nueva Grandeza Mexicana*, Conaculta, Colección Cien de México, México, 1999, p. 27.

Después de esta narración, el cronista se imbuyó en los gustos nutricionales de los mexicanos, así como en la descripción minuciosa de los lugares en los que la gente prefería divertirse (principalmente el cine, las carpas y los cabarets).

La cultura de la capital, concentrada en la Universidad, librerías, bibliotecas, museos y galerías también ocupó un lugar importante dentro del recorrido que Novo iba dirigiendo, pues la existencia de estos centros comprobaba una vieja creencia: la de ver a la ciudad como la máxima promesa de modernidad y progreso. De ahí que, el autor no se haya ruborizado frente a su acompañante cuando, después de visitar escuelas, edificios y calles del centro histórico afirmó: “aquí las cosas se hicieron a lo grande.”⁹³

Concluido el furor narrativo, hay momentos en que el cronista se muestra nostálgico por el México que conoció cuando era niño, ya que en su desbordamiento, la ciudad había borrado o transformado lugares que daban forma a parte esencial de su espíritu. Ese híbrido del legado porfirista con los arrebatos revolucionarios y las innovaciones arquitectónicas de los años treinta, hicieron de la capital “un espacio populoso, conflictivo y desorientado”.

Más allá de sus problemas, Novo distinguió que lo que aceleraba esta transformación del paisaje urbano era la fuerza de una sociedad decidida a combatir los resabios de esquemas y valores que ya habían probado su “inutilidad”.

Pese a que con la *Nueva Grandeza Mexicana*, Novo se perfiló como el posible homólogo de Artemio de Valle Arizpe (1888-1961)⁹⁴, su escritura y publicación le significó dos cosas. Primero, la confirmación de su amor por la ciudad de México y, segundo, la revaloración de un tipo de relato que, a pesar de haber tenido en la prensa su cuna y territorio natural, en el siglo veinte había sido manejado como “relleno de los diarios”, como simples notas que a cambio de su carencia de información u opinión sólo ofrecían “chismes y color”.

⁹³ *Ibidem*, p. 63.

⁹⁴ Escritor mexicano nacido en el estado de Coahuila. En 1942 fue nombrado Cronista Oficial de la Ciudad de México. Su obra ensayística y narrativa se distingue por haber abordado aspectos esenciales de la vida colonial.

Por otra parte, Salvador Novo se validó con sus crónicas como un periodista que tomaba de la realidad incidencias, anécdotas, *tics* y modas con las que escribió piezas caracterizadas por el énfasis en la tipificación de situaciones y personajes, así como por la descripción casi epidérmica de ambientes y lugares. Sumó a ellas un tono afable y, a menudo, humorístico, que complementaba con la anotación de diálogos cotidianos o el comentario personal.

Nos quedaba un día, nada más, para que mi amigo acabara de impregnarse, en lo posible, en la vida de la ciudad. Por dicha era un domingo, y nos dispusimos a aprovecharlos en ver cómo disfrutaban los mexicanos su día de descanso. Salimos temprano. Por Insurgentes, encontramos muchos coches llenos de pintorescos excursionistas. Las chicas con *slacks*, los señores con sacos sport y gafas oscuras, indicaban muy claramente que estas familias se dirigían a Cuernavaca, a pasar un cómodo y moderno día de campo a la medida de su solvencia. Otros coches conducían a señores maduros y solitarios a sus clubes de golf. Iban unos a Churubusco, donde verían a los políticos que han emprendido ese ambulante sistema de charlar mientras sudan, y otros al club de Chapultepec, más allá de la Ciudad Militar, ya dentro de los límites del vecino Estado de México, donde los socios son casi todos extranjeros.

Otros automóviles, materialmente rellenos de chicos, simplemente vagaban, conducidos con notoria torpeza por el cauteloso, feliz papá. Llegarían probablemente hasta Tlalpan o hasta Xochimilco. De regreso comprarían barbacoa en la calzada, para amenizar una copiosa comida, antesala del cine abarrotado.⁹⁵

⁹⁵ En *Nueva Grandeza Mexicana*, pp. 102-103.

3.3 Ensayo.

El ensayo no es un artículo, ni una meditación, ni una reseña bibliográfica, ni unas memorias, ni una disquisición, ni una diatriba, ni un chiste malo pero largo, ni un monólogo, ni un relato de viajes, ni una seguidilla de aforismos, ni una elegía, ni un reportaje...

No, un ensayo puede ser cualquiera o varios de los anteriores. [...] La más exacta de las definiciones del ensayo, así como la menos satisfactoria, es la siguiente: un texto en prosa corto, o no tan largo, que no cuenta una historia.⁹⁶

Apegado a la tradición inglesa de *The Spectator*, de los autores Charles Lamb, Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) y George Bernard Shaw (1856-1950) Novo reunió hacia 1928 en el volumen *Ensayos*, los trabajos que había publicado en diversos diarios y revistas. El periodista ya había realizado este tipo de escritos desde 1925, cuando existían pocos cultivadores del género (entre ellos, el maestro Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes), pero fue hasta los umbrales de los años treinta cuando empezó a intensificar su elaboración, abordando temas de todo tipo, incluso, aquellos que a ojos de los demás parecían estériles, por ejemplo, “Sobre el placer infinito de matar muchas moscas”:

Durante muchos años acaricié el proyecto de hacer algo contra las moscas. No una cruzada ni una propaganda que me relacionara con las demás personas. Mi pensamiento se refería tan sólo a las moscas que me molestaban en lo personal. A aquella antiliteraria y nocturna que no me dejaba entender un discurso de don Marcelino, furiosa contra la idea de desvelarse por mi causa; cuando, ya en el colmo de la desesperación, yo le lanzaba el libro contra la pared en que parecía haberse detenido finalmente, perdía yo la página y estropeaba la lámpara, mientras mi enemiga reaparecía manejando los cubiertos de sus frágiles patas

⁹⁶ Susan Sontag, “El Hijo pródigo”, *La Jornada Semanal*, 5 de abril de 1998, en www.jornada.unam.mx, México, junio de 2002.

delanteras, con toda calma, sobre mi rodilla contraída. Me proponía no hacerle caso. Seguir leyendo. Ella se golpeaba contra el techo. Pero al cabo de unos minutos, suplicante o desesperada, venía a posarse llena de ruido sobre mis anteojos. A pesar suyo, seguía yo tomando apuntes. Y he aquí que la mosca antiliteraria y nocturna, súbitamente, me escribía un punto final donde yo no quería ponerlo.⁹⁷

Así, la moda, el boxeo, los anteojos, los orígenes del baño, del pan, las barbas, la leche, los criminales y la pena de muerte, entre muchos otros, fueron tratados mediante una prosa libre y personal. De acuerdo con una de las afirmaciones del crítico Antonio Castro Leal (estudioso de la obra de Novo), en el ensayo fue donde el autor halló sus mejores momentos expresivos, ya que gracias a la naturaleza misma del género, sus escritos evidenciaron la manera, siempre tentativa, en que él se acercaba al propio conocimiento.

El francés Michel de Montaigne (1533-1592) fue quien con la aparición de sus *Essais* (1580-1588), acuñó un término, un género y un estilo con los cuales era posible manejar asuntos de todo tipo, basándose en el descubrimiento progresivo y en el examen minucioso de la propia identidad. Es decir, quien elaboraba ensayos tenía la capacidad de discurrir sobre algo o sobre alguien, en la medida que sus propios hallazgos lo fueran estimulando. Esta esencia íntima y personal, convirtieron al ensayo durante el siglo XVII en la expresión del nuevo espíritu humanista: “el ser humano en sí y por sí mismo”.

Siguiendo un desarrollo en el que pocos autores lograron su eficaz tratamiento, el ensayo llegó al siglo XX robustecido por su aumento en número y variedad, motivando la escritura de piezas que hoy son consideradas fundamentales en la cultura contemporánea.

La filosofía, la sociología, la antropología, la historia, la política y el periodismo han echado mano de él en múltiples ocasiones, erigiéndolo como uno de los vehículos de expresión más importantes de nuestro tiempo, ya que situado en la frontera de géneros tan diversos como el tratado, la indagación

⁹⁷ En *Viajes y Ensayos I*, pp. 118-119.

sociológica y la prosa testimonial es un generador de ideas que estimula el intercambio y la polémica intelectual.

Pero, con todo y sus cualidades, Novo se lamentaba de haber realizado, a sus veinticuatro años, un conjunto de escritos sin utilidad para nadie: “Es bochornoso no haber escrito sino los *Ensayos*, breves, periodísticos, desordenados, y no ser autor sino de unas cuantas colecciones de cosas ajenas que hice por dinero, sin gusto, ni provecho para nadie.”⁹⁸

Este desdén por su trabajo periodístico es el origen de un reproche que Novo se hizo de manera constante en el resto de sus días y, no porque desconociera la calidad de sus notas, artículos, columnas y crónicas, sino porque consideraba que la inmediatez del periodismo borraría la huella de su talento.

Para el crítico literario Sergio González Rodríguez, el Novo ensayista protagonizó parte esencial de la vida social de México atrincherado en la excepcionalidad de sus percepciones, su cultura, su don de discernimiento, su papel de testigo y actor. Además, en sus *Ensayos* también se reveló como un hombre fanático de las revistas literarias y del dato enciclopédico, confirmándose como un meditador preciso y oblicuo.

La soledad y el matrimonio, la radio, la calvicie, los seguros, los policías y las mujeres gordas fueron los temas que más tarde Novo seleccionaría en su libro *En defensa de lo usado* (1938), pues especializado en la factura de ensayos, el periodista no dudó en publicar sus reflexiones acerca de cosas, personajes y hechos que por producirse de manera cotidiana, se volvían escurridizos e inasibles para los demás.

Pensar en la frustración de las mexicanas por no ser esbeltas, en el dolor de los hombres por ver que el peine que pasaba lista a sus cabellos se llevaba manojos enteros o, bien, en la inutilidad de la letra H, así como la presencia molesta y “antiliteraria” de las moscas y la falta de vocación de los policías, representó para Salvador Novo la inmersión en una actividad fundamentalmente lúdica y asombrosa.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 616.

De tiempo atrás vengo guardándole rencor a la letra H. Es la más antipática del alfabeto. Mayúscula, recuerda las máquinas, los puentes, los ladrillos, los trapecios, algo industrial y odioso que no tienen las demás. Manuscrita y mayúscula puede ser de dos clases. O el que escribe traza una J y una I (modo antiguo) o una raya vertical primero y luego otra paralela, de arriba abajo, al terminar la cual, en un gesto de quien teje con dos agujas, ensarta con una C la primera raya vertical, unida entonces a la segunda por la cola de la segunda (modo americano). O bien la tal letra es minúscula, e impresa. Entonces parecerá una mínima silla, y observada con mayor atención, un señor flaco, sin brazos y derrengado, que no puede juntar la pierna izquierda, arqueada, con la otra rígida y paralítica. Luego minúscula y manuscrita ni es l ni es b. Iba a ser l, y por economía, por avaricia, se detuvo antes de la grácil curva. No se decidió tampoco por ser una o, que completaría la b, pegada a la l. Y se quedó así, sietemesina, como si en remedo ridículo de la n le creciera extraordinariamente ese brazo con que se apoya en su predecesora, sin pretender superarla, y diera con él un golpe vacío en el aire.

¡Y es finalmente tan inútil, sobre tan fea! No se pronuncia nunca –*javis rarísima!*–. Desempeña entre las demás el triste papel de un mudo que fuera diputado, durante las sesiones más animadas, en que se oyen todos los sonidos, de un paralítico en la Olimpiada, de un pelo en la sopa. Cierto que a veces adquiere sonido; pero sólo cuando otra letra con personalidad bien desarrollada, como la c, se lo presta. Y el resultado es casi siempre una mala palabra. Esta combinación forma siempre los vocablos más reprobables. Medítelo bien el lector y no la use nunca. Por regla general evítadla, sola o acompañada, en cuanto escribáis, jóvenes amigos. Es una letra despreciable. No se necesita de ella para nada. Ya

veis, en todas estas cosas que llevo escritas, no está en palabra alguna.

Buscadla y os convenceréis.⁹⁹

Aunque el autor infirió que la aceptación de sus ensayos radicaba en que los diarios de México no acostumbraban este tipo de género, también dedujo que mediante ellos podía rescatar o recoger, de manera ingeniosa, un conocimiento, una obra, una anécdota, una persona o una historia y difundirlas, recrearlas y extenderlas a sus lectores cotidianos y a sus amigos. En este renglón, el también novelista Sergio González Rodríguez refiere:

Sus *Ensayos* se alejaban de las correcciones académicas y de la estolidez del periodismo literario en uso, que privilegiaba las divagaciones retóricas, sentimentales, lacrimógenas del modernismo de finales del siglo XIX, que los años de la guerra revolucionaria habían preservado en el clima cultural –aun a principios de los años veinte– como síntesis de norma poética.¹⁰⁰

⁹⁹ *Ibidem*, pp. 124-125.

¹⁰⁰ Sergio González Rodríguez, en *Viajes y Ensayos I*, p. 16.

Capítulo 4

PUNTOS DE VISTA DE SALVADOR NOVO SOBRE EL PERIODISMO

Con la posesión de un lugar importante dentro del quehacer periodístico, Salvador Novo entró al decenio de los años treinta cubierto de una fama que amén de haberle ganado numerosos amigos y admiradores también le había atraído detractores, críticos y férreos adversarios.

Animada por el júbilo nacionalista (alentado durante el callismo), la intelectualidad mexicana protagonizó una polémica en torno a la “verdadera naturaleza y función de la literatura”, sin relegar de su debate, la misión y el compromiso de los escritores con el pueblo de México.

Desempeñándose en un puesto burocrático al lado de Narciso Bassols, nombrado secretario de Educación en 1931 por Pascual Ortiz Rubio, Novo formó parte de esta polémica de manera tangencial, al menos, en lo que se refiere a las discusiones mantenidas por diversos colaboradores y articulistas de diversos periódicos de la capital.

En estos momentos, Salvador Novo escribía su columna “La Semana Pasada”, para el semanario *Hoy* donde criticaba las acciones del gobierno, la incertidumbre política y la animadversión que sus contemporáneos sentían hacia la libertad intelectual. Pero, con todo y su osadía, sus textos todavía no cobraban la acidez que más tarde emplearía para señalar los rasgos y características de la era cardenista y, aunque estas opiniones no iban firmadas, pocos eran los que ignoraban que él era su verdadero autor.

Así, radicalizado contra lo que significaba para México la existencia del Partido Nacional Revolucionario (PNR) y la participación del “jefe máximo” dentro de los engranes del poder, Novo produjo en 1930 la pieza satírica, “Calles escoge a Don Pascual”:

*Cuentan de un turco, que un día
tan sinagógico estaba,
que ninguno lo curaba
de cuantos médicos vía.
Y ¿a quién –entre sí decía-
voy a dejarle el sitio?*

*Hallose tal animal
por singular ocurrencia;
y esto de la presidencia,
lo debe a un sirio Pascual.¹⁰¹*

El anterior epigrama causó revuelo y le siguieron algunos más, pues la manera en la que se estaba desarrollando la política en el país le dieron al poeta material suficiente.

Con un Congreso dominado completamente por las facciones de Calles se decidió la postulación de Pascual Ortiz Rubio para el nuevo período presidencial. Después de una gira que tocó varios puntos de la República con la finalidad de “tener contacto” con el pueblo y dictar varios discursos y conferencias, Ortiz Rubio ganó las elecciones y rindió protesta como primer mandatario el día 5 de febrero de 1930 en el Estadio Nacional ante la presencia de 60 mil personas.

Concluido el acto, al que concurrieron las organizaciones y los grupos más importantes del PNR, don Pascual fue víctima de un atentado que, si bien no le quitó la vida, sí le dejaría como secuela un “permanente babeo” que le ganó el curioso apodo de “El Nopalitos”. Sin poder mantenerse al margen del acontecimiento, Novo de nueva cuenta ironizó:

*Logre la bala – asnicida,
(no por perdida, ganada
ni por ganada perdida)
debilitar la quijada
para atenuar la mordida...*

Amaro pierde un ojo. Sáficos adónicos

*Tiende en las manos el visual despojo
cíclope de Argos por mortal disparo.
Dícele Hay al general Amaro:
“¡Ojo por ojo!*

¹⁰¹ En Salvador Novo. *Navaja de la inteligencia*, pp. 183-184.

Este incidente, aunado a la picardía popular, fue el presagio del vilipendio y manipulación de la cual sería objeto el gobernante a través de sus dos años de gestión. Seguro de que el apoyo de Calles le facilitaría el manejo del poder, Ortiz Rubio adoptó de manera íntegra el programa de gobierno del Nacional Revolucionario, señalando que los problemas más urgentes de su administración se fincaban, por enésima ocasión, en la reforma agraria.

El reparto de tierras volvía a ser la principal piedra en el zapato del presidente, e instigado por Calles, don Pascual consideró conveniente detenerlo, ya que tenía la certeza de que no podía continuarse con el ritmo de entrega impuesto desde 1920.

Por su parte, el “jefe máximo”, vertía declaraciones en las que resaltaba la urgencia de cancelar el reparto debido al “mal que estaba causando a la economía nacional”, ya que aún faltaban por otorgarse propiedades a más de 15 mil pueblos en toda la República y eso ahuyentaba a los inversionistas extranjeros. “Dar garantías al capital” se convirtió entonces en la premisa fundamental de Ortiz Rubio, pero nunca imaginó las consecuencias que esto le produciría entre las simpatías del campesinado, mismo que dejó de tener confianza en la nueva administración.

Las protestas y las críticas ante las medidas adoptadas aparecieron de inmediato, pero lo que en realidad irritaba a diversos sectores era que don Pascual se mostrara siempre obediente y solícito a “las peticiones o sugerencias” de Calles. Pasados los años, Ortiz Rubio explicó en sus *Memorias* este pliegue irrestricto al sonoreense:

tenía que proceder de acuerdo con Calles, de facto dueño de la situación, como he explicado antes, o me resolvía a romper con él abiertamente, entrando en una lucha cuyas graves consecuencias finales no eran fáciles de prever. Comprendo que los dos caminos eran malos,

pero el que menos me provocaría agitaciones armadas, tan perjudiciales para el país, era el primero, y me decidí a seguirlo...¹⁰²

Sin espacio de maniobra, el ingeniero Ortiz Rubio tuvo escaso tiempo para desempeñar acciones que le permitieran estabilizar al país. No obstante, pudo lograr que en las Cámaras se promulgara el Código de Trabajo, se continuara con la construcción de carreteras, se diera seguimiento, por supuesto discreto, a la reforma agraria, y que se apoyaran medidas tendientes a proteger a la infancia. En este renglón, se impulsó decididamente la educación, materia constituida en una prueba de fuego para todos los gobiernos posteriores al de Álvaro Obregón.

Depositada en las manos del mexiquense Narciso Bassols, hombre nacido en la localidad de Tenango del Valle, la Secretaría de Educación Pública experimentó una profunda renovación no sólo en su rumbo, sino en sus objetivos y en la manera de instrumentar los cambios.

Con tendencias que muchos calificaban de “socializantes e izquierdistas”, Bassols resumió, de la siguiente manera, su credo en cuanto a lo que podía lograrse a través de la obra educativa: “Tengo fe en el indio, en el mestizo y los siento capaces de formar en nuestra patria, bajo un régimen democrático, una nacionalidad suficientemente fuerte para su desenvolvimiento futuro...”¹⁰³ y, en otra ocasión complementó: “Debemos volver los ojos hacia nosotros mismos, encontrar el progreso en nuestras propias fuerzas, en la masa de nuestro pueblo, en su organización fecunda, en la aplicación benéfica de los resortes técnicos y sociales”. A estos principios, el también maestro y diplomático, agregó horas de trabajo y niveles de exigencia nunca antes vistos dentro de esta dependencia.

Ese “Narciso Rojo”, al cual Novo definió en un artículo de 1937 como un hombre “exhaustivo e ignorante de la fatiga física” decidió que ya no era posible

¹⁰² Enrique Krauze, *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana (1910-1940)*, México, Tusquets, 1997, p. 368.

¹⁰³ Fernando Paz Sánchez, *Vida y pensamiento de Narciso Bassols*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, p. 84.

sostener la idea prodigada por el vasconcelismo del “maestro mártir”, siempre sacrificado, pues el país había llegado a un punto en el cual le eran indispensables hombres dispuestos a trabajar sin descanso.

“Exprimiendo a sus subordinados”, Bassols aceptó a su lado sólo a las personas resueltas a abandonar “su rancia actitud de temor y cobardía” ante las exigencias de una sociedad que requería la formación de mexicanos libres y constructores de su nación.

El discurso y la filosofía de don Narciso se inspiraron en la lectura del pensamiento marxista, pero sus acciones se acercaron, en gran medida, a los ideales de la corriente nacionalista. Ésa que se apresuró a dictar qué, cómo, dónde y entre quiénes se encontraba la esencia de lo mexicano. De hecho, fueron estos ostentadores de “lo políticamente correcto”, quienes atacaron al secretario acusándolo de “rojo intransigente”, categoría que lo asemejaba a la de los “fascistas retardatarios” o, a la de los “cosmopolitas e intelectuales afeminados”, dentro de los cuales habían colocado a Salvador Novo sus adversarios.

A este entorno de abierto enfrentamiento entre intelectuales, políticos, periodistas y las instituciones encargadas de la educación y la cultura, se sumó el resurgimiento del conflicto cristero, así como el recrudecimiento de un clericalismo que pugnaba por el bienestar y el respeto a los ministros eclesiásticos, aun cuando eso implicara violaciones a la ley.

Pascual Ortiz Rubio se enfrentó de manera inevitable a una de las crisis más severas de su gobierno, levantando comentarios en los que se le acusaba de ser un hombre incapaz de sortear los problemas del país. Para colmo, con la decisión de postergar el reparto de tierras y calmar a los inversionistas y viejos latifundistas, el presidente se había echado encima a “los revolucionarios” que todavía veían en la recompensa a campesinos y obreros respecto a las injusticias vividas, la máxima del movimiento social y armado.

Al mismo tiempo, los críticos del régimen manifestaban que dar garantías al capital, así como pagar las deudas contraídas con otros países, era una tarea

imposible en los momentos de inestabilidad dejados por el *crack* económico de 1929.

Inmerso en el desconcierto general, donde nadie tenía confianza ni se otorgaban créditos, la fuerza del gobierno de Ortiz Rubio se desvanecía de manera acelerada, ya que en las esferas política y periodística se afirmaba que ninguno de “los regímenes revolucionarios habían resuelto los problemas más graves de la nación”.

El periodista Luis Cabrera (1876-1954) enunció así la realidad de México en 1930, en una conferencia que, con motivo del vigésimo aniversario de la revolución maderista organizó Enrique Fernández Ledesma (1888-1939), entonces director de la Biblioteca Nacional:

No tenemos justicia, no tenemos libertad de imprenta, no hay municipio libre, no hay soberanía de los Estados; no tenemos honradez suficiente para confesar que la soberanía de los Estados es una mentira.

No tenemos soberanía internacional, ni la hemos tenido ni podemos tenerla mientras no seamos fuertes, o cuando menos relativamente sanos y mientras no tengamos la independencia económica que consiste en bastarse a sí mismos.

Pero no tenemos valor civil para confesarlo.¹⁰⁴

Las palabras dichas por el también ensayista poblano molestaron a los hombres en el poder, quienes imputándole el delito de rebelión lograron que se le dictara una orden de aprehensión el día 9 de mayo de 1930, para enseguida ser puesto en un avión rumbo a Guatemala.

Tratando de contener la avalancha y reivindicar su imagen, don Pascual realizó cambios en su gabinete con el objetivo de despojarse de la influencia y los hombres de Calles. Sin embargo, el presidente no pudo evitar el tutelaje de su antecesor y, de nueva cuenta entregó carteras clave como Gobernación y la Secretaría de Guerra y Marina a los generales Lázaro Cárdenas del Río y Abelardo L. Rodríguez (1889-1967), ambos amigos y compañeros de batalla de

Plutarco Elías Calles desde años atrás. Además, en la cúpula militar cada vez cobraba más fuerza la idea de “quitar del paso al titular del Ejecutivo”.

[...] muy pronto tendrá que presentar su renuncia el ingeniero Ortiz Rubio, que en cierta forma se resiste a hacerlo. Tenemos ya controlada la Secretaría de Guerra, y en los cuarteles las fuerzas son leales. Los únicos que no están de acuerdo son el general Amaro y el general Cárdenas. De todos modos, está resuelto que deje la presidencia Ortiz Rubio.¹⁰⁵

La sentencia se cumplió, pues el 2 de septiembre de 1932, quien hubiera luchado contra las imposiciones carrancistas, dejó el poder que, bajo la modalidad del interinato, fue entregado de manera unánime por el Congreso de la Unión al sonoreense Abelardo L. Rodríguez.

Teniendo como antecedente una breve carrera de armas que por fortuna lo condujo al mando de la segunda zona militar de Baja California Norte, Abelardo Rodríguez se distinguió por su carácter apacible y sus cualidades de administrador. Dueño de una fortuna que le permitió vivir holgadamente, fue llamado por Calles para desempeñar un puesto importante en la vida pública.

Primero, designado como subsecretario de Guerra y, después, como titular de la dependencia, Rodríguez nunca dejó de reconocer su impericia en las lides políticas. De ahí que pasado su período (1932-1934) y algunos años más, haya manifestado sin reticencias:

Insisto en que nunca fui político y que si acepté el cargo de presidente sustituto de la República fue porque tenía la seguridad de nivelar el presupuesto y poner en orden la administración del gobierno. Para lograrlo, me propuse permanecer al margen de la dirección política, dejando esa actividad en manos de políticos.¹⁰⁶

¹⁰⁴ Emilio Portes Gil, *op.cit.*, p. 657.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 664.

¹⁰⁶ Enrique Krauze, *op.cit.*, p. 371.

El maximato vivió así uno de sus mejores momentos, pues como lo enfatizara alguna vez el poeta Jorge Cuesta, Plutarco Elías Calles, en efecto, había dejado el poder desde 1928, “pero el poder aún estaba en él”.

Con un gabinete que arrastraba reminiscencias del obregonismo y del callismo, el presidente interino ratificó a Narciso Bassols como secretario de Educación, a Emilio Portes Gil, lo nombró Procurador General de la República, al infatigable obregonista Aarón Sáenz lo llevó al Departamento del Distrito Federal y, al general Lázaro Cárdenas, lo asignó como jefe principal de la Secretaría de Guerra.

Dispuesto ante todo a ser un “presidente administrador”, don Abelardo retomó desde sus primeros días, la entrega de un par de millones de hectáreas beneficiando a más de 161 mil familias en el territorio nacional.

Por lo que se refiere al ámbito financiero y económico, puso en marcha a la Nacional Financiera, S. A, así como al Banco Nacional Hipotecario, Urbano y de Obras Públicas. Y, para lucimiento de su gobierno, se inauguró el Monumento a la Revolución, se terminó el Palacio de Bellas Artes (iniciado desde el porfiriato), se edificaron casas para obreros, se construyeron caminos y la carretera que llevaba de la ciudad de México al Desierto de los Leones.

Deseoso de que la capital se reformara y adquiriera los rasgos de toda urbe de respeto, el general Rodríguez ordenó la creación del Departamento Central, cuyas funciones se circunscribían a la transformación y modernización de las principales calles y avenidas, entre ellas, las céntricas 20 de Noviembre y San Juan de Letrán (hoy, Eje Central Lázaro Cárdenas).

Pero, como ninguna gestión posrevolucionaria se había desarrollado y, aun, concluido, sin afrontar dificultades, el presidente sustituto encaró una nueva amenaza del clero católico debido a la aparición de la encíclica “*Acerva Animi*”, en la cual se volvía a poner en duda la validez de la Constitución de 1917 y las Leyes de Reforma, exhortando, desde la más alta jerarquía del papado, a contravenir las leyes que, según los representantes eclesiásticos, oprimían en nuestro territorio la libertad de la Iglesia.

Consciente del trastorno social que podía generar la desobediencia del clero mexicano a los principios que regulaban las relaciones con el Estado, el presidente advirtió:

México, entra ahora en un verdadero período de instituciones y de gobierno establecido, de progreso y de adelanto, y no permitirá que se inmiscuya en asuntos de Estado, una entidad a la que no se le reconoce existencia dentro de nuestros principios legislativos, que establecen la separación absoluta de la Iglesia y del Estado.

“Soy respetuoso de la libertad de conciencia, que establece la Constitución de la República, pero no puedo permitir que los que no saben hacer honor a su propia religión, utilicen los bienes de la nación para hacer una campaña de hostilidad al gobierno, por tanto, estoy dispuesto a que si continúa la actitud altanera y desafiante a la que se refiere la reciente encíclica, se convertirán los templos en escuelas y talleres para beneficio de las clases proletarias.¹⁰⁷

Con éste y otros obstáculos salvados, Abelardo L. Rodríguez se hizo de algunas simpatías, permitiéndole llegar al final de su administración en un contexto de relativa calma, la cual se había visto perturbada desde 1933 con el eterno asunto de la sucesión, así como con el preludio de una agitación social y laboral producida por la repatriación de miles de trabajadores mexicanos que volvían de los Estados Unidos debido a los efectos de la crisis del 29 y que se encauzaría en el siguiente período presidencial.

El panorama de desempleo, pobreza y descontento popular, paulatinamente se fue aderezando con pugnas intelectuales y artísticas que no tardaron en darle motivos de preocupación al próximo jefe del Ejecutivo, el general Lázaro Cárdenas del Río.

Nacido en 1895 en la tierra de Jiquilpan, Michoacán, Lázaro Cárdenas tuvo por padres a los señores Dámaso Cárdenas Pinedo y a Felicitas del Río Amezcua. Siete hermanos y una tienda de abarrotes complementaban el

¹⁰⁷ Abelardo L. Rodríguez, citado en Portes Gil, *op.cit.*, p. 674.

universo familiar de un niño que imprimió a sus sueños el designio de un destino importante: “Creo que para algo nací... Vivo siempre fijo en la idea de que he de conquistar fama. ¿De qué modo? No lo sé”.¹⁰⁸

Leyendo a los revolucionarios franceses y desempeñándose, tras la muerte de su padre, en varios oficios, entre ellos el de impresor, Lázaro Cárdenas ascendió el primer escaño de “la fama” cuando fue elegido gobernador de su estado en septiembre de 1928.

Treinta y tres años y una carrera militar destacada, avalaban a un hombre que sus paisanos siempre consideraron honesto, sagaz, inteligente y, sobre todo, “muy revolucionario”. Conocido de Calles, desde su participación en el 22º. Regimiento de Caballería, en Agua Prieta, Sonora, el entonces teniente coronel, se ganó el respeto y afecto del hombre que, transcurridos dieciocho años, lo favorecería como candidato del Partido Nacional Revolucionario a la presidencia de la República.

Los militares Manuel Pérez Treviño (1890-1945) y Carlos Riva Palacio (1892-1936) acompañaron en esta terna a Lázaro Cárdenas. Sin embargo, la fuerza de este último, radicaba en que gracias a su larga y variada trayectoria, (pues Cárdenas había luchado lo mismo contra federales, zapatistas, villistas, yaquis, carrancistas, delahuertistas y escobaristas) trabó y consolidó las alianzas políticas que en el futuro le redundaron las adhesiones de no pocos miembros de la clase gobernante.

Para 1933 el poder de Plutarco Elías Calles seguía siendo decisivo en la selección de los candidatos, pero con todo, no podía extralimitar “sus facultades” al grado de imponer un hombre. Motivado por su simpatía y porque las movilizaciones sociales y políticas demostraban el desencanto respecto al “conservadurismo” que impregnaba la vida de México, Calles respaldó la figura negociadora, amable y “profundamente interesada en los problemas del pueblo” de Lázaro Cárdenas. Y, aunque, al general michoacano le costó trabajo descifrar las señales dadas por su amigo, aprovechó una gira al lado de Abelardo L.

¹⁰⁸ Enrique Krauze, *op.cit.*, p. 390.

Rodríguez (de quien fue secretario de Guerra y Marina) para evidenciar “los amarres” entre grupos y sectores.

Así, los gobernadores de estados como Nuevo León, Sinaloa y Sonora fueron los primeros en manifestar su voto a favor del ex gobernador provocando con ello una lluvia de adhesiones. Colima y Nayarit, primero. Chihuahua, Querétaro, San Luis Potosí, Tlaxcala, Campeche, Oaxaca y Guerrero, días después; Jalisco, Michoacán, el Estado de México (entidades en las cuales tenía la venia popular, pero no la de sus dirigentes) un poco más tarde y, al final del recorrido, Baja California Norte y Baja California Sur.

Por su parte, las organizaciones populares del PNR también se apresuraron a participar en lo que era ya una abierta campaña presidencial. Un pacto de solidaridad entre 50 senadores y un grupo nutrido de diputados, así como una carta en la que don Lázaro le preguntaba a Calles su opinión respecto “al caso político” y la actividad de sus partidarios, constituyeron el preámbulo de asignación del “hijo de Jiquilpan” como contendiente del Nacional Revolucionario para las elecciones de 1934.

Con el camino despejado, Lázaro Cárdenas rindió protesta como candidato oficial el día 7 de diciembre de 1933 garantizando con este acto su ascenso al poder. Un día después de las celebraciones y los abrazos, el general inauguró la gira presidencial más intensa que ningún otro aspirante a la primera magistratura haya realizado jamás.

Para el historiador Lorenzo Meyer esta estrategia de Cárdenas, no fue una decisión casual, pues el político sabía que visitando todos los estados y territorios no sólo cobraría reconocimiento popular, sino que también establecería o estrecharía -según fuera el caso- los vínculos con los diversos líderes locales que más tarde serían la punta de lanza en la formación del “cardenismo”. Asimismo, el recorrido tenía la ventaja de que, sin intermediarios, dimensionaría la magnitud de los problemas a los que se iba a enfrentar como presidente de México.

“Sacudir al pueblo mexicano y convertirlo en un factor decisivo en las luchas sociales, económicas, y quizá políticas, que se proyectaban en el futuro

inmediato”¹⁰⁹ fue el propósito primordial del contendiente penerrista que visitó los estados, pueblos, rancherías, barrancas y lugares más remotos en el mapa de la República Mexicana.

El investigador Luis González y González (1925-2003) asegura que la gira de Cárdenas fue muy parecida a un viento incesante que en siete meses logró atravesar 27 609 kilómetros a bordo de ferrocarriles, automóviles, barcos y caballos. Y, por primera vez en la historia de las contiendas electorales, continúa el historiador colimense, “el candidato anduvo metido en poblaciones minúsculas y solas; arrastró temerariamente su equipo por ‘pueblos pequeños y villas soterrados entre abruptas serranías’, ‘donde residen los más graves problemas de las clases proletarias.’”¹¹⁰

Mítines, discursos multitudinarios, lluvias de confeti, bandas de música, sones de mariachi y el diálogo directo con la gente humilde o el hombre común completaron el “estudio de las angustias y necesidades” que el general decidió realizar en cada una de las regiones del país antes de arribar al poder.

Con un numeroso grupo de adeptos y partidarios, así como con la obtención de 2 millones 268 mil 567 votos, Lázaro Cárdenas inició el primer día de diciembre de 1934 una gestión que prometía recuperar la esencia y los principios sociales de la Revolución.

Obreros, campesinos, amas de casa, profesionistas, estudiantes, políticos, maestros, etcétera, creyeron en la autenticidad de los propósitos pronunciados el día de toma de posesión por el ejecutivo.

Ha llegado el momento en que debemos mantenernos dentro de una firme disciplina ciudadana –de la que no está excluida la sana crítica- que nos permita, sin justificadas agitaciones, movidos todos con un amplio espíritu de trabajo, entregarnos por entero a la inmensa labor de construcción que estamos comprometidos a realizar. Ninguna noble

¹⁰⁹ Tzvi Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, Siglo XXI, 1982, p. 60.

¹¹⁰ Luis González y González, *Historia de la Revolución Mexicana. Los artífices del cardenismo*, México, Colmex, 1979, p. 238.

ambición, ni la confianza, pueden mantenerse a base de promesas, si éstas no se convierten en realidades perdurables.¹¹¹

Llevando como patrimonio “la cooperación entusiasta de los mexicanos” y su “fe en los destinos de la República”, don Lázaro Cárdenas conformó un gabinete que, de alguna manera, mostraba la influencia de Calles. Sin ir más lejos, en la Secretaría de Comunicaciones, fue nombrado como titular Rodolfo Elías Calles (su hijo y ex gobernador de Sonora), en tanto que Relaciones Exteriores fue encomendada a Emilio Portes Gil, el Departamento del Distrito Federal a Aarón Sáenz, la Secretaría de Hacienda a Narciso Bassols y la de Educación a Francisco José Múgica.

Tal vez sea en estas últimas dos designaciones donde Cárdenas se allegó a gente de su absoluta confianza, pues mientras Bassols se había caracterizado como un servidor público incansable y cabal, Múgica le había demostrado su incondicional amistad y asesoría desde sus tiempos de gobernador en Michoacán.

En los primeros meses del siguiente año, el presidente intensificó las labores en áreas consideradas clave, es decir, instrumentó medidas enfiladas a resolver los problemas sociales, los desajustes económicos y las necesidades culturales. Y, pese a que en todos estos rubros de la vida nacional lo movía el afán de mejoramiento, no pudo ahuyentar las críticas de varios políticos e intelectuales que consideraban su “Plan Sexenal” una copia de las estrategias impuestas en los países socialistas.

De hecho, ese “programa detallado de acción” fue diseñado e inspirado por los planes de desarrollo soviéticos, pero en él también se dio cabida a principios de orden liberal, por lo que, para Luis González y González, con todo y “sus vaguedades”, este plan fue la expresión más nítida de las actitudes, creencias e ideas del nuevo sector político, dejando establecido que el poder del Estado sería el principal controlador y promotor de las expresiones más importantes de la vida nacional.

¹¹¹ Emilio Portes Gil, *op.cit.*, p. 689.

Por lo que se refiere al orden económico, se luchó por mantener un “régimen progresivo de economía dirigida”, donde se experimentaría un sensible intervencionismo estatal tendiente a evitar la formación de monopolios que diera confianza a la mayoría de los inversionistas nacionales.

El fortalecimiento de las industrias extractiva y metalúrgica también fue uno de los primeros objetivos del cardenismo, asentando que su gobierno pelearía en el bando de los burgueses de casa y no más del lado de los empresarios de fuera.

En materia agrícola, Cárdenas admitió que su problema mayor era el relativo a la distribución y explotación de la tierra. Por ello, se comprometió a “convertir a los campesinos en agricultores libres, dueños de la tierra y en hombres capacitados para obtener y aprovechar los beneficios de su producción”. Además, se ordenó el rápido fraccionamiento de latifundios, que una vez concluido, conduciría a la organización de los ejidatarios para dotarlos de las técnicas modernas de cultivo, de grandes cantidades de semillas, fertilizantes y máquinas. La consigna de la nueva era del campo mexicano se resumió en el imperativo: “regar, regar, regar”.

En pocas palabras, abundó González y González, la aspiración del nuevo gobierno fue que “a los rústicos se les serviría su felicidad en bandeja de plata mediante repartos, cooperativas, irrigaciones, créditos, máquinas, escuelas, hospitales y discursos”.¹¹²

Los obreros también fueron beneficiados a través de la aplicación de una política que privilegiaba la organización sindical, incluida la promoción de contratos colectivos y la estipulación de salarios mínimos. La manera de regular las relaciones obrero patronales enseguida alarmó a las cúpulas empresariales, pues consideraban que de seguir dándole este tipo de armas a los trabajadores, los inversionistas nacionales y extranjeros huirían del país porque “las protestas y huelgas, interrumpían la producción, perturbaban el consumo y afectaban severamente al orden público”.

¹¹² Luis González, *op. cit.*, p. 173.

La reacción de los capitalistas no inquietó al general Cárdenas, pero sí lo motivó a pensar en la clase de apoyo que las masas populares podían imprimir a su gobierno, más ahora que el tono de su relación con “el jefe máximo” comenzaba a tornarse muy áspero.

Un número inusitado de banderas rojinegras en las puertas de compañías como la de Teléfonos, la Petrolera de San Rafael y la de Tranvías, así como la realización de marchas, discursos y mítines acompañaron los seis primeros meses de la administración cardenista.

Pese a que el estruendo no había generado severos trastornos, para los críticos del régimen evidenciaba la falta de carácter del presidente, sobre todo, después de haber conocido la mano de un dirigente que, como Plutarco Elías Calles, había preservado el orden y presencia omnímoda del Estado. Nostálgico por esos tiempos y enfadado porque no se estaban respetando los propósitos contenidos en el Plan Sexenal, Calles declaró a principios del mes de junio de 1935:

Hace seis meses que la nación está sacudida por huelgas constantes, muchas de ellas enteramente injustificadas. Las organizaciones obreras están ofreciendo en numerosos casos ejemplos de ingratitude. Las huelgas dañan mucho menos al capital que al gobierno; porque le cierran las fuentes de la prosperidad. De esta manera las buenas intenciones y la labor incansable del señor presidente están constantemente obstruidas, y lejos de aprovecharnos de los momentos actuales tan favorables para México, vamos para atrás, retrocediendo siempre y es injusto que los obreros causen este daño a un gobierno que tiene al frente a un ciudadano honesto y amigo sincero de los trabajadores, como el general Cárdenas.¹¹³

Consciente de que la doble intención del mensaje de Calles tendría gran impacto en “los destinos del país”, el presidente gestionó para que estas palabras dichas en entrevista a Ezequiel Padilla (1890-1971), no conocieran la

¹¹³ Portes Gil, *op. cit.*, p. 694.

luz pública. No obstante, su empresa fracasó y al siguiente día todos los periódicos publicaron lo que se dio en llamar "La conversación Calles-Padilla", donde el "jefe máximo" también criticaba la aparición de alas izquierdas en el interior de las cámaras, pues veía en ellas el inicio de "una escalada de radicalismos" que terminaría en el caos y en el más enconado de los enfrentamientos.

Hechas sus advertencias, Calles afirmó al también diputado Padilla, tener confianza en que "sus opiniones" no lesionarían su relación con el primer mandatario, porque además de estar unidos por una amistad de veintiún años, compartían "las raíces de un árbol difícil de derribar". El movimiento posterior de Cárdenas a la jugada de Calles, demostró que su amistad, las raíces e incluso el árbol, se podían resquebrajar.

Decidido a salvaguardar el decoro y la dignidad de su gobierno, Cárdenas convocó un Consejo de Ministros para pedir a todos los miembros del gabinete su renuncia y, con ello, quedar en libertad para nombrar nuevos colaboradores, ya que su propósito era depurar de su equipo, gente adepta a Calles y todo tipo de arribistas.

Para cubrir sus flancos, el presidente solicitó a Emilio Portes Gil (entonces Procurador General de la República) encargarse de la presidencia del Partido Nacional Revolucionario. Además, procedió a desaforar a todos los simpatizantes de Calles en la Cámara de Diputados.

Tras los cambios y el desconcierto de la clase política, el 18 de junio de 1935, Calles fue "invitado" a dejar la capital y el país, abordando ese mismo día en el aeródromo de Balbuena, el avión que lo conduciría, primero, a Navolato, Sinaloa y, después, a territorio estadounidense.

Pese a las recomendaciones de que por ningún motivo debía volver a México, pues de hacerlo demostraría "una actitud inconveniente y antipatriótica", don Plutarco Elías Calles no cejó en su intento y regresó el 13 de septiembre de 1935 dispuesto a defender "su régimen de las injurias y calumnias" proferidas durante casi medio año. La llegada del general produjo enorme expectación en

toda la República debido a la sospecha de que esta “reivindicación de su nombre y su gobierno” no se llevaría a cabo de la mejor manera.

Rifles, ametralladoras y parque fueron los argumentos que Calles pensó en esgrimir contra Cárdenas en colaboración del líder sindical Luis Negrete Morones, el general José María Tapia y los señores Luis L. León y Melchor Ortega.

Contrario a lo que esta aventura sediciosa hubiera esperado, su chispa no prendió, pues Lázaro Cárdenas se había asegurado de fincar su gobierno en la fuerza de las masas, las organizaciones populares y los máximos representantes de la cúpula militar. El presidente entonces pudo ordenar:

[...] consciente de sus responsabilidades, el gobierno que presido, deseoso de apartarse de lamentables precedentes que existen en la historia de nuestras sangrientas luchas políticas, en las que frecuentemente se ha menospreciado el principio de respeto a la vida humana, estima que las circunstancias reclaman por imperativo de salud pública, la inmediata salida del territorio nacional de los señores general Plutarco Elías Calles, Luis N. Morones y Melchor Ortega.¹¹⁴

En abril de 1936 representantes del gobierno escoltaron a quien fuera el máximo detentador del poder en México durante una década, para hacerlo abordar el avión que finalmente lo condujo al exilio. Y, libre de la “asistencia” de Calles y las acciones de algunos de sus detractores, Cárdenas tuvo que iniciarse en otro tipo de ataques, pues la prensa comenzaba a hacer señalamientos que, en gran medida, cuestionaban la política y las tendencias de su gobierno.

Con casi la mitad del sexenio transcurrido, el país se apresuró a vivir jornadas en las que la radicalización de ideas y posturas fue una constante, pues los sectores político, económico, social, cultural, periodístico e intelectual protagonizaron disputas en las que se trató de dilucidar la forma en que la nación podría llegar de una sola zancada al progreso largamente soñado. No

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 703.

obstante, fue en los terrenos de la cultura y el periodismo en donde este aspecto se debatió con mayor resonancia y energía.

Constituida tan sólo por centros como la Universidad Nacional y un puñado de medios como el libro, el teatro, la pintura mural, el cine, la radiodifusión y la prensa, la cultura era dirigida desde el Estado manifestando su poder a través de la posesión de editoriales¹¹⁵, el manejo incipiente de la industria cinematográfica y el control disimulado de la prensa escrita.

Muchos estudiosos han considerado a Lázaro Cárdenas como un líder natural y una figura política de gran arrastre popular, pero para algunos otros, hablar de su participación en la vida del país significa señalar que gracias a la estructura gubernamental que diseñó, la nación padeció por largos años un sistema en el que se excluía y obstaculizaba la actuación de “los elementos no autorizados”.

A propósito, Carlos Alvear Acevedo señala en su obra, *Lázaro Cárdenas. El hombre y el Mito*, que fue durante la presidencia del michoacano donde empezó a conformarse una larga lista de perseguidos, lesionados y caídos, pero sin responsabilizar al personaje, asienta que varios de sus caciques locales, presidentes municipales y gobernadores mantenían su “pequeño poder” a base del terror y la violencia aplastando sin compasión a los que se atrevían a dar la nota discordante.

Organizaciones sinarquistas¹¹⁶, hombres de derecha, religiosos, intelectuales, periodistas y homosexuales completaron la nómina de los grupos incómodos para el régimen, desatando una ola de enfrentamientos, aprehensión de líderes (como la de Manuel Gómez Morín, fundador del Partido Acción Nacional), incautaciones de orfanatos, escuelas católicas y debates periodísticos. Fue justo en la tribuna ofrecida por la prensa, donde algunos

¹¹⁵ Como las de la Secretaría de Educación Pública y la de Relaciones Exteriores; los Talleres Gráficos de la Nación y el Fondo de Cultura Económica, creado en 1934 para difundir en español las obras más importantes del pensamiento económico.

¹¹⁶ Fortalecidas durante el cardenismo, este tipo de agrupaciones aspiraban al establecimiento de un nuevo orden cristiano, por lo que su ideario se nutrió de principios católicos que combatían la dispersión política, la concentración capitalista y el colectivismo estatista del comunismo.

articulistas se atrevieron a manifestar los desaciertos, errores, excesos e incoherencias de la gestión cardenista.

Salvador Novo, fue uno de los que, a través de su columna “La Semana Pasada”, publicada a partir de 1937 en el semanario *Hoy*, se animó a escribir sin rodeos sobre todo “lo que le chocaba” del régimen, la política, los funcionarios y el país.

Harto de los acontecimientos, de la persecución y el congelamiento, pues no le daban acceso a los puestos públicos, Novo buscó la forma de salir del país y, en enero de 1935, le escribió a su amigo Federico García Lorca (1898-1936), mismo a quien un año atrás había dedicado la publicación de su poema *Romance de Angelillo y Adela*:

Querido Federico:

La vida en México se ha vuelto insoportable para mí. Es indispensable e inaplazable que me marche –y tengo miedo de la dura lucha en los Estados Unidos. Mi deseo de ir a España se agrava y me obsesiona. ¿Crees tú que podría ganarme allá la vida, una mediana vida? Puedo dirigir ediciones, traducir libros, enseñar inglés –en último caso escribir en los diarios o corregir pruebas en una imprenta. No sé realmente qué puedo hacer, pero alguna aptitud tendré. No puedo vivir más en México y ningún país me atrae, como ese mío.¹¹⁷

La crisis y desesperación afectó por algunos meses al escritor, pues seguro de que “no había otro lugar donde pudiera estar” decidió que había llegado el momento de luchar con las armas que sabía utilizar mejor.

Auxiliado por su capacidad de síntesis, la ironía y su rapidez narrativa, el columnista en poco tiempo se hizo el crítico más agudo y eficaz de Lázaro Cárdenas. Habló de su ubicuidad (estar en todos los lugares para resolver los problemas más urgentes del pueblo), de los esfuerzos de sus técnicos y colaboradores por “aguantarle el paso y no sudar la gota gorda” en sus visitas a las poblaciones y las rancherías, de su optimismo por sacar al país adelante;

reseñó los discursos y las consignas mesiánicas de la nueva era; señaló las costumbres, saludos y abrazos con los cuales se “adquiere un lugar en el PNR”; cuestionó el nacionalismo que pretendía imponerse como doctrina de lo mexicano; calificó de folclorizante y vacuo al turismo (nacional y extranjero) que se postraba ante “el clima, el color, los sombreros y los huaraches”; abominó el anquilosamiento del medio intelectual y periodístico; expresó su padecimiento ante los efectos de una literatura plagada de convencionalismos y “temas sociales”; anotó la explotación de los “trabajadores mexicanos que parecen turistas en su propia tierra”; comunicó que veía en el hambre y la pobreza de los pueblos indígenas la expresión milenaria de su marginación y se negó a aceptar que se utilizara su miseria como “atracción para gente que ve en sus imperturbables rostros la esencia de la mexicanidad”; reprochó que las mujeres aún no pudieran emanciparse del hogar y los celos maritales... más aún, detalló en varias de sus crónicas su lucha por obtener el derecho a votar y ser votadas:

En 1933, durante la celebración de la VII Conferencia Panamericana, México envió a Montevideo a Margarita Robles de Mendoza, feminista, como delegada para el tema ‘Derechos civiles y políticos de la mujer’. En 1935 llegó a México y vislumbró un rayo de esperanza para su causa en la posibilidad que al voto femenino abría Portes Gil como presidente del PNR. Descorazonada más tarde, intentó un último asalto al voto femenino, encabezando a un grupo de mujeres *sandwiches* que recorrieron las calles, portadoras de letreros alusivos a la emancipación de la mujer. Privadamente ha expresado que su ideal todavía no es muy factible en nuestras mujeres, demasiado hogareñas, ni porque los hombres, celosos extremeños, lo permitan de muy buen grado.

Sus prosélitos, entre quienes descuella Ester Chapa, médica, confían en que el voto femenino pondría en orden el caos, y la semana pasada dirigieron al Congreso un extenso memorial firmado por el Frente Único Pro Derechos de la Mujer. Advierten en él que se presentarán en las casillas electorales desde el próximo julio ‘... porque nosotras, por

¹¹⁷ En *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, pp. 119-120.

naturaleza un poco más legalistas que los hombres, no debemos y no queremos incurrir en los vicios electorales que todo el mundo conoce y en que por ignorancia –no queremos creer que por mala fe– incurren las grandes masas electorales masculinas’.

Las amazonas subrayan que la actividad de la mujer es muy grande. ‘Está en las fábricas, en las universidades, en el campo, en las luchas sociales más importantes de nuestro tiempo; contra la guerra [...] y sólo existe un país en que la mujer tiene efectiva igualdad [...] la Unión Soviética.’

Modernista, México cuenta en su cuerpo diplomático, como Estados Unidos y como la URSS, con una ministra, Palma Guillén, que no es feminista.¹¹⁸

Firme en la idea de ser un “outsider” –según términos del escritor Carlos Monsiváis (1938)–, Salvador Novo elaboró durante este sexenio crónicas semanales de lo que sus oídos escuchaban y de los que sus ojos atestiguaban, ya que imbuido por los conceptos que definían al periodista como “alguien que informa respecto a los sucesos ocurridos en la sociedad de manera verídica, amplia e inteligente”, se entregó a la práctica de un oficio que al paso del tiempo sólo se interrumpió hasta 1974.

El primer Novo no veía en el periodismo el medio para comunicar sus preferencias y ambiciones expresivas, sin embargo, se percató de que los periodistas no tenían por qué ser “esa mala y diabólica realeza nacida para llenar el mundo de vanidad, ligereza y falso saber” de la cual se habían quejado no pocos literatos a través de la historia. Además, no coincidía en que este ejercicio debiera realizarse para halagar o servir intereses que lesionaran la libertad y convicciones de quien lo practicaba.

Distante de máximas como “el servicio social del periodismo”, Novo prefirió observar el de la responsabilidad que adquiere toda aquella persona que con sus escritos sugiere en los lectores una idea o fomenta un interés, un deseo, un conocimiento, una actitud.

¹¹⁸ En *La vida en México en el período presidencial de Lázaro Cárdenas*, pp. 35-36.

De tal suerte en estos años, el periodismo de Novo giró alrededor de una órbita que le obligó a ser exhaustivo, claro, preciso, detallado, pertinente, ágil, interesante, puntual, para de esa manera llegar a un público cada vez más interesado en conocer y entender los acontecimientos de su sociedad.

Aunque los sucesos, más graves que ocurren en nuestro país suelen olvidarse después de una semana, porque la atención frívola de gran parte del público se relaja para ocuparse inmediatamente del chisme en turno, en este caso todavía una parte de aquel mismo público se está preguntando con más curiosidad que interés, a qué se debe la aparentemente intempestiva renuncia del señor Bassols como ministro en Londres y delegado ante la Sociedad de las Naciones. Y mientras que unos aseguran que el dimitente es de sobra quisquilloso e irritable, otros, que se dicen bien informados, asientan que es amante de meter su cuchara en jurisdicciones que no le competen, por causa de un invencible afán de dar consejos y ofrecer definitivas sentencias sobre todas las cosas del gobierno, por más que haya nombrados titulares a quienes competen las respectivas materias. Allá ellos si no saben escoger buenos consejeros...

Es claro que cada quisque, si es mexicano, tiene derecho constitucional para opinar y aun para entrometerse, en cualquier sentido, en todos los negocios que interesan al país; pero a condición de que estén colocados en el sitio del público independiente, para lo cual pueden pronunciarse en la forma que su conciencia les señale, ya ocurriendo a las autoridades comunes, ya demandando justicia a los tribunales, o bien expresando en el libro y en el periódico las opiniones que a bien tuvieran externar, pero esta condición no es extensible a los funcionarios, que están sujetos a una disciplina de obvia discreción y recato, mientras que mantengan sus empleos.

Si, pues, al señor Bassols no le ha agradado lo que expresó cierto funcionario extranjero en la reciente conferencia de Buenos Aires, ¿qué tiene él que ver como ministro en Londres para revolverse y protestar? Si el señor Bassols no está satisfecho con el asilo de refugiados políticos en nuestra misión en Madrid, ¿qué le interesa este aspecto como

representante mexicano en la Gran Bretaña? Y si se indigna porque aquí se permita la entrada del señor Trotsky, nosotros nos preguntamos, ¿qué diablos de relación tiene esto con el cuidado de nuestros intereses y puntos de vista en Londres y en Ginebra? Si el antiguo y no muy diplomático ocasional se indigna contra todo esto y quiere externar opinión, tiene derecho a cualquier actitud, pero previa renuncia. Y desde aquí, o desde allá, en condición de ciudadano libre, puede decir cuanto quiera y esperar el aplauso o la censura. Pero como diplomático debe reducirse exclusivamente a la misión que en concreto se le ha señalado.

No ignoramos, por otra parte, que el señor Bassols es hombre inteligente, culto y honrado, y complace decirlo y reconocerlo. Pero ése es otro cuento. Ha hecho bien en renunciar, en consecuencia para colocarse en un sitio de independencia, lo cual no quita que su renuncia diplomática obedezca a razones precisamente... antidiplomáticas.¹¹⁹

4.1 Consideraciones sobre el periodismo de su época.

A pesar de que, como aseveró Novo, los problemas más graves del país se “enfriaban”, ante la avalancha de los rumores, los escándalos y la superficialidad, el periodista decidió elaborar su columna incluyendo información y opiniones respecto a los hechos simples y cotidianos, privilegiando aquellos que tenían que ver con el mundo de la política, la cultura y la sociedad.

Atado para siempre al concepto del periodista propalado durante el siglo XVIII, Novo se preocupó por desarrollar un periodismo en el que, además de abordar temas de interés general, se mantuviera un estilo vivo, limpio y capaz de retener al lector en contraste a la mayoría de los diarios de la época que llenaban sus páginas con notas y artículos plagados de fórmulas incansablemente explotadas.

Si bien géneros como la crónica y la columna tenían gran peso dentro de los contenidos de los periódicos, aún conservaban la formalidad de un discurso que resultaba ceremonioso y difícil para la mayoría del público. Asimismo, se incluían

¹¹⁹ *Ibidem*, pp. 36-37.

numerosos elogios para un régimen y un presidente que, en palabras de sus adeptos:

No trata de engañar a nadie; respecto de sus propósitos dentro de un pensamiento avanzado, busca el mejoramiento de las clases trabajadoras. [...] En el ejercicio de esta política, el presidente ha tenido que herir inevitablemente con actos concretos de su administración al capital, sólo cuando ha constituido un instrumento de dominio y vasallaje y ha sido obstáculo para el bienestar de las grandes colectividades humanas; pero si por capital se entiende, de acuerdo con la clásica definición económica, riqueza que produce riqueza, entonces ese capital merece el respeto y apoyo de la administración.¹²⁰

En los años finales del cardenismo, la tensión política se había desplazado de las pugnas de poder al cuestionamiento de lo que hacía su gobierno, pero los diarios que lo criticaban tuvieron como contrapeso publicaciones en las que se ensalzaba la apertura de escuelas, el combate al fanatismo, la dotación de tierras, las campañas antialcohólicas (que el mismo Novo llegó a calificar de "puritanas" y con "proporciones de circo"), la construcción de puentes y carreteras, la edición de libros, la excavación en zonas arqueológicas, los homenajes a personajes históricos, el renombre internacional del arte mexicano, la inauguración de hospitales, etcétera.

Reportando éstas y otras acciones, aparecían diariamente *El Nacional* (órgano oficial del PNR) y *El Popular* (de la Confederación de Trabajadores Mexicanos), que de inmediato sufrieron el señalamiento de reporteros de *Excélsior* como publicaciones "infestadas de redactores y colaboradores comunistas" a las cuales acudían pocos lectores, pues ambas figuraban entre las de menor tiraje en el país.

Así, la acusación de una "prensa gobiernista" motivó que se hicieran de dominio público unos versos que en su tono e intención se asemejaban a los divulgados durante el régimen de Porfirio Díaz:

*En tiempos de la odiosa dictadura
el gobierno editaba El Imparcial
y el público al leerlo se decía:
Quítenle el 'Im' para decir verdad.
Ahora en tiempos de otra dictadura
subvenciona el Gobierno El Popular,
y el público al leerlo reflexiona:
Pónganle un 'Im' para decir verdad.
Clave de la política es el 'Im',
que únicamente muda de lugar...
Suelen cambiar los hombres y los nombres;
pero en el fondo todo sigue igual.¹²¹*

Con la rueda del tiempo siguiendo su marcha, Lázaro Cárdenas diluyó poco a poco los embates de los periódicos, logrando desarmar e incluso disminuir el número de sus adversarios.

Quizá fue Salvador Novo uno de los pocos sobrevivientes a las medidas de un presidente convencido de que para construir una sociedad moderna, productiva y rica, era necesario organizar y centralizar el poder, anulando cualquier posibilidad de disidencia.

Como todo político, Cárdenas dimensionó el poder de la prensa. De ahí que para controlarla se le haya ocurrido crear la Productora e Importadora de Papel, S.A. (conocida como PIPSA) para funcionar como el monopolio estatal que compraba todo el papel que consumían los diarios mexicanos.

A primera vista y por su limpieza legal, la existencia de PIPSA beneficiaba a los editores de los periódicos (exención de impuestos), por lo que sólo algunos políticos y contados periodistas advirtieron en esta idea del general Cárdenas un verdadero peligro para la libertad de prensa. Además, se debe señalar que en los hechos, don Lázaro no ejerció el control que después practicaron regímenes posteriores.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 47.

¹²¹ Carlos Alvear Acevedo, *Lázaro Cárdenas. El hombre y el mito*, México, Editorial Jus, 1972, p. 268.

4.2 A ocho columnas, síntesis de los entretelones de la actividad periodística.

Estrenada el día 2 de febrero de 1956, la obra *A ocho columnas* pudo ser vista por el público capitalino en el teatro La Capilla bajo la dirección de su autor y las actuaciones de Aurora Molina, Miguel Suárez, Mario García González, Stella Clark, Raúl Dantés, Julio Alemán y, los fines de semana, del mismo Salvador Novo.

Arrastrando desde niño una verdadera pasión por la invención de historias y personajes, Novo se interesó en la dramaturgia desde sus años juveniles. Sin embargo, la inestabilidad de sus actividades escolares, el regreso a la ciudad de México en 1917, su incursión en las revistas literarias más representativas de los años veinte y, el descubrimiento de su faceta como periodista, le obligaron a relegar una de las manifestaciones artísticas a la que se consagró sin descanso los últimos veinte años de su vida.

Desarrollando una trama en la que un joven lucha contra la inmoralidad de dirigentes, redactores y reporteros, *A ocho columnas* buscó expresar, en términos de Salvador Novo, “una postura, una opinión y una crítica para la sociedad de su tiempo”. En realidad, el periodista recogió en esta puesta de tres actos, toda la experiencia que había acumulado como columnista durante el sexenio de Lázaro Cárdenas.

Una oficina moderna, donde “se trabajaba a la americana” sirvió de escenario a los conflictos vividos por siete personajes que, al momento de confrontar sus ideas, sentimientos y principios, descubrían que “la prensa estaba muy distante de contribuir al anhelado progreso social”.

Celia, una muchacha que trabaja como secretaria para el diario *El Mundo*, es cortejada por dos reporteros, Enrique y Carlos. El primero, se caracteriza por su vivacidad e interés de “hacerla en grande en el periodismo”, en tanto que el segundo es más modesto en sus ambiciones y “prefiere leer, estar al tanto de lo que sucede, escribir buenas notas y esforzarse por presentar datos y personajes dignos de ser conocidos por la opinión pública”.

En oposición a la juventud de estos personajes, Novo delineó a un experimentado editor (Torritos), un diputado (Gómez) y un director que utilizaban a su periódico para servir a intereses particulares y ajenos, resultándoles sencillo crear personalidades, difundir rumores o destruir prestigios. Por ello, en alguna de sus líneas un personaje afirma:

Lo que le encanta al público es, al contrario, descubrir en los demás las miserias, las lacras que le es fácil reconocer porque son las íntimas tuyas, las propias. Y porque flagelarlas despiadadamente en los otros, o ver que se flagelan, es más cómodo que cauterizarlas en sí, y purgar lo mismo.¹²²

Un tanto decepcionado por este “periodismo venal, sensacionalista y mercachifle”, Novo opuso los conceptos sobre lo que debía y podía ser esta actividad. De ahí que, posesionándose de su joven reportero Carlos, manifestara que el sueño de un verdadero periodista era:

[...] escribir de los semejantes, ensalzar sus vidas, hacerlas más dichosas y limpias; servirles. ‘La torre de marfil, me decía, es cosa del pasado; la poesía y el libro. Hay ahora que valernos de la máquina que multiplica el verbo, la palabra y que la entrega a todos. Un pan humilde, ganado honesta, laboriosamente. Y escribir a escondidas, en ratos, versos, mi novela. Nadie lo sabía. Pronto descubrí que si lo dijera; si dijera que aspiraba a ser novelista o poeta, se reirían de mí, como se rió Celia, como Enrique se burlaba.’¹²³

Debido a que el personaje tenía inoculadas muchas de las vivencias e ideales de Novo, el autor lo puso a buen resguardo al final de la historia, pues liberándolo de un “destino desafortunado” le brindó la oportunidad de alejarse del ambiente y

¹²² Salvador Novo, *A ocho columnas*, México, Grupo Editorial Gaceta, 1994, pp. 64-65.

¹²³ *Ibidem*, p. 92.

[...] el asco de una mafia que desde la impunidad de sus escritorios maneja y hace y deshace reputaciones y prestigios; que falsea la verdad, que calumnia y miente con el mayor descaro, porque al fin, con arrinconar una rectificación empastelada, si llega a ser preciso, con eso han cumplido, y Pilatos se lava una vez las manos y esplende inmaculada la gloria de la libertad de prensa! ¡Los intocables, los sabelotodo, el cuarto poder, los cimientos de la sociedad, los guardianes celosos de la moral, los censores adustos del Gobierno que los subvenciona y los compra y calla retacándoles el hocico con billetes!¹²⁴

El gesto emancipador y reivindicativo de Carlos, también fue recompensado por Novo, dándole el amor de Celia y la certeza de que cualquier problema sería vencido gracias a “su juventud y su limpieza”, dos virtudes que Novo admitía haber estropeado en el camino por “preferir una vida que adelgazó su talento y engordó su cuerpo”.

Después de cien representaciones y el rompimiento público con el señor Rodrigo de Llano, director de *Excélsior*, (que expulsó el anuncio de la obra de su cartelera), *A ocho columnas* cerró en 1953 su temporada en La Capilla, espacio escénico que con su existencia consumó uno de los sueños más acariciados por el hombre que, desde la aparición del grupo de Ulises en el decenio de los veinte, luchó por forjar un teatro “nuevo, digno, sugerente y libre de fórmulas”.

ENRIQUE:

No. Espera. También yo tengo una advertencia que hacerte, o un consejo que darte. Abre los ojos. Nadie vale la pena de una concesión ni de un sacrificio. Los demás, todos los demás, son peldaños de una escalera. O la asciendes, o ruedas por ella. O derribas, o te derriban. Es cuestión de números. Hay demasiada gente en el mundo; y todos empujan. Todos tienen prisa. No disponemos más que de un minuto, y ese hay que aprovecharlo, caiga quien caiga, para nuestro placer, que es lo único que cuenta. ¡La moral, los principios! ¡Largadas de los cobardes, los inválidos! ¡Los castrados! ¡Nuestro mundo lo alimentan los imbéciles,

¹²⁴ *Ibidem*, p. 91.

y lo manejan los audaces! Y no hay alternativa. O con unos, o con otros.¹²⁵

Durante varios años el periodismo significó para Novo una manera modesta de vivir, pero a mitad de los años treinta le reportó muy buenas ganancias y, como alguna vez le comentara Xavier Villaurrutia en una de sus cartas: “Ya veo, querido Salvador, que llevas el camino de Gertrude Stein y que pronto pagarán tus monosílabos a precio de oro.”¹²⁶

Sin duda, la prosperidad comenzó a plagar su vida, sobre todo porque sus “jugosos ingresos” también se incrementaron con el dinero obtenido por su participación en campañas publicitarias (al lado del joven empresario Augusto Elías Paullada), la elaboración y adaptación de guiones cinematográficos (como *La zandunga*, *El capitán aventurero*, *El signo de la muerte*, *Recordar es vivir*, de los realizadores Fernando de Fuentes, Arcady Boytler, Chano Urueta y Fernando A. Rivero, respectivamente), así como con las traducciones de obras en inglés para el Fondo de Cultura Económica.

Liberado entonces de presiones financieras y con el “bolsillo siempre bien refaccionado”, Novo pudo dedicarse a un periodismo en el que no recurría al escándalo o la difamación para vender los ejemplares de los periódicos en los que aparecía. Su apuesta más bien se traducía en “escandalizar” a sus lectores con la publicación de notas y artículos bien escritos, documentados, explicados y argumentados.

Asumiendo para el periodista la misma tarea del escritor, Novo sabía que para ser “profesional” tenía que involucrarse en esta actividad casi las veinticuatro horas del día, ya que de lo contrario iba a convertirse en uno de esos reporteros sin ética que inspiraron la trama de una de sus obras teatrales más reconocida.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 102.

¹²⁶ Carlos Monsiváis, *op.cit.*, p. 120.

Capítulo 5

“COBRAR LOS MONOSÍLABOS A PRECIO DE ORO”

Con la implementación de una política que desde el primer momento se empeñó en favorecer a los núcleos más vulnerables de la población, Lázaro Cárdenas llegó al último año de su sexenio arropado por una confianza y simpatía generalizadas, a pesar de que el país se precipitaba a una situación económica social preocupante, pues el gobierno no había podido hacerse de los recursos que dinamizaran los sectores y actividades que cada vez más necesitaban de capitales extranjeros.

Aunque medidas como la Expropiación Petrolera (decretada el 18 de marzo de 1938) alertaron a los inversionistas respecto al signo del cardenismo, éstos encontraron que México todavía les ofrecía oportunidades y buenas expectativas de ganancia. Por ello, fueron capitalistas principalmente estadounidenses, los que dirigieron su dinero a ramas productivas como la metalurgia, la minería y la manufactura, siendo esta última de las más beneficiadas gracias a las exigencias que imponía el avance de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Sin rechazar la presencia de extranjeros en la economía nacional, Lázaro Cárdenas también se propuso incentivar a los empresarios nacionales destacando la importancia que la clase capitalista tenía dentro del progreso de México. Y, si bien, existían campañas que por su corte nacionalista representaban una amalgama de odio contra todo lo que proviniera del exterior, el país recibió hasta mediados de 1945, grandes cantidades de billetes y de gente procedente de diversas partes del mundo, nutriendo áreas como la industria, la medicina, la fotografía, la pintura, el cine y la literatura.

Por ejemplo, entre las personas dedicadas al arte y las humanidades figuraron fotógrafos como Tina Modotti (1896-1942) y Edward Weston (1886-1958); directores de cine como Paul Strand (1890-1976) y Sergei Eisenstein

(1898-1948); escritores como Antonin Artaud (1934) y Benjamín Peret (1899-1959) o pintores como Remedios Varo (1908-1963), Leonora Carrington (1917) y Mathias Goeritz (1915-1990), que arribaron al país formando parte de las migraciones de refugiados, perseguidos o disidentes que, además de huir de los distintos conflictos europeos, se alejaban del rechazo a su pensamiento y actividades.

Con una vida cultural que más bien tendía a la diversificación y al establecimiento de nuevos modelos, el cardenismo trató de sumar la visión de un país que permanecía fiel a su esencia y sus costumbres. De hecho, la imagen de un México formativo, preindustrial y agrario era la que más se apegaba a la realidad, pues los esfuerzos por dotarle de un nuevo rostro y sentido todavía estaban por dar frutos.

Pero, la mayor preocupación del presidente Cárdenas hacia 1940 era la de ajustar el sistema y evitar enfrentamientos futuros por el poder, sobre todo, cuando tres años antes de su salida, él mismo había atestiguado la manera en que el sector político se agitaba en aras de la próxima sucesión.

A pesar de que rumbo al final de su mandato Cárdenas ya había sentado a través del partido oficial los fundamentos ético políticos que establecían las reglas para acceder al poder, a su alrededor existían grupos inconformes con su proceder. De ahí que surgieran numerosas agrupaciones opositoras (como el Frente Constitucional Democrático Mexicano, el Partido Revolucionario Anticomunista y el Partido Social Demócrata) que, aliadas con los intereses de la nueva burguesía, se abocaron a dar un giro al proyecto e ideario instaurado desde 1934.

Granjeros capitalistas del noroeste, clases medias, grupos católicos y rancheros fueron algunos de esos sectores que decidieron crear un pacto mediante el cual se apoyara para los comicios de 1940 a un candidato comprometido a encabezar un plan de desarrollo diferente para la nación, es decir, uno en el que se atendieran los intereses básicos de la creciente burguesía.

En la estrategia participaron algunos gobernadores y grupos del ya entonces Partido Revolucionario Mexicano (PRM), pues con ello querían anticiparse a la decisión del general Cárdenas que claramente apuntaba a favor de su amigo y correligionario Francisco José Múgica.

Dispuestos a no permitir el ascenso de este militar oriundo de Tingüindin, Michoacán, múltiples líderes agitaron, durante los últimos meses de 1938 a los miembros de las cámaras legislativas para empujar al presidente y a las organizaciones populares a formar parte en el debate electoral. Lejos de entusiasmarse con la propuesta, Lázaro Cárdenas adoptó una postura de condena y exhortó a los dirigentes del PRM, la Confederación Nacional Campesina (CNC) y Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) a tomar una actitud de respeto y moderación. Estas dos últimas agrupaciones se solidarizaron enseguida con el llamado presidencial, sin embargo, temerosos del radicalismo de Múgica, (expresado en su participación en la expropiación agraria, la instrumentación del reparto ejidal y la agricultura colectiva) pensaron que lo mejor era publicar la convocatoria donde se especificaban las bases para que “cualquier ciudadano pudiera postularse como candidato presidencial”.

Oriundo de Tezuitlán, Puebla, Manuel Ávila Camacho realizó estudios de contaduría en su estado natal, pero poco después la vida castrense le pareció más atractiva y decidió trabajar para escalar los peldaños de la jerarquía militar. Subteniente, comandante y general de brigada fueron algunos de los grados que alcanzó, para después acceder a puestos de carácter público como el de Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina (durante el interinato de Abelardo L. Rodríguez) y, poco después, la subsecretaría y jefatura de esta dependencia en el gabinete de Lázaro Cárdenas.

Dueño de una figura política de bajo impacto, pero caracterizada por su ánimo conciliador, Ávila Camacho se ganó el beneplácito de los grupos que habían sido afectados por la política social del cardenismo y que por eso no deseaban prolongar su situación. No obstante, este apoyo no sería suficiente para despejar su camino rumbo a la silla presidencial, pues las aspiraciones y

demandas de la burguesía industrial también levantaron la candidatura de un hombre que podía hacerlas realidad.

El general Juan Andreu Almazán se convirtió entonces en el abanderado de las clases medias y grupos importantes del proletariado industrial tales como los mineros, ferrocarrileros y electricistas que, en gran medida, unieron sus fuerzas por el resentimiento que les inspiraba el poder del sindicalismo oficial. Además, se les ofreció obtener la siempre anhelada independencia sindical y mejoras sustanciales en sus condiciones de vida.

Pero, de la mano de Almazán también se encontraba un extenso programa de reformas económico sociales que tenían como objetivo la “rápida industrialización del país”. Si bien, este plan no difería sustancialmente de las promesas contenidas en la campaña de Ávila Camacho, sí enfatizaba en la necesidad de lograr la autonomía de las organizaciones obreras, así como su alejamiento de los asuntos políticos y religiosos.

Estos dos últimos puntos convencieron a los trabajadores para sumarse al almazanismo sin cuestionarse seriamente el problema del poder produciendo un movimiento de masas que, en el fondo, pugnaba por evitar el avance del avilacamachismo considerado como la expresión más pura de la imposición oficial.

Con numerosos simpatizantes y una movilización social de gran alcance, los partidarios de Manuel Ávila Camacho pensaron en contrarrestar el avance y popularidad de su contrincante, pues no podían permitirse la derrota electoral. Para su fortuna, el 15 de septiembre de 1939, surgió a la luz pública una nueva organización política que, constituida por representantes de las clases altas y medias, así como por grupos conservadores, dio vida al Partido Acción Nacional (PAN) que, fundado por el señor Manuel Gómez Morín, no logró ser determinante en la posterior derrota de Juan Andreu Almazán, pero su presencia sí logró la paulatina división de la opinión pública.

Decididos a no perder más tiempo y aprovechar esta coyuntura, los seguidores del candidato pemerrista conformaron el Comité Pro-Ávila Camacho

que, bajo la conducción de Miguel Alemán Valdés, esperaba atraer miles de votos a las urnas.

Amarres políticos, alianzas estratégicas y concesiones fueron desde ese momento las armas preferidas del licenciado Alemán, pues como lo refiere el investigador Carlos Martínez Assad, en su obra *La sucesión presidencial en México*, fue él quien en su función de coordinador de campaña concertó con la burguesía regiomontana un pacto en el que a cambio de su decidido apoyo, los industriales norteños podrían designar con absoluta libertad al gobernador del estado de Nuevo León y al presidente municipal de Monterrey.

Además, con el ánimo de no dejar ningún cabo suelto, Alemán Valdés promovió, en los primeros meses de 1940, un acuerdo con Manuel Zermeño, dirigente de la Unión Nacional Sinarquista (organización hermana del PAN) a través del cual el gobierno se comprometía a titular parcelas ejidales si el líder lograba la abstención electoral de sus campesinos afiliados. Con todo y alianzas, las diferentes fuerzas políticas se polarizaron dando origen a partidos que, como el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN), acrecentaron la oferta para los electores, así como las promesas de bienestar, entre ellas, el aumento salarial, prestaciones, incremento en la producción, reforma a la ley electoral, supresión del partido de Estado, remuneración equitativa para el magisterio, concesión del voto a la mujer; mayor presupuesto para las universidades, cancelación de la función policíaca del ejército, etcétera.

Para los primeros días de febrero de 1940 la actividad política mexicana se había colocado en la acción de dos partidos: el PRUN y el PMR. El primero, manifestaba el amalgamamiento entre las clases medias y el proletariado urbano, en tanto, que el segundo, se presentaba como el símbolo de la unión entre la burocracia política, la burguesía industrial, la oligarquía agraria y la plana mayor del ejército.

Fortalecido por grupos de enorme peso, el PRM se encaminó a la conquista de los sectores medios, de ahí que Ávila Camacho se comprometiera a “no perseguir las creencias religiosas y a respetar por completo la unidad del hogar”. Asimismo, aseguró que invitaría a su gobierno a “todos los hombres de

capacidad y moralidad reconocida sin importar su militancia en partidos contrarios”.

Tirado el último anzuelo, el candidato poblano logró sembrar la incertidumbre en las filas de Juan Andreu Almazán, ganando los puntos que le garantizaron mejores resultados a la hora de la votación.

A medida que se aproximaba el día de la elección el debate ideológico se hacía más intenso. Se sucedían los desplegados y declaraciones donde unos a otros sacaban a la luz su ‘pasado contrarrevolucionario’, y se multiplicaban los libelos condenatorios y los folletines de propaganda. El país estaba inundado de política. Al mismo tiempo, el tono de la campaña se hizo más dramático: comenzaron los enfrentamientos armados, los *pogroms* y los asesinatos de manifestantes inermes.¹²⁷

Para el 7 de julio, día de las elecciones, la tensión era total. Sin embargo, en las ciudades la gente acudió a las casillas, acción que no acometieron los campesinos, cuya indiferencia resultó decisiva para el triunfo del candidato oficial, logrando que una semana después de las votaciones y del encumbramiento de Ávila Camacho, Juan Andreu Almazán saliera del país con la firme intención de regresar y protagonizar una rebelión que, para su infortunio, no pudo prosperar debido a que todos los grupos ya favorecían al presidente electo. Incluso, a nivel internacional las adhesiones se generalizaban, pues el gobierno del entonces mandatario estadounidense Franklin Delano Roosevelt (1882-1945) anunció la visita de su vicepresidente en la toma de posesión del general poblano, efectuada el 1 de diciembre de 1940.

El apoyo de Washington tenía además otro fundamento, pues gracias a que Andrew Almazán no pocas veces evidenció su inclinación por defender intereses de sectores conservadores, racistas e, incluso, pro fascistas, ni en México, ni en Estados Unidos era bien visto un virtual triunfo de su candidatura,

¹²⁷ Ariel José Contreras, “Estado y sociedad civil en las elecciones de 1940”, en *La sucesión presidencial en México*, México, UNAM, Editorial Nueva Imagen, 1981, p. 115.

sobre todo, teniendo como telón de fondo los acontecimientos y figuras de la Segunda Guerra Mundial.

Anunciando una “campana de unidad y defensa de los intereses de la Patria”, Ávila Camacho se dispuso a iniciar una nueva etapa dentro de la vida de México, una que lograra diferenciarse de la política implementada hasta entonces por los regímenes revolucionarios. Como él mismo lo reiteró en su discurso de protesta, había llegado el momento de abrir una época donde se renovarían los ideales y se atenderían las demandas populares que elevarían a “las masas a la dignidad de sus derechos”.

Pido con todas las fuerzas de mi espíritu a todos los mexicanos patriotas, a todo el pueblo, que nos mantengamos unidos, desterrando toda intolerancia, todo odio estéril, en esta cruzada constructiva de fraternidad y grandeza nacionales.¹²⁸

5.1 La crónica social.

Con el propósito de dejar de lado las críticas y la disidencia contra un sistema social y político poco abierto a la existencia de ideas y personas opuestas, Salvador Novo ingresó a este nuevo período presidencial dotado de un prestigio y un lugar preponderante dentro del periodismo mexicano.

Sobreviviente de múltiples debates literarios, estilísticos, intelectuales, políticos y, aun, homofóbicos, Novo decidió que en la década y el sexenio que empezaban debía probar nuevas formas y contenidos en sus colaboraciones periodísticas.

Así, “La semana pasada”, columna publicada por la revista *Hoy* desde 1937, mudó de nombre y publicación cuando José Pagés y Regino Hernández Llergo emprendieron la fundación de un nuevo semanario. Bautizada con el nombre de *Mañana*, esta revista solicitó de nueva cuenta la participación de Salvador Novo quien de inmediato expresó su deseo de no reincidir en los

terrenos de la crónica política, pues ahora quería dedicarse a la elaboración de escritos donde tendiera un puente de comunicación más directo e íntimo con su lector.

Mi condición para escribir en su nueva revista fue que la sección semanal que me pedían consistiera en la libre expresión de mi comentario acerca de sucesos que me tocaran del modo más directo y más personal: un verdadero ‘Diario’ que consignara mis impresiones del pequeño mundo en que me movía –como quien toma apuntes o dispara su cámara para fijar momentos, sitios y rostros en el camino de los días.¹²⁹

Conscientes de la importancia que para entonces ya habían cobrado los artículos firmados por Salvador Novo dentro de la opinión pública, los editores de *Mañana* no vacilaron en hacer ésta y otras concesiones al autor, pues además del género (inexplorado por los periódicos de la época) aceptaron que “El Diario de Salvador Novo”, apareciera cada siete días y sin el anonimato que caracterizó a su predecesora, por lo que, de cuanto hablara o comentara en este espacio, Novo sería el único y total responsable.

Este giro significó mucho para el cronista, pues sabía que de ahora en adelante los lectores no dudarían “en atribuir a su pluma y talento” la descripción de momentos, personajes y sitios con los que se proponía conformar una gran novela de la vida social en México.

Para lograr su objetivo, ya no herviría a los políticos ni a sus acciones, no criticaría las convenciones del sistema de poder ni denunciaría su hartazgo respecto al anquilosamiento del medio intelectual mexicano, porque ahora pretendía abordar los aspectos más sobresalientes de las personas que trataba, conocía o visitaba. Como él mismo alguna vez lo asentó, su intención se redujo a “retratar, capturar con detalle, verdad y afecto a la gente cercana”.

¹²⁸ *Los presidentes de México ante la nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966*, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, Tomo IV, México, 1966, p. 152.

¹²⁹ Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*, México, Conaculta, 1994, p. 9.

Como su antecesora la nueva sección alcanzó gran éxito; pero de otro tipo y entre otro público. No era totalmente una crónica social, aunque por ella desfilaron fiestas y personajes de moda cuyas intimidades resultaban gratas de conocer a los lectores del 'Diario'; olvidada desde hacía lustros la 'novela por entregas' de nuestros abuelos, el hilo que unía semana a semana mis crónicas pareció invocar aquel apetito, y en buena medida satisfacerlo. Y dentro de las crónicas solía deslizarse, aflorar, la confesión personal: dentro de la pintura de caracteres o tipos, el registro de mi propia evolución.¹³⁰

En este diagnóstico con el cual Novo quiso explicar las razones por las cuales los lectores lo preferían, sumó el ingrediente de la curiosidad, pues estaba convencido de que el hombre común sufría una especie de fascinación al acercarse a la intimidad o los entretelones de las otras vidas.

Por su parte, Jaime Torres Bodet, escritor y viejo conocido de Novo adujo que este éxito radicaba en el "hecho insólito" de que un escritor se desnudara sin miedo ante el público. Quizá fue la correcta mezcla de estos dos elementos la que en realidad le permitió a Salvador Novo acaparar la admiración y el respeto de no poca gente del medio, así como la aceptación de un grupo de lectores cada vez más identificados con las características y la vida de la nueva capa dirigente, ya que la rápida multiplicación de la sociedad burguesa, con sus costumbres, juegos y tedios comenzaron a instituirse como el ideal a seguir.

No obstante, en esta transformación la difusión de los modelos de vida prodigados por la industria cinematográfica y radiofónica también jugaron un papel determinante y, desde los albores del cardenismo, los mexicanos ya habían adoptado moldes de vida diferentes a los tradicionales, pues extraídos principalmente del cine, los estilos europeos y estadounidenses lograron imponerse como las novedades más atractivas del siglo XX.

En suma, asegura el historiador Luis González y González, para 1934 "la vasta mayoría de México estaba contaminada por la americanización y por un

¹³⁰ *Ibidem*, p. 10.

gringoísmo sin dirección. Habíamos sido atacados por la vaga megalomanía de un elefante inflado simplemente con aire...”¹³¹

Aunque, durante la década de los treinta el país inauguró un discurso nacionalista que funcionó como ariete político y social hasta los inicios de los años setenta, la influencia de países como Estados Unidos comenzó a disgregarse en varios rubros de la vida nacional, siendo la economía uno de sus principales receptores. Además, el momento de quiebre ofrecido por la Segunda Guerra Mundial propició que las relaciones mexicano-estadounidenses se fortalecieran e incluso se consolidaran, para dar cabida a un intercambio político económico que, más tarde, impulsó la industrialización y desarrollo del país.

Convencido de que en los momentos difíciles también era posible hallar grandes oportunidades, Manuel Ávila Camacho decidió que su gobierno privilegiaría a los sectores industriales ofreciéndoles incentivos para atraer su inversión. Por eso, dio un viraje completo respecto a las fórmulas de la administración anterior y, favoreció el ingreso de capitales nacionales, repatriados o extranjeros que consideraban a México un refugio contra los avatares de la guerra.

El aumento en la entrada de divisas, el establecimiento de tratados comerciales, la exportación masiva de productos y la contratación temporal de trabajadores mexicanos en territorio norteamericano, fueron la consecuencia obvia de una relación bilateral que extendía su impacto a los órdenes social y cultural.

Por ejemplo, abrir un periódico en los años cuarenta y dos o cuarenta y cinco, significaba encontrar anuncios de pequeños restaurantes que ofrecían un *lunch* por ochenta centavos, o bien, recibir las sugerencias del mundo de los perfumes, las bolsas de piel, las estolas, las miniaturas en porcelana; sin olvidar las bondades de poseer licuadoras, estufas o lavadoras fabricadas por la *Westinghouse* o la *General Electric*.

Por su parte, espectáculos como la lucha libre (de la cual Salvador Novo se hizo ferviente seguidor), los toros o el box también resintieron los embates de

¹³¹ En *Historia de la Revolución Mexicana. Los artífices del cardenismo*, p. 95.

nuevas diversiones como el *baseball*, el *football* y, desde luego, el cine de Hollywood que promovió en la prensa su industria, sus películas y sus estrellas.

Opiniones sobre la delgadez y belleza de mujeres como la actriz Marlene Dietrich despertaron entonces la atención de no pocos reporteros, pues además de informar respecto a su trabajo, se quería revelar a las lectoras mexicanas los secretos para lograr una esbeltez similar.

Si bien esta avalancha de acontecimientos y personalidades entusiasmaron a grandes núcleos de la población, el rostro de la capital también empezó a manifestar nuevos cambios, pues el costo por transitar a un tipo de vida más urbano y cosmopolita, implicó acentuar las diferencias siempre existentes entre el campo y la ciudad.

Comentando los efectos del analfabetismo, la densidad demográfica, la tecnificación rudimentaria, la injusticia social, la pobreza del campo y las inercias del sistema o la burocracia, entre otros asuntos, Novo evitó ejercer durante la administración ávilacamachista la crítica abierta de la política, sin que eso significara su renuncia a señalar los vicios que aquejaban la vida de México. Además, le satisfacía saber que “gracias al fenómeno de la rotación de plumas” sobraba gente dispuesta a enjuiciar a la clase política en turno.

Hasta hoy leí el mensaje del presidente, sobre el cual, gracias al fenómeno de la rotación de plumas, no tendré que editorializar. Sobra quien lo haga, y todos coincidirán en los elogios, y llenarán sus espacios con largas citas de sus párrafos. A mí me interesa, sobre todo, el estilo del presidente. Tan terso, tan literario, de una construcción tan francesa, tan rico en verbos, que su elección de un *ghost writer* que presumo inevitable en personas tan atareadas como él, es ya el primer acierto de su vocación. Es como un pianista que elige un *Steinway* cuando era la costumbre que los presidentes fueran flautistas que alquilaran trombones para expresarse.¹³²

¹³² En *La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho*, p. 22.

Así pues, “El Diario de Salvador Novo” se concentró en contener pequeñas confesiones o, si se prefiere, la narración de lo que los demás le hacían vivir, sin estar obligado a tratar algún tema o descifrar algún personaje, pues en palabras del cronista...

su interés radicaba en contar las cosas sentidas, sabidas y observadas. Ésas que, por insignificantes, la mayoría de las personas reduce a la costumbre. De esta forma, serían las cosas nimias, diarias; con sus personajes insignificantes quienes darían forma a ‘una novela insospechada e inédita’ donde todos participamos, pero que nadie se atrevía a escribir o se le ocurría.¹³³

Los sueños, el teatro, exposiciones, paseos, conciertos, conversaciones o el *glamour* de personajes como la actriz Dolores del Río o del empresario Emilio Azcárraga Milmo, tuvieron también un lugar particular dentro de las breves historias de Salvador Novo que, a manera de flashazos o instantáneas, descubrían a los ojos ávidos de los lectores muchos de los “secretos de la elite”. Sin embargo, el rápido ascenso en el gusto del público y de la gente descrita generó en Novo un sentimiento de completa insatisfacción, pues según sus palabras, constató que el talento que le había sido dado para cazar leones, lo estaba empleando en atrapar moscas.

Llevo una especie de veinte años de escribir para el público. Primero, era el poeta joven que prometía mucho. Luego, seguía prometiendo. Después, se descubrió mi capacidad, tanto de trabajo, cuanto de mordacidad, y poco a poco, fui comercializando mis aptitudes, como un pulpo que extiende sus tentáculos. El colmo fue vaciar en una columna cotidiana hasta los cracks que corrientemente me ocurren en la conversación. Era como cobrar hasta por reírme, si no hubiera acabado por ser hasta reírme por cobrar.¹³⁴

¹³³ *Ibidem*, p. 12.

Tal vez debido a este sinsabor, Novo se empeñó en que sus crónicas sociales no fueran simples voceras del chisme o el escándalo en turno, sino que ellas lograran en su momento y, al paso de los años, reportar aspectos importantes de la sociedad mexicana en la cual le había tocado vivir. Es decir, le complacía pensar que había llevado a las masas “el disfrute de lo que de otro modo habría permanecido goce solitario de un grupo más pequeño” e, incluso, a manera de anticipación, sospechaba que su trabajo como columnista, cronista y ensayista había aportado nuevas formas y elementos a esa “pequeña literatura” que es el periodismo.

Escribiendo por las mañanas dos cuartillas que le dejaban libre la mayor parte del día, Novo se dedicó en esta etapa a relatar los cambios ocurridos a la gente, las calles y las colonias, pues bajo la consigna del arranque de “una era de unión, vida abundante y construcción económica”, la ciudad se transformaba para desaparecer aquellos lugares donde las personas compraban velas y ahora, se encontraban zonas industriales que imprimieron en el periodista la sensación de ocupar un espacio ínfimo dentro del desarrollo y la vida de la capital. “Cada vez menor –aseguró- porque al mismo tiempo que la ciudad crece y se hipertrofia, yo decrezco y me anulo, naufrago en ella, y diluyo mi grano de sal en la vastedad de su indiferencia”.¹³⁵

Sin hacer este tipo de “declaraciones dolorosas” dentro de sus crónicas, Novo presencié todos estos cambios con algún desconcierto, pues le intrigaba ver cómo las personas, las casas, las costumbres y las ideas se estandarizaban en aras de dar vida al sueño de la “democracia, el progreso y el Estado moderno”.

La atomización social comenzó a producirse y el instinto del periodista se apresuró a detectar los mecanismos de un mundo donde se consumía la misma “nutrición espiritual”. Además, los estragos generados por la confrontación bélica acentuaron un desánimo general que lo llevó a reflexionar en cuanto a la dirección que estaban tomando las sociedades contemporáneas.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 34.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 10.

Invasado entonces por un espíritu que lamentaba “la tarea rutinaria y estéril, sin sentido ni objeto; la sensación angustiosa de pertenecer a un engranaje arrollador de simulaciones e intereses camuflados” el cronista aseguró estar viviendo “una época en la que se sacrificaban existencias en los frentes, se exprimían vidas en las oficinas y se reconocía a gente que ni siquiera lo merecía”.

Por su parte, el panorama mexicano tampoco le ofrecía alicientes para aminorar su desasosiego, pues varias de las medidas adoptadas por el gobierno en turno le parecían una continuación del infantilismo y la mediocridad política. De manera que le resultaron “graciosas” las campañas que pugnaban por el “mejoramiento cívico y moral” de los mexicanos, traducidas en la promoción del respeto a la ley, así como en el abandono de vicios y actitudes que en nada contribuían al desarrollo social de México.

Resulta muy desalentador el temario de la Convención contra el Vicio que van a celebrar entre el Departamento del Distrito, Salubridad y Asistencia, las Procuradurías y Gobernación. Su mayor parte se refiere al alcoholismo, y apenas reserva la última, como si la hubiera añadido o recordado en el último instante, a capítulos tan importantes como la prostitución y las drogas heroicas. Da la impresión de que, una vez más, ha de celebrarse un congreso inútil, por cuanto el gobierno no puede ignorar que el alcohol que combate, o que lo pretende, le rinde buenas percepciones a que no puede renunciar sin desequilibrio; que en sus consumidores pobres es la única fuente accesible de energía, de calorías que no pueden obtener de la comida.

Cabe la esperanza de que Salubridad y Asistencia tome por su cuenta la definición de la prostitución, y convenza a sus colaboradores de Convención de que es a ella a quien corresponde trazar los modos de que en un futuro no puede apresurarse, pero sí prepararse, las prostiputas se rediman de aquel limitadísimo papel que les ha deparado en nuestra sociedad la rutina de considerar que sólo pueden vivir de lo que viven las mujeres, sean esposas elegidas por su *sex appeal* para depositarias de las reservas monótonas de sus maridos, sean casuales

receptoras de sus diez pesos. Esto es, que se comprenda que también ellas tienen derecho a elegir a sus compañeros de lecho, y aptitud para ganarse con las manos una subsistencia que hasta ahora utiliza otras regiones de su fisiología para asegurarse.¹³⁶

De nueva cuenta, Novo manifestó que la “redención revolucionaria” quedaba, en éste y otros temas, muy corta respecto a las necesidades de un pueblo, en su mayoría, empobrecido y hambriento, ya que ni los convenios a través de los cuales se enviaban trabajadores mexicanos a Estados Unidos o las medidas de apoyo al campo habían logrado borrar las consecuencias de la ineficiencia de los bancos ejidales, la escasez de semillas y transportes o la carencia de bueyes y maquinaria para arar la tierra y, tomando como ejemplo de esta realidad la experiencia vivida con la esposa de uno de sus empleados que se había marchado como bracero, Novo escribió para *Mañana*:

La mujer de Aristeo, grávida y triste como todas las mujeres de su raza y condición, no se alteró con la ratificación de su desgracia de cien dólares. Recogió la carta, me dio las gracias, me pidió que dispensara la molestia inferida, y se alejó, con un chico escuálido y sucio en los brazos, muy cerca de un vientre abultado con la resignada, persistente, esperanzada semilla de un nuevo peón apto a reanudar dentro de veinte años las fatigas y los sueños frágiles de su ausente padre.¹³⁷

Afectado por una “indolencia” que se propagaba a todos los ámbitos de su vida, Salvador Novo terminó el sexenio de Manuel Ávila Camacho dominado por el deseo de “mandar al demonio todos sus trabajos y emplear los días que le restaban en lo que se le diera la gana”, sin importarle el reconocimiento de ser uno de los renovadores del periodismo ni el hecho de contar entre su bibliografía con cuatro obras fundamentales: *Ensayos*, *Return Ticket*, *Espejo* y *Nuevo Amor*.

¹³⁶ *Ibidem*, pp. 71-72.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 115.

Debido a que en diversos foros se conocían y divulgaban sus atributos como escritor, Novo halló un poco de consuelo al interpretar y valorar la calidad de su trabajo periodístico a partir de los comentarios que al respecto hicieran personas como el dramaturgo Rodolfo Usigli (1905-1979) en 1943:

Soy, en sus autorizadas palabras, la pérdida más grande que hayan sufrido las pequeñas letras mexicanas; o si se quiere ver el fenómeno con menor optimismo, represento la más convincente ganancia del grande periodismo nacional.¹³⁸

Agotado por completo el período de las conmociones armadas e inaugurando un discurso donde se exaltaban el potencial y los valores espirituales, Salvador Novo y el país asistieron a la apertura de una etapa en la que se esperaba que México perdiera el miedo al progreso y se entregara gozoso al disfrute de la herencia revolucionaria.

Con un ánimo cercano a la frustración, el cronista cerró este sexenio con la idea de que sus palabras se prostituían a diario “en la cama de los periódicos” y que lo mejor era emplearse en otras actividades, siendo la literatura, la radio y el cine tres de sus áreas preferidas. Además, de que su incursión como guionista radiofónico y cinematográfico le dejaba “pingües ganancias”, amén de relaciones amistosas con artistas, directores, fotógrafos, actrices, empresarios, publicistas, etcétera.

Poseedor de un nombre, un lugar y un prestigio, Salvador Novo dejó de lado los lamentos y se dispuso a emprender la obra que, en sus palabras, lo consolidaría como un autor imprescindible de las letras mexicanas. Para lograrlo, vio necesario abandonar el periodismo y hacer gala de lo mejor que había aprendido: su dominio y naturalidad de palabra.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 84.

El lenguaje, sin embargo, es como un teclado, o como todos los instrumentos de una orquesta sinfónica. Cuando uno, como yo, lleva muchos años de manejarlo, una agilidad que no tiene nada de especialmente meritoria le impulsa a acudir para su expresión más auténtica a más combinaciones de sonidos, a menos estereotipada sintaxis, a más amplia opulencia sinfónica que aquella que rinden cuatro o cinco instrumentos, o las puras teclas blancas, o la mitad del piano o la disposición completa de su agilidad y de su dominio, y escribe entonces no como se habla, sino como se piensa; toca entonces no como se enseña, sino como se aprende.¹³⁹

5.2 Los primeros pasos en el camino de la institucionalización.

Finanzas públicas sanas, generosas reservas federales, una deuda exterior renegociada y la resolución del problema de las indemnizaciones a causa de la expropiación petrolera, fueron algunos de los logros más sobresalientes del gobierno de Manuel Ávila Camacho. Si bien su presidencia transcurrió en un momento internacionalmente conflictivo, el militar poblano supo aprovechar las ventajas que para México creaba la guerra en Europa.

Asumiendo el papel de abastecedora de materias primas y de varios productos secundarios, la economía mexicana giró en torno a los intereses de los países aliados que entonces luchaban contra nazis y fascistas para defender a “las democracias” legítimamente constituidas en el mundo.

Aunque para el gobierno de México resultó difícil declarar la guerra a los “países del eje” el día 28 de mayo de 1942, tras el hundimiento en el Atlántico de dos buques cargueros (“Potrero del Llano” y “Faja de Oro”), el enfrentamiento bélico generó a largo plazo grandes beneficios al país, ya que en términos monetarios y comerciales fue posible incrementar y diversificar la venta de muchas de las mercancías nacionales.

El aumento desmedido en las exportaciones a su vez derramó una cantidad de divisas que permitía, después de muchos años, contar con los

¹³⁹ *Ibidem*, pp. 36-37.

recursos que abonarían el camino de la industrialización. Convencido de que ya no era posible continuar con una actitud oscura en cuanto al funcionamiento de la economía, Ávila Camacho decidió ejercer una política económica más activa, donde se estimulara el desarrollo de la infraestructura básica. Pero para lograr sus objetivos, el presidente también consideró fundamental la participación directa de capitales en áreas estratégicas. De ahí que se congratulara en tener, casi a la mitad de su sexenio, 147.9 millones de dólares invertidos en varias ramas industriales.

Buenos números y los visos de una estabilidad y crecimiento seguro, hicieron del país “un sujeto confiable” en la obtención de créditos internacionales, por lo que muy pronto fluyeron préstamos de instituciones bancarias vecindadas en Estados Unidos.

Dinero, materiales y hombres se movieron para concretar los proyectos de infraestructura que dotarían a la nación de transportes, caminos, puertos, ferrocarriles, energía eléctrica, sistemas de irrigación, etcétera, sin olvidar la reanimación de obras de carácter social como la educación, la cultura y la salud.

Sin muchas armas con las cuales combatir y sin verdaderos argumentos para sustraerse a la dinámica económica impuesta por la guerra, el gobierno del “Presidente Caballero” -sobrenombre dado por la clase política a Ávila Camacho “por su generosa rectitud y voluntad de gobernar para todos”- decidió instrumentar un nuevo modelo de desarrollo basado en la protección del mercado interno, pero sin obstaculizar la llegada de bienes y capitales externos.

La nueva forma de manejar los intereses nacionales propició la expansión de la burguesía, las clases medias y el proletariado, ya que su participación y trabajo eran indispensables en las obras que se llevaban a cabo en todo el territorio nacional.

Por su lado, la vida política no logró experimentar cambios sensibles, pues todas las estructuras heredadas por los gobiernos posrevolucionarios se afinaron con el objetivo de situar al presidente como la piedra angular del sistema político mexicano, evitando con ello la posibilidad de que generales y opositores de cualquier signo lesionaran la figura principal del poder.

Con la manifestación de que, además del ejército mexicano, muchos sectores del partido estaban dispuestos a atender las decisiones del jefe del Ejecutivo, el Partido Revolucionario Mexicano dejó de existir en 1946 para cambiar de nombre y abrirle paso al Partido Revolucionario Institucional (PRI), organismo que se fijó entre sus primeras tareas la promoción de un candidato fuerte para las elecciones de 1946.

Nacido en Sayula, Veracruz el 1 de diciembre de 1902 y con una trayectoria que incluía la carrera de abogado, la coordinación del Comité Pro-Ávila Camacho y la titularidad de la Secretaría de Gobernación, Miguel Alemán Valdés logró tornarse como ese nuevo priísta que lucharía por ganarse el apoyo unánime de los sectores de su renovado partido.

Destinado entonces a combatir con figuras como las de Miguel Henríquez Guzmán (de abierta filiación cardenista), Ezequiel Padilla (secretario de Relaciones Exteriores con Ávila Camacho) y Javier Rojo Gómez (regente de la ciudad de México en el mismo período), Miguel Alemán supo que para hacerse de la candidatura oficial el primer paso era congeniar con las organizaciones de masas de mayor jerarquía y raigambre.

Después de varios sondeos y negociaciones fueron la CTM y la CNC quienes expresaron primero su inclinación por el joven que, además de prometer democracia y justicia social, empezaba a hablar del inminente “fin de la era de los caudillos”.

Con la idea de despojarse de las críticas que lo calificaban como “un partido monolítico y poco dispuesto al cambio”, el PRI puso en marcha un nuevo sistema de decisión interna cuyo principal atractivo fue la elección directa de su candidato presidencial, es decir, cada miembro del partido votaría de manera individual por el hombre de su interés o predilección.

Haciendo una campaña poco carente de enfrentamientos y descalificaciones, sobre todo, por las declaraciones de Javier Rojo Gómez que señalaban vicios en los mecanismos de elección priístas, el licenciado Alemán logró cifras favorables en las urnas, mismas que meses más tarde le redundaron en el triunfo de la votación presidencial.

Así, quien fuera denominado por Vicente Lombardo Toledano (1894-1968) como el “cachorro de la Revolución” fue declarado por el Congreso de la Unión como presidente de México el día 12 de septiembre de 1946.

En palabras de sus partidarios, juventud, inteligencia y disposición eran los rasgos de este hombre que por fin “consolidaría el progreso material de la nación”, ya que además de haber dado muestras de ser un excelente negociador y político, el licenciado Alemán encarnaba el sueño de tener por primera vez como mandatario a un civil y a un universitario.

Seguro de que arribaba al poder en un momento de transición debido a que iniciaba el período de posguerra y México se disponía a “repartir sus riquezas”, el veracruzano adoptó un programa de gobierno inclinado a resolver “las necesidades más urgentes de la nación”. Pero, su principal problema era el de todas las administraciones anteriores, a saber, el ensanchamiento desmedido de la brecha entre los mexicanos que poseían mucho y los que tenían poco o nada.

Para convencer a la población de que esta situación cambiaría, el presidente de cuarenta y cuatro años anunció, diecisiete días después de su toma de posesión, la inversión de mil quinientos millones de pesos en obras de irrigación, pues estimaba fundamental llevar agua a los sembradíos y edificar la infraestructura que revitalizara a la agricultura.

Para complementar sus acciones, también se dispuso abrir vastas extensiones de tierra al cultivo de algodón, caña de azúcar, maíz y trigo, pues se pretendía que el país se bastara a sí mismo, e imbuido por un ánimo que sobrepasaba los límites tradicionales, el gobierno llamó a militar en sus filas a todos los hombres que desearan luchar por “una patria digna”.

De esta manera, políticos, intelectuales, artistas, estudiantes, amas de casa, profesionistas, trabajadores y empresarios quedaron contemplados en un proyecto de nación que se anticipaba “próspero y brillante”. Al menos, éstos fueron los términos que el músico mexicano Carlos Chávez (1899-1978) empleó en 1946 para que Salvador Novo aceptara regresar a la vida burocrática, pues alejado de cualquier tipo de cargos desde la gestión cardenista, el escritor había

declarado que para el nuevo sexenio se retiraría a “escribir en paz sus memorias”. No obstante, la propuesta de encabezar la dirección del Departamento de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes fue una oferta que le resultó difícil resistir, sobre todo, después de que el presidente Miguel Alemán solicitó hablar directamente con Novo para convencerlo diciéndole que: “Todos mis amigos han accedido a abandonar situaciones prósperas de bufetes o de negocios para servir al país en mi gobierno. Le agradezco que vaya a colaborar con Carlos Chávez. Haremos muchas cosas buenas”.¹⁴⁰

El regreso inesperado a las entrañas de un gobierno que Salvador Novo calificaba como de “técnicos preparados ya no en los campos de lucha fratricida, sino en las universidades y en los libros”, le proveyó de inmediato un sentimiento de alegría y bienestar que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Pese a que el trabajo era agobiante y sus nuevas responsabilidades (como la redacción de la Ley que fundaría el Instituto Nacional de Bellas Artes) distraían gran parte de su tiempo, Novo no pudo abandonar el periodismo y volvió a remitir sus colaboraciones al semanario *Mañana*, donde seguía capturando a la gente y los momentos que formaban parte de la vida social de México.

Cabe mencionar que en esta nueva etapa, el autor se fue revistiendo de los elementos que, más tarde, lo convirtieron en el personaje central de sus propios escritos, relatando a veces de manera lateral, los cambios ocurridos en el seno de una sociedad que ya había adoptado diferentes estilos de vida.

Realmente, nuestro México va creciendo a saltos. De una dulce provincia que conocimos, en que todo mundo era amigo, se sabía quién era, de qué y cómo vivía, en unos cuantos años ha llegado a ser una metrópoli en que conviven sin sospechase siquiera mutuamente las más extraordinarias variantes de la humanidad.

¹⁴⁰ Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*, México, Empresas Editoriales, 1967, p. 9.

Ya es bastante dispar que uno pueda asomarse a las vecindades desde, por ejemplo, el rumbo de Carretones, y en unos cuantos minutos llegar a contemplar la ciudad y el valle desde un apartamento o *penthouse* del Paseo de la Reforma que no le pide nada en modernidad y confort a algún otro de Park Avenue.¹⁴¹

La moda, las cenas diplomáticas, los maestros de cocina, la servidumbre uniformada, el golf, los vinos, la ópera, el *bridge*, los homenajes y, en fin, todo lo que podía llevarse a los ámbitos del “buen gusto” empezó a ser descrito por Novo con la exactitud y conocimiento propios de un experto instructor.

Esta postura agradó profundamente al grupo social del cual extrajo anécdotas y analizó tipos, sin imaginar que lo que en el fondo hacía el cronista era filtrar una crítica respecto a su comportamiento y valores, pues notó que la burguesía en ascenso era tan inculta como vanidosa, tan ridícula como inconsistente, tan vacía como decepcionante.

ERNESTO. — Y qué triste el balance de mi vida, el examen de conciencia, como dicen los padres, que realicé. Desde pequeño, destinado a plegarme a las conveniencias de usted. A obedecer, a aceptarlo todo: lecturas, juegos, amistades, estudios. ¡Con cuánta envidia miraba a los chicos jugar en la calle, apedrearse, trepar a los árboles! Desde atrás de la reja, de la reja alta y puntiaguda del jardín, hasta que la Fraulein me apartaba aun de la vista de aquellos chicos felices, y las viejas gordas y perfumadas untaban su mano en mi cara y me besuqueaban, ¡y hablaban como loros! Luego el colegio, el hipócrita y sucio colegio de los maristas, luego, nada: la casa de nuevo, la prisión, llena de viejas perfumadas que beben té y hablan de los pobres como de sus perros o de sus gatos. La tolerancia complaciente de mi padre, siempre de prisa, siempre ausente, con tiempo apenas para preguntarme qué apetecía que me comprara cuando yo solicitaba su cariño y su comprensión, o su consejo; cuando yo buscaba al amigo... y tropezaba con el magnate. Un coche nuevo, otro coche nuevo... y a esperar, a

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 569.

esperar que reventara mi padre para hacerme cargo de sus negocios y de sus esclavitudes. No ser nunca libre, porque ya usted me tenía tendida otra trampa en la que habrían de sacrificarse dos que no se querían, que acabarían odiándose y callándolo, ¡como usted y mi padre!¹⁴²

Pero con todo y sus defectos, Novo logró integrarse de manera favorable a una dinámica en la que él también terminó por disfrutar y encontrarle sentido a los cocteles, la elegancia, los juegos, las bodas, las revistas, las funciones de teatro, cine y, desde luego, al chisme.

Así pues, perteneciente a un mundo que le procuraba placer y satisfacciones, Salvador Novo se descubrió un día abogando por las buenas costumbres, señalando la ligereza de algunas obras de teatro (por tener entre sus personajes a una lesbiana), elogiando la distinción de las mujeres, hasta llegar, en sexenios como los de Adolfo López Mateos (1958-1964) y Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), a defender la labor del presidente.

Antes de pisar fuerte en esta senda, el cronista volvió a escribir con acidez sobre los problemas que aquejaban a México casi a la mitad del gobierno alemanista, entre ellos, la situación de injusticia que los braceros mexicanos vivían a manos de las autoridades estadounidenses y de abandono por parte de las nacionales.

[Es increíble...] que esos veintiocho infelices braceros mexicanos a quienes deportaban las celosas autoridades de migración porque carecían de la documentación otorgada a los muchos miles de sus hermanos antes utilizados sin mayor papeleo, pongan o refrenden una nota luctuosa humilde y resignada en la armonía de la colaboración México-norteamericana que se propicia. Lo previsible es que en obediencia a los lineamientos marcados por la respuesta presidencial, tendamos también en este caso un velo de olvido sobre lo que en esas expulsiones violentas (y tan totales que destierran aun de la vida, y tan

¹⁴² Salvador Novo, *La culta dama*, Letras Mexicanas, México, FCE, 1997, p. 60.

numerosas que los norteamericanos explican que es raro que se haya caído el avión de veintiún pasajeros cargado con treinta y uno, porque no era la primera remesa de brazos humanos que rechazaban y devolvían al lugar que a su vez los expulsaba) pueda haber de supervivencia en el buen vecino de 1948, del espíritu con que nos trataba en 1848; y que metamos en la arena de la indiferencia una cabeza de avestruz llena de ideas y planes de un trabajo que en tan grande y trágica parte consiste en seguir exportando esclavos e importando amos.¹⁴³

Ansioso por “entregar su puesto y regresar a casa”, Novo vio en la suspensión de sus colaboraciones para el semanario *Mañana*, en abril de 1952, una forma de descargar todo el agobio acumulado durante el sexenio, pues sumado al cansancio burocrático generado por la dirección del Departamento de Teatro del INBA, le impelía la urgencia de preparar su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua.

En una época en la que se esperaba afianzar el crecimiento del país gracias a los beneficios del “milagro mexicano”, el periodista de cuarenta y ocho años prefirió cubrirse de libros y pasado, para aminorar el impacto de un tiempo en el que le parecía no tener cabida, pues la multiplicación constante de los industriales, el comercio, la clase media urbana, las capas privilegiadas, los trabajadores y la burocracia institucional, le aquejaban al grado de querer huir de la ciudad para encontrar un remanso en el entonces lejano Coyoacán y dedicarse al cuidado exclusivo de su espíritu y su cuerpo (largamente abusado por las ocupaciones y los excesos). Una vez ocurrida la anhelada desaparición, Novo no pudo resistirse por muchos meses a esa “prostitución columnística” que según sus declaraciones, después de algunos años, adquirió “el carácter de una obligación gustosa, y a veces dolorosamente, cumplida”.

Para el 6 de octubre de 1952 su firma vuelve a las páginas de *Mañana*, dirigido ahora por el señor Daniel Morales, quien de inmediato se convirtió en el destinatario de las “Cartas Viejas y Nuevas” de Salvador Novo.

¹⁴³ En *La vida en México en el período presidencial de Miguel Alemán*, p. 106.

Creo que es bueno –le dice al dueño del semanario- para todos aquellos que vivimos del público (y si no siempre bueno, sí siempre honrado), hacer de vez en cuando *tests* de vigencia: esto es, probar a ver si todavía es uno apetecido, o si simplemente flota ya a la deriva en la estimación de sus lectores.¹⁴⁴

Este retorno, adjudicado más al reclamo del público que a una necesidad propia, significó asimismo para Novo, una manera de alejarse de las preocupaciones y malestares que empezaban a afectarlo pormenorizando en su carta de regreso todas las vicisitudes médicas que había tenido que afrontar.

Aquella enfermedad, con sus largos días en cama; con sus dolencias y vigiliias, con sus cuatro inyecciones intravenosas y sus sesenta y cuatro cápsulas de terramicina ingeridas de dos en dos cada ocho horas –el último de los antibióticos que me faltaba conocer después de la penicilina, la aureomicina, la cloromicetina-, me parece ahora un sueño largo en sus momentos gratos y apacibles de reposo y olvido en medio de los sufrimientos, y con la satisfactoria comprobación del cariño de los amigos que se preocuparon por mí, me visitaron, me atendieron.¹⁴⁵

Propietario absoluto del afecto de sus amigos, pero más aún del gusto e interés de sus lectores, Salvador Novo abrió 1952 con la práctica de un periodismo que de manera sosegada se fue retirando de la reconstrucción de lugares y ambientes exquisitos, para darle paso a la narración de sus actividades teatrales (como maestro, promotor y empresario), cotidianas (su pasión por los programas de televisión) y, sobre todo, a la recuperación de su vida y su memoria.

Cuando en las postrimerías del alemanismo se afirmaba que la nación vivía un proceso de crecimiento firme y acelerado, comenzó a agitarse la escena política en pos del hombre que daría continuidad al proyecto que, desde 1946,

¹⁴⁴ Salvador Novo, *La vida en México en el período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, México Conaculta, 1996, p. 4.

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 1.

se había impuesto la tarea de “distribuir entre todos los mexicanos los beneficios alcanzados por la Revolución”.

Junto a este principio, tareas como el incremento en la producción agrícola, la ampliación de las operaciones industriales, la creciente intervención de la iniciativa privada en múltiples sectores, así como el mantenimiento de la exportación de materias primas y manufacturas, se convirtieron en el reto que habría de cumplir la persona que quisiera arribar a la presidencia de la República a través de las elecciones de 1952.

Capitán de fuerzas regulares al lado de generales como Heriberto Jara Corona (1879-1968) y de Cándido Aguilar Vargas (1889-1960), Adolfo Ruiz Cortines fue el hombre que decidió asumir el riesgo y ganarse la candidatura del partido oficial.

Nacido en el puerto de Veracruz el día 30 de diciembre de 1890, Ruiz Cortines realizó estudios primarios en la capital de su estado, pero debido a las carencias familiares tuvo que abandonarlos y ayudar al sostenimiento de su casa. Así, después de meses de trabajo en los que se desempeñó en labores comerciales, se sintió atraído por la lucha revolucionaria y decidió que su futuro no era otro más que el de integrarse a la vida militar tras el triunfo de Francisco I. Madero.

Pese a su carácter sobrio, “el jarocho” -como más tarde gustó que se le denominara- formó parte del Cuartel General de las Fuerzas Constitucionalistas que lucharon contra la usurpación de Victoriano Huerta, iniciando una carrera militar y administrativa que desembocaría hacia 1948 en la titularidad de la Secretaría de Gobernación al lado de Miguel Alemán.

Considerado por algunos como un tipo minucioso en la forma y modesto en cuanto a los triunfos, Ruiz Cortines se propuso, como servidor público, aprender y dominar con destreza los “puntos finos de la administración”, pues sabía que ahí se encontraba la llave para lograr el ascenso dentro de los mecanismos establecidos por la política mexicana.

En medio de un ambiente de optimismo donde privaba la confianza gracias a los buenos resultados en la industria y el comercio, Adolfo Ruiz

Cortines diseñó un programa de campaña ansioso en distanciarse de la personalidad, derroches y descuidos de su coterráneo Miguel Alemán. Ejemplo de ello, fue el posterior decreto de la ley de responsabilidades civiles para los funcionarios públicos que, durante el período de Alemán, abusaron de sus cargos como miembros del “gabinete de académicos” sembrando un enorme descontento y desilusión social.

Con cifras que, entre otras muchas cosas, anunciaban el despegue insólito en la venta de mercancías y la bonanza de diversas áreas, los partidarios ruizcortinistas comprendieron que su candidato no podía repetir las equivocaciones del equipo de su antecesor que, conforme avanzaba su gestión, olvidaba las necesidades más apremiantes del pueblo de México, particularmente, las relacionadas con las oportunidades y la calidad de vida.

Privilegiando la búsqueda de capitales y mercados externos, Miguel Alemán prestó poco interés al mercado interno que, al final de su gobierno, alcanzó niveles inusitados de contracción debido a la política de contención de salarios implementada desde la década anterior (1940).

Este declive se vio favorecido por el término de la Guerra de Corea (1952) que, por obvias razones, había generado una gran demanda de materias primas y productos básicos. Aparte, en ese mismo año, se produjo una sequía que afectó numerosos cultivos de temporal propiciando que las autoridades importaran toneladas de alimentos para compensar los faltantes y satisfacer la demanda interna.

Por su parte, los empresarios comenzaron a percibir que el país había dejado de ser un lugar susceptible para la ganancia y decidieron, ante los obstáculos para colocar su dinero y sus productos, replegarse y esperar un mejor momento. De manera que, después de diez años de crecimiento ininterrumpido, la economía mexicana llegó a un punto en el que le era imposible seguir adelante por sí misma y al Estado no le quedó otro remedio que impulsarla.

Por ello, el gobierno instituido por Adolfo Ruiz Cortines desde el 1 de diciembre de 1952 contempló los siguientes objetivos: 1) mantener la estabilidad

de precios; 2) reestablecer el equilibrio comercial con el exterior y, 3) sanear las finanzas públicas procurando que los gastos se ajustaran siempre a los ingresos.

Denominada entonces como “política estabilizadora”, la estrategia ruizcortinista logró, a mediados de 1953, el equilibrio del presupuesto y la nivelación de la balanza comercial con el extranjero, pero aún quedaba pendiente un asunto primordial: abatir el aumento de precios que había deteriorado la calidad de vida de los mexicanos.

Sin otra alternativa que actuar en este sentido, el presidente instruyó a la Compañía Exportadora e Importadora Mexicana, S.A (CEIMSA) para que pusiera al alcance de la población una lista de alimentos y productos calificados de “primera necesidad”. Setenta y ocho artículos como frijol, azúcar, carne, huevos, leche, mantequilla, pan, acompañados de la vigilancia estricta de precios y comerciantes fue la consigna a partir de la mitad de este sexenio que vio en la puesta en marcha de un plan agrícola de emergencia y en el trato conservador del gasto público, la manera de contener la avalancha de protestas sociales e insatisfacción económica.

Salvador Novo, que para entonces ya ostentaba la propiedad de un teatro (La Capilla), así como los privilegios resultantes de su “fama y figura literarias”, anotó en algunas de sus “Cartas” de 1953 la estrechez de la era ruizcortinista.

Que escasea el dinero parece cierto. Roberto Rivera me contó que en su tienda, en pleno centro, el lunes vendió diez pesos, diez el martes y el miércoles ni un solo centavo. Yo hago también mis observaciones estadísticas. Por lo general, los boletos de quince pesos salen tan corrientemente como los de diez. En esta semana, aun ayer sábado, al hacer sus reservaciones, el público cuidaba de subrayar que quería boletos de diez pesos.¹⁴⁶

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 111.

Avecindado en el remoto Coyoacán, Novo dispuso en 1953 apartarse de los maltratos que a su espíritu inflingían un México “quieto y aburrido”, conducido por un “gobierno codo, de abstención y ahorro” que no le dejaba otro camino que refugiarse en la búsqueda y montaje de sus obras de teatro, sus actividades publicitarias, las emisiones televisivas (de las que pronto se volvió seguidor nocturno) y, desde luego, en sus colaboraciones periodísticas para *Mañana*.

De acuerdo al historiador Daniel Cosío Villegas es en este momento cuando inicia el período denominado como “la muerte de la Revolución Mexicana”, ya que el sistema político emanado de la lucha armada evidenció su letargo e indiferencia respecto a las necesidades sociales de la nación.

Lo curioso, acota el también ensayista, es que en el decenio de los cincuenta a su vez se produjo el mejoramiento económico de una parte de la sociedad gracias a que cientos de hogares se vieron invadidos por consolas, aparatos de televisión, lavadoras, alfombras, salas modulares, acrílicos, refrigeradores, automóviles, etcétera. Haciendo de ésta, una época en la que privó el desconcierto por el mosaico de realidades que inundaban al país, pues junto a la proliferación de bancos privados, sociedades financieras o la multiplicación de plantas industriales también se encontraba la explosión de las zonas marginales y los temidos suburbios. Así, grandes núcleos de la población experimentaron la sensación permanente de estar en los umbrales del paraíso, sin poder nunca cruzar las puertas que les garantizaran un futuro mejor.

Desesperado por el estancamiento político y económico, Novo prefirió hacer en estos años un compás de espera y dedicarse a narrar otro tipo de avatares a sus lectores, es decir, los que se relacionaban con sus angustias personales y sus proyectos teatrales. La concepción, fundación y habilitación de La Capilla fue justamente uno de ellos:

Ya habían puesto el piso del foro; pero lo habían puesto tan mal, que hubo que levantarlo, habilitar las duelas y volverlas a colocar, ahora pegadas con cola y atornilladas de manera que nunca habrá un rechinido. Hubo también que repetir el arco del proscenio, y las tres gradas del palco o anfiteatro. Luego no había existencia del terciopelo

color vino que elegí para las butacas y el telón; luego, ya listos para pintar la bóveda, con estos aguaceros aparecieron humedades en ella y hubo que volver a impermeabilizar y esperar a que secase el yeso para pintar. Luego, no había *dimmers* en México, y hubo que pedirlos a Estados Unidos. La Central de Industrias ha ofrecido terminar e instalar las butacas para mediados de octubre. Todo se va haciendo conforme al plan de poder inaugurar en noviembre.¹⁴⁷

Propiedad del señor Paulino Fontes hacia 1917, La Capilla de Salvador Novo formó parte de una quinta familiar construida sobre doce mil quinientos metros de tierra en las lejanías de Coyoacán. Convertida en un negocio exitoso por poseer un criadero de gallinas con incubadoras, “La quinta de Fontes” fue vendida al general constitucionalista Arnulfo R. Gómez quien la compró y administró por algunos años hasta el día en que el abogado Ezequiel Padilla (a la postre secretario de Relaciones Exteriores durante el sexenio de Manuel Ávila Camacho) ofreció por ella veinte mil pesos oro. Gracias a su oferta, la venta se concretó de inmediato, sin embargo el licenciado Padilla la habitó por poco tiempo para ofrecerla de nuevo en más de cien mil pesos.

Encantado por el lugar y su genealogía, Novo pensó que ese espacio donde existía un templo con un campanario completamente derruido, podía ser el que diera forma a una de sus aspiraciones artísticas e intelectuales más acariciada.

Obtenida con el concurso de 100 patrocinadores, donde cada uno aportó mil pesos, La Capilla no sólo absorbió grandes cantidades de recursos, sino que exigió de la imaginación del periodista para echarla a andar. Novo primero ideó invertir parte del capital en la reconstrucción y equipamiento del teatro y destinar el dinero que quedara en la producción de diez puestas en escena.

Pese al entusiasmo, las cosas no ocurrieron de acuerdo a lo planeado, ya que la nómina de patrocinadores, entre los que figuraban el ex mandatario Miguel Alemán y el presidente Adolfo Ruiz Cortines, se redujo a la mitad, los

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 5.

arreglos superaron por mucho el costo proyectado y los montajes no resistieron en cartelera el tiempo deseado.

De tal suerte, en palabras del crítico y periodista Sergio González Rodríguez, La Capilla se instituyó en estos años como una gran osadía, tanto por su ubicación (pues se localizaba en los linderos de la ciudad, muy lejos de las rutas de la vida nocturna de la capital) como por su propuesta a todas luces dirigida a lo contemporáneo del teatro universal (alteración de las relaciones espaciales y los movimientos en el foro, al estilo del *Théâtre de Poche* en París, el *Living Theatre* en Nueva York, el *Piccolo Teatro* en Milán o el Club de Teatro en Lima).

Seducido por un mundo que, además de satisfacciones le brindaba abundante material para sus colaboraciones periodísticas, Novo transitó a la mitad del siglo veinte a un tipo de periodismo en el que más que dar cuenta de lo que ocurría o expresar su opinión, relataba los acontecimientos de su vida cotidiana, sin descuidar la descripción de personajes y la presentación de lugares que a ojos de sus lectores resultaban novedosos y fascinantes.

Reflejando su enorme radio de acción y sus variados intereses, Novo logró llevar a las páginas de *Mañana* un “inventario humano” de una fracción del México de los años cincuenta plagado de banqueros, literatos, industriales, actores, burócratas, empleados, damas de sociedad y autores teatrales.

También abordó temas que, surgidos de la conversación más trivial, se transformaron en anotaciones precisas de los problemas más inquietantes del país. Por lo que, la política, el incremento desmesurado de los habitantes, la incapacidad de las ciudades y la impericia del gobierno para brindar oportunidades a los mexicanos también tuvieron un lugar preponderante en sus crónicas y en sus cartas.

Por ejemplo, le preocupó que la Ciudad Universitaria y el Instituto Politécnico Nacional recibieran cada año a miles de jóvenes sin prestar demasiada atención al hecho de que mientras transcurría su formación, los vertiginosos “avances de la vida moderna” iban a rebasarlos en preparación y conocimientos manifestando que:

En unos cuantos lustros, las metas profesionales se han multiplicado. Hace mucho que los títulos de médico, abogado o ingeniero, han dejado de ser las únicas, y que las mil necesidades de la vida moderna y del servicio social demandaron las especializaciones que hoy son carreras técnicas y universitarias emprendidas por las nuevas generaciones, con provecho propio y con utilidad social notoria.

Pero al crecimiento geométrico de la población; a la multiplicación de las necesidades sociales de servicio especializado, no ha correspondido una preparación sistemática y previsoramente de profesores en las nuevas carreras.

Un camino de la fecundación de la enseñanza lo señala la importación de técnicos extranjeros. Es un camino que se ha seguido siempre en el pasado. Pero otro, más razonable, más patriótico, más fructuoso, reside en manejar y atribuir con visión de estadistas becas de estudio amplias y suficientes.

En ello podría ocuparse una Junta para Ampliación de Estudios cuyo presupuesto, por alto que fuere, representaría la más sabia, sensata y oportuna revisión del gobierno de México en el asegurado progreso de su cultura y de su economía.¹⁴⁸

Sabedor de que sus palabras y su presencia no se perdían en el vacío, Novo se abocó a multiplicar sus actividades y su entorno logrando que su “importancia periodística” le abriera las puertas necesarias para encontrar los ambientes de donde extraería tipos, situaciones, recuerdos y anécdotas dignas de ser publicadas tres veces por semana.

Explotando ahora el género epistolar para dirigirse a sus lectores, el cronista elaboró verdaderas “cartas de relación” donde confluían sus observaciones, sus añoranzas, sus reflexiones y su vida. De modo que su columna terminó siendo hecha a partir de la “tranquila, personal, imperturbable actividad de confiar a la maquinilla obediente lo que uno quiera”.¹⁴⁹

¹⁴⁸ *Ibidem*, pp. 93-94.

¹⁴⁹ *Ibidem*, p. XXXIII.

En medio de un contexto nacional en el que se procuraba mantener a flote al país, pues al iniciarse 1954 el Estado había definido otra forma de intervención económica basada en el equilibrio presupuestal, control de la inflación e incentivos a la producción agrícola e industrial, las autoridades no pudieron evitar que se produjera una devaluación que obligaba a dar doce pesos con cincuenta centavos por cada dólar recibido.

Esforzándose porque la crisis no tuviera efectos desastrosos, Adolfo Ruiz Cortines se empeñó en entusiasmar a los miembros de la iniciativa privada en varios proyectos de inversión. No obstante, su llamado tuvo poca resonancia y el primer mandatario se vio en la necesidad de otorgar créditos agrícolas para que, al menos en este rubro, aumentara la producción. Tibias mejoras en el sistema hidráulico, dotación de materiales y fertilizantes, así como el desembolso de dinero proveniente de préstamos con el exterior, fueron las medidas que lograron, a finales del cincuenta y cuatro, satisfacer la demanda de alimentación interna.

Contrario a lo que el régimen esperaba, este acierto significó la punta de lanza para una recuperación económica que, en alguna medida, se fincó en la reanimación de los países más desarrollados para inyectar en otras tierras sus capitales.

La industria fue de las primeras áreas en ser favorecida, pues pudo colocar en el mercado mundial productos como el petróleo, combustible, azúcar refinada, cobre electrolítico, plomo afinado, químicos y numerosos fármacos, proveyendo a la nación de 56 millones de dólares por concepto de exportaciones. Comenzaba por fin una etapa de auge que derramaría beneficios hasta bien entrado 1956.

Con todo y los buenos augurios, Salvador Novo percibió que el fárrago de los años era un equipaje pesado y que no resultaba suficiente que a las funciones de La Capilla asistiera “la mejor gente, como los Rosenzweig, los Rincón Gallardo, los Alfaro Siqueiros, su amigo Carlos Chávez, gobernadores y los familiares del señor presidente” para llenar su vida y sentirse bien.

Como él mismo lo confesó en enero de 1955, la vida se le había transformado en mera sobrevivencia, “en la incesante persecución del deterioro de la inevitable decadencia; el retardo, la posposición de la ruina final y temida”.

El tiempo es la acumulación –de polvo sobre los papeles y las cosas, los muebles, los objetos; de objetos que nos sirvieron o que lo creímos; de papeles llenos de palabras que no contestamos o no concluimos, o que archivamos por rutina, o que dejamos provisionalmente fuera de su sitio para arreglarlos después; de los libros a medio leer o que aguardan su turno; de los frasquitos vacíos; de la ropa vieja, de los tinteros, de los clips chuecos, de los lápices sin punta.¹⁵⁰

Con una ciudad que lo devora y cuyas avenidas o calles sólo recorre para tratar de identificar dónde se hallaban los edificios, los negocios y los lugares de su juventud, Novo también descubrió que se había ido quedando sin amigos. El inseparable Xavier Villaurrutia había muerto desde 1950, así como “su patrón” Augusto Elías Paullada y el periodista Carlos Septién, quien escribía en el periódico *La Nación*.

Ante la multiplicación de la muerte, la poesía volvió a ser para el autor un respiradero, una especie de fuga gracias a la cual decidió concentrar en un volumen cuarenta años de su actividad poética. Con material extraído de libros agotados, páginas de periódicos, revistas, notas y tiros reservados, Novo editó hacia 1955, no uno, sino dos tomos con todas sus composiciones, *Poesía, 1915-1955* y *Sátira*.

*Nuestra tierra es la infancia
para siempre grabada en el recuerdo.
La que nos dio palabras y sonrisas
para el viaje del mundo;
la que nos hizo conocer la aurora
como al alcance de la tierna mano,
sobre el monte vecino;
la que encendió la estrella de la tarde
a contemplar los juegos infantiles
y el regreso al hogar de los silencios;*

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 348.

*la que en la noche limpia,
en la noche profunda,
puso en el corazón, ya para siempre,
cantar de grillos y fulgor de estrellas.*

*No es la ciudad, la anónima, la enorme;
la que llena de gritos la ambición de la máquina;
de la que huyeron árboles y pájaros;
la que cierra los ojos a la Luna;
la que hacina a los hombres, los iguala, los frustra;
la que el reloj preside con su látigo doble.*

*No es la ciudad, la prisa, la congoja,
la luz mentida, el día tenebroso,
el oro oculto, el fruto embalsamado,
la poesía en las rejas de los libros,
el agua muda y ciega, y opresa y derrotada,
ya no río, ni lago, ni lluvia, ni caricia, ni espejo.*¹⁵¹

Sin poder deshacerse de este tono melancólico, Salvador Novo transformó su espacio de “Cartas” en un escenario en que concurrieron todos sus fantasmas, desde la gente y los amigos idos hasta los lugares frecuentados, las calles conocidas, las funciones en el cine y en el teatro, sus empleados, los colegas, los críticos, actores y familiares.

En esta etapa en la que muchos pequeños y medianos industriales percibieron que la recuperación del país “no responde a la corrección de los defectos y deformaciones que privan en la estructura económica, sino a una expansión derivada de factores eventuales y aleatorios”¹⁵², Novo se hizo una pregunta fundamental: ¿soy ahora menos buen escritor que hace quince años?

De nueva cuenta y como siempre volvió a intrigarlo el deseo de saber si había valido la pena abandonar su proyecto literario por consagrarse a la escritura apremiante del periodismo. Sin encontrar una respuesta que le complaciera, el cronista decidió abandonar en 1956 el semanario *Mañana*, para

¹⁵¹ Salvador Novo, *Nuevo Amor y otras poesías*, Colección Tezontle, México, FCE, 2001, pp. 147-148.

aceptar la oferta de la revista *Hoy*, dirigida entonces por Licio Lagos, y publicar en ella la sección “Cartas a un amigo” que, con excepción de un breve período entre agosto de 1968 y junio de 1969 en que se llamó “Novísimas Cartas”, ya no cambió ni de nombre ni de ubicación.

Entre los problemas que impuso una nueva fase de depresión económica mundial (1957-1958) y las declaraciones de los funcionarios ruizcortinistas que, por primera vez reconocieron que “sería... una grave, imperdonable imprudencia pensar que la situación favorable que la economía mexicana ha tenido en los últimos tres años, significa que nuestros problemas fundamentales han quedado resueltos”, llegó a Salvador Novo la idea de que lo único seguro y constante en su vida había sido el ejercicio periodístico y, casi en un acto de aceptación renovadora escribió:

Estoy estrenando máquina de escribir, como usted sospechará por el tipo –flamante, bien cortado, claro, sin ninguna letra gastada ni tapada como ya las tenía la pobre Corona portátil que ahora, después de tantos años, jubilaré. Mi intrínseco romanticismo me induce a sepultarla con todos los honores, y acabo de escribir en esta nueva una oración fúnebre por la vieja...

Sería curioso que uno pudiera reconstruir la historia de sus máquinas de escribir; saber qué ha escrito en cada una de ellas. Yo lo sé un poco, y a cada una de estas esposas las quiero por razones específicas y diferentes. Todas me han dado, puntuales, sumisas, fieles, estos rápidos hijos de papel que llevan mi nombre y rescatan el de sus mecánicas madres.¹⁵³

Absorto en un período de balances, Novo y el país arribaron al término del sexenio ruizcortinista afectados por la incertidumbre que empañaba el futuro inmediato, pues aunado a las dificultades económicas se encontraba el deterioro

¹⁵² Olga Pellicer de Brody y Esteban L. Mancilla, *Historia de la Revolución Mexicana, El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador*, México, Colmex, 1988, p. 203.

¹⁵³ En *La vida en México en el período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, pp. 333-334.

de las relaciones con el exterior, así como la creciente desconfianza de múltiples capitalistas. Pero, a pesar de los tropiezos, el presidente Adolfo Ruiz Cortines pudo entregar el 1 de diciembre de 1958 una administración en la cual se habían delineado y establecido los rasgos de la política económica que más tarde empujaron el desarrollo de México.

La estabilidad de precios, la contención salarial que en pocos años minó el poder de compra de los trabajadores y puso en aprietos a las industrias productoras de bienes de consumo, la disminución del gasto público y el mantenimiento del tipo de cambio (que sufriría descalabros hasta el período 1970-1976) fueron para los siguientes gobiernos la consigna en sus acciones y la garantía de que sólo a través de estas medidas, el país podría consolidar la justicia social que algunos comenzaban a calificar como un “magnífico mito”.

Capítulo 6

LOS ÚLTIMOS AÑOS

En pleno disfrute de los beneficios que le procuraban el respeto y la aceptación de gran parte del medio social, intelectual, artístico, literario y, desde luego, periodístico de México, Salvador Novo llegó a los albores de los años sesenta cargando dos clases de equipaje. En el primero, se encontraba su pasado, sus amigos, sus enfermedades, los recuerdos y la soledad, mientras que en el segundo, llevaba su trabajo, su poesía, sus libros y varios proyectos.

Exhortado desde hacía tiempo por el editor Rafael Giménez Siles (1900-1991) a compilar en un solo volumen parte del material que el periodista había escrito en prosa, Novo aceptó sumergirse y buscar en todos sus libros agotados -que ya sumaban más de ocho-, los textos que pudieran servir como muestra o representación de la escritura que había elaborado a lo largo de más de veinte años. Por si esta ocupación fuera poco demandante, el autor también recibió la propuesta de iniciar la publicación de las crónicas que, elaboradas desde la gestión de Lázaro Cárdenas, darían cuerpo y vida a la serie titulada *La vida en México*.

Convencido de la importancia histórica de este enorme conjunto de artículos, crónicas, cartas y pequeñas confesiones, Salvador Novo hurgó de entre sus archivos todo aquello que algún día “sería consultado por quienes quisieran asomarse al México de los años que describían”, pues éste era el rasgo que terminaría por imprimirles su verdadera dimensión y futura trascendencia.

Como lo establece el también escritor y novelista Sergio González Rodríguez, no parece difícil entender que en estos años y debido a sus actividades, Novo comenzó a edificar el “monumento literario” que desde muy joven había soñado en entregar a la posteridad. Para lograrlo,

[...] *Maese* renuncia a la malevolencia, o la escancia de vez en cuando en sonetos y décimas privados. Pero tampoco olvida su trayectoria: es una leyenda citadina, es decir, alguien precedido por su fama, necesariamente mala y buena. Lo elogiable es la inteligencia, la prosa, el ingenio que perdura por sus facilidades mnemotécnicas (Novo, tradición oral). Lo negativo, las referencias a su conducta, sus poses, el relato incierto de aquellos desmanes sexuales del tiempo en que la mayoría de los oyentes no se enteraba o no había nacido.¹⁵⁴

De hecho, desde 1948, Novo había preferido evitar, cuando no condenar, puestas en escena en las que se abordaban temas tan “difíciles” como la homosexualidad que, después de varios años, terminaron por producirle cierto resquemor, señalando que este sentimiento no obedecía a un problema personal, sino a la reacción desfavorable que generaba entre los asistentes a las funciones de teatro. Así, su comentario a propósito del montaje en México de *A puerta Cerrada*, de Jean Paul Sartre (1905-1980), el 2 de septiembre de 1948, fue en esa dirección:

Cuando hace una semana los franceses representaron condensada esta misma obra en Bellas Artes la cortaron con mucha habilidad. Omitieron por completo a la lesbiana cuya presencia en el infierno es la que imparte a la obra el fuerte dramatismo que tiene. Las familias estaban verdaderamente sorprendidas e incómodas, y se dieron prisa en salir en cuanto terminó la representación bien actuada y dirigida.¹⁵⁵

Durante el régimen de Adolfo Ruiz Cortines, el relato del mundo teatral se había vuelto para Salvador Novo la materia prima de sus cartas y crónicas, pero nunca había cancelado la posibilidad de expresar sus comentarios acerca de todo lo que le pareciera absurdo, arbitrario, mal decidido o mal pensado, recurriendo al filo y a la ironía que siempre lo habían caracterizado. Tal vez cansado y partidario de que nada justificaba interrumpir el curso de su “buena

¹⁵⁴ En *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, p. 171.

vida” se replegó a escribir sobre lo que ocupaba su tiempo y sus esfuerzos, a saber, las puestas en La Capilla, sus clases de actuación, la traducción y lectura de obras en más de tres idiomas, los encuentros con sus conocidos de la televisión y el cine, sus observaciones respecto al mal estado de la legislación de los derechos de autor en México y, por último, la organización y administración de su centro-restaurante, el Refectorio.

El proyecto en definitiva, es éste: servir a medio día, exclusivamente, diez comidas, a diez personas, que harían por teléfono sus reservaciones anticipadamente. Si acaso prende y prospera la cosa, ya se aumentaría a quince o a veinte el número de servicios. Éstos consistirían en una sopa, consomé o entremés; un plato muy bueno, una ensalada y un postre fino, más su respectivo café, por un precio fijo entre 30 y 50 pesos. Cada día se serviría una especialidad diferente, de sopa a postre.

Estas comidas se servirían de una a cuatro de la tarde, y en consecuencia sin más relación con el teatro que el hecho de que el Refectorio queda dentro de los terrenos de La Capilla. Pero por la noche ya no limitaríamos el servicio, sino que invitaríamos a la clientela misma del teatro a visitar el Refectorio: a merendar en él antes de la segunda función, o a cenar después de la primera, o a tomar en los entreactos una copa o un canapé. Serviríamos té verdaderamente bueno y bien hecho a la inglesa; no esas espantosas teteras con un sobre y unas briznas de mal té diluido en agua tibia que dan en casi todas partes; y crearíamos especialidades ligeras y finas para las meriendas, ya que en México nadie cena fuerte. Claro que es un lío; pero mi destino parece meterme en líos.¹⁵⁶

El tono distante de la realidad inmediata del país y, en gran medida, “personal y doméstico” empujó a Raymundo Ampudia, nuevo director del semanario *Hoy* (y al que Novo había regresado tras su salida de la publicación *Mañana* en 1956) a solicitarle un viraje en los temas, personajes y escenarios

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 153.

¹⁵⁶ En *La vida en México en le período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, pp. 108-109.

planteados, pues era hora de llegar y atrapar a un público más amplio e informado que, para 1961, abarcaría parte del mercado de lectores estadounidenses y centroamericanos.

La revisión de la prensa política y de los quehaceres de las personalidades públicas volvió a ser para el cronista parte fundamental de sus colaboraciones, viéndose obligado a reiniciar la competencia con “cientos de prósperos, temidos, acreditados, alertas, columnistas y comentaristas dogmáticos de la actuación nacional e internacional.”¹⁵⁷

Sin ocultar la molestia que le producía este retorno forzado, Novo sintió temor y desconcierto de no encontrar en sus nuevos lectores el entendimiento de lo que había sido su trabajo durante estos años. No obstante, al paso de los meses inventó una fórmula para hacer desfilar en sus crónicas a los miembros de una clase política y económica que ya encarnaba a una nueva generación y abanderaba otro tipo de intereses.

Con un saldo en números negros que indicaba una frágil estabilidad del país, Adolfo Ruiz Cortines se cuidó durante su mandato de no mostrar sus inclinaciones respecto a un posible sucesor, pues como él mismo lo había expresado, su trabajo como presidente consistía exclusivamente en fortalecer el sistema y las instituciones que tarde o temprano consolidarían a México como una nación próspera y autosuficiente.

Calificado por muchos como un hombre moderado y cumplido ante las exigencias de su trabajo, Ruiz Cortines se reservó hasta el final de su gobierno el derecho de candidatear a Gilberto Flores Muñoz, entonces titular de la Secretaría de Agricultura, como probable contendiente del PRI a las elecciones federales de 1958. Aunque, este señalamiento fue tomado en cuenta dentro de las filas del partido, no logró traducirse en una imposición que obligara a sus militantes a apoyar al hombre que, casi en su totalidad, había materializado los éxitos más evidentes de la administración ruizcortinista. En especial, los que tenían que ver con la producción alimentaria del país y el incremento de la

¹⁵⁷ Salvador Novo, *La vida en México en el período presidencial de Adolfo López Mateos*, Tomo I, México, Conaculta, 1998, p. XII.

exportación agrícola. Con la frase, “ni modo ‘Pollo’ la perdimos”, Ruiz Cortines lamentó que su colaborador Flores Muñoz fuera desbancado por la figura jovial y emprendedora de otro de sus secretarios de Estado, el señor Adolfo López Mateos.

A cargo de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social desde el inicio del sexenio de Ruiz Cortines, López Mateos nació el 16 de mayo de 1916 en el poblado de Atizapán de Zaragoza, Estado de México. Perteneciente a una familia de clase media, el pequeño Adolfo realizó sus primeros estudios en el Colegio Francés del Distrito Federal, sin embargo, por decisión de sus padres, Mariano López y Elena Mateos Vega, tuvo que mudarse a la ciudad de Toluca donde terminó la secundaria y cursó la preparatoria en el Instituto Científico y Literario, que más tarde se convirtió en la Universidad del estado y de la cual llegó a ser director.

Inquieto e interesado en la vida pública, desde muy joven, López Mateos buscó relacionarse con miembros de la política mexiquense logrando nombramientos como el de colaborador de Carlos Riva Palacio (1892-1936), dirigente del PNR en 1934, así como el de secretario particular del gobernador del Estado de México, Filiberto Gómez (1892-1936) durante la presidencia de Álvaro Obregón.

Con la certeza de que éste era el medio donde quería desenvolverse, Adolfo López Mateos viajó a la ciudad de México para inscribirse en la Escuela Nocturna de la Facultad de Leyes y estudiar la profesión que, en los años veinte, era el semillero de los actores políticos más precoces y destacados del país. Personajes como Alejandro Gómez Arias, Manuel Moreno Sánchez y Jaime Torres Bodet (a la postre su secretario de Educación Pública en el período 1958-1964) fueron sólo algunos nombres por los cuales el alumno pronto sintió respeto y admiración.

Inserto en el frenesí vasconcelista y las pugnas de poder entre caudillos, López Mateos pudo iniciar de manera formal su trayectoria administrativa cuando, después de haber resuelto algunos juicios laborales, fue designado interventor del Banco Obrero en los Talleres Gráficos de la Nación -cooperativa

encargada de realizar todas las impresiones del gobierno-, donde, aparte de registrar diez años de trabajo, aprendió buenas estrategias de negociación.

Poseedor de una carrera ascendente y con treinta y seis años de edad, López Mateos al fin fue tocado por la fortuna cuando tuvo la oportunidad de representar a su estado en el Congreso de la Unión gracias a que Isidro Fabela Alfaro (1882-1964) había sido distinguido con un cargo diplomático ante el Tribunal Internacional de La Haya.

Tras un relevo carente de sobresaltos, “el abogado de gran carisma y sorprendente vitalidad” obtuvo su nombramiento y su curul para formar parte del grupo de diputados y senadores que entonces plagaban las cámaras con hombres que distaban por completo de aquellos “personajes raros que portaban tejana, botas y pistola al cinto” en otros tiempos.

Pese a que las demandas de la Revolución no habían sido resueltas, el discurso del gobierno giró hacia una dirección en la que la premisa ya no era la consecución de la justicia social, sino el establecimiento de las bases para el desarrollo y despunte definitivo del país.

Resuelto a prodigar estos principios, López Mateos preparó su camino a la presidencia desde el momento en que se integró en 1952 como jefe de campaña de Adolfo Ruiz Cortines, cumpliendo una labor en la que no sólo hablaba “en nombre del aspirante presidencial, sino que organizaba a jóvenes oradores, conocidos ya como ‘jilgueros’, expresamente aleccionados para hacer llegar el mensaje de la Revolución en los mítines políticos de todo el país.”¹⁵⁸

Estas acciones le ganaron al mexiquense la simpatía de varios colegas y líderes de importantes núcleos priístas que, ya en su puesto en el gabinete, se encargó de cuidar y atender. En realidad, fueron estos grupos los que inclinaron de manera definitiva la balanza al pronunciarse a su favor el día 4 de noviembre de 1957, cuando nadie en la nación creía que un secretario de Trabajo pudiera colarse a la primera magistratura.

¹⁵⁸ Salvador del Río, *Los presidentes de México. Revolución y posrevolución*, Colección Raíces Mexicanas, México, Editorial Everest Mexicana, 1982, p. 259.

Partícipe de un proceso electoral con escasas miras de fracaso, López Mateos ganó los comicios presidenciales y pudo asistir a la ceremonia de cambio de poder el 1 de diciembre de 1958, inaugurando un gobierno donde él se erigía como el máximo “representante de una nueva generación, culta, universitaria, nacida en medio de las convulsiones de la Revolución.”¹⁵⁹

La esperanza de mejores tiempos o al menos no tan austeros como los del sexenio anterior, sirvió de argumento para que el nuevo mandatario exhortara a los mexicanos a trabajar y luchar juntos contra el “subdesarrollo” que mantenía frenada a la nación. Por lo que,

la preocupación primera del Jefe del Ejecutivo Federal fue la de llevar al pueblo a la convicción de que se continuaría el desarrollo económico y se procuraría la abundancia dentro de la estabilidad monetaria que animara a los inversionistas a utilizar en beneficio de la producción nacional sus recursos y ahorros.¹⁶⁰

Cabe anotar que entre las primeras medidas del régimen se encontró la de motivar a la iniciativa privada en la inyección de capitales que reactivaran sectores como el agrícola, el minero e industrial, ya que ante el estancamiento de casi cuatro años y los efectos de la devaluación de 1954, se deseaba que ésta fuera la ruta por la cual se llegara a la estabilidad.

Bajo la consigna de que “la política debe hacerse con muchos sesos, pero si a los sesos les ponemos huevos, son más sabrosos”¹⁶¹, López Mateos logró en poco tiempo contener los precios, aminorar la fluctuación de la moneda, incrementar la producción y el reparto agrario, así como otorgar un aumento relativo en los salarios.

Pero, sin importar los éxitos, el régimen no pudo evitar que los desajustes estructurales se desbordaran al grado de provocarle una cascada de conflictos que pronto se expresaron en manifestaciones de obreros, telegrafistas,

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 254.

¹⁶⁰ Olga Pellicer de Brody y José Luis Reyna, “El afianzamiento de la estabilidad política”, en *Historia de la Revolución Mexicana 1952-1960*, México, Colmex, 1988, p. 259.

¹⁶¹ En <http://usuarios.lycos.es/Aime/lmateos.html>, México, 7 de octubre de 2002.

despachadores de trenes, maestros, petroleros y campesinos inconformes con su calidad de vida.

Mientras que el país se precipitaba a una etapa de agitación social y política, Salvador Novo más bien se preocupaba por sus enfermedades, la escasez de tiempo, sus libros, traducciones y múltiples compromisos.

Hechas las cuentas, bien tenía un año de no ir más lejos que Cuernavaca –ni apetererlo, en realidad. El doctor Alamillo me había recetado un descanso de un mes en una provincia, como el tratamiento más adecuado para esta misteriosa colitis, o vesícula perezosa, o cáncer del hígado, o fatiga o neurosis o lo que sea. Pensar en Monterrey, cuando iba a celebrarse aquí (desde donde le escribo) el Festival Nacional de Teatro, solucionaba por doble partida la oportunidad del descanso en provincia, con lo de cumplir un deber oficial como jefe del Departamento de Teatro del INBA.¹⁶²

Convocado en 1959 por el presidente Adolfo López Mateos a encabezar la dirección de Bellas Artes, Celestino Gorostiza (1904-1967) integró un equipo de trabajo en el que llamó a Salvador Novo como su Jefe del Departamento de Teatro y, como el cargo ya había sido desempeñado años atrás por el cronista, vio conveniente regresar a la administración pública atrincherado en un cargo que, además de un empleo, le reportaba placer y numerosas satisfacciones, pues aunado a sus tareas como funcionario se encontraba la impartición de clases de arte dramático.

Ayer comenzaron, sin mayor ceremonia de inauguración, las clases en la Escuela de Arte Teatral. Los exámenes de admisión fueron estrictos, y rindieron una selección de estudiantes de primer ingreso, muchachas y muchachos, con que integrar tres grupos en el curso de actuación. Los tendremos a nuestro cargo Fernando Torre Lapham –que se ha reintegrado a México después de dirigir por dos años y medio una escuela semejante en El Salvador–, Raúl Dantés y yo.

Vamos a desarrollar con ellos el trabajo en tres etapas: los primeros tres meses desarrollaremos en los alumnos mediante ejercicios bien planeados sus facultades expresivas, tanto orales o vocales como corporales: su dominio de la respiración y su control muscular. En la segunda etapa, los disciplinaremos en verso; cuando hayan adquirido un flexible sentido rítmico y desarrollado un amplio registro vocal capaz de matizar adecuadamente la poesía. Sólo después, en la tercera etapa, pondremos las ‘escenas’ en que habitualmente –y tan prematuramente– suele hacerse consistir este curso.

Di mi primera clase, a un grupo pequeño que no crecerá mucho más; al que exploré y del que estoy provisionalmente contento. Ojalá logre encaminarlos bien hacia una buena carrera teatral.¹⁶³

Dividiendo las horas del día entre su casa, La Capilla, la Unidad Cultural del Bosque, la escuela, la oficina en Bellas Artes, su estudio y la redacción de sus colaboraciones, Novo llegó a la mitad de 1960 saturado de ocupaciones, las cuales sólo le dejaban un pequeño espacio para comer, saltar a su coche y encontrarse con sus discípulos los lunes, miércoles y viernes de cinco a siete de la tarde, en tanto que el resto de la semana volvía temprano a su oficina para escribir sus “Cartas” y su columna “Ventana” publicada en el periódico *Novedades* desde 1943.

Aunque todo este vértigo constituyó el ir y venir de su vida, Novo se vio en la necesidad de dejar su trabajo en el INBA porque su “don de la ubicuidad” ya no le alcanzaba para asistir a todas las cenas, eventos sociales, encuentros protocolarios, juntas académicas, obras, asesorías, conferencias y exposiciones a las que continuamente era invitado. Además, el peso de la edad, comenzó a molestarle, así como la nostalgia por una ciudad y una geografía que se habían transformado al extremo de expulsarlo y convertirlo en un “turista” que no identificaba los lugares y las diversiones que, en lugar de los barrios céntricos, ahora preferían la zona de Chapultepec e Insurgentes.

¹⁶² En *La vida en México en el período presidencial de Adolfo López Mateos*, Tomo I, p. 244.

¹⁶³ *Ibidem*, p. 39.

En palabras del investigador Ilán Semo¹⁶⁴, esta explosión y metamorfosis de la capital no indicaba otra cosa más que el declive de las “formas colectivas de vida” antes expresadas en la existencia de vecindades o privadas que ya habían sido rebasadas por casas individuales, escuelas separadas, restaurantes y clubes sociales, pues el empuje económico de las clases medias y el contagio de su ilusión de “dejar de ser lo que eran” aceleró, al inicio de los años sesenta, el debilitamiento de algunos tipos de organización comunitaria y vecinal muy características de los cuatro primeros decenios del siglo veinte.

Miremos cómo viven, y dónde: los desheredados absolutos, en plena calle, en los quicios de las puertas, o en los dormitorios de una Asistencia que los recoge como puede. Los proletarios, en las viejas ‘viviendas’ de las vecindades supervivientes (que Buenos Aires aún llama ‘conventillos’, y que representan en México, con sus enormes patios y sus celdas sombrías, la transformación de los conventos en habitaciones) y en ‘departamentos’ baratos, construidos a toda mecha por los dueños alertas de las viejas vecindades para sacarles más renta por metro cuadrado. El problema de la habitación (que es mundialmente el resultado de la cohabitación, y que en Estados Unidos asume el pavoroso perfil de una escasez de 4 600 000 alojamientos en la actualidad) afecta en México, por supuesto, más a los pobres que a los ricos, y ha preocupado en diversas épocas a las autoridades. Los pobres viven, generalmente, cerca de su trabajo. Lo malo –parte de lo malo- de la pobreza es que obliga a trabajar muchas veces lejos de donde uno vive, con lo que no es fácil prever dónde sea preferible vivir cuando uno es pobre. Por conciencia de la especie, o por solidaridad de clase, o por baratura de alquileres, los pobres han tendido a aglutinarse, sin embargo, cerca de su trabajo, sobre todo mientras las comunicaciones no fueron baratas ni fáciles, y así se explican Peralvillo, la colonia de la Bolsa, Balbuena, Nonoalco, la Merced. Donde ha parecido prudente, el gobierno ha solido, desde Calles, erigir ‘colonias proletarias’ con casas de bajo

¹⁶⁴ Licenciado en historia por la Universidad Humboldt es especialista en historia cultural del México contemporáneo.

costo y simple estructura que ceder a sus inquilinos a cambio de módicos abonos en rentas. Los proletarios –mexicanos, al fin y por ventura- no han tardado en barroquizar el corbusierismo escueto de esas casas con macetas, jaulas, cretonas. Ahora parece que el gobierno del Distrito proyecta resolver el problema de la habitación proletaria con mayor decisión y mejores recursos. Al anunciarse ello así, no ha tardado en manifestarse, muy curiosamente, un rasgo de paradójico reaccionerismo en aquellos aludidos proletarios en quienes parecería legítimo suponer una clara conciencia revolucionaria extensiva a la forma en que desean vivir: Han expresado que preferirían ‘casas solas’ –cuya sensatez, y cuya posibilidad, aun para los ricos, discutiremos adelante.¹⁶⁵

La presencia en 1962 de una relativa recuperación económica dinamizó la movilidad social que por fin abría paso a considerables grupos de consumidores ansiosos por adquirir departamentos, automóviles, televisores y refrigeradores que, en menos de un año, fueron disfrutados por un 17 por ciento de la población total.

Por lo que se refiere al campo, el rezago volvía a ser el signo de su destino, pues comparado con el incremento de la producción industrial y el ritmo de la inversión privada, sus malos números exigían más atención del gobierno. Sin permitir que esta situación desfavorable apagara el entusiasmo generado por el nuevo “boom económico”, el presidente López Mateos prefirió comunicar, en los albores de su sexenio, que la industria y el sector servicios ocupaban a un gran número de mexicanos que gracias a su trabajo en fábricas y talleres, habían contenido la compra de mercancías al extranjero.

Desde luego, en esta primera evaluación, el jefe del ejecutivo enfatizó que las causas del despegue radicaban en que el Estado había tomado medidas como la protección financiera, comercial, arancelaria y fiscal con el propósito de animar a los empresarios, los industriales y la banca.

Todos estos aciertos fortalecieron la confianza en López Mateos y en México, pero los trabajadores no dudaron en manifestar que de nada servía la

¹⁶⁵ En *Nueva Grandeza Mexicana*, pp. 97-98.

bonanza si no se traducían en mejores condiciones de vida, y organizados en sindicatos independientes (desde el período de Adolfo Ruiz Cortines) numerosos ferrocarrileros, petroleros, telegrafistas y, aun, miembros del magisterio, retomaron una lucha que lejos de ser tolerada por “la política conciliadora” del nuevo régimen, terminaría siendo reprimida y atacada en aras de sostener el desarrollo “sin contratiempos”.

En medio del desajuste del panorama nacional donde nombres como los de Demetrio Vallejo¹⁶⁶ y Rubén Jaramillo¹⁶⁷ inquietaban a multitud de grupos y sectores, y la atención internacional se concentraba en el triunfo de la Revolución cubana (1959), el surgimiento del “poder negro” en EUA y el proceso independentista de Vietnam (1960), Salvador Novo fue convocado por el director de la revista *Hoy* a practicar un periodismo en el que, además de dar cuenta de sus gustos y actividades, se abocara al tratamiento de los temas que en ese momento despertaban el “interés general” de miles de lectores.

Temeroso, titubeante y sin otro remedio que aceptar el cambio, Novo aceptó modificar su sección semanal en “Cartas A” y en “Cartas B”, continuando en las primeras, el relato de “la novela social” que había comenzado desde casi treinta años atrás, mientras que para documentar las segundas pensó en volver a “ordeñar las ubres pletóricas de una prensa” cuya misión consistía –en sus propios términos– en “rumiar la alfalfa de los acontecimientos diarios y transmutarla en la leche de las noticias y el queso de los editoriales”.¹⁶⁸

¹⁶⁶ Líder sindicalista que en 1958 organizó un gran paro en los Ferrocarriles Nacionales en demanda de incrementos salariales para miles de trabajadores disidentes de las corporaciones y sindicatos oficiales. Oriundo de El Espinal, Oaxaca, Vallejo también dirigió en febrero de 1959 una huelga de ferrocarrileros, por la que fue detenido acusándolo de sabotaje, disolución social, ataque a las vías de comunicación, desobediencia y resistencia a particulares, amenazas, asonada o motín, encubrimiento y delito contra la economía en marzo de ese mismo año. Junto con él, más de 6 mil ferrocarrileros fueron llevados a las cárceles en esos días.

¹⁶⁷ Nacido en Tlaquiltenango, Morelos, Rubén Jaramillo se unió desde pequeño a la causa zapatista. Debido a su lucha campesina en 1958 recibió garantías de Adolfo López Mateos para dejar las armas y la batalla por el reparto ejidal. Sin embargo, cuatro años después de su rendición el líder fue aprehendido junto con su esposa y tres hijos (6 de mayo de 1962) para ser asesinado ese mismo día en el municipio morelense de Xochicalco.

¹⁶⁸ En *La Vida en México en el período presidencial de Adolfo López Mateos*, Tomo I, p. 110.

Junto a las “Cartas” donde el cronista hablaba de sus afecciones neuróticas, sus sueños, su asistencia a varios eventos como “invitado de honor” o sus proyectos (que ya incluían la grabación de su poesía en un disco de la colección universitaria, “Voz viva de México”), aparecieron textos en los que, esencialmente, se refería a la situación internacional: “[...] la atención nerviosa del mundo se cuelga en los cables que la informan de que, cada cual en su esquina, Kruschew y Kennedy se calzan los guantes atómicos a propósito de un Berlín escindido como un pastel que Roosevelt y Stalin (que en p.d., si pueden) se repartieron amistosos en tiempos de más flagrante cordialidad.”¹⁶⁹

Asimismo, el cronista dedicó gran espacio a condenar la imposición de regímenes totalitarios en la Europa del este (controlada por la extinta Unión Soviética), así como a criticar el establecimiento de poderes que restringían las libertades de sus gobernados. En el caso específico de Fidel Castro y Cuba, el escritor propuso que más allá de la revisión de causas y discursos, era fundamental preguntarle a los cubanos si estaban contentos “con el mandatario que los había elegido”.

Procurando conservar una tónica donde el equilibrio de temas era su mejor acierto, Novo se perfiló al final del sexenio de López Mateos arropado por una imagen y una respetabilidad que fueron el distintivo de sus diez últimos años de existencia. Sin olvidar que su vasta bibliografía y su carácter de artista le habían dado el reconocimiento de un medio intelectual y literario que, a semejanza del sistema político, sabía premiar a quienes “le brindaban su obra y su servicio”.

Toda esta “refulgencia personal” que para 1964 le había dado al periodista excelentes frutos, inesperadamente, no lo reconfortaba cuando lo aquejaba la idea de “haber dejado siempre a medias” los proyectos más importantes de su vida.

¹⁶⁹ *Ibidem*, p. 111.

Me sobreviene el recuerdo de una observación hace ya tiempo, de Eduardo Villaseñor: que ya llevaba yo mucho tiempo de demostrar que soy inteligente. ¿Y qué más? ¿A qué fin perdurable, cuajado, creativo, he aplicado esa inteligencia que propalo con la misma vacua frecuencia con que me la atribuyen o me la reconocen? ¿Dónde está el libro definitivo? ¿O la fortuna?, ¿o el hijo?, ¿o la obra? ¿Me va a pasar lo que a Micrós, que cincuenta años después de muerto, alguna alumna norteamericana de la escuela de verano se ponga a hurgar en los periódicos y a reunir mi paja, para dar en ella con la aguja de unas cuantas frases que valga la pena preservar, rescatar?¹⁷⁰

Con un estado de cuenta que dejaba una industria eléctrica nacionalizada (27 de septiembre de 1963), la progresiva recuperación del sector minero, la dotación de 16 millones de hectáreas; la incautación de una poderosa cadena de salas de exhibición cinematográfica (conocida como el monopolio Jenkins); la creación del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE); la habilitación de museos como el Nacional de Antropología e Historia, el Nacional del Virreinato y el de Ciencias Naturales, así como la implementación de una política exterior cifrada en “el respeto a la libre autodeterminación de los pueblos”, Adolfo López Mateos convirtió en meta final de su gobierno “dejar a buen resguardo el bienestar y futuro inmediato de México”.

Evitando sobresaltos y procurando que todo se diera en la más absoluta tranquilidad, la sucesión presidencial de 1964 se llevó a cabo siguiendo el ritual que, desde el cambio del PNR al PRI en 1946, había consolidado en la política mexicana una nueva manera de transmisión del poder, es decir, una en la que imperaban las relaciones públicas, la trayectoria en cargos burocráticos y la fidelidad estricta al partido y al sistema.

¹⁷⁰ En *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, p. 177.

Compañero de escaño en la tribuna legislativa, ex gobernador de Puebla, amigo personal y secretario de Gobernación durante el período 1958-1963, Gustavo Díaz Ordaz fue “destapado” por Adolfo López Mateos y la Convención Nacional del PRI, el 4 de noviembre de 1963, como su próximo candidato en la jornada electoral del 5 de julio de 1964.

Abanderando el lema “dejen de lado su egoísmo y abatan sus pequeñas pasiones para lograr el bien de la Patria”, el abogado poblano emprendió una gira electoral de 88 días en los cuales visitó las principales ciudades y estados de la República y pronunció 182 discursos en los que invariablemente se comprometía a “servir a este noble pueblo mexicano, bueno y abnegado.”¹⁷¹

Nacido el 12 de marzo de 1911 en la comunidad de San Andrés Chalchicomula, Gustavo Díaz Ordaz estudió la carrera de leyes en la Universidad de su estado, iniciando de lleno su trayectoria política en 1943 cuando el general Manuel Ávila Camacho lo nombró Presidente del Tribunal Superior de Justicia.

Evidenciando desde entonces un carácter agrio, intransigente y hermético, Díaz Ordaz escaló durante casi quince años los puestos que más tarde le ayudarían a manejar con eficacia los mecanismos de la política sin que ello le granjeara la simpatía de senadores, líderes, magistrados, gobernantes y secretarios. De hecho, fueron estos últimos los que se opusieron a su designación como aspirante presidencial, pues preferían dar su apoyo a personas “mejor preparadas” como Javier Barros Sierra (1915-1971), a la sazón ministro de Comunicaciones y Obras Públicas.

Sin prestar oídos a bromas como, “¡Cuidado!, poblano próximo” o a declaraciones como, “Creo que de aquí en adelante todos deberemos hablar de dientes para afuera”¹⁷², Adolfo López Mateos refrendó su confianza al hombre que en el pasado había trabajado por el encumbramiento y éxito de su propia campaña.

¹⁷¹ Luis Pastor y Carreto, *Los presidentes poblanos*, México, Costa-Amic, 1965, p. 125.

¹⁷² José Cabrera Parra, *Díaz Ordaz y el 68*, México, Grijalbo, 1980, p. 32.

Calificada por los periódicos como “la más numerosa, ordenada y pacífica de la historia”, la votación de 1964 arrojó como absoluto triunfador “al señor licenciado Gustavo Díaz Ordaz, mismo que fue ratificado por el Congreso de la Unión como presidente electo de los Estados Unidos Mexicanos” el día 8 de septiembre del mismo año.

Plegándose a un programa cuyo objetivo era “conservar la estabilidad política y económica del país” y su aporte “superar los problemas generados por el subdesarrollo”, Díaz Ordaz abrió un régimen determinado a ejercer el poder sin ninguna clase de cortapisas ni concesiones, por lo que desde el 1 de diciembre de 1964, manifestó a sus colaboradores y al pueblo de México que existía un mando central, una legalidad que respetar y una paz que abonar en beneficio del progreso material del país.

Preocupado también por problemas como la pobreza en el campo, el aumento demográfico, los brotes de organizaciones sindicales disidentes, el apoyo financiero a las universidades, el endeudamiento con el exterior y la necesidad de capitales, el presidente se fijó como primera labor la limpieza de las finanzas públicas, para lo cual ordenó la inmediata disminución de los gastos de administración y operación del gobierno dando lugar a un sensible deterioro en las prestaciones y en los sueldos.

Identificado con el nuevo mandatario por su rectitud y apego al orden, Salvador Novo se congratuló de ser considerado entre los amigos de Gustavo Díaz Ordaz, así como de haber presenciado, a manera de un “intruso en el Palacio”, el cambio de la banda presidencial. Todo en su campaña –abundó– había sido tan absolutamente preciso, tan perfecto en los detalles y en su organización que “cabía esperar que todos los actos oficiales de su toma de posesión lo fueran igualmente”.¹⁷³ Mientras que cinco mil personas, entre empresarios, industriales, políticos, intelectuales, militares y artistas expresaban sus saludos y parabienes al nuevo mandatario al interior de un Palacio Nacional

¹⁷³ Salvador Novo, Salvador, *La vida en México en le período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, México, Conaculta, Tomo I, 1998, p. 5.

muy vigilado, afuera –agregó Novo– se encontraba un “Zócalo lleno de pueblo tranquilo y mudo testigo” de los cambios que ocurrían en el poder.

Un tanto cansado, pero seguro de que el tiempo de los honores había llegado, Novo comenzó a escribir las crónicas de un sexenio empeñado en exaltar la labor de los hombres que habían trabajado para el “engrandecimiento de la nación”, tal como ocurrió el 5 de noviembre de 1965 cuando lo nombraron Cronista de la Ciudad de México.

Esta distinción que había sido otorgada a autores como Luis González Obregón y Artemio de Valle Arizpe, significó para Salvador Novo una de las satisfacciones más grandes de su vida, pues cumpliendo de manera extraoficial con esta tarea, había elaborado, enviado y publicado miles de páginas en diferentes diarios y revistas por treinta y un años.

Obligado por su nuevo cargo a documentar no sólo el presente, sino también los orígenes y el devenir de la ciudad de México, Novo se inscribió en un curso de lengua náhuatl para escudriñar en libros y códices todo aquello que sirviera a “la fama y gloria de la Gran Tenochtitlan.”

He sentido que la Historia se hace, se forja, todos los días: que esta ciudad nuestra –sus hombres, su progreso constante, la obra continua de sus gobernantes revolucionarios, de sus instituciones; los oleajes de sus nuevas y mejor equipadas generaciones–, suscitaba en mi vocación de escritor la admiración que me impulsara a verterla en libros, artículos, ensayos, clases y conferencias. ¹⁷⁴

Con un “sexagenario corazón” en marcha y refrendando la consigna de “ningún día sin línea”, el nuevo Cronista Oficial procuró la descripción del medio social, cultural y político que le rodeaba, plasmando en sus colaboraciones lo mismo el paso en línea de “charolas con caviar, faisanes, salmón, langostas, jamones, burdeos, riojas, champañas”, que la ronda de personajes tan diversos como el escritor Celestino Gorostiza y el regente Alfonso Corona del Rosal; el ensayista Julio Torri y la actriz Beatriz Aguirre; el editor Rafael Giménez Siles y

el teatrero Wilberto Cantón; la estrella de cine María Félix y el publicista Augusto Elías, o el ex director del semanario *Hoy*, Licio Lagos y el académico Alfonso Reyes.

Esta nómina de asistentes y magnos eventos a su vez significó para Novo, la oportunidad de observar y caracterizar, desde un lugar privilegiado, el comportamiento de “las clases pudientes” que, valiéndose de su nivel económico, intelectual o simbólico, pretendían ubicarse en la cima de la pirámide social. Por eso, en este sexenio (el último que el cronista atestiguó y vivió a cabalidad), mantuvo un estilo propio y coherente consigo mismo, es decir, se esforzó por ser claro y manejar los temas que le importaban con la prudencia que su respetabilidad le merecía.

Sus escritos hablaron en más de una ocasión de él mismo, de sus viajes, sus experiencias, sus comidas, su familia, sus amigos, filtrando tangencialmente sus opiniones respecto a los problemas del país. Por ejemplo, el gran movimiento de médicos que en enero de 1965 protestaba porque sus jornadas de trabajo eran de 36 horas por 12 de descanso, y sus salarios de 400 a 1500 pesos mensuales, no alteró demasiado a Novo cuya carga de actividades le exigía “asistir a todas las fiestas, los teatros, ceremonias y encuentros convocados por los miembros del Estado”.

De nueva cuenta, Novo optó por la distancia que en el caso del conflicto ferrocarrilero y la solidaridad estudiantil (1959) lo llevó a escribir:

No deja de inquietarme la posibilidad de que esta tarde misma se repitan los mitotes estudiantiles y estorben nuestro camino a la estación, que es por todo Insurgentes. O de que en mi ausencia, estos días, vayan a ocurrir mayores disturbios. Ya no va siendo tan bonito que la Ciudad Universitaria se haya instalado tan cerca de nuestra tranquilidad de Coyoacán, si sus fogosos habitantes han de seguir escandalizando.¹⁷⁵

¹⁷⁴ En *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, p. 180.

¹⁷⁵ En *La vida en México en el período presidencial de Adolfo López Mateos*, p. 410.

Lo que en cambio sí perturbó al periodista fue constatar que una sola persona no podía enterarse de todo y recabar la información que, a través de su máquina, se transformaría en el contenido y la esencia de sus “Cartas” semanales.

Mientras que en esta etapa Novo desea multiplicarse y “cumplir con todos”, el gobierno diazordacista también se dividió para atender asuntos como la elaboración de un plan de gasto público; la culminación de 107 presas y la construcción de algunas otras en los estados de Coahuila, Chihuahua, Michoacán, Durango y Querétaro; la intensificación de las obras urbanas; el fortalecimiento del sector agropecuario y la industria eléctrica, así como la consolidación de las relaciones comerciales y diplomáticas de México a nivel internacional.

Sin poder marginarse de esta dinámica del país, el medio intelectual y literario diversificó sus ocupaciones e intereses, pues ante el agotamiento (proceso que había arrancado desde 1950) de la novela rural se ensayaban y practicaban formas narrativas tendientes a reflejar la realidad de las ciudades, las clases medias y los sectores populares. Tal como lo señala el investigador José Luis Ávila, en México había llegado el momento de una producción cultural urbana¹⁷⁶ que se robustecía con la reflexión de fenómenos como la Guerra Fría, las derrotas políticas de la izquierda, la represión de movimientos obreros y campesinos y las pugnas de poder que, en nuestro país, eran libradas al interior del partido oficial.

Así, el desarrollo propio y ajeno estimuló la aparición de agrupaciones, corrientes y revistas influidas por la actividad de pensadores y artistas que ya en Europa, Estados Unidos y América Latina cuestionaban las promesas y el legado del mundo contemporáneo.

Convencidos de que ésta era una buena alternativa, historiadores, filósofos, literatos, sociólogos, políticos, maestros y periodistas iniciaron un proceso de “revisión crítica” de la sociedad mexicana, donde áreas como la

¹⁷⁶ José Luis Ávila, “Sociedad y Cultura”, en *México un pueblo en la historia*, Tomo 5, México, Alianza Editorial, 1996, p. 175.

política, la economía y la cultura no fueron desligadas de un análisis que identificaba como primer y gran problema la desigualdad en la repartición del ingreso nacional, pues en tanto la clase alta, (constituida por el 2 por ciento de la población) percibía la mitad del ingreso, las clases bajas (80 por ciento del total) tenían que “hacer rendir” la otra mitad.

Además, les sorprendía ver que la creciente burguesía imponía visiones y estilos de vida que, en palabras del escritor Carlos Fuentes (1928), “sacralizaban sus pequeños valores, su religiosidad, su sensibleríaseudorromántica y su autoridad moral”.

Integrada con profesionistas, pequeños industriales, comerciantes, empleados bancarios, estudiantes, burócratas y maestros, la clase media también había logrado alimentarse y crecer al amparo de un desarrollismo que, curiosamente, la fortaleció para protagonizar los cambios más significativos de la mitad de los años sesenta.

Sin atender lo que se estaba gestando, Novo continuó con el relato vertiginoso de sus días y siendo objeto de los reconocimientos que lo extasiaban en más de un sentido, como por ejemplo la recepción en 1967 del Premio Nacional de Letras y la asignación de su nombre a una calle del Distrito Federal.

Le jour de gloire est arrivé: Y fue movido como pocos, emocionante como ninguno.

Este hábito de despertar entre cuatro y cinco de la mañana y aguardar a que la luz permita comenzar un día de dieciocho o diecinueve horas de vigilia y actividad, no podía fallarme cuando más presentable y descansado necesitaba aparecer para la solemne ceremonia del premio –en el Salón de Recepciones del Palacio Nacional, a las doce del día: cuando el señor presidente Díaz Ordaz desfilara entre aplausos de los trescientos concurrentes al acto.

Apenas nos dio tiempo, con este denso tránsito de la temporada navideña, de llegar al Zócalo al filo de las once. El plural es por mi nuevo y efficacísimo ayudante-chofer-secretario, Joel. Ha trabajado en el PRI, conoce a todo mundo, nada se le dificulta y está habituado a permanecer

cerca de su jefe. Él cargó con los libros y entró conmigo a Palacio, luego de estacionar el coche en el Departamento –donde nadie nos lo impidió por fortuna.¹⁷⁷

Un tono de jactancia y agradecimiento alimentado por los “honoros del sistema” fue el rasgo que unificó las crónicas y cartas que Salvador Novo escribió hasta el término de la gestión de Gustavo Díaz Ordaz haciéndolo ver en el presidente a una especie de *tlatoani* sin el cual México no habría sabido conservar “el clima de concordia en que el gobierno propicia el logro armonioso de sus metas de justicia social.”¹⁷⁸

No tengo palabras con que expresar mi gratitud al señor presidente Díaz Ordaz y al señor licenciado Alfonso Corona del Rosal: al regente, por haber llevado a su acuerdo presidencial la moción de que como en el caso de los dos anteriores cronistas de la ciudad, en vida se colme la satisfacción del mortal que desempeñe tan honroso cargo con imponer su nombre a la duración de la calle en que resida. Y al señor presidente, por haberlo aprobado y así dispuesto.

Que así se haría conmigo, y que la hermosa y quieta de Santa Rosalía vaya en lo sucesivo a llamarse Salvador Novo fue la gratísima sorpresa que el señor licenciado Corona del Rosal me reservaba para públicamente anunciarlo en la cordialísima comida que se dignó dar en celebración de que su cronista hubiera recibido en 1967 el Premio Nacional de Letras.¹⁷⁹

Recurriendo en adelante a una retórica que, en ocasiones, lo vuelve anacrónico y denso, Novo también estelarizó momentos en los que escapó a los límites de la formalidad y revivió su antigua irreverencia, pues en sus palabras: “Me gusta provocarlos. Cuando ya se acostumbran a uno hay que echarle leña al fuego”.¹⁸⁰

¹⁷⁷ En *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, p. 327.

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 330.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 343.

¹⁸⁰ En *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, p. 181.

En enero de 1968, cuando varios de sus amigos han muerto o están enfermos, el periodista fue invitado a participar en algunos de los preparativos de la décima novena edición de los Juegos Olímpicos concedidos gracias a la gestión que el ex presidente Adolfo López Mateos había instrumentado al frente de un comité especial creado en 1964.

De esta manera, la película *México 68. Instantáneas*, del realizador Rafael Corkidi contó con el apoyo y los textos que Salvador Novo escribió prodigando la historia y el progreso de la nación donde:

Gracias a la Revolución, los jóvenes de hoy disfrutan de oportunidades de cultura, salud, realización y felicidad, que no tuvieron sus padres hace medio siglo. Y una pléyade de nuevos, robustos talentos, bien equipados en las escuelas y facultades que el gobierno sostiene, surge a ampliar y a iluminar los horizontes de nuestra patria.¹⁸¹

Financiada con dinero del Banco de Comercio y la Sección de Cine del Comité Organizador de los Juegos de la XIX Olimpiada, *México 68...* tuvo como escenarios el Museo Nacional de Antropología e Historia, la región de Xochimilco, el Observatorio Astronómico de México y algunas avenidas y mercados del Distrito Federal. En sus trece minutos de duración aparecieron a cuadro intelectuales y artistas como José Revueltas (1914-1976), que había elaborado el prólogo del documental, José Luis Cuevas (1934), David Alfaro Siqueiros (1896-1974), Rufino Tamayo (1899-1991), Manuel Felguérez (1928), Carlos Pellicer y, desde luego, el propio Salvador Novo.

Concluido este proyecto que se complementaba con la realización de un libro-guía de México publicado por la Editorial Destino de Barcelona con un costo de 240 pesos (que le hizo comentar a Novo, “ya me voy acostumbrando a que todos mis libros sean caros, o tan caros como los que no son míos”), el autor aceptó la propuesta de encabezar una emisión televisiva en la que abordaría aspectos diversos (historia, opiniones literarias, recomendaciones

¹⁸¹ En *La vida en México en le período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, p. 330.

bibliográficas, leyendas de la ciudad de México, cocina, etcétera) haciendo uso de su estilo anecdótico y conversacional.

Bajo el patrocinio de Banco del Atlántico, el programa *Charlas de Salvador Novo* fue estrenado el 1 de julio de 1968 en el horario de diez treinta de la noche sin ningún corte comercial: “[...] hemos tenido las más halagüeñas reacciones, y recogido yo con atención y cuidado opiniones y pareceres que, sumados a mi rígida autocrítica, me permitan irlo superando. De una cosa estoy persuadido: la fuerza de la televisión.”¹⁸²

Con una voz y una imagen que en “la pantalla chica” se asemejaba a la fugacidad de sus días y convencido de que había llegado la hora de retirarse del periodismo, Novo anticipó a sus lectores que la columna “Cartas a un amigo”, estrenada en el semanario *Hoy*, estaba próxima a dejar de publicarse.

Los cumpleaños, cuando ya han sido muchos, le ponen a uno triste. No porque avizore que pocos serán los que aún le falten; sino acaso porque echa de menos el ánimo con que aguardaba su celebración cuando eran menos.

Y hace uno el balance: de recursos no precisamente ajenos a sus personales potencias, puesto que han dimanado de su ejercicio; pero sí a su disfrute cuando no se habían convertido en un seco tanto por ciento mensual. Hay una trágica discrepancia en necesitar menos conforme más se tiene; en virtualmente poder más conforme en realidad menos se puede. Una tentadora sensatez que aconseja plegarse a la norma de jubilar a los trabajadores a los sesenta y cinco años, como creo que acontece en las empresas y pasarles una renta que satisfaga modestamente su supervivencia.

La situación es más triste cuando uno ha sido a la vez patrón y esclavo de sí mismo, como es mi caso. Esclavo productivo de un patrón previsor y hasta cierto punto considerado, que no ha de escatimar a su jubilado la pensión que le corresponda.

Pero eso sí: habré de prohibirle que siga trabajando. Que se retire a cultivar un *hobby*, que viaje, se divierta –y vaya poniéndose bien con

Dios. Y si, como me dice, no tiene más afición que escribir, que lo haga, pero ya sin el apremio ni obligación, ni periodicidad.¹⁸³

Pese a su despedida ocurrida el 17 de agosto de 1968 y la promesa de esmerarse “en aprender el difícil arte de descansar”, el cronista reapareció unas semanas después en las páginas del diario *El Herald de México*, coronando con su nombre el espacio “Novísimas cartas a un amigo”. De acuerdo con el testimonio del escritor, esta “inesperada resurrección” se produjo gracias a que en su nueva casa periodística sentenciaron: “la ciudad no debe prescindir de la pequeña contribución de sus crónicas”.

Entregándose a la escritura de nueve de la mañana a dos de la tarde y completando su jornada con la asistencia a clases (como profesor de teatro y alumno de náhuatl); la administración de La Capilla y su pasión por la gastronomía, Novo sintió por primera vez en muchos meses que su rutina era afectada por un espectáculo que lo sobresaltó y conmovió. Es terrible –escribió en septiembre de ese año– que nuestra ciudad se encuentre “dislocada, increíblemente, por motines estudiantiles”.

Iniciado con la aprehensión de varios jóvenes que habían protagonizado un zafarrancho entre las vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional contra alumnos de la preparatoria privada Isaac Ochoterena, el movimiento estudiantil de 1968 adquirió, a partir del mes de julio, matices que pusieron de manifiesto –en palabras del presidente– que hasta ese momento “habíamos estado provincianamente orgullosos y candorosamente satisfechos de que, en un mundo de disturbios juveniles, México fuera un islote intocado.”¹⁸⁴

Inscrito en un contexto internacional en el que la mayoría de los acontecimientos eran observados bajo la lupa de la denominada Guerra Fría, México abrió la mitad de los años sesenta con la consigna de mantener el ritmo de una política económica comprometida con la estabilidad y el crecimiento del país. Si bien, esta aspiración tenía como antecedente dos períodos

¹⁸² *Ibidem*, p. 381.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 392.

¹⁸⁴ En *Los presidentes de México. Revolución y posrevolución*, p. 263.

presidenciales, la administración de Gustavo Díaz Ordaz se esmeró en concretar promesas como el fortalecimiento de la moneda, la disminución paulatina de importaciones (hasta llegar a su cancelación), la plena industrialización de los sectores minero, eléctrico y automovilístico, la modernización del campo y la autosuficiencia alimentaria.

Los resultados no fueron inmediatos, pero para 1967 el régimen había logrado mantener el tipo de cambio, entusiasmar a inversores nacionales y extranjeros, tecnificar moderadamente al campo, así como exportar miles de productos estampados con el sello, "Hecho en México". También, había puesto en marcha obras públicas que contemplaban la edificación de presas, la adquisición de buques mercantes, la ampliación de carreteras, red ferroviaria y telefónica y la multiplicación de aulas, talleres, laboratorios y escuelas rurales.

Los números y los hechos favorecieron con holgura la gestión diazordacista, sin embargo, su forma de entender y tratar la política molestaba, marginaba e incluso excluía a quienes no comulgaban con ella.

Celoso de la autoridad y siempre calculador en la toma de decisiones, Díaz Ordaz no se cansaba de expresar que en el terreno político su intención no era la de eliminar a "los antagónicos" sino la de "persuadirlos a como diera lugar" de contribuir a la construcción de una "democracia ecuménica", es decir, una en la que todos participaran "apoyando a un eje central que ejerza el poder absoluto, porque no podemos pensar que cada quien tenga u obtenga su mínimo universo de poder."¹⁸⁵

Es importante asentar que esta frase significó para el mandatario poblano más que una regla de gobierno, pues en ella también vio la manera de garantizar "la paz social, la unidad nacional y la sucesión sexenal". En este rubro, el escritor Carlos Fuentes aseveró que Díaz Ordaz se había inclinado por un "régimen estático, consagrador de instituciones y sistemas" que, llegado el momento, no supo cómo atender ni resolver las demandas más apremiantes de la sociedad mexicana. Además, obstinado en hacer de la nación un espacio inmune a cualquier tipo de presiones e influencias (sobre todo, provenientes de

¹⁸⁵ En *Díaz Ordaz y el 68*, p. 27.

la “pandilla comunista”), el Ejecutivo puso a funcionar todos los mecanismos que le ayudaran a convencer a la nación de que todo iba bien, aunque los acontecimientos mundiales orillaran al más absoluto pesimismo.

Por eso, la prensa en estos años –agrega Fuentes– “fomenta el odio internacional, oculta los problemas nacionales y es el signo más evidente de la falta de cauces que den expresión pública a la inteligencia de los ciudadanos y a los problemas reales del pueblo.”¹⁸⁶

Fue este aturdimiento y ausencia de libertades lo que impulsó a un nutrido grupo de escritores, periodistas, maestros, políticos y, desde luego, estudiantes a exigir la apertura de canales de expresión hasta entonces inexistentes en el país. Para muchos de ellos, esta tarea fue más que en un acto de buena voluntad, pues de su éxito dependía el establecimiento de una plataforma desde la cual ejercer “la crítica, la imaginación y el poder”.

Por lo tanto, éstos fueron tiempos en los que se buscó emancipar la inteligencia del anquilosamiento armándola con la visión y la independencia que no cede ante ningún tipo de clichés, estereotipos, valores simples o esquemas inoperantes. Se tomó entonces por asalto cualquier espacio público para denunciar los vicios del sistema y la carencia de medios democráticos en los cuales conocer y escuchar las diferentes voces.

Consignas como “ocupemos las calles”, “¡sacudamos a México desde sus raíces!” y “¡sepamos ser jóvenes!”, se convirtieron en el motor que impulsó a miles de hombres y mujeres de entre 16 y 30 años a formar parte de una lucha que, a nivel internacional había percibido su fuerza y, en consecuencia, se organizaba en movimientos de carácter local o interno.

Países como Alemania (Federal), Italia, Francia, Polonia, México e incluso los Estados Unidos vivieron protestas en las que miles de jóvenes pugnaban por una mayor participación y autonomía, además de convocar a los diversos sectores de la sociedad en la creación de un sistema que no sólo preservara la soberanía y autodeterminación de los pueblos, sino que también cancelara el

¹⁸⁶ Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1991, p. 74.

autoritarismo como el principio rector de las relaciones entre las naciones y los individuos.

Esta agitación que el fondo era la expresión de una necesidad democrática fue vista por las autoridades del país como una “convulsión social” que era fundamental contener, porque de lo contrario se ponía en peligro al sistema y a la nación.

El bullicio de ideas y acciones –que a principios de agosto ya sumaban varios jóvenes encarcelados, un bazukazo que había derribado las puertas de la Preparatoria 1, en San Idefonso; la colocación de banderas rojinegras en planteles de la UNAM, el Instituto Politécnico Nacional, la Escuela Normal de Maestros, y la Universidad de Chapingo, así como la expedición de un pliego petitorio donde se exigía la desaparición del cuerpo de granaderos– no hizo que las cámaras legislativas, los partidos políticos y la prensa modificaran su postura respecto a las medidas adoptadas por el gobierno.

Formando parte de ese grupo que –también en opinión de Carlos Fuentes– servía a la táctica del régimen de “comprar periodistas eternamente comprables” y sobornar “filósofos cuya verdadera vocación es ser tapetes donde los poderosos se limpian los pies”¹⁸⁷, Salvador Novo conoció y describió el conflicto de 1968 parapetado en una trinchera que le impedía entender “qué era lo que querían esos temibles jovencitos”.

Quizá influido por su eterno rechazo a los excesos en la consecución de cualquier propósito o causa, Novo decidió abordar los acontecimientos estudiantiles con una distancia que, en un primer momento, lo mantuvo alejado de una discusión en la que se acusaba a los medios de información de ser “propaladores de la mentira y protectores ciegos de un régimen adormecido, autocomplaciente y monolítico.”

En su columna “Novísimas cartas a un amigo”, Salvador Novo sólo se dedicó a transmitir el asombro que le producían comentarios de académicos y amigos como Edmundo O’ Gorman (1906-1995), Rubén Bonifaz Nuño (1923) y

¹⁸⁷ *Ibidem*, p. 152.

Justino Fernández (1904-1972) que en esos meses trabajaban en la Ciudad Universitaria. Dicen que:

[...] los huelguistas duermen en sus cubículos con todo y pistolota, y los han despojado de sus camionetas...

Justino es el más asustado. Va un rato a su Instituto, pero los magnavoces y las canciones cubanas de protesta le impiden concentrarse a trabajar. Ya no ve la hora de que esto se acabe.¹⁸⁸

Por si fuera poco, el periodista no alcanzó a comprender que en el transcurso de estos “*hectic days*” –como los denominó–, los estudiantes no hubieran respondido a la disposición y a “la mano tendida del señor presidente”, para en cambio organizar un mayor número de manifestaciones¹⁸⁹ y crear un Comité de Escritores y Artistas proclives a su lucha.¹⁹⁰

Que más quisiera uno que hablar de cosas placenteras. Pero tiene que seguir comentando lo mismo... Tanto como siguen chapinando los de Chapingo, pongamos por pingos.

Ya el rector ¡por fin! dio señales de vida: Si durante la peregrinación que él encabezó le pareció magnífico que a los universitarios se unieran reconciliados los politécnicos, ahora que éstos y los chapingos le han comido el mandado, y convertido en motel su ciudad universitaria, ya no le parece tan bien la confusión originada en aquella fusión.

Y exhorta a profesores y estudiantes a asumir sus responsabilidades. En lo cual ellos se han anticipado a obedecerlo. Pues no sólo asumen, sino que recontra-sumen el prestigio de la Institución.¹⁹¹

¹⁸⁸ En *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, Tomo II, p. 404.

¹⁸⁹ Que aparte de la encabezada por el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México Javier Barros Sierra (1966-1970) el 1 de agosto; la de Zacatenco al Casco de Santo Tomás, el día 5, y la del Poli al Zócalo, el 13 del mismo mes, incluyó varias protestas en diferentes estados de la República Mexicana.

¹⁹⁰ Instituido el 15 de agosto mediante una asamblea en la cual se decidió que el escritor José Revueltas (1914-1976) fuera su representante.

¹⁹¹ En *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, Tomo I, p. XXVIII.

Para el 22 de agosto, el régimen logró establecer contacto con miembros del Consejo Nacional de Huelga (mando central del movimiento), a través de su secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez, pero por desgracia el encuentro entre líderes y autoridades no prosperó en ningún acuerdo, provocando que en una nueva marcha dirigida al centro capitalino, la multitud decidiera esperar frente a Palacio Nacional una respuesta del gobierno.

Cruzar por el Zócalo bordeado de autobuses policíacos alertas a los imprevisibles movimientos de los muchachos desplegados en aparente indiferencia al frente de Catedral, era ominoso y triste. Los comercios habían cerrado ante la posibilidad de ser destruidos y robados como el viernes, y era doloroso ver caminar bajo la llovizna a cientos de mujeres y empleados en busca de los camiones que precautoriamente habían sido desviados de sus rutas para evitar su secuestro.¹⁹²

Mientras que en las páginas de los periódicos se multiplicaban las declaraciones de intelectuales en apoyo a los estudiantes, Novo consideró pertinente cambiar el tono de sus opiniones acudiendo al anonimato de los sobrenombres para proteger su imagen. De esta forma, ‘Cronos’, fue el autor de la columna “Del otro jueves” en *Novedades* y ‘Yancuquemones’ el de “Solarium” en el periódico *El Sol de México*. Una vez pertrechado en los seudónimos, el cronista divulgó abiertamente a sus lectores la idea que tenía respecto al movimiento, calificándolo como

una congregación de dudosas animosidades que más que proponer, rechaza las metas de lo establecido y desea la destrucción en vez de la conquista del mundo adulto para mejorarlo como sólo lo podrá hacer mediante una educación que no ha disfrutado, pero que está a su alcance.¹⁹³

¹⁹² *Ibidem*, p. XXIII.

Tampoco dejó pasar la oportunidad de enfatizar que los líderes universitarios formaban parte de una “minoría urbana” circunscrita a los límites y modas de la Zona Rosa, por lo que no representaban a la totalidad de los jóvenes del país que también comprendía a miles de campesinos y obreros.

¿Qué quieren, qué pretenden, qué combaten estos adolescentes? Ni ellos lo saben, ni quienes los incitan y manejan se los dirán. La entrevista del líder de los motines parisienses con Sartre, que publicó el último *Hoy*, es bastante clara al respecto: no dirán lo que quieren, no presentarán un plan; su objetivo es el caos, la confusión, la destrucción. ¿Puede este ser el pensamiento de los jóvenes mexicanos? ¿Obligar al gobierno a cerrar las escuelas y las universidades que ha erigido y abierto y sostiene como país alguno lo hace, con el sacrificio del pueblo contribuyente y para el disfrute de una parte privilegiada y mínima de ese pueblo –que es la que inconcebiblemente procede así contra sí misma?¹⁹⁴

Absorto en un clima donde las frases y el activismo político eran el pan de cada día, Novo no dudó en aumentar el número de confidencias y declaraciones sobre el conflicto del 68, mismas que al ser duplicadas por millones en la prensa lo colocaron en el centro de un huracán que sólo le hubiera gustado ver pasar a sus sesenta y cuatro años de edad, ya que tras el escándalo generado por una respuesta dada a *Excelsior*, a propósito de la entrada del ejército a Ciudad Universitaria, el escritor fue objeto de críticas, burlas y ataques personales.

El investigador literario Antonio Saborit refiere que el problema comenzó cuando en el velorio del poeta español León Felipe (1884-1968) varios reporteros se acercaron a Salvador Novo a preguntarle si la autonomía universitaria estaba siendo violada con la entrada de soldados a sus planteles y a su campus, a lo que el cronista respondió: “Vaya... vaya... Es la primera noticia, y muy buena por cierto, que recibo en el día... Dígame ¿cómo pasó?”¹⁹⁵

¹⁹³ *Ibidem*, p. XXXIV.

¹⁹⁴ En *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, pp. 182-183.

¹⁹⁵ En *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, Tomo I, p. XXV.

La recepción de estas palabras fue muy adversa dentro de los círculos universitarios, pero también fue repudiada al interior de la comunidad intelectual que ya consideraba el año de 1968 como un hito en el desarrollo de las fuerzas cívicas de México.

Molesto y afectado por la polvadera que esta nota “incompleta y sensacionalista” había levantado, Novo remitió al semanario *Hoy* un artículo donde defendía sus palabras y aclaraba su postura.

Lo que textualmente opiné y el reportero condensó fue que la violación de la autonomía universitaria la habían perpetrado quienes sustrajeron sus edificios e instalaciones a su función propia; quienes los convirtieron en moteles, dormían en los cubículos alfombrados de los Institutos, despojaban de sus camionetas a los directores y las empleaban en maniobras estratégicas; quienes convirtieron en radio-Cuba a Radio Universidad, y desde ella propagaban la subversión. Pues así las cosas: incapaces las autoridades universitarias de restaurar el orden, lo que el ejército había hecho era rescatar un bien de la nación, para devolverlo a la normalidad de sus funciones; no, pues, violar ni profanar un recinto violado y profanado antes.

En vez de publicar esta amplia respuesta que hoy reitero, lo que en ese diario apareció fue que yo había calificado de muy buena noticia lo de la ocupación por las tropas de C.U. Y hay su diferencia. No podía parecerme buena tan triste noticia; pero trataba de señalar las cosas, por todos conocidas, que la provocaron, y que tampoco podían parecerme buenas, ni alegres.¹⁹⁶

Aun con texto aclaratorio, Salvador Novo no pudo evitar la andanada de respuestas y descalificaciones que no sólo alcanzaron su figura y respetabilidad pública, sino la de otros escritores como Martín Luis Guzmán (1887-1976) y Agustín Yáñez (1904-1980), titular de la Secretaría de Educación Pública durante todo el sexenio diazordacista, quien desempeñó –en palabras de Carlos Fuentes – el papel de *Rigoletto* en “la melancólica función de coros operísticos

de un poder ensañado en contra de la independencia intelectual.”¹⁹⁷ Por si esto no hubiera sido bastante, una mañana Novo descubrió en los muros de su casa leyendas que lo hicieron sentir víctima de la fechoría y “la vileza de los anónimos”.

El sábado amanecí al dudoso honor de verme equiparado con don Hernán Cortés, en la medida en que manos cobardes pintarrajearon en ‘el papel de necios’ de su casa de Coyohuacan los primeros pasquines de la Nueva España. En la puerta de mi casa y en el muro de piedra, aparecían expertamente trazados con pintura roja de aceite varios letreros. El chofer ya había borrado con gasolina los de la puerta que decían: ‘Novo con los soldados’, pero en el marco todavía se veía: ‘Novo, escribe la crónica de la toma de la UNAM’; y en la barda, con grandes letras muy parejas y bien distribuidas: ‘Popular entre la tropa’.¹⁹⁸

En efecto, Salvador Novo fue uno de los periodistas que, en diferentes tonos y tiempos, arremetió contra el movimiento estudiantil, sin embargo no fue el único en manifestar su desconcierto ante acciones juveniles que a ojos de más de un columnista o editorialista eran la expresión de “una enorme torpeza e insubordinación social”. Por ejemplo, el diario *Excélsior* sostuvo en su editorial “Motines sin ideales”, aparecido el 25 de julio de 1968 que en el movimiento estudiantil:

No encontramos ningún gesto, ningún anhelo, ninguna idea que hablen del vuelo generoso de la juventud en el vandálico encuentro entre estudiantes que el martes pasado, convirtió a un sector ciudadano en escenario de violencias y de excesos intolerables. La misión de la enseñanza superior, es darle cerebro a la nación y nunca podrá sentirse ésta más defraudada, cuando de sus gabinetes de estudios salen en

¹⁹⁶ *Ibidem*, pp. 409-410.

¹⁹⁷ En *Tiempo Mexicano*, p. 160.

¹⁹⁸ En *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, pp. 183-184.

lugar de hombres que trazan las rutas de su destino, una turba obtusa que pelea por estupideces.

No son una novedad en México los encuentros entre estudiantes, pero no hay en ellos falta de idealidad, sino tal vez exceso en la pelea, trepidan ideas de esplendor juvenil y humano, y banderas ideológicas realmente amadas. Los estudiantes fueron símbolo de altura espiritual y de los mejores anhelos de la patria a la que enaltecían. Por ello entristece advertir que en la lucha estudiantil que comentamos, no se encuentran banderas ni nobles empresas, ni generosidades, ni en suma, algo siquiera que sea digno de la pasional entrega de la juventud, ni siquiera alguna vaga idea de algún propósito. Advertir esto es tanto más deprimente, cuando que en estos momentos, los jóvenes en un fenómeno casi universal, claman que se les dé la palabra y se les escuche, henchidos de ideas que entrañan sin duda, una mirada nueva sobre el mundo. La generación que en el mundo está llegando en estos momentos al meridiano de su juventud, cuando ha decidido salir de la tranquilidad académica del claustro, lo cual ha hecho con frecuencia, busca ser espejo de lo mejor de sus naciones y procura hacer en ella, una especie de transferencia de las voces y los grandes anhelos de sus pueblos. Siempre con el propósito de convertirse en azar de su época, jamás para ser lamentables exponentes de la vaciedad y de la estupidez.¹⁹⁹

Cerrando un mes de agosto en el que el desalojo al Zócalo (ocurrido la madrugada del día 28) y la ocupación militar de Ciudad Universitaria (18 de septiembre) vaticinaban lo que el régimen tenía reservado, Novo escribió la crónica de un encuentro con Gustavo Díaz Ordaz donde puso de manifiesto el lugar que tenía dentro de los afectos y consideraciones del mandatario.

¹⁹⁹ En *Díaz Ordaz y el 68*, pp. 120-121.

Me había hecho el señor presidente la distinción de sentarme frente a sí, como acuerdan sus ministros, y no en el protocolario sofá de las visitas. Hay debajo del escritorio que Morelos vigila desde un buen retrato, una especie de rodillo o taburete alfombrado en que descansan deliciosamente los pies. Y a mano del señor presidente, sólo un par de teléfonos: uno beige y otro rojo, como el famoso Moscú-Washington.

Este teléfono sonó mientras conversábamos. El presidente contestaba con monosílabos: 'Sí, sí, licenciado... sí...', hasta que mirándome con maliciosa sonrisa agregó: 'No creo que Salvador Novo vaya a llevarle flores a su tumba'. Terminó, colgó, rio al notar mi extrañeza. 'Era el licenciado Yáñez. Dice que por el Politécnico han empezado a pintarrajar camiones y a convocar para el 2 de octubre...' Lo decía sin la menor preocupación, aunque con un levísimo, imperceptible dejo de dolida amargura. Luego: '¿Ya no recuerda? Una vez, entre literatos, alguno propuso que llevarsen flores a la tumba de Villaurrutia. Y usted dijo que sería mejor llevárselas a Agustín Yáñez'. Volvió a reír, y hablamos de otra cosa.²⁰⁰

Con un saldo que incluía la renuncia del rector Javier Barros Sierra (rechazada el 23 de septiembre por la Junta de Gobierno de la UNAM), la protesta de un grupo de madres que denunciaban "la represión de la cual eran objeto sus hijos y el pueblo en general", así como el desarrollo de mítines en la explanada de Ciudad Universitaria y la expedición de órdenes de aprehensión contra líderes del CNH, el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz llegó al mes de octubre convencido de que "ninguna agitación social debe quedar sin ser totalmente liquidada porque eso equivale a posponer sus consecuencias."²⁰¹

Elegida como punto de reunión para un gran mitin, la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco fue abarrotada la tarde del miércoles 2 de octubre por cientos de jóvenes, maestros, intelectuales, políticos, madres, niños y trabajadores que, una vez más, urgían a que "las cosas cambiaran en México".

²⁰⁰ En *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, Tomo II, pp. 625-626.

²⁰¹ En *Díaz Ordaz y el 68*, p. 111.

Después de cubrir una orden del día en la que consignas, aplausos, gritos, comunicados y discursos fueron las principales actividades, la concentración del 2 de octubre culminó en un enfrentamiento a fuego cruzado que, a casi treinta y nueve años de sucedido, no ha podido ser dilucidado.

En tanto que la madrugada del 3 de octubre los periódicos se prepararon para salir con notas donde se informaba que los disturbios en la Plaza de las Tres Culturas habían dejado como costo más de 90 estudiantes detenidos, Salvador Novo se enteró de la noticia al lado de su amigo Roberto Montenegro quien convalecía en un hospital de la ciudad: “Estaba viendo la tele, y en el noticiero, nos enteramos de la batalla de Tlatelolco. Después de eso, sólo quería regresar cuanto antes a casa.”

Los días posteriores a la matanza del 2 de octubre fueron de intranquilidad y estupor, sobre todo, por el encarcelamiento y desaparición de numerosos jóvenes, que trataron de ser mitigados por la prensa, la radio y la televisión debido a la proximidad de los eventos olímpicos. De hecho, siete días después de lo vivido en Tlatelolco, ‘Cronos’ publicó un artículo que a través del sarcasmo pretendía aminorar el impacto de la tragedia.

Que el fuego olímpico llegara a Veracruz el día que a los fogosos que lo trataban de estorbar empezaba a llegarles la lumbre a los aparejos, no fue más que una mera coincidencia.

Pero veamos las cosas por su lado optimista. Comprendamos que cuando se soltaron incendiando autobuses y tranvías, lo único que querían era anticipar su llegada y comerle el mandado a la antorcha olímpica; pero a lo bestia.

Puede parecernos des-garrador; pero todo se explica en función de los apellidos: los a-Garrones, los Garro-tazos, los des-Garramientos, y hasta el jueguito de en-Garróteseme áhi.²⁰²

²⁰² En *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, Tomo I, pp. XXX-XXXI.

Una vez instaurada la *Pax olímpica*, el gobierno graduó el retiro de las tropas apostadas en las distintas escuelas y planteles universitarios, ya que su objetivo de fracturar el mando y la organización estudiantil había resultado un verdadero éxito.

Sin cabezas visibles en la conducción, desmovilizados y titubeantes ante la decisión de continuar con la huelga, “los sobrevivientes” pensaron que el camino era replegarse e intentar su reorganización mediante la ejecución de asambleas.

Por su parte, Gustavo Díaz Ordaz determinó como tarea pendiente la de garantizar que los dos últimos años de su gestión sucedieran sin sobresaltos y de acuerdo a la estabilidad que siempre se había esforzado en consolidar.

La expedición de la Ley del Trabajo para los obreros, la creación del Banco Rural para los campesinos, la multiplicación de estímulos para el sector industrial y el apoyo decidido a la industria petrolera e inversionistas extranjeros fueron algunas de las medidas con las cuales el régimen pensó atemperar la culminación de un sexenio marcado por 1968.

Retraído y casi aislado de sus actividades públicas como primer mandatario, Díaz Ordaz se preparó a rendir su sexto informe de gobierno investido de una imagen dura y vertical que pese a sus aciertos administrativos, económicos y, aun, sociales y políticos (como la iniciativa de derecho a voto a los 18 años de edad y la apertura de las consultas para la derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal²⁰³), no pudo despojarse de una sombra de repudio y condena generalizada que lo persiguió el resto de su vida y trascendió su muerte fechada el 15 de julio de 1979.

No obstante, el presidente no fue el único en cargar con el peso de sus responsabilidades, ya que su amigo y Cronista Vitalicio de la Ciudad de México, Salvador Novo, también resintió el rechazo y la paulatina marginación de

²⁰³ Que consignaba el delito de disolución social y, por lo tanto, procesaba y condenaba a aquellos que se organizaran en grupos tendientes a lesionar la paz y soberanía nacional. Cabe mencionar que esta iniciativa de Gustavo Díaz Ordaz, en gran medida, fue impulsada por la lucha del movimiento de 1968, haciendo posible la participación de grupos comunistas, que hasta entonces actuaban en la clandestinidad y la penumbra.

sectores políticos e intelectuales que lo precipitaron por una pendiente similar a la vivida ante el fin del período diazordacista.

En los ocho días transcurridos desde su emisión, el Informe presidencial al Congreso ha sido analizado, disecado, interpretado, examinado en todos sus ángulos y detalles y desde todo punto de vista por toda suerte de profesionales y capacitados comentaristas; y derramándose como tema obligado en las páginas de todos los diarios, radios, televisiones.

Seguido ese acontecimiento nacional, esa comparecencia del señor presidente por su inmediato viaje relámpago (vuelto allá trueno y rayo) a EU para una impresionante cena de Estado, fueron sus palabras en ella pronunciadas lo comentado con igual minuciosa voracidad.

Los días se suceden con rapidez inusitada, como si el año último de su gobierno nos arrastrara por una pendiente. El martes próximo habrá, por supuesto, la imprescindible ceremonia del Grito desde el balcón central de un Palacio en Restauración; pero se ha suspendido la habitual recepción, por tantos miles de invitados, esperada, disfrutada.

Del Informe, lo que más vivamente perdura en mi recuerdo es la imagen y la voz firme, clara, *a tempos* diversos, matizada y expresiva, de quien pronto dejará de ser llamado señor presidente para reanudar la anhelada privacidad de su vida al prescindir de las ineludibles barreras, puertas, salones, antesalas y tareas fijas que aun hoy lo apartan de quienes se acercarán jubilosos al hombre, al amigo; y al hallarse él mismo en aptitud de recibir o visitar a aquellos cuyo afecto acendra la posibilidad ya próxima de manifestárselo sin que ello parezca adulación ni entrañe interés.

Mientras llega ese día en que acaricio la esperanza de cultivar una amistad que me ha honrado desde hace más de seis años, realizo el particular balance de mis deudas impagables con el presidente de mi país, y el estímulo que los favores concretos y la actitud amistosa y cordial hacia el escritor mexicano depararon, infundieron a mi modesto trabajo. Rcuerto que pude en este sexenio uncirme al servicio diplomático en grado muy honroso, y que me apenó mucho declinarlo al hallarme indesarraigable de mis rutinas. Inolvidable me será, del

calendario de 1965, la fecha en que por acuerdo del señor presidente Díaz Ordaz fui nombrado cronista de la ciudad y me conmovió siempre haber recibido de sus manos el Premio Nacional de Letras de 1967.²⁰⁴

Como se aprecia, el periodista empezó a experimentar un sentimiento de vulnerabilidad y vacío reforzado no exclusivamente por la desaparición de casi todos los miembros de su generación, sino por su incapacidad de adaptarse y comprender (como lo había hecho numerosas veces en su juventud) las ideas y exigencias de los nuevos tiempos que tan sólo ocho años atrás le habían motivado escribir:

Me aflige, como a todos los viejos que no acaban de resignarse a serlo, la sensación de culpa de no conocer más que a unos cuantos –que admiro– poetas jóvenes: José Emilio Pacheco, desde luego. Pero me consuela la reflexión de que este distanciamiento, esta gradación: estos oleajes, estas generaciones cerradas en sí mismas, han ocurrido siempre así, y representan la continuidad interrumpida y natural de una etapa con la anterior y con la siguiente: los jóvenes están bien entre ellos mismos, y para nada necesitan de los viejos. Y por nuestra retirada, liquidada parte, los viejos debemos a nuestra vez contenernos en el recato de nuestra lápida. Tratar de vincularnos con ellos equivaldría a ejercer una aberrante pederastia espiritual; como su admiración por nosotros, si por acaso solieran deparárnosla, aparecería teñida de (como dice el psiquiatra pedante de mi *Yocasta*) “la insólita aberración de la gerontofilia.”²⁰⁵

A principios de 1970 el país tenía idea del balance en números que iba a presentar el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, pero en la cúpula del poder persistía la incógnita de quién sería su sucesor, pues en la lucha por la candidatura se encontraban desde hacía meses figuras como las de Antonio Ortiz Mena (depositario de la confianza y estabilidad económica del sexenio),

²⁰⁴ En *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, Tomo II, pp. 614-615.

²⁰⁵ En *La vida en México en el período presidencial de Adolfo López Mateos*, Tomo I, p. 68.

Emilio Martínez Manautou (secretario personal del presidente) y Luis Echeverría Álvarez (titular de la Secretaría de Gobernación).

Pese a que Díaz Ordaz nunca mostró preferencia por alguno de los miembros de su gabinete, el licenciado Echeverría Álvarez siempre le había parecido adecuado por su historia personal, su trayectoria pública, su desempeño burocrático y su fidelidad irrestricta al partido y al sistema.

Hijo de don Rodolfo Echeverría Esparza (empleado en la Secretaría de Hacienda) y de la señora Catalina Álvarez, Luis Echeverría nació el 17 de enero de 1922 en el Distrito Federal. Integrante de una familia de la llamada “clase media”, realizó estudios primarios y secundarios en varias escuelas públicas de la capital donde trabó amistad con niños como José López Portillo (1920-2004) y Arsenio Farrell Cubillas (1921-2005) quienes años más tarde compartieron su lucha y sus aspiraciones políticas.

Graduado en derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1945, Echeverría Álvarez se introdujo en la vida política del país al lado de Rodolfo Sánchez Taboada, hombre que durante la presidencia de Manuel Ávila Camacho fungió como presidente del Partido Nacional Revolucionario.

Sin tener claro qué esperaba de la administración pública, el joven Luis Echeverría decidió conocer y analizar los mecanismos de la organización política que en el desarrollo de los años cincuenta buscaba mantenerse como la más fuerte y cohesionada.

Atendiendo una instrucción política y partidista donde las virtudes más ponderadas eran la capacidad de trabajo, la sobriedad y la disciplina, el licenciado Echeverría logró ascender peldaños que pronto lo convirtieron en Secretario de Prensa en el Comité Ejecutivo del PRI del Distrito Federal.

Años de fogueo y entrenamiento siguieron esta designación, misma que permitió al novel abogado hacerse de un nombre que lo lanzó a la Oficialía Mayor de la Secretaría de Educación en el gabinete de Adolfo Ruiz Cortines. Terminado este sexenio, Echeverría volvió a ser favorecido con una oficialía que de nueva cuenta lo ubicó en el centro de las actividades priístas y en directa relación con los hombres elegidos para ejercer el poder.

La subsecretaría de Gobernación fue entonces el puesto desde el cual “el militante que jamás había ocupado un cargo de elección popular” se proyectó a la titularidad de esta cartera cuando contaba con cuarenta y un años de edad en 1963.

El orgullo de ser un “producto capitalino químicamente puro”²⁰⁶ le ganó a Luis Echeverría numerosas simpatías, pero también grandes desconfianzas en las alas conservadoras del partido que lo concebían como un hombre sin visión política, sobre todo, después del conflicto de 1968. Pero, aun con la desesperación de los grupos enemigos, Gustavo Díaz Ordaz consideró que su ex ministro tenía “la sangre, el carácter y la decisión” para defender y resguardar la estabilidad de un sistema que había sobrevivido a la crisis más aguda de su historia reciente.

Una vez descubierto el juego, Díaz Ordaz comunicó su decisión al partido y a su gabinete, anticipándoles que desde ese momento “más valía que trataran los asuntos de importancia con el licenciado Echeverría”, en tanto que él se dedicaría a plantear a sus amigos y colaboradores la necesidad de

trabajar intensamente en frenar la personalidad del presidente que va en tobogán... y hay que detener esa personalidad porque es el sustento de la institución federal. Ustedes dedíquense a eso, que yo tengo otra cosa muy importante que realizar, la más importante de mi vida: yo tengo que prepararme para ser ex Presidente de México.²⁰⁷

Aquejado en los últimos meses de 1970 por un fuerte deseo de entregar el poder, Díaz Ordaz permitió manos libres a su elegido en el diseño y ejecución de su campaña, misma que inició de manera formal cuando a Luis Echeverría le fue notificado, en su casa de San Jerónimo, el pronunciamiento favorable de tres sectores del PRI para llevarlo como su nuevo candidato presidencial.

²⁰⁶ Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1975, p. 9.

²⁰⁷ En *Díaz Ordaz y el 68*, pp. 185-186.

Decidido a dar la nota discordante, pero sobre todo a delimitar una distancia que lo alejara de las durezas del diazordacismo, Echeverría Álvarez se definió desde el primer día de su designación como un “agitador político y social”, rompiendo por completo con la imagen monolítica de su antecesor. Además, –asegura el historiador Daniel Cosío Villegas– instrumentó una campaña poco común para los tiempos en que el PRI dominaba la dinámica electoral, pues tratando de emular las jornadas cardenistas, se apresuró a visitar “los pueblos y las rancherías más remotos y desamparados del país.”²⁰⁸

Con una relación más que fracturada, Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez tuvieron que estrechar sus manos e intercambiar abrazos, el día 1 de diciembre de 1970, cuando el primero le hizo entrega de la banda presidencial. Ocupando un lugar dentro de los más de cinco mil invitados, Salvador Novo atestiguó la toma de posesión de un hombre que le parecía “generoso y sumamente dispuesto a luchar por el bien de la nación”.

Todo fue y funcionó perfecto. La entrada al Campo Marte para estacionamiento 13: poco visible para quienes recorran el Periférico, resultó ser la que – descubierta desde que dirigía la Escuela de Teatro – suele llevarme directamente de Coyahuacan a algunos de los helados teatros de la Unidad Cultural del Bosque. Por ella entramos, portadores visibles del cartón de identidad, y Rafael, guiado por agentes de tránsito, se colocó en batería.

El trecho hasta la puerta 1 era largo y helado el aire a las 9:15 de la luminosa mañana. Y el acceso a la puerta, bordeado desde el paseo de la Reforma por cadetes impávidos que uno no osa atravesar, con lo que era preciso emprender la peregrinación desde el arranque y en medio de la valla. Y una vez revisado el boleto, subir y bajar por las escalinatas flamantemente alfombradas con Mayatex, hasta advenir a la admiración de una metamorfosis impresionante: la del feo, vasto, corriente y como arena-de-boxeo Auditorio Nacional, construido para espectáculos o deportes en redondo o en muy amplia herradura, en un

²⁰⁸ En *El estilo personal de gobernar*, p. 16.

teatro enorme, pero proporcionado, de gratísima luz, de colores tranquilos y bien concertados: todo escenografía de la buena, marca Julio Prieto: plafones y muros falsos; cancelación con ellos de las localidades altas y populares, y apertura en abanico de las secciones de butacas claramente marcadas en el plano. La visión, la visual desde todos los puntos, dirigida al ápice a que todo convergía: sobre un gran practicable centro arriba, al que se llegaría por una rampa reservada a los presidentes, el presídium con sillones para ambos y el presidente del Congreso. Y abajo centro, en un primer nivel, la mesa a que una pareja – Adán y Eva congresionales – pasaría lista de diputados y senadores que no se molestaban en manifestarse presentes: pero que por nada del mundo habríanse hallado ausentes.

Entendámonos: en teatro, izquierda y derecha son las del actor en escena; no las del público. Así las cosas, el gabinete del presidente Echeverría, desde su punto de vista cuando a él se dirigiera, quedaba a la derecha; desde el punto de vista del público, a la izquierda. Así que a la izquierda quedaba el grupo de butacas o barreras A a que me asignaba el boleto y me condujo un amable edecán. Pronto me percaté (por los vecinos) de que aquel “lateral A”, era la sección “Premios Nacionales Intelectuales y Similares A.C.” Para sólo mencionar a unos cuantos: los recientes Pancho Díaz de León y doctor Graef Galindo, Jaime Torres Bodet. Y académicos como Alí Chumacero, Andrés Henestrosa, Edmundo O’Gorman. Atrás nuestro, Héctor Azar con don José Luis Martínez. Ocupaban las primeras filas los gobernadores de los estados. Saludé a los que conozco y me vieron. Y enseguida de ellos, el proscenio que explayaba en dos filas de constantemente saludados, fotografiados, felicitados por los que abajo se aproximaban a su altar, los nuevos secretarios. Más allá, una “distancia estética” o inexistente foso para la orquesta (suplida para el Himno por alguna altoparlancia no muy perfecta) separaba al público todo del escenario cuyo augusto telón de fondo era una gigantesca bandera. Al otro lado del foro (derecha para el público, izquierda para los actores) se explayaban en un proscenio igual los secretarios salientes y sobresalientes; pero resultaba imposible

identificarlos a aquella distancia que, de golpe y porrazo, los empequeñecía, borraba, diluía.

Y entre ese lado y el lateral A: arriba y abajo, en palcos o butacas, suficientes personas para integrar la suma total de casi cinco mil concurrentes a una ceremonia cuya continuidad y detalles difundieron ‘en vivo’ televisión y radio...²⁰⁹

Expectante por la llegada del nuevo mandatario, pero entristecido ante la salida de quien le había entregado los reconocimientos más importantes de su vida, Novo sintió que en adelante su tarea consistía en disfrutar de los privilegios y continuar elaborando la crónica de un México que ahora marcharía bajo la consigna de “construir un país próspero, abierto y democrático”.

Rebelde ante toda clase de formalidades, Luis Echeverría conformó un equipo donde privaron nombres de funcionarios desconocidos, pues en palabras de él mismo, su gobierno trataba de impulsar a una generación de jóvenes ansiosos en luchar por un proyecto de nación alejado de las viejas costumbres políticas.

Por ello, el nuevo mandatario afirmó a la prensa en 1971 que la elección de sus colaboradores había sido guiada “no sólo por el valor y por el valer, por los conocimientos y por la experiencia personal, sino por la eficacia potencial de cada uno de ellos”. De manera que su decisión –abundó Echeverría– se había tornado difícil, pues en su escritorio “se abultaron los currículos de gente estudiosa, especialista y profundamente conocedora de la problemática nacional”.

Este tono grandilocuente y, en ocasiones, socializante del echeverrismo pronto reavivó en Salvador Novo la esencia ácida y burlona que había estado dormida desde sus años de cronista político permitiendo que su viejo humor e ironía volvieran a florecer en sus cartas y artículos.

²⁰⁹ Salvador Novo, *La vida en México en el período presidencial de Luis Echeverría*, México, Conaculta, 2000, pp. 1-2.

Así, después de un encuentro donde Luis Echeverría “dialogó con representantes culturales en una sesión maratónica donde puso a prueba su aguante y su garganta”, Novo refirió:

Su salida fue menos fácil. Una nube de reporteros y camarógrafos interceptó su paso, lo detuvo a media biblioteca, le forzó a improvisar una conferencia de prensa con preguntas no todas pertinentes: ‘¿Qué autores mexicanos lee?, a las que muy hábilmente dio el quite; pues habría sido como mentar la soga en la academia de los ahorcados.’²¹⁰

A pesar de expresar su antipatía por “los gobiernos redentores”, Novo se convirtió en este período en una de las personalidades más reconocidas del mundo literario de México ganándose elogios como el de ser “una de las plumas más grandes de América Latina” y puestos como el de asesor del Consejo Consultivo de la Ciudad de México.

En opinión del novelista Sergio González Rodríguez, para Salvador Novo éste fue el tiempo de los aplausos y los homenajes, de los abrazos y las comilonas, de las conferencias y los actos cívicos, de los anillos y los bisoñés.

Todo este oropel hizo que la energía y la salud del cronista se deterioraran poco a poco orillándolo a permanecer en casa y consumir sus horas viendo televisión o devorando libros y periódicos de cuyas secciones se empeñaba en hacer resúmenes o apuntes mnemotécnicos. Además, el dolor y la nostalgia volvieron a hacerse presentes con el fallecimiento de sus amigos Emilio Azcárraga Vidaurreta, José Gorostiza y Agustín Lazo. Pero, el golpe mayor de estos años, ocurrió el 20 de noviembre de 1971, día en que vio morir a su madre, doña Amelia López Espino.

²¹⁰ *Ibidem*, p. XII.

[...] y me senté en su cama y cogí su mano inerte, y contemplaba sus ojos cerrados y su respiración apenas perceptible en el filtro de oxígeno, y pasaron instantes como siglos de acendrado dolor, y de pronto, dulcemente, cesó todo signo de vida. Y puse su rosario en la mano que besé por última vez, y mientras Domitila y Gonzalo, sus fieles criados prorrumpían en llanto; y la enfermera de día llegaba a amortajarla, yo me mordí el corazón y fui directamente al teléfono nuevo y privado: el que se instaló donde su timbrado no pudiera perturbar a la enferma, y hablé a Gayosso de Félix Cuevas para solicitar el servicio fúnebre –e iniciar así la inexorable cadena de las veinticuatro horas más alucinadas, increíbles y dramáticamente ciertas que pueda vivir quien recoge en el medio ser que le queda al verse mutilado la voluntad, la firmeza, la supervivencia que en él delega quien ya descansa: quien ya no siente; cuya sangre no fluye ya, ni ven sus ojos, ni ya sufre.

¡Cuántas veces antes había visitado esa Capilla 2! Ahí estuvo Juanito Pellicer, ha poco más de un año; ahí Manuel J. Sierra. Ahora en el silencio hasta ahí entraron ese féretro metálico, pesado como una caja fuerte para contener un cuerpecito tan endeble que los enviados de Gayosso bajaron cargado por la estrecha escalera de casa para colocarlo ya abajo en el aparato rodante cuyas rodillas se doblan al entrar en una ambulancia que disimula totalmente su servicio: sin rótulo ni indicio alguno.²¹¹

Adolorido y casi anestesiado por la pérdida de su más fiel compañera, Novo se saturó de actividades que lo llevaron a dictar conferencias, asistir a eventos oficiales y atender invitaciones de un círculo de amigos que igual que en el pasado estaba conformado por magnates, bancarios, hombres de letras, historiadores y académicos.

En tanto que Luis Echeverría arrancaba su segundo año de gobierno con el estigma de una nueva represión a estudiantes (10 de junio de 1971) e insistía en que “hay que empezar hablar de los problemas para resolverlos”, Salvador Novo inició los trámites de su testamento, ya que le preocupaba morir y no dejar

²¹¹ *Ibidem*, p. 142.

constituido un fondo de becas para estudiantes de historia, letras y teatro. Mi deseo –aseveró– es que alguno de estos talentos “gocen para cultivarse del dinero que me faltó a su edad. Quién quita; alguno de ellos podrá rezarme un padrenuestro.”²¹²

Víctima del tiempo y de la añoranza, Salvador Novo obvió de sus escritos semanales para *El Heraldo de México* (diario en el que cumplió el 5 de junio de 1969, veinticinco años como columnista) temas como el desorden económico, el alza en los precios, la reactivación del movimiento ferrocarrilero, las demandas campesinas, la descentralización de la industria o la escasez de empleo, para en cambio documentar su pasión por la historia, la comida, el cine, la ciudad de México y la conversación.

Recluido en casa y consagrado a la que tal vez sería su última aventura intelectual (el estudio pormenorizado de la capital a finales del siglo diecinueve, que dio por resultado la obra *Un año hace ciento. La Ciudad de México en 1873*), Novo resistió los embates de dos infartos pulmonares que no le impidieron continuar con sus colaboraciones periodísticas.

Autorizado por el doctor Sepúlveda, acababa de enriquecer con unas rebanadas de jamón y un poco de puré, la dieta de un vaso de leche con crema cada dos horas que prolongada desde el jueves y seguida con estricta fidelidad, iba dando tan buen resultado, pero me tenía como trazo de debilidad, seguro a ratos de que este año ya no cargaría a los peregrinos, y resignado a ver llegar el miércoles mi *Heraldo* sin la carta a los amigos; porque mi espíritu ordenado, metódico, rutinario, me organiza por reflejos condicionados inexorablemente ejercidos, que por lo que hace a esta comunicación semanal con el mundo, me conmina a enviarla los lunes con toda temprana puntualidad.

Esta vez no iba a ser posible que la escribiera; por varias razones: una presión que llegó al extremo de 60-80, una astenia invencible –y una concomitante falta de temas de que hablar, puesto que llevaba ya para el lunes toda una semana de exacerbada misantropía

²¹² *Ibidem*, p. XXI.

que nutrida en vicioso círculo por la enfermedad, acumuló sobre mi mesa invitaciones y compromisos sociales y literarios a que falté. Resolví pues avisar a don Gabriel que no habría carta. Y no lo admitió: ‘Aunque sea muy breve –autorizó–, y lo espero hasta el martes. Un párrafo, lo que sea. No puede usted defraudar a sus lectores.

Fue como una inyección de vitamina B12. En igual medida que el jamoncito por las proteínas de que me dotaba, las amables palabras de don Gabriel me impulsaron a mudar de asiento en esta recámara que me recluye desde hace una semana: a transportarme desde el sillón bordeado por dos teléfonos, una radio y un televisor pequeño; y frente al cual hay la mesa de bridge a que me nutro, hasta este otro sillón del escritorio esquinado de espaldas al jardín, donde la maquinilla eléctrica pareció al primer latigazo reaccionar con la alegría de un potro que echara de menos a su jinete, y se aprestara a trotar con él tan lejos como fuera preciso. Por dentro, ronroneaba, como un gato a quien se acaricia; y a cada teclazo, y a cada presión sobre los botones de retroceso o de espacio, reiteraba su obediencia y su disposición a servirme.

Le confieso a usted, don Gabriel, que me sentía incompleto, frustrado, con todo esto adentro y acostumbrado a volcarlo. Ya ve usted que aunque me autorizó a afrontar la emergencia con una o dos cuartillas, una vez lanzado, no hay quien me detenga de compensar con el diálogo a la máquina con los monólogos solitarios que llenan mis insomnios, o me fermentan pesadillas como la formidable que tuve el sábado, y que ya afortunadamente no queda espacio para relatar.

Confío en que esta colaboración llegue a tiempo de aparecer en su plana de siempre, y en el día esperado. Y mil y mil gracias. Ahora ya tengo 80-120.²¹³

Para el mes de diciembre de 1973 Novo contrajo una pulmonía que lo llevó al hospital donde cámaras de televisión prorrumpieron la intimidad de su cuarto y, según testimonio de González Rodríguez, encontraron “en cama a un

²¹³ *Ibidem*, pp. 469-470.

anciano calvo, desdentado, casi irreconocible que trata de cubrirse el rostro con la sábana en un gesto postrero de pudor, de refugio en el anonimato.”²¹⁴

Sin ser él mismo y habiendo dejado de parecer lo que era, Salvador Novo murió el 13 de enero de 1974 a las 21:45 horas en el Hospital General del Centro Médico afectado por un paro cardíaco y, a manera de homenaje póstumo, su cuerpo fue velado en el Salón de Cabildos del Antiguo Palacio Municipal de la Ciudad en un acto al que asistieron familiares, amigos (como Carlos Chávez, Martín Luis Guzmán, Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer); actrices (Dolores del Río, María Félix e Irma Serrano); funcionarios (el Regente de la Ciudad, Octavio Senties, Víctor Bravo Ahuja, secretario de Educación Pública, los dieciséis delegados políticos del Distrito Federal, así como el presidente Luis Echeverría) y, sobre todo, múltiples lectores que apreciaron y disfrutaron en Novo, durante más de cincuenta años, su capacidad de renovarse en el placer de la escritura.

Numerosas esquelas, notas y crónicas que tuvieron como telón de fondo el Panteón Jardín, cementerio donde fue sepultado a las 17 horas del lunes 14 de enero, aparecieron publicadas en los días siguientes en periódicos como *El Universal*, *Excélsior*, *El Sol de México*, *El Nacional*, *Novedades* y, por supuesto, en su última morada periodística, *El Herald de México*, pero fue el poeta español Juan Luis Panero (1942) quien se encargó de recrear en la pieza, “La muerte está servida”, la imagen que Salvador Novo proyectó en su última actuación pública.

*Con el maquillaje más esmerado que otras veces
y la más espectacular de sus pelucas,
sonriendo divertido ante la nueva escena,
—la larga obra ya lo estaba aburriendo—
el poeta mexicano Salvador Novo
abrió con segura posesión de sí mismo,
las demoradas puertas del olvido.
Pensaba sin importarle demasiado,
que quizá unos versos lo recordarían,
aunque él hubiera preferido otros recuerdos:
los dibujos de sus corbatas, sus labios sobre unos
labios jóvenes.*

²¹⁴ *Ibidem*, p. XXV.

*Antes de que las puertas se cerrasen,
brillaron por última vez sus piedras, sus queridos
anillos,
iluminando –deslumbrante arcoiris,
bengalas de artificio en la cerrada noche–
el pálido resumen de sus días,
las manos apagadas de la muerte.*²¹⁵

²¹⁵ Juan Luis Panero, *Galería de fantasmas*, Madrid, España, Visor, 1988, p. 15.

Conclusiones

Pasión por las palabras tal vez sea una manera de definir el principio que rigió la obra y la vida del escritor mexicano Salvador Novo López. Originario del Distrito Federal, hijo único de un matrimonio donde la presencia materna fue determinante. Lector insaciable de libros, periódicos, revistas o cualquier material que mediante su letra impresa lo condujera a otros mundos. Soñador y artista con espíritu de poeta, Novo descubrió a temprana edad la importancia que la escritura podía alcanzar en su existencia.

Partícipe de mudanzas que le obligaron a residir en varias ciudades del norte de la República Mexicana, también atestiguó los excesos y rudezas del movimiento revolucionario imprimiendo en su memoria sucesos y vivencias que al correr del tiempo trazaron no sólo sus convicciones políticas, sino su actitud frente al poder y la vida.

Si bien fueron casi diez años los que la familia Novo permaneció fuera del lugar del que “estratégicamente habían escapado”, el retorno a la capital significó para el adolescente de catorce años la conquista de un universo de opciones intelectuales, académicas, artísticas y, aun amistosas que, en el marco de una provincia “aletargada y empobrecida”, le hubiera resultado difícil obtener.

Consciente de que su camino estaba muy distante del sueño familiar de convertirse en médico o abogado, Salvador Novo se desarrolló de 1917 a 1919 en el seno de una Escuela Nacional Preparatoria impactada por la efervescencia de los acontecimientos políticos, así como por las pugnas académicas e ideológicas producidas entre profesores “sobrevivientes de la vieja guardia” y los representantes de una nueva generación.

Inmerso en la turbulencia de personajes que arribaban y se despedían del poder víctimas de traiciones o asesinatos y, además, se enarbolaban causas de justicia social, Salvador Novo supo encontrar los resquicios por donde colarse a una actividad que sin sospecharlo le reportaría gran reconocimiento, satisfacciones y dinero.

Revistas como *Policromías* y *México Moderno* fueron para el escritor durante los años veinte, el trampolín que lo proyectó al ejercicio de una profesión que, en principio él concebía como una “manera modesta de vida”, ya que su verdadera vocación se encontraba en los terrenos de la poesía y la literatura. De hecho, fueron poemas, piezas satíricas y epigramas, los textos que primero vieron la luz con la firma de Salvador Novo en magazines reconocidos como *El Universal Ilustrado*, o en diarios como *Excélsior* y *El Heraldo de México*, colocándolo en el centro de una labor en la que sus cualidades de síntesis, poder de observación y sencillez en el lenguaje fueron inmediatamente aprovechadas.

Ansioso de que las innovaciones conceptuales y artísticas tuvieran eco en el quehacer intelectual de México, Novo también participó en los proyectos editoriales más destacados del decenio de los veinte, pues al lado de figuras como Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet y Bernardo Ortiz de Montellano (por sólo mencionar algunos nombres de un nutrido grupo de literatos, poetas, pintores, músicos, etcétera) emprendió la publicación de materiales que daban cuenta de los cambios ocurridos al interior de la cultura y las humanidades, pero que al mismo tiempo evidenciaban sus preocupaciones y obsesiones más íntimas. Publicaciones como *La Falange* (1922-1923), *Ulises* (1927-1928) y *Contemporáneos* (1928-1923), constituyeron las aventuras literarias más importantes de los años de juventud de Novo dejándole aprendizajes y experiencias que más tarde explotaría en su trabajo de periodista.

Aunque Novo vivió el vértigo de “los desenfrenados años veinte” y eso le permitió acrecentar su ánimo de búsqueda y renovación, las transformaciones políticas, económicas y sociales producidas en esta época, a su vez agudizaron los síntomas de un panorama humano plagado de conflictos, circunstancias y personajes que desencadenaron una “explosión informativa” cuyo cauce natural fue la incesante divulgación periodística.

Grandes tiradas de diarios, cambios en los hábitos de consumo y un público ávido de noticias fueron los elementos que dieron al periodismo del primer cuarto del siglo veinte un viraje en sus conceptos y su dirección, pues

ahora se reconsideraba el alcance y las implicaciones de términos como verdad y veracidad, ficción y realidad, hechos y noticias, escritor y periodista.

Ligado desde sus orígenes a la vida y desarrollo de la literatura, el periodismo se mantuvo por largos años a la zaga de lo que se concebía como “la buena escritura”. Además, la conformación de un rostro y metas propias siempre estuvo condicionado a las escasas oportunidades que, por ejemplo, en el siglo XIX, le abrieron los enfrentamientos políticos e ideológicos.

Sin embargo, una nueva sensibilidad y la influencia de ideas que proponían la exploración de una narrativa apegada a los acontecimientos de la vida social, llevaron al periodismo a los terrenos de principios que, poco a poco, lo contagiaron del tono y el estilo de una prosa testimonial que pretendía la reproducción exacta, clara y oportuna de los sucesos que los reporteros presenciaban.

Convencido de que esta redefinición del periodista respetaba la esencia del escritor moderno, Salvador Novo se involucró en un ejercicio que en escasos meses le demandó abandonar su trabajo poético y literario gracias a que sus crónicas, artículos y ensayos comenzaron a interesar más a los diarios y a sus lectores.

Descripciones de lugares, calles, ambientes y personas; opiniones sobre los acontecimientos nacionales y los hombres que los protagonizaban; “divertimentos del espíritu y el lenguaje” (como el periodista definía al ensayo) que exploraban temas diversos como la calvicie, la inutilidad de la letra h, los motivos del baño o la presencia antiliteraria de las moscas, fueron los textos que inundaron durante la segunda mitad de los veinte y la primera de los treinta, las páginas de *El Universal* y *Excélsior* que por entonces habían consolidado a Novo como uno de sus más interesantes y asiduos colaboradores.

El prestigio de “una pluma hábil” y el reconocimiento al “filo de su inteligencia”, le redituaron a Salvador Novo una lluvia de propuestas de las que sólo aceptó la hecha en 1937 por sus colegas José Pagés Llergo y su primo Regino Hernández Llergo, ya que se trataba de publicar una columna semanal en la revista *Hoy* que, bautizada con el nombre de “La semana pasada”, sirvió

de escaparate a los temas más diversos (sociales, económicos, culturales y personales), siendo los asuntos políticos los que más distrajeran su tiempo y su atención, pues a contracorriente del tono de la prensa de la época, Novo prefirió erigirse en el crítico más certero, informado y puntual de uno de los regímenes posrevolucionarios más trascendentes en la historia contemporánea de México.

La era cardenista representó una de las etapas más significativas en la producción periodística de Novo, pues además de incursionar de lleno en la crónica política, adoptó una postura contraria a las ideas y acciones de un gobierno cuyo discurso le parecía sumamente demagogo y populista. Y, si bien el cronista sólo se dedicó a evidenciar o ironizar “los rasgos redentoristas del cardenismo”, hubo quienes lo interpretaron como un enemigo del sistema que, sumado a su condición de homosexual, lo convirtieron en un personaje indeseable.

Con un gran cúmulo de adversidades superadas, incluida su decisión frustrada de salir del país, Novo terminó el sexenio 1934-1940 posesionado de un éxito y un nombre que le abrió las puertas de otros periódicos, entre ellos *Últimas Noticias*, e incrementó sus participaciones en columnas como “Perifonemas”, “Hojas”, “Side Car” y el “Consultorio del Niño Fidencio”, esforzándose por plasmar en ellas su estilo claro, ameno y ágil.

Esas virtudes que en el fondo eran la consecuencia de la concepción que Novo había delimitado respecto al “periodista profesional”, en su momento representaron un cambio evidente en la manera de hacer periodismo en México, pues quienes lo practicaban apenas y rebasaban los linderos estrictos del dato. Es decir, pocos periodistas, hasta la aparición de Novo, “trabajaban” la información para ofrecer a sus lectores explicaciones o interpretaciones de los acontecimientos que ellos mismos reportaban.

Desde luego, dicha carencia no era exclusiva de la prensa mexicana, pero alerta a los cambios que ocurrían en el pensamiento, las corrientes, los estilos y las técnicas, Novo fue uno de los primeros en introducir y ensayar en los periódicos de más amplia circulación, “las nuevas formas de escritura

periodística”, donde el análisis, la reflexión o el comentario, a partir de la contextualización de los hechos, eran la premisa fundamental.

Con una carga de trabajo agobiante y portador de una gran experiencia en cuanto a los engranes del periodismo, Salvador Novo entró a un período en el que su disidencia y la crítica hacia el gobierno ya no tenían sentido, pues tanto la nación como su clase política inauguraron una etapa en la que se materializarían “las causas justas de la Revolución”. Por lo que, un presidente moderado que iba a “distribuir la riqueza” y aprovechar los beneficios que dejaría a México “un evento tan terrible como la Segunda Guerra Mundial”, no estimularon suficientemente el espíritu cáustico y corrosivo que alentaba sus crónicas políticas, prefiriendo a cambio “el relato de la vida en sociedad”.

No obstante, el viraje calculado también fue innovador para la época, ya que olvidadas desde hacía tiempo, la crónica, el relato, el diario y la epístola, habían dejado de ser aprovechadas en cuanto a su capacidad de comunicación directa con el lector.

Cierto de que lo que escribía iba a generar su propio público, Novo decidió hacer la crónica social de México situando en el centro de sus narraciones a los personajes que se alternaban el poder político, económico, social y cultural del país. De tal suerte que en sus escritos desfilaron lo mismo banqueros, que empresarios, “cultas damas”, médicos, comerciantes, funcionarios, vendedores, estudiantes, académicos y artistas colocándolos en un fresco en el que delineó sus gustos, sus hábitos, su lenguaje, sus posturas, sus diversiones, sus lugares de recreo, su indumentaria y, en particular, su visión del mundo.

Disfrutando en los cocteles, en las calles o en las reuniones donde el evento más importante era la apertura de exposiciones o la presentación en sociedad de un joven heredero, el periodista se sintió seducido por la descripción y caracterización de un sector que apenas emergía del mosaico social y cultural del país. Y pese a que nunca pudo resistirse al placer que le producían los ambientes exquisitos, Novo no renunció a su capacidad de observación y de crítica para llamar la atención sobre la vanidad, superficialidad

y profunda ignorancia de una clase media empeñada en adquirir, a través del dinero, la notoriedad que de otra manera no habrían conseguido.

Llamado a colaborar en las filas de “una administración ya no preparada en los campos de batalla sino en las aulas universitarias”, Salvador Novo fue parte del proceso mediante el cual varios gobiernos se empeñaron en “dotar al país de las instituciones que le redundarían un gran progreso espiritual y material”.

Así, comisionado, por ejemplo, en redactar la ley que diera origen y figura jurídica al Instituto Nacional de Bellas Artes, Novo regresó a los rituales de una vida burocrática que en el fondo siempre le desagradó, orillándolo a afirmar que en cuanto entregara su puesto (durante el gobierno alemanista), se retiraría a consagrar su tiempo a una obra menos efímera que la conformada por sus ya cientos de escritos periodísticos.

Esta etapa en la que el escritor desea “jubilarse”, (pues ya tenía veinte años ejerciendo el periodismo) y en la que intensificó su interés por el teatro, marcó el origen de un lamento que, en voz y letra de Salvador Novo, fue eterno, ya que en cada oportunidad manifestaba a sus lectores “el deseo de no desperdiciar más su tiempo y su talento”. Así que, atrapando de nuevo las ráfagas de su inspiración poética y literaria, el autor escribió la obra de teatro *A ocho columnas* y acometió la búsqueda y corrección de sus crónicas y artículos elaborados durante los sexenios de Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán, además de darse a la tarea de recopilar en un solo volumen toda su poesía.

Con varios libros publicados, una actividad teatral que a su paso lo convirtió en productor, director y empresario, Salvador Novo llegó a la mitad del siglo XX administrando su tiempo en toda clase de compromisos y trabajos (como la escritura de guiones cinematográficos, la elaboración de campañas publicitarias, la traducción de obras en inglés, francés e italiano, el montaje de puestas en escena en su teatro La Capilla, etcétera), sin soslayar un tipo de ejercicio periodístico en el que explotaba los valores de una prosa testimonial, personal y auténtica.

Convertida desde hacía años en una sección de “Cartas”, la columna que Novo había inaugurado en el semanario *Hoy*, tuvo varias mudanzas, desde su nombre (“Cartas de Salvador Novo”, “Cartas viejas y nuevas”, “Cartas a un amigo”, “Novísimas cartas”), hasta su ubicación (*Hoy*, *Mañana* y *El Heraldo de México*), su estilo y su esencia. Pero con todo y las transformaciones, el periodista siempre se mantuvo atento a la calidad y puntualidad de sus colaboraciones, porque en ello no sólo veía un gesto de responsabilidad, sino el cumplimiento del compromiso que había adquirido, casi treinta años atrás, con su público lector, es decir, el de “dirigirse siempre con respeto a quienes compartían con él una idea, un sentimiento, una experiencia, un conocimiento”.

Para el Novo cercano a los sesenta años, el periodismo asumió el papel liberador y catártico que en su juventud había representado la poesía, ya que afectado por diversos malestares e invadido por la nostalgia del pasado y sus amigos muertos, decidió hacer a sus lectores las confidencias más detalladas de sus preocupaciones, sueños, trabajos, pesares y opiniones. Así, abordando temas que se involucraban de manera estrecha con su mundo íntimo y personal, Salvador Novo terminó de pulir un estilo en el que predominó la amenidad, la cercanía y sinceridad con el lector.

Testigo presencial de cinco transmisiones de poder, observador continuo de la evolución política y social de México, protagonista e impulsor de algunos de los cambios culturales y artísticos más importantes del país, Salvador Novo se reservó, en los últimos quince años de su vida, el aprovechamiento de los privilegios y satisfacciones que un nombre como el suyo le procuraba dentro y fuera de las esferas del poder.

Distinciones como el ingreso a la Academia de la Lengua (1953), el nombramiento de Cronista Oficial de la Ciudad de México (1965) y el Premio Nacional de Letras (1967) fueron para el escritor el punto más alto dentro de los reconocimientos que en vida le fueron otorgados por su trabajo artístico, intelectual y periodístico.

Instalado de lleno en los homenajes y participando en los actos públicos que exigían su presencia como Cronista de la Ciudad, Salvador Novo se

desenvolvió durante la dureza del sexenio de Gustavo Díaz Ordaz con una confianza y una holgura que simplemente obedecía a su relación amistosa con el presidente de la República.

Señalado como uno de los regímenes más autoritarios e intransigentes, el período encabezado por Díaz Ordaz vivió una de las crisis más agudas en la historia reciente de México, pues en palabras del mismo mandatario, después de más de “veinte años de estabilidad y progreso”, los jóvenes pusieron en riesgo a las instituciones y al sistema.

Inscrito en un contexto donde los medios informativos condenaban y minimizaban las causas del movimiento estudiantil, Salvador Novo adoptó una postura de apatía e indiferencia que lo alejó de querellas públicas y verbales, debido a que los “rebeldes juveniles” sólo llamaban su atención cuando bloqueaban las calles del centro capitalino, agitaban los comercios o asustaban a sus amigos académicos al tomar las camionetas de los institutos de investigación e invadir cubículos de estudio en Ciudad Universitaria.

La mirada parcial y aun ajena de los acontecimientos de 1968 no se prolongó por mucho tiempo, ya que Novo volvió a los senderos del periodismo político para cuestionar, criticar e ironizar no sólo la bandera estudiantil, sino la legitimidad de sus líderes y la naturaleza de sus exigencias. Pero, como de ninguna manera quería lesionar la imagen de respetabilidad que había logrado alcanzar, el periodista se amparó en el anonimato de los sobrenombres para protegerse y no estar expuesto “a la furia y descalificaciones” de un gran número de intelectuales y artistas que apoyaban la lucha estudiantil.

De esta manera, Salvador Novo regresó a la escritura de dos columnas que firmadas por “Yancuquemones”, en *El Heraldo de México* y “Solarium”, en *El Sol de México*, abordaron la etapa más difícil del conflicto de 1968, ubicando a su “anónimo autor” en el vórtice de un torbellino que lo arrastró al desprestigio y la marginación incluso después de terminado el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz.

Blanco de ataques que llegaron a las paredes de su casa, poseedor de escasos amigos (casi todos los miembros de su generación habían fallecido), y

marcado por el rechazo de una joven comunidad intelectual que pretendía consumir sus propias conquistas, Novo resintió el estrépito de una caída que al menos no lo condujo al punto más bajo de la pendiente, pues a pesar de que “el nuevo y brioso Ejecutivo”, Luis Echeverría venía portando su proyecto de “apertura democrática”, “crecimiento económico” y “aceleración de la evolución general”, él seguía siendo objeto de las consideraciones que merecía un “hombre de su trayectoria y servicio a la patria”.

La energía y toda esa imaginación que remolcaría a México de su condición de “país subdesarrollado”, no fueron suficientes para alentar a un hombre que, con casi setenta años a cuestas y el dolor de su madre muerta, determinaría recluirse en su casa de Coyoacán a revisar papeles, concluir la edición de libros, conocer y leer “obras de autores fascinantes” como Juan Rulfo (1918-1986) y, por supuesto, a “escribir de una sentada” su infaltable colaboración para *El Heraldo de México*.

Si bien el recuento de los últimos años del trabajo de Novo arroja una serie de cartas y artículos en los que recreó su mundo personal y no se involucró demasiado con alguno de los aspectos o problemas de la vida nacional, los cincuenta años de ejercicio periodístico que le anteceden conforman una de las obras más extensas y variadas dentro de la historia de la prensa mexicana.

Introducción de géneros como el ensayo, que en los diarios de los primeros años del siglo veinte apenas era practicado, renovador de otros tan añejos como la crónica o la epístola, difusor de un estilo fresco, directo y libre de afectaciones, Salvador Novo debe ser considerado como uno de los precursores más importantes del periodismo moderno en México, ya que contagiado por nuevas concepciones e influido por la lectura de periódicos que, en países como Estados Unidos, Francia e Inglaterra, vaticinaban el advenimiento de “una manera diferente de informar”, se animó a observar, detectar, ordenar, describir, narrar y tratar los hechos de interés general circunscribiéndolos a un marco más amplio.

Por ello, no es desorbitado afirmar que Salvador Novo fue uno de los primeros en asumir las exigencias que en forma y contenido demanda la prensa

contemporánea, es decir, la de conformar – según sus propios términos– “un relato verdadero, amplio e inteligente de los acontecimientos que ocurren día a día inscribiéndolos en un contexto que les dé significado”, porque a partir de la segunda mitad del siglo veinte a las diferentes sociedades ya no les ha bastado “la información simple del hecho”, sino que también les ha interesado la variedad de explicaciones e interpretaciones que ayudan a formar juicios, fundamentar posturas, despertar ideas y precisar opiniones.

Adaptándose por más de cuatro decenios a toda clase de cambios, desde los políticos, económicos y sociales, hasta las innovaciones intelectuales, artísticas y culturales más importantes de la centuria pasada, Salvador Novo no tuvo en sus años finales la capacidad de renovarse y encontrar derroteros que “lo llevaran a nuevas aventuras”, ésas que a semejanza de su admirado personaje milynanochesco *Sinbad* le hubieran permitido mantener la coherencia que hace consistente la vida y la obra de cualquier individuo.

Es por esa razón que críticos y estudiosos de su obra como Emmanuel Carballo (1929) han asegurado que Salvador Novo no murió el 13 de enero de 1974, sino un poco antes, “quizá en el momento en que ingresó a la Academia de la Lengua (de la que tanto se burló en sus años mozos), quizá cuando aceptó un alto puesto, en la esfera del teatro, en el Instituto Nacional de Bellas Artes (de mamá gallina que cuida a sus pollitos), quizá en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz, cuando don Salvador le propuso al presidente cocinar para él, su esposa, hijos y amigos los deliciosos antojitos poblanos.”²¹⁶

Pese a que el juicio es contundente por su verdad y sus pruebas, lo que finalmente sobresale en la trayectoria de Novo es su labor y constante lucha dentro de un periodismo nacional, la mayor parte del tiempo, lento, lleno de vicios e inercias, de personajes y reporteros poco comprometidos con su profesión. De gente carente de conocimientos, iniciativa e imaginación para construir sus propios recursos y trabajar con eficiencia, pulcritud y originalidad la información que poseían. Estos rasgos negativos fueron los que innumerables veces alimentaron el deseo de Novo de retirarse de la labor periodística y

²¹⁶ Emmanuel Carballo, *Notas de un francotirador*, México, IPN, Sogem, Seesime, 1996, p. 186.

dedicarse a una actividad “más noble y fecunda”. Sin embargo, el autor también descubrió que este ejercicio no tenía porqué ser una mera transmisión o un simple relato de los acontecimientos, pues dotado de las habilidades y los mecanismos para identificar temas y personajes, investigarlos, desarrollarlos y revelar sus consecuencias, Novo atisbó que el periodismo escrito podía erigirse como uno de los modos de comunicación más directos e intensos con el lector. De ahí que, contrario a lo que él mismo hubiera deseado, la mejor y mayor parte de su obra se concentra en sus cientos de artículos, crónicas, ensayos y cartas, logrando resucitar, también en palabras de Carballo, “la antigua y saludable costumbre de que nuestros mejores escritores sean nuestros mejores periodistas”.²¹⁷

Por desgracia, Salvador Novo fue “un conquistador que no se propuso colonizar los territorios descubiertos” permitiendo que otras plumas cómodas industrializaran sus hallazgos, pues absolutamente capaz de inventarse sus propias retóricas, palabras (los famosos novocablos) y temas, nunca temió explotar las posibilidades e infinitas variantes del lenguaje escrito. Es por ello que con él, asegura Emmanuel Carballo, “nuestra prosa fue menos dura, más coloquial y más en mangas de camisa”.

Aunque sería un exceso afirmar que estas cualidades han sido menospreciadas o entregadas al polvo del tiempo, pues investigadores en literatura, historia y periodismo han seguido y estudiado la obra de Salvador Novo identificándolo como “un poeta de genio, un prosista de lujo y un personaje que encandila”²¹⁸, en los terrenos de la historia del periodismo mexicano, aún se carece de fuentes y textos que estimulen el análisis y la reflexión en cuanto a los alcances de su aporte a la forma, contenido y estilo de la escritura periodística durante el siglo veinte.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 189.

²¹⁸ Carmen Galindo, “Novo 94”, en *Revista de la Universidad de México*, diciembre 1994, número 527.

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor, *et al.*, ***En torno a la cultura nacional***, Conaculta, Instituto Nacional Indigenista, México, 1989.
- _____, ***Saldos de la Revolución***, Ediciones Océano, México, 1984.
- Alberro, Solange (selección), ***Cultura, ideas y mentalidades***, Colmex, México, 1992.
- Alvear Acevedo, Carlos, ***Lázaro Cárdenas. El hombre y el mito***, Editorial Jus, 2ª. reimpresión, México, 1972.
- Arreola, Juan José, ***Ramón López Velarde. Una lectura parcial***, Fondo Cultural Bancen, México, 1988.
- Ávila, José Luis, ***México un pueblo en la historia***, Tomo 5, Alianza Editorial, 6ª. reimpresión, México, 1986.
- Azuela, Salvador, ***La aventura vasconcelista***, Diana, México, 2ª. impresión, 1980.
- Barrera, Reyna, ***Salvador Novo, Navaja de la inteligencia***, Plaza y Valdés, México, 1999.
- Bastenier, Miguel Ángel, ***El Blanco Móvil. Curso de periodismo***, Ediciones El País, Madrid, España, 2001.
- Benedetti, Mario, ***Sobre artes y oficios***, Editorial Alfa, Montevideo, Uruguay, 1968.
- Benítez, Fernando, ***Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana***, FCE, México, 1980.
- Blanco, José Joaquín y José Woldenberg, ***México a fines del siglo***, Conaculta, FCE, México, 1993.
- Blanco, José Joaquín, ***Crónica literaria, un siglo de escritores mexicanos***, Cal y Arena, México, 1996.
- _____, ***Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica***, FCE, México, 1997.

- Bulnes, Francisco, *El verdadero Díaz y la Revolución*, Editorial del Valle de México, México, 1979.
- Cabrera Parra, José, *Díaz Ordaz y el 68*, Grijalbo, México, 1980.
- Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, FCE, México, 1998.
- Carballo, Emmanuel, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana*, Lecturas Mexicanas 48, SEP, México, 1986.
- _____, *Notas de un francotirador*, IPN, Sogem, Seesime, México, 1996.
- Cárdenas, Enrique, *La hacienda pública y la política económica 1929-1958*, FCE, México, 1994.
- Caudet, Francisco (antologador), *El hijo pródigo*, Siglo XXI, México, 1979.
- Contemporáneos, 1928-1931*, Revistas Literarias Mexicanas Modernas, Tomo VIII-IX, FCE, México, 1981.
- Contreras, Mario y Jesús Tamayo, *México en el siglo XX, 1900-1913*, Tomo I, UNAM, México, 1983.
- Córdova, Arnaldo, *La política de masas del cardenismo*, ERA, México, 1974.
- Cosío Villegas, Daniel, *El estilo personal de gobernar*, Joaquín Mortiz, 6ª edición, México, 1975.
- Chillón, Albert, *Literatura y periodismo*, Aldea Global, Barcelona, España, 1999.
- De Balbuena, Bernardo, *Grandeza Mexicana*, Biblioteca del Estudiante, número 23, UNAM, México, 1941.
- Díazhandino, María Pilar, *Periodismo de servicio*, Bosch Comunicación, Barcelona, España, 1994.
- Durán Manuel, *Antología de la Revista Contemporáneos*, FCE, México, 1973.
- Eco, Umberto, *Cómo hacer una tesis*, Gedisa, España, 1994.
- Eder, Rita (compiladora), *El arte en México: autores, temas, problemas*, FCE, Conaculta, Lotería Nacional, México, 2001.

Escalante, Evodio, "Contemporáneos y Estridentistas en el Estadio del Espejo", en **Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica**, Colmex, México, 1994.

Espinoza Aguilera, Raúl, **Figuras de la literatura contemporánea**, Editorial de Revistas, México, 1990.

Fernández Moreno, César, **América Latina en su literatura**, Editorial Siglo XXI, México, 1972.

Forster, Merlín H., **Los Contemporáneos 1920-1932. Perfil de un experimento vanguardista mexicano**, Ediciones de Andrea, México, 1964.

Fuentes, Carlos, **La nueva novela hispanoamericana**, Joaquín Mortiz, México, 1980.

_____, **Tiempo Mexicano**, Joaquín Mortiz, México, 15ª. reimpresión, 1991.

Gidé, André, **Corydon**, Alianza Editorial, México, 1971.

Glantz, Margo, **Las humanidades en el siglo XX**, UNAM, México, 1978.

Gómez Flores, Juan Francisco, **Los Contemporáneos y el nacionalismo en la cultura de México (1920-1935)**, Tesis en Ciencias Políticas y Administración Pública, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1992.

González Navarro, Moisés, **Sociedad y cultura en el porfiriato**, Conaculta, México, 1994.

González Reyna, Susana, **Manual de redacción e investigación documental**, Trillas, 4ª. edición, México, 1990.

González y González Luis, **Todo es Historia**, Cal y Arena, México, 1989.

_____, "Los artífices del cardenismo", en **Historia de la Revolución Mexicana**, Colmex, México, 1979.

_____, **Obras completas**, Tomo IX, Clío, México, 1997.

Hernández Luna, Juan (prólogo, notas y recopilación de apéndices), **Conferencias del Ateneo de la Juventud**, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, México, 2ª. edición, 1984.

- Hobsbawm, Eric, ***Historia del siglo XX***, Editorial Crítica, Barcelona, España, 1996.
- José Agustín, ***Tragicomedia Mexicana 2***, Editorial Planeta, México, 1992.
- Katz, Friederich, ***Ensayos mexicanos***, Alianza Editorial, México, 1994.
- Krauze, Enrique, ***Caras de la Historia***, Joaquín Mortiz, México, 1983.
- _____, ***Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana (1910-1940)***, Tusquets Editores, México, 1997.
- _____, ***Caudillos culturales de la Revolución Mexicana***, SEP-Siglo XXI, México, 1985.
- La Falange, 1922-1923***, Revistas Mexicanas Literarias Modernas, FCE, México, 1980.
- Labra, Armando, ***Narciso Bassols***, Colección Grandes Maestros Mexicanos, CREA, Terra Nova, México, 1985.
- Le Goff, Jacques, ***Pensar la historia***, Paidós, España, 1991.
- Leiva, Raúl y Jorge Ruedas, ***La prosa de López Velarde***, Cuadernos del Centro de Estudios Literarios, número 3, UNAM, México, 1971.
- Leñero, Vicente y Carlos Marín, ***Manual de periodismo***, Grijalbo, México, 1986.
- Los presidentes de México ante la nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966***, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, Tomo IV, México, 1966.
- Los presidentes de México. Discursos políticos, 1910-1988***, Tomo III, Presidencia de la República, Colmex, México, 1988.
- Macotela, Catherine, “El fortalecimiento del partido oficial: PRI”, en ***La sucesión presidencial en México***, UNAM y Editorial Nueva Imagen, México, 1981.
- Marinello, Juan, ***Sobre el modernismo, polémica y definición***, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1959.
- Martínez Assad, Carlos, ***La sucesión presidencial en México***, UNAM y Editorial Nueva Imagen, México, 1981.

Mason Hart, John, ***El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana***, Alianza Editorial, México, 1988.

Matute, Álvaro, “1917-1924. Las dificultades del nuevo Estado”, en ***Historia de la Revolución Mexicana***, Colmex, México, 1995.

Medin, Tzvi, ***Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas***, Editorial Siglo XXI, 9ª. edición, México, 1982.

Meyer, Jean, ***Historia de la Revolución Mexicana, (1924-1928)***, Colmex, México, 2ª. reimpresión, 1996.

Meyer, Lorenzo, ***Historia de la Revolución Mexicana (1928-1934)***, Colmex, México, 1978.

Monsiváis, Carlos, ***A ustedes les consta***, ERA, México, 1980.

_____, ***Amor perdido***, ERA, 4ª. edición, México, 1978.

Morales Benítez, Otto, ***Estudios críticos***, Ediciones Espiral, Colombia, 1948.

Novo, Salvador, ***A ocho columnas***, Grupo Editorial Gaceta, México, 1994.

_____, ***La culta dama***, FCE, México, 1984.

_____, ***La estatua de sal***, Conaculta, México, 1998.

_____, ***La vida en el período presidencial de Lázaro Cárdenas***, Conaculta, México, 1994.

_____, ***La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho***, Empresas Editoriales, México, 1965.

_____, ***La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho***, Conaculta, México, 1994.

_____, ***La vida en México en el período presidencial de Miguel Alemán***, Empresas Editoriales, México, 1967.

_____, ***La vida en México en el período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines***, Volumen 1, Conaculta, México, 1996.

_____, ***La vida en México en el periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines***, Volumen 2, Conaculta, México, 1996.

_____, ***La vida en México en el período presidencial de Adolfo López Mateos***, Volumen 1, Conaculta, México, 1997.

_____, **La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz**, Volumen 1, Conaculta, México, 1998.

_____, **La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz**, Volumen 2, Conaculta, México, 1998.

_____, **La vida en México en el período presidencial de Luis Echeverría**, Conaculta, México, 2000.

_____, **Las locas, el sexo y los burdeles**, Diana, México, 1979.

_____, **Nueva grandeza mexicana**, Conaculta, México, 2ª. edición, 1999.

_____, **Nuevo Amor**, Colección Tezontle, FCE, México, 1ª. reimpresión, 2001.

_____, **Poesía**, FCE, México, 2ª. reimpresión, 1994.

_____, **Toda la prosa**, Empresas Editoriales, México, 1964.

_____, **Viajes y Ensayos I**, FCE, México, 1996.

Olea Franco, Rafael (editor), **Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica**, Colmex, México, 1994.

Orive, Pedro y Concha Fagoaga, **La especialización en el periodismo**, Editorial Dossat, Madrid, España, 1974.

Ortega y Gasset, José, **Antología**, Ediciones Península, Barcelona, España, 1991.

_____, **Obras Completas**, Tomo III, Revista de Occidente, España, 1966.

Panero, Juan Luis, **Galería de fantasmas**, Visor, Madrid, España, 1988.

Pastor y Carreto, Luis G., **Los presidentes poblanos**, Costa Amic, México, 1965.

Paz Sánchez, Fernando, **Vida y pensamiento de Narciso Bassols**, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1986.

Paz, Octavio, "Nueva España: orfandad y legitimidad", en **El ogro filantrópico**, Joaquín Mortiz, 8ª. reimpresión, México, 1988.

Pellicer de Brody, Olga y Esteban L. Mancilla, "El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador", en ***Historia de la Revolución Mexicana***, Colmex, México, 2ª. reimpresión, 1988.

Portes Gil, Emilio, ***Autobiografía de la Revolución Mexicana***, Instituto Mexicano de Cultura, México, 1964.

Rebollo Sánchez, Félix, ***Literatura y periodismo hoy***, Fragua, Madrid, 2000.

Revueltas, José, ***México 68: juventud y revolución***, ERA, 8ª. reimpresión, México, 1998.

Río, Salvador del, ***Los presidentes de México. Revolución y posrevolución***, Colección Raíces Mexicanas, Editorial Everest Mexicana, México, 1982.

Rivière, Margarita, ***Periodista***, Grijalbo, Barcelona, 1994.

Robles, Martha, ***Espiral de voces***, UNAM, México, 1993.

Rodríguez Chicharro, César, ***Estudios de la Literatura Mexicana***, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1983.

Rodríguez Ledesma, Xavier, "Intelectuales y retratos históricos", en ***Léxico de la Política***, FCE, México, 2000.

Roggiano, Alfredo A., ***Pedro Henríquez Ureña en México***, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1989.

Ruiz Castañeda, María del Carmen, ***El periodismo en México. 450 años de historia***, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM, México, 2ª. edición, 1980.

Sánchez, Luis Alberto, ***Panorama de la literatura actual***, Ercilla, 3ª. edición, Chile, 1936.

Semo, Ilán, "El ocaso de los mitos (1958-1968)", en ***México, un pueblo en la historia***, Tomo 6, Alianza Editorial, México, 5ª. reimpresión, 1997.

Sheridan, Guillermo, ***Los Contemporáneos ayer***, FCE, México, 1985.

Steiner, George, ***En el castillo de Barba Azul***, Gedisa, Barcelona, España, 1991.

Suárez, Luis, ***Echeverría en el sexenio de López Portillo***, Grijalbo, México, 1983.

Thomson, David, **Historia Mundial de 1914 a 1968**, FCE, México, 13ª. reimpresión, 1997.

Ulises, 1927-1928, **Escala** 1930, Revistas Mexicanas Literarias Modernas, FCE, México, 1980.

Valdés, Héctor (prólogo, selección y notas), **Los Contemporáneos. Una antología general**, SEP-UNAM, México, 1982.

Vallarino, Roberto (selección y prólogo), **Salvador Novo. Sus mejores obras**, Promexa Editores, México, 1979.

Vigil Vázquez, Manuel, **El oficio de periodista**, DOPESA, Barcelona, España, 1972.

Villaurrutia, Xavier, **Antología**, FCE, México, 1980.

_____, **Cartas de Villaurrutia a Novo (1935-1936)**, INBA, México, 1966.

_____, **Textos y pretextos**, FCE, México, 1940.

Wallace Bruce, Robert, "La política de protección en México", en **La política de protección en el desarrollo económico de México**, FCE, México, 1979.

Zevada, Ricardo J., **Calles, el presidente**, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1971.

Consultas en Internet.

<http://www.jornada.unam.mx/1998/abr98/980405/sem-beltran.html>

<http://redescolar.ilce.edu.mx/redescolar/efemerides/mayo/conme26a.html>

<http://usuarios.lucos.es/Aime/lmateos.html>

<http://www.arts-history.mx/mexcontempo/lopez.html>

<http://www.academia.org.mx/Academicos/AcaSemblanza/Novo.htm>

<http://www.univerdemexico.unam.mx>